

Manuel Enrique Huertas León

EL CIELO DE AZULEJOS



EL CIELO DE AZULEJOS

Manuel Enrique Huertas León

Idea y diseño de la portada: Manuel Enrique Huertas León.

Depósito legal: SE-2225-2023

Sello: independently published

Con número de asiento en el registro de la propiedad intelectual 04/2022/967 y referencia SE-89-22.

*Sálveos Dios, la gran Sevilla
mar de todos los placeres,
refugio de mercaderes,
joya del rey de Castilla,
lábreos fama rica silla
de marfil.*

*Pues poetas y otros mil,
como vuestra fama es tanta,
dejan a Roma la santa
por Sevilla la gentil.*

(Bartolomé Torres Naharro. Poeta del siglo XVI)

ÍNDICE

[URBI ET ORBI: LA SEVILLA DEL XVI](#)
[LA LUNA DE TRIANA](#)
[ENTRE APOLO Y VENUS](#)
[ENTRE DOS ORILLAS](#)
[ALEA IACTA EST](#)
[DE PROFUNDIS](#)
[TIERRA DE POR MEDIO](#)
[HOMO HOMINI LUPUS](#)
[EN LONTANANZA](#)
[BABILONIA](#)
[DE ARTISTA A SOLDADO](#)
[LUNA DE DON JUAN](#)
[PAN Y AGUA](#)
[IN ICTU OCULI...](#)
[FINIS GLORIAE MUNDI](#)
[LOS CIELOS DE LA MEMORIA](#)
[LA CAJA DE PANDORA](#)
[LA REJA Y LA ESPADA](#)
[EL BRAZO DE LA ARMADA](#)
[EL CAMINO ESPAÑOL](#)
[EL INVIERNO DE ALEJANDRO MAGNO](#)
[LOS CIELOS DE PLOMO](#)
[DE LO DIVINO Y LO HUMANO](#)
[LA BOCA DEL INFIERNO](#)
[EL CIELO DE AZULEJOS](#)

Urbi et Orbi: la Sevilla del XVI

Año del Señor de 1570. La ciudad amanece en un día cualquiera de febrero, inmersa en los rescoldos del suave invierno del sur, que apenas concede unas brumas matinales mientras luchan en vano por mantenerse en pie ante los primeros rayos que agitan la rutina. El hormigueo del puerto presagia una jornada intensa en el Arenal, custodiado por su torre vigía, que reluce más a cada instante que el río y el sol se fusionan en la misma luz. Los reflejos dorados de aquel faro coronado de almenas son el horizonte perseguido por los barcos mientras arriban en la ciudad soñada; en aquel lugar, donde se anhela alcanzar fortuna y fama. La gran urbe, convertida en escaparate del mundo, es la bisagra que une el nuevo continente con el viejo. Luce revestida de esplendor, mientras el cristianismo se resquebraja en dos mitades con la reforma protestante.

En las puertas de Europa, el rey Felipe trata de mantener la hegemonía de un imperio y una religión. Enarbolando la espada de la fe católica, persigue a sus enemigos dentro y fuera de sus fronteras. En España, aborda una revuelta de moriscos en la Alpujarra y castiga los focos protestantes con la ayuda de la Inquisición, que se convierte en el yugo contra los herejes o todo aquello que lo parezca en diversas ciudades del país. En el exterior, a la constante amenaza francesa, se le unen las guerras de religión contra los protestantes en los Países Bajos y el cerco que sufren los católicos en Inglaterra, tras el Acta de Supremacía de Enrique VIII. Pero hay un enemigo mayor que asedia y atemoriza el Mediterráneo: el imperio turco. Su padre —el emperador— ya tuvo que hacerles frente a las puertas de Viena, donde la llegada del ejército de Solimán hacía temer lo peor. Desde entonces, nunca la amenaza había sido tan real como ahora. Un vasto imperio busca de forma insaciable aumentar sus territorios y quebrar la civilización cristiana, mientras el papa se revuelve en la silla de Pedro tratando de buscar la manera de frenar a los infieles.

A España siguen llegando el oro y la plata de América, aunque derrochados en las innumerables guerras de religión que mantiene vivas Felipe II. Varias bancarrotas seguidas dibujan negros nubarrones en una sociedad cada vez más desarrapada. Sin embargo, el imperio español está en su momento culminante; el descubrimiento del Nuevo Mundo y la ingente herencia recibida del emperador, hacen de la dinastía española la corona más temida del mundo conocido, provocando alianzas constantes entre sus enemigos.

El monarca ha trasladado la capital del reino a Madrid, más céntrica para sus viajes y su arduo trabajo. Además, está construyendo un monasterio en la sierra de Guadarrama —El Escorial— en homenaje a la victoria contra los franceses en San Quintín y como destino de los restos de su padre. Pretende que sea retiro en sus postrimerías, a semejanza de lo que hizo el emperador en Yuste, donde pasó los últimos años en soledad, abrigado con las frecuentes visitas del pequeño Juan de Austria —hermanastro de Felipe— al que Carlos V profesaba un especial cariño.

Mientras el paladín de los Austrias dirime sus diferencias con sus combativos enemigos, la Sevilla del XVI sigue construyéndose. A mediados de siglo, con la inmensa catedral terminada, los nuevos aires renacentistas y la contrarreforma que ha surgido de Trento tratan de revestirla con el nuevo estilo llegado de Italia, ese que busca recobrar el esplendor clásico abandonando el gótico definitivamente. Cientos de artistas llegan a la ciudad mezclados con comerciantes, clérigos, buscadores de fortuna, truhanes, gallegas y otras mujeres de ventura, deseosas de dar con algún gentil que las retire. Es una especie de tramoya donde se insertan personajes pintorescos que dibujan una sociedad diversa y heterogénea que lucha por abrirse camino entre la picaresca y el panteísmo que todo lo envuelve, donde la sobriedad del color negro se impone en los ropajes, como símbolo de austeridad que implantan los Austrias, a diferencia de otras cortes europeas. Los caballeros visten a menudo enormes sombreros casi a la par de sus bigotes y portan espadas al cinturón. El jubón y la capa son vestimentas habituales y, dentro de la alta sociedad, los greguescos a modo de pantalón corto ancho y zapatos negros. A partir de ahí, la caballerescas se vuelve variopinta en clases y aspectos. A menudo, la apariencia de postín e hidalguía esconde la peor de las ruinas y la espada o el sombrero no son sino un clavo ardiendo donde agarrar su maltrecha posición, escondiendo la ligereza de su bolsa. Las enormes botas holgadas, propias de la soldadesca, son las más comunes entre los hombres, que también usan borceguíes de cuero hasta la rodilla. Rufianes, buscavidas, trápalas de todos los pelajes que como camaleones conviven entre la chusma; los más desarraigados apenas portan camisón anudado en el cuello y una enorme e imprescindible navaja oculta que resume todo su pedigrí. Entre las damas, el corsé, enaguas, sayas y los vestidos ajustados al talle son frecuentes; más ceñidos en la cintura y acampanados hacia abajo cuanto más nivel social tiene la señora.

El pestilente puerto es el punto de encuentro. Los puestos y tenderetes salpican el paisaje sin ningún orden ni concierto; las voces entremezcladas, pregonando las cosas más variopintas para los viajeros, que fielmente rellenan un lienzo diario de muchedumbre y actividad incansable desde que sale el sol hasta que se pone. Hormigas atareadas, que malviven buscando el bocado diario que llevar a su rincón de mala muerte, el cual, a menudo no pasa de unos mendrugos y unas sopas transparentes, a modo de caldo sanador de afecciones. Las reiteradas sequías abruma el lugar con solaneras que levantan la arena tapizando el pescado y la fruta de los puestos, empeorado cuando la canícula del periodo estival muerde el aire, convirtiéndolo en sofocante. Los tímidos toldos pierden la batalla con el sol a diario, en el fragor del tránsito de mercaderes con productos preciados en la conservación de alimentos, como la sal del sur de Europa o la pimienta del Oriente. Otros productos, como la seda china o el algodón indio, son lujos únicamente al alcance de las gentes de buena posición. Una auténtica exposición de numerosos artículos, desde los más nobles como el oro y la plata de las Indias, que sufragaban las guerras de religión de nuestro rey, a los más mundanos como telas, cuchillos, vino, trigo o madera, pasan a diario por el concurrido puerto que asiste con expectación a la periódica llegada y partida de la flota al Nuevo Mundo, en una inabarcable procesión de costaleros sudorosos, cargados de fardos diversos para descargar en el Arenal, originando un revuelo de actividad cuyos ecos llegan a todo el continente. Y es justo en aquel enclave, el puerto, donde ingresan los peligros para aquella bulliciosa urbe que anima la Casa de Contratación, la encargada de registrar todo el tránsito entre las Indias y Europa. Los nobles, con su séquito portando fardos y enseres, mientras las damas se protegen con pañuelos o abanicos del fuerte olor a pescado junto a los efluvios humanos y animales, a menudo asediados por chiquillería churretosa y hambrienta, cuyas ágiles y menudas manos pasan casi desapercibidas buscando botín en los bolsillos. Los barcos provenientes del

nuevo continente son recibidos con plegarias y repique de campanas como muestra de acción de gracias por llegar a buen fin. Muchos toman en esta época el camino de las Indias en busca de mejor posición. La mayoría, castellanos viejos venidos a menos, que buscan reverdecer su alicaído linaje y que sueñan con un paraíso americano en forma de maravedíes, o huyendo de algún engorroso pleito que le causa ruina o deshonor. La pureza del linaje es una obsesión. En esta época se necesitan certificados que avalen la limpieza de sangre para acceder a cierta posición, desde el funcionariado hasta las órdenes militares. Para ello, es necesario aseverar la pureza, alejando cualquier sombra de parentesco con judío o musulmán en la familia.

La escasa profundidad del gran río, como lo llamaron los musulmanes, hace que las embarcaciones no puedan superar las 400 toneladas de peso. El puerto convive con el gran ajetreo de idas y venidas; galeones, carabelas, naos, carracas, urcas o bajeles toman a diario el Arenal, donde se reparan muchos de ellos, maltrechos a causa de las tempestades, a veces, y otras tantas por asaltos y bandidaje. De cuando en cuando, alguna calamidad asola el lugar, como el gran incendio que quemó un gran número de barcos en el río ocho años atrás o las frecuentes inundaciones que destruyen el puente y las embarcaciones ancladas. La ciudad se ha convertido en una especie de foro de razas, culturas y profesiones. Un ir y venir de gentes que embarcan o arriban en la arena que precede a la gran muralla almohade, que vino a sustituir las antiguas defensas de Julio César, destruidas siglos después por los normandos. La muralla posee un doble muro mezcla de cal, arena y guijarros, muy fuerte, reforzado con sillares en las esquinas y en las puertas, espaciados entre sí a diferente altura. En cada tramo, un torreón de vigilancia ante cualquier asedio en la antigüedad. Cuenta con más de una docena de puertas repartidas estratégicamente en más de una legua de muro. Las más famosas por el tránsito de viajeros son las de Carmona y la del Campo o Macarena en el norte de la ciudad, que despiden a los peregrinos que toman la ruta hacia la capital y acogen a los numerosos que llegan. En el sur, la de Triana comunica con el arrabal del mismo nombre, enclavado en el antiguo campamento romano que utilizó Trajano para acampar y que le dio nombre. Las oleadas de peste que sacuden Europa hacen que el cabildo de la ciudad a menudo ordene cerrar las puertas durante los brotes epidémicos, para evitar su propagación. Como una concha que trata en vano de guardar la perla que posee ante el peligro exterior, la Sevilla moderna se resiste a enfermar y escuda su lozanía entre los torreones y las altas murallas que la defienden. Los numerosos muladares donde se amontona la basura la turban con su hedor y las ratas campan a sus anchas por las montoneras de porquería.

La ciudad intramuros es igual de bulliciosa. El tránsito de almas hacia la catedral y hacia el puerto recoge un armonioso equilibrio de gentes cruzando puertas en ambos sentidos. La pestilencia de las calles es algo habitual. Los excrementos del ganado se funden con los líquidos aligerados por las ventanas de las casas. Los numerosos bandos que publica el cabildo de la ciudad contra la suciedad y los malos olores, que atraen plagas y enfermedades frecuentes, son estériles. La Sevilla de estos años apenas cuenta con calles pavimentadas y las que presumen de ello lucen socavones y baches que desmontan los carruajes que las transitan. En las plazas mayores son frecuentes los lodazales formados por los desagües de las casas, que no obedecen a ningún concierto de cañerías. La infinidad de puestos y toldos hacen de estos lugares, como la plaza de San Francisco en el centro de la ciudad, un lugar intransitable; el olor putrefacto del pescado recalentado por el sol y el de los animales descompuestos en las calles, esperando a ser recogidos por el cabildo es común. Los muertos se entierran en los exteriores de los hospitales y en las iglesias, donde se trata de disimular el hedor con exagerados sahumerios de incienso. A

menudo, se crean huertos con vegetación abundante y jardines para combatir el olor de la ciudad.

En 1570 se acaba de coronar la torre de Santa María con un nuevo cuerpo de campanas que sustituye la antigua espadaña. El resultado era tan vistoso, que permitía ver la torre desde las afueras. Un joven maestro que también trabaja en el Hospital de las Cinco Llagas en el norte de la ciudad, dirigió las obras a la usanza del nuevo estilo proveniente de Italia, en cuyos motivos destaca la exaltación de la fe católica en estos tiempos de lucha contra los infieles, en los que el papa ha ordenado propagar la doctrina y combatir las herejías.

Además de los focos protestantes perseguidos por el Santo Oficio, la ciudad encierra antiguos barrios musulmanes y judíos, cuya población permanece repartida tras las expulsiones masivas del reino en los siglos anteriores. Los de ahora, la mayoría son conversos o Cristianos nuevos, a menudo con apellidos ilustres y cargos notables. Los judíos están muy mal vistos en Europa, y Sevilla no es una excepción. Son tachados, sin mucho fundamento, de embaucadores, malvados, avaros y vividores. A menudo, acusados de vivir con holgura sin probar las tareas del campo, ajenas a su voluntad, más acostumbrados a trabajos más livianos y mejor remunerados. Detrás de algunos cargos notables de la ciudad respira un judío converso que a menudo paga en oro su limpieza de sangre. Tampoco gozan de buen predicamento los moriscos. Obligados a bautizarse y convertirse a la fe cristiana desde 1502 por la reina Católica, ocupan barrios periféricos junto a gitanos y otras etnias. En Triana, sobre todo, se cuentan por millares. Siendo de costumbres cerradas y aunque cumplidores con la ley, permanecen con sus propias tradiciones en privado. Las revueltas en la Alpujarra de los dos últimos años han levantado un ímpetu nuevo que se traduce en desobediencia en el vestir y el proceder, que les acarrea problemas frecuentes con las autoridades. Por lo general, son buenos albañiles que dominan la tradición ladrillera y azulejera mudéjar, lo que los convierte en obreros solicitados en muchos edificios de nueva planta, que gustan de la azulejería en zócalos y fachadas nobles.

También hay un importante sector de negros y mulatos, provenientes de mercaderes portugueses, que son comprados de diversas exploraciones y son usados como esclavos. La collación de Santa María la Blanca, cerca de la puerta de Carmona, es el barrio de los negros. Muchos de ellos son vendidos en las gradas de la catedral, convertida en una diaria Torre de Babel, donde se mezclan las razas, las lenguas de los viajeros y los gritos de los vendedores. La ciudad posee un inmenso repertorio de coloración en las pieles, fruto del mestizaje de las relaciones. A menudo, el amo yace con la esclava negra que dormita en las habitaciones contiguas. Este uso es frecuente en el sevillano de buena posición, que goza de buena cuna o buena bolsa, mas no rechaza estas prácticas, que no causan sonrojo ni pensamiento pecaminoso. Y es que las clases están muy marcadas, y los esclavos no suelen originar pleitos por celos. El mulato es un personaje de la ciudad y como tal se adapta a sus costumbres y al papel asignado en la función.

Algo parecido ocurre con los barrios. El gran templo que pregonaba el nombre de la Virgen marca a su vez el nombre de la collación más importante, la de Santa María, donde se arremolinan las rentas más altas, sin desmerecer otras familias nobles que poseen sus casas palaciegas en zonas más alejadas del bullicio de la catedral. La plaza de San Francisco es el corazón de la ciudad. Allí la actividad no descansa, ya sea en forma de compra y venta o de espectáculos diversos. La gran plaza porticada, recoge los autos de fe de la Inquisición, que, como en otras ciudades castellanas, aglutinan gran cantidad de curiosos y otros oportunistas que aprovechan el evento para sacar unas monedas vendiendo toda clase de productos. También se ofrecen comedias, subastas, procesiones como la del Corpus Christi o espectáculos con animales,

ya sean festejos con toros o caballos. A menudo, se alquilan balcones frente al ayuntamiento y los soportales de debajo aparecen abarrotados de almas que se emborrachan coreando coplillas y gritos en los mesones y tabernas que luce la plaza. Hay otras plazas importantes, como la del Salvador. También empedrada, solemos encontrar talleres y tiendas de cordoneros, cereros, candeleros y fruteros. En la del Pan podemos comprar hogazas de Alcalá, además de pescado. Y si subimos hacia arriba, encontraremos en la Alfalfa gran variedad de pavos, gallinas capones o perdices. En el norte de la ciudad también encontramos mercados variopintos que surten a las gentes más alejadas del centro. Los barrios se configuran por oficios normalmente. Así, podemos encontrar toneleros, panaderos, buhoneros, carreteros, plateros o algunos que reúnen mercadillos de ocasión diversa como el Baratillo, cerca del Arenal. Fuera de las murallas hallamos el arrabal más importante en Triana. Allí se conforma un barrio ocupado por clases bajas, en el que abundan además varias etnias como gitanos y moriscos, que tiene en la iglesia de Santa Ana su punto de referencia, donde los marineros acuden a rezar por sus faenas y por el buen tiempo, convirtiéndose en refugio de los vecinos durante las fuertes crecidas del río. Triana se ha convertido en un barrio populoso y animado que se alcanza al cruzar el puente de barcas y toparnos con el castillo de San Jorge, sede del Santo Oficio. Detrás encontramos la Cava, en el espacio perteneciente al foso del castillo, en el que se abriga las viviendas de numerosos gitanos. Gente diversa y humilde que a menudo busca fortuna intramuros, aprovechando el ajetreo de la ciudad. También hallamos algunos de los ladrones y embaucadores más famosos de Sevilla dentro de este enclave pintoresco de clases, donde el pulso por la vida es constante y el ingenio sobrevuela afinado. Es aquí, en las afueras de la ciudad de los sueños que vigila el gran río, donde arranca nuestra historia...

La luna de Triana

La noche floreció bajo un manto de estrellas que cubría el arrabal tras un largo día de trasiego. Cristóbal descansaba tendido bocarriba sobre un saco mirando el cielo, tratando de hallar dibujos imposibles. La luna llena iluminaba el rostro del joven. Su mente siempre estaba en ebullición y aprovechaba cualquier descanso en el trabajo para urdir planes y proyectos imposibles para cualquier muchacho de su condición, dado que la vida de un mozo alfarero dejaba poco espacio a los sueños. La familia estaba dedicada a la arcilla. Su padre, Alonso Gómez, era un ollero —como se conocían también a los alfareros— que había echado los dientes en el torno y allí los había vuelto a perder. Al igual que su hermano Alonso —el mayor de los varones—, que seguía la senda de su padre, y ya maestro, había tomado las riendas del negocio ante las dolencias del viejo artesano, al que la frialdad del barro trianero le había calado en los huesos de forma irreparable. A pesar de los dolores en las manos, trabajaba a diario con sus hijos haciendo todo tipo de cacharros: cazuelas, ollas, cangilones para sacar agua en las norias, jarras... Con más de cincuenta años, la campana de la vida estaba próxima a dejar de sonarle, pero él se sentía feliz. Su trabajo y su familia eran su mundo; frecuentaba poco las tabernas y sus horas las ocupaban la pella de barro en el torno y su hogar. Sus hijos Alonso y Cristóbal le sustituían en las noches de cocción del horno. Su cuerpo no le daba para más, y el pobre viejo buscaba el calor de la vivienda, removiendo brasas junto a su mujer —Juana— y sus hijas, que correteaban por el corral.

La vida en el arrabal discurría en los corrales de vecinos. En uno de ellos vivían Alonso y su familia. La casa consistía en un gran patio central, de unas doce varas de largo y otras ocho de ancho, con un pozo en el centro y dependencias en las fachadas interiores que albergaban a ocho o nueve familias. La vivienda se resumía en una estancia grande escasamente dividida, donde se repartían todas las necesidades. La comida se preparaba en la lumbre de una especie de chimenea que calentaba el espacio. Había una ventana al exterior, junto a la que se reservaba un lugar para dar de cuerpo en una letrina, separada por un breve tabique del resto del recinto. Frente a la chimenea, se organizaban las camas en colchones rellenos de lana en el suelo, que se golpeaban cada jornada para alisarlos antes de dormir. En las noches de verano, a menudo trasladaban los lechos al patio, buscando alguna tímida brisa que aliviara el calor estival del sur. El mobiliario era escaso, un breve baúl donde Juana guardaba sus contadas pertenencias y algunos aderezos que utilizó en su boda —hacía ya más de treinta años—, los cuales custodiaba como un tesoro. Allí discurría la vida de la familia. Habían habilitado un *soberao* aprovechando el empalomado del tejado, donde guardaban mantas, alguna comida y los pocos reales que Alonso lograba reunir, los cuales, a menudo tenían que emplear en necesidades de la casa o el trabajo. Las

paredes encaladas señalaban algunas puntillas, que servían para colgar contados aperos y útiles de barro para la cocina; algunas cestas de mimbre, platos y cuencos de barro, completaban el sobrio conjunto.

En la trasera del corral, se encontraba el taller con el horno donde los olleros cocían sus piezas. Se hacía de noche, cumpliendo las normas de su gremio, para aliviar un poco el sopor del fuego que bullía por los respiraderos de aquel *zigurat* de barro, que guardaba en sus entrañas el trabajo de varias semanas. Alonso introducía aquella noche madera con ímpetu por la bocana del horno. Era un joven resuelto y discreto al que le gustaba hablar poco. Su vigoroso cuerpo, desnudo de cintura hacia arriba, permanecía sudado mientras metía carga por aquella puerta del averno, que luchaba por respirar exhalando bocanadas de humo amenazantes al exterior. Con el rictus serio, marcado por los pliegues del trabajo y el calor, parecía el Dios Vulcano trabajando en su fragua. Sus cabellos negros y rizados se empapaban en la sien, mientras largos ríos de sudor le resbalaban por la espalda. Ya había formado su propia familia y se había instalado en una humilde vivienda de un corral cercano al de su infancia, junto a su mujer y su hija pequeña. Llevaba las riendas del negocio familiar, trabajando a destajo. Era el orgullo de su padre, que se veía reflejado en él treinta años antes. Alonso tenía cinco años más que su hermano y, aunque compartían oficio, eran muy diferentes. Para el primogénito, el tiempo se saldaba a diario en el torno, amasando arcilla con los pies en una gran pila, de donde saldría hecha pellas para trabajarlas o cargando el horno para la cocción. Toda su existencia transcurría alrededor del barro. Cuando se ponía el sol, marchaba a su casa donde lo esperaba ansiosa su mujer. No necesitaba más, su mundo, como el de su padre, era su familia y su oficio. La llegada de su hija no hizo sino reforzar sus virtudes y su entrega al trabajo. El negocio no iba mal. El florecimiento de la ciudad facilitaba que hubiese compradores con buena bolsa, a los que gustaba adquirir ánforas, platos, botijos y otros utensilios. Además, a veces recibían encargos de tejas moriscas y baldosas. Durante el verano, aprovechando el buen tiempo —que ayuda a que el material se seque con rapidez y con menos roturas— se dedicaban a fabricar la mayor parte de la producción como hormigas laboriosas que aguardan con precaución el invierno. La mayor preocupación de Alonso no era el trabajo. Salvando las riadas que alguna vez le habían arruinado el taller y las frecuentes epidemias que asolaban el arrabal, vivían con decencia y no faltaba dinero para el alquiler ni para un plato caliente a la mesa. No, la mayor preocupación de Alonso era su hermano.

Cristóbal era muy diferente. Acababa de cumplir veintidós años y tenía la cabeza llena de pájaros. Siempre andaba cavilando ocurrencias que desbordaban su realidad. Aquel viejo arrabal era un muro demasiado alto para un muchacho barbilampiño que se negaba a ser un ollero más. “No voy a morirme porteando barro”, se decía a menudo, buscando estímulo en aquellos largos días encadenados de duro trabajo. Por las mañanas frecuentaba la orilla del río en busca de arcilla con el burro. Otras veces iba a por leña para la cocción y otras a por paja. El resto del tiempo lo empleaba en la alfarería, retirando piezas y ayudando a su hermano en las noches de horno. También era el encargado de acudir a la ciudad con la hornada ya cocida. Llevaba las alforjas del animal repletas de cacharros, para tratar de venderlos en las gradas de la catedral una o dos veces por semana. Algunas veces lo acompañaba su hermana Luisa, con la que jugaba por el camino. La niña lo adoraba. Le encantaba oír sus chascarrillos y ocurrencias, que eran todo un deleite para una chica de quince años. Lo miraba embelesada con sus profundos ojos verdes, siendo la única de sus hermanos vivos que había heredado la hermosa mirada de su madre.

Cristóbal era fuerte, pero bastante menos robusto y no tan alto como Alonso. Tenía los ojos

negros como su hermano, al igual que el pelo, pero este le caía lacio por la nuca. Sin embargo, era más apuesto, lo que unido a su elocuencia, le propiciaba notable éxito entre las jóvenes del arrabal. Su rutina diaria era la de cualquier mozo ollero. Si bien había pasado los veinte, no se le advertía inquietud por dominar el oficio como Alonso y no pasaba de ser un simple oficial. Su hermano, a menudo, trataba de arengarle con suavidad mientras Cristóbal esperaba a recoger las piezas frente a él, asido a una vieja tabla astillada donde colocaba las figuras que iban saliendo del torno.

—Fíjate, mozo —le reclamaba el mayor, mientras subía el barro hasta convertirlo en la boca de un cangilón para sacar agua—. Se aprieta con suavidad mientras sube. Luego coges la caña y alisas las bandas...

Alonso sabía que perdía el tiempo. Se sentía responsable de su hermano. Más ahora, que su padre era de menos ayuda. Era como si reencarnase a Héctor, buscando que Paris sentase la cabeza. Cristóbal ponía el alma en las cosas novedosas que no conocía, pero el oficio de ollero no estaba entre sus preferencias. Le gustaban más la pintura y la cerámica. Algunas tardes, al volver de la ciudad, frecuentaba con su burro la puerta de algunas cerámicas trianeras. Había visto azulejos esmaltados por la ciudad y quería aprender. Había oído hablar de Pisano, un italiano que llegó unas décadas atrás y montó un negocio floreciente en el arrabal, regentado luego por sus hijos. Hicieron cosas increíbles con los azulejos, y su arte se extendió a otros olleros de Triana. Pero las puertas de los talleres permanecían cerradas a curiosos.

Alonso se disponía a descargar otra pila de leña. El horno vociferaba fuego tratando de defenderse de aquellos troncos deshuesados. Era terco y duro, y no pedía relevos a menos que interviniese su soñador hermano.

—¿Sabes? Voy a aprender a leer —sentenció Cristóbal sin dejar de mirar el cielo tumbado en aquel saco, con las manos entrelazadas detrás de la nuca.

Su hermano continuaba metiendo leña con ahínco, sin reparar en las divagaciones. Las gotas de sudor le caían por la punta de la nariz, acompasadas con el sonido de la respiración agitada por el esfuerzo.

—¿Qué te parece? ¿Lo desapruebas? —inquirió el joven ante el silencio del Hércules.

—Haz lo que gustes, mientras no me falte arcilla ni madera en el taller —concluyó Alonso, que estaba bastante acostumbrado a los inventos que alumbraba la sesera de su aprendiz.

Cristóbal se incorporó de un salto, apartó suavemente al mayor de los cuernos de aquel monstruo y se quitó la ennegrecida camisa para relevarlo en la tarea, mientras cruzaban una breve sonrisa ante su última chuscada. Alonso se sentó, separándose con prudencia a ciertos metros de la boca de la caldera, buscando algo de brisa. Se había refrescado y limpiado la cara, y se disponía a devorar una hogaza de pan de Alcalá, junto a unos arenques que custodiaba en una cesta. Pensaba en la ocurrencia. Quizá no fuese tan mala idea. Podría poner algún letrero, en vez del viejo dibujo de la vasija que coronaba la entrada al viejo taller. Por otra parte, las ilustraciones eran la tónica habitual en las tiendas, dado que eran unos pocos escogidos los que dominaban el arte de descifrar letras, y huelga decir, que no solían vivir en arrabales. Pero podría ser útil para defenderse ante las sanguijuelas del cabildo, que a menudo venían pregonando nuevos impuestos y alcabalas, ante los que no cabía ni el pataleo, al no poder discutir el contenido del bando.

Los olleros, como otros artesanos, habían sufrido el azote de los recaudadores de la ciudad. Su padre contaba en ocasiones las veces que se había enfrentado a mayordomos del cabildo y al jurado de la collación a causa de cobros y normas nuevas que agobiaban el caudal del artesano y

frenaban su actividad. Las quejas del gremio de olleros caían en saco roto ante aquella Babilonia del quinientos, convertida en un dragón que amenazaba con tragarse todo lo que estuviese al alcance de sus fauces recaudadoras, en forma de burocracia, papeles y tributos. Una de las sanguijuelas más insignes —como gustaba llamarlos a Alonso padre—, era un tal Joseph Ruiz. Recaudador del cabildo natural de Utrera, era puntilloso y frívolo en su tarea, además de interesado. A menudo había que evitar soliviantarle, con la donación voluntaria de algunos cacharros de barro, que acariciaran su espíritu y calmasen su animosidad. Se paseaba por el taller como un rey en la corte. Con las manos a la espalda, sus ojillos recorrían el recinto buscando donde apoyar sus garras, mientras cuidaba de no rozar sus ropajes oscuros con la suciedad de aquella barrería. Su permanente mueca mantenía en vilo al viejo alfarero, que sin quitarse el delantal manchado de arcilla, a menudo lo seguía tratando de mantener la compostura.

El horno había dejado de humear al amanecer. El fuego de sus tripas se había tornado rubio, lo que indicaba que la cocción estaba lista. Mientras aquellos hermanos volvían hacia sus moradas para entregarse a los brazos de Morfeo, el arrabal cobraba vida, destapando una inmensa feria de sonidos, oficios y colores de piel. Gitanos, payos, negros, moriscos... todos se mezclaban por aquellas calles arenosas y polvorientas. Carros repletos, caballos y mulos de carga, que buscaban el puente de barcas en dirección a la puerta de Triana o la del Arenal, por donde conquistar la ciudad con sus mercancías. Otros muchos trabajaban en el puerto, y otros tantos buscaban fortuna entregándose a la picaresca.

Cristóbal entró en su corral. A aquella hora era ya un enjambre de niños correteando entre las faldas de las mujeres que acudían a la pila con sus ropas o a sacar agua del pozo. El patio tenía vida propia y él se había criado en aquel ambiente festivo y bullicioso. Todos los vecinos eran humildes; hortelanos, marineros, carpinteros o herradores eran algunas de las profesiones más frecuentes. La mayoría eran cristianos, dado que los moriscos gustaban de vivir juntos y separados del resto, con sus propias costumbres. Tampoco había judíos, ya que estaban obligados a vivir en barrios distintos. Moraban muchos gitanos, algo común en Triana, y algunos portugueses, cuyo linaje se había esparcido por Sevilla. Cristóbal estaba agotado. Se refrescó la cara con agua del pozo y entró en su casa sin reparar en los gritos que su hermana pequeña le regalaba confundida entre la chiquillería. La oscuridad del interior contrastaba con la luminosidad del corral. Solo un breve halo de luz se colaba por la ventana entreabierta al exterior. Sus ojos se cruzaron con los de su madre, que sonrió al verlo. Juana era una mujer de origen portugués. Su padre llegó a Sevilla buscando trabajo como albañil, atraído por la demanda de obreros en la ciudad. Era entonces muy pequeña, por lo que toda su vida transcurrió en Triana, como otros tantos forasteros que se instalaron en el arrabal. A pesar de pasar la cincuentena y tener el pelo blanco, conservaba una cierta belleza. Su tez morena se había llenado de arrugas en pocos años, posiblemente por la dureza de la vida, que se había cebado con ella. Sus hermosos ojos verdes habían visto morir a tres de sus hijos, dos varones y una hembra, todos en su infancia, debido a las diversas epidemias que asolaban el barrio con frecuencia. Además de los dos varones que trabajaban el barro, habían sobrevivido tres muchachas. La mayor, Juana, había enviudado con poco más de veinte años y había vuelto con su madre. Su marido era tonelero y había conseguido montar un humilde taller cerca de la puerta del Arenal. Vivían encima del mismo y contaba con varios aprendices. Las causas de su muerte no quedaron claras. Una noche al salir de una taberna cayó muerto con varias puñaladas. A Juana le hablaron de la Garduña, un grupo de maleantes famosos de la época, que asaltaban y robaban por toda la ciudad. Estaban organizados y cada uno tenía su propio papel; punteadores o guapos, que hacían

gala de su destreza con la navaja; los floreadores, con hábiles manos y los fuelles que se encargaban de transmitir información. Normalmente, eran las Ermitas —como llamaban a menudo a las tabernas—, el punto de encuentro de los malhechores, que marcaban una víctima, a la que luego seguían, amparándose en la oscuridad de la noche y finalmente asaltaban. Si se resistía a entregar la bolsa, a menudo significaba el fin de las desdichas mundanas para el infeliz. Juana cayó en una gran melancolía, acuciada por la falta de un hijo que consolara tan grande pérdida. Además, a pesar de que el gremio la ayudó con el sepelio y a sufragar otros costes, no aceptaba su inclusión como miembro, dado que sus reglas prohibían a las mujeres. Le ofrecieron casamiento con algún hombre del oficio, pero ella lo rechazó. Así, tuvo que malvender el taller, que en poco tiempo se había cargado de deudas. Embargada por la tristeza, acudía a diario a la iglesia de Santa Ana —donde su marido dispuso ser enterrado por nacer en la collación—, a rezar por su alma y ofrecerle misas. Al poco tiempo regresó al lado de su madre, buscando consuelo y la cercanía de su esposo, mientras guardaba un riguroso luto que le hacía no salir del corral y casi no emitir palabra.

Sus dos hermanas pequeñas, Luisa y la pequeña Isabel, que contaba con apenas once años, vivían felices y ajenas a los rigores del mundo en aquel populoso entorno. Los días para ellas pasaban entre el alborozo del patio de vecinos, en el que ayudaban a su madre con las faenas de la casa, al tiempo que ejercían su niñez entre juegos diarios, a menudo sorprendidos por la noche. Y en aquella, hacía fresco; los rayos de sol del mediodía alumbraban una primavera que presagiaba poca lluvia. Las sequías se encadenaban con demasiada asiduidad, mientras los campos sedientos reclamaban los aguaceros que no llegaban.

Cristóbal se había levantado a media tarde. Se aseó un poco en un barreño con agua, para limpiarse el hollín del horno que impregnaba su cuerpo y se puso la ropa que reservaba para los días que holgaba de trabajar. Una camisa blanca lisa y un jubón, junto a unas calzas, rematado con unas botas, componían su atuendo. Comió con prisa un poco de pan con tocino y una taza de caldo. Su madre arrimaba viandas a la mesa mientras lo observaba en un silencio apenas roto por el crepitar de las velas que rivalizaban con sus nerviosos pabilos, ondeando llamas que proyectaban sombras en la cal de las paredes, y que luchaban por sobrevivir en la penumbra de la casa. Juana administraba los alimentos con maestría, conocedora como era de las épocas de escasez, en las que comer algo caliente al día era una aventura. El pan era la base fundamental en el sustento de las familias humildes. Se podía conservar con decencia varias jornadas, bien guardado en tinajas. El aceite y el vino también eran muy preciados. Llegaban del Aljarafe y otras zonas próximas a través de las puertas y postigos que controlaban las arrobas que entraban. Las verduras de las huertas cercanas, la fruta y las legumbres estaban en el sustento de los agradecidos estómagos del arrabal. Los potajes y guisos frecuentaban las cazuelas, aunque clareaban en color y sabor durante las épocas de hambrunas, en las que hasta el pan escaseaba. El pescado se comía, pero menos, al igual que la carne, por la que había que pagar la blanca —un impuesto consistente en dos maravedíes de recargo por libra—, haciéndola menos común en la mesa de lo que debiera. En aquella época en casa de Juana se comía una o dos veces por semana sin muchos lujos en el banquete. Cerdos, gallinas o conejos eran los más frecuentes; era más difícil comer carne de caza, cosa reservada para algún acontecimiento especial, en los que se podía aventurar un cabrito, palominos o perdices. A menudo, el ingenio suplía la endeblez de la carne, aderezándola con cebollas y ensaladas, que hacían más agradable a la vista las famélicas piezas.

Tenía por costumbre no preguntar a sus hijos varones cuando salían, pero los años, le habían

otorgado una intuición infalible. Cuando Cristóbal alcanzó la puerta tras besarla en la mejilla, sabía que no planeaba ir muy lejos, dado que había rechazado el sayo. Probablemente buscaría a Sagrario. Salió del corral y se adentró en la calle, devorada ahora por la oscuridad de la noche, que esbozaba algunas luces pírricas provenientes de velas y candiles de algunas casas y tabernas. Dobló la esquina y se adentró en otro corral vecino, donde el silencio se había adueñado de un patio otrora bullicioso. Al poco apareció una muchacha de largo y rizado pelo negro que esperaba tras una ventana. Llegó junto al pozo, donde le aguardaba el joven con una sonrisa. Sagrario aminoró el paso mirando hacia el cielo, haciéndose la distraída, tratando de disimular su ansiedad por verle.

—¿Qué os trae por aquí, mozo? —dijo al fin la muchacha, mientras se esforzaba por mostrarse enfadada. Cristóbal la miraba divertido mientras ella jugueteaba con la punta del pie empujando una piedra en la que trataba de mantener su atención. Vestía una saya corta de lienzo y corpiño con mangas que se acuchillaban a la moda del momento. El escote llamado de barco prometía generosidad de atributos y buena salud.

—Estáis muy hermosa, Sagrario —dijo Cristóbal tratando de enfrentarle la mirada, mientras la joven la mantenía en sus chapines.

—Llevo tres días esperándote, rufián, y ahora vienes buscando consuelo en mi pecho —estalló al fin, clavando sus hermosos ojos color azabache en los de su pretendiente.

—Perdonadme, mi señora, el trabajo y la crudeza de la vida me alejan del placer de ver vuestro rostro, por el cual suspiro en cada empresa que inicio cada jornada, mientras mi torpe corazón, sufre por la ausencia. Ni la luz de esta luna, iguala el brillo de vuestra sonrisa —concluyó el mozo mientras le besaba la mano, seguro de lo acertado de sus artes.

Sagrario quedó desarmada, como lo demostraba su agitada respiración. Al poco, los dos amantes se perdieron por las traseras del corral, buscando intimidad en un granero cercano, que utilizaban a modo de alcoba.

—Ay, Cristóbal... —suspiraba la muchacha casi susurrando, mientras se entregaba al desenfreno del mozo, que recorría su hermoso cuerpo besándolo—. Mi padre no me permitirá salir mientras no formalicemos nuestra unión. Dice que una dama decente no puede hablarle a un caballero mientras no se bendiga en matrimonio. —La ausencia de respuesta dio paso a la respiración agitada y al placer durante largo rato. Los labios de los amantes se anudaban como los cabos de un barco. Las caricias del muchacho erizaban la piel de su amante, que abría levemente los labios para después morderlos. Ella se zafó y tomó la iniciativa. Con él entregado, se montó encima mientras se movía despacio con la respiración agitada. Se quitó con varios dedos la escasa ropa que le quedaba y mostró sus bonitos pechos, ante el extasiado amante que la miraba a los ojos. Los jóvenes acabaron sudorosos, exhaustos y abrazados, momento que aprovechó la moza para repetir la plática.

—Ni yo soy un caballero, ni vos sois una dama —respondió al fin, mientras jugueteaba con una brizna de paja por el acusado valle que se formaba en el pecho desnudo de la muchacha, en el que la luz de la luna que penetraba por una ventana del granero, jugueteaba esbozando claroscuros que aumentaban su lozanía.

Como otras tantas veces, ante las respuestas burlonas del joven, Sagrario se levantó enfadada y se marchó vistiéndose sobre la marcha.

—Ruego a Dios que llegue el día, en el que tu lengua de demonio pruebe el acero de una afilada daga, que acabe con vuestras mañas de bufón —concluyó mientras se marchaba a la carrera y Cristóbal quedaba bocarriba sonriente, sin atender a las maldiciones de su amante.

A los pocos días, el padre de la joven apareció por el taller de los Gómez. Se trataba de Basilio, un viejo zapatero del barrio que ansiaba el casamiento de la menor de sus hijas, con la que concluir el rosario de tratos que había formalizado con todos sus vástagos. Conocedor de los devaneos de ambos jóvenes, permitía a regañadientes el cortejo del ollero, esperando en cerrar pronto el casamiento de la moza, y afrontar con sosiego sus últimos días. Era común que los artesanos formalizasen casamientos entre ellos, buscando la garantía que les otorgaba una condición social parecida.

—A la paz de Dios, Alonso.

—Bien hallado seáis, Basilio —respondió el ollero tratando de disimular su desagrado, sabedor del motivo de la visita y de la terquedad que hacía gala el maestro zapatero—. ¿Qué os trae por mi humilde casa?

—Necesito un cangilón para la noria —respondió sin mucho empeño mientras elaboraba una bolita con un trozo de arcilla fresca.

—Podéis coger el que gustéis, detrás de vuesa merced hay un cesto lleno de varios tamaños.

El viejo zapatero se volvió sin mucho afán y empezó a remover piezas con quietud, mientras perfilaba su discurso.

—Pronto llegará la Cuaresma, Alonso. Creo que es el momento del año más apropiado para cerrar tratos, bajo el auspicio sagrado de Nuestro Señor Jesucristo. Y nosotros tenemos un acuerdo pendiente.

—La Cuaresma está para limpiar el espíritu, amigo Basilio, y no para cerrar tratos —respondió el ollero tratando de evadir el ariete que tenía en puertas.

—Y no hay mejor forma de limpiar el espíritu que ofreciendo a Dios la unión de dos jóvenes bajo el sagrado sacramento de la Iglesia.

—Ah, vuesa merced se refiere a los mozos —trató de restarle dramatismo—. No tengáis tanta prisa, el tiempo coloca las cosas en su sitio, y es enemigo de las carreras...

—El tiempo, el tiempo... —interrumpió molesto— es el que estamos perdiendo con vuesa merced, y con un hijo que muestra ligereza en el proceder y tibieza en sus deberes.

—Tenga vuesa merced por seguro —interpeló torciendo el gesto molesto—, que no será su padre quien lo obligue a forzar su voluntad antes de lo que es menester, cerrando dotes ni prebendas.

—Pues cuídese mucho, señor mío, de no agotar mi templanza. Ya que si al mozo le cuesta forzar su voluntad, no parece costarle tanto forzar otros menesteres. Y tenga por seguro, que no es por falta de ofertas por lo que vuelvo a vuestra puerta, que mi Sagrario es buena moza y no le faltan hombres de bien. Sino porque es de justicia mayor, que quien juguetea con un manjar debe pagar por él. ¿O acaso vuesa merced pellizca las uvas del frutero y no consiente llevárselas? Si así fuese, estaría faltando a la ley, y el que así obra, debe dar cuenta de ello —amenazó el ansioso zapatero, que harto de tanta demora, prefirió tensar la cuerda y mostrarse al corriente de todos los devaneos que traían los jóvenes.

El maestro zapatero se marchó airado, mostrando a las claras que no iba a permitir la situación por mucho más tiempo, mientras el taller hacía gala de un incómodo silencio signo de la preocupación con la que habían encajado la parrafada del zapatero.

—Cuando agarre al necio de mi hermano lo voy a rescatar de su idiotez a tortazos —rompió al fin Alonso hijo, que estampó un plato de barro recién hecho contra la pared—. Se cree el gallo del arrabal, cuantas veces le habré dicho que se cuide de enredarse con las mozas de por aquí. Pero es como las moscas a la miel...

—Templanza, muchacho —terció su padre, mientras trataba de sofocar una de las crisis de tos que le arreciaban—. Eso no es razón para que el tuercebotas del padre venga a amenazarme a mi casa. Tu hermano será un infeliz si da con sus huesos bajo su techo.

—Pero ya lo habéis oído, padre. Dará parte al alguacil o a saber a quién...

—Aguarda, hijo. Este es un perro ruidoso, tan amigo de enseñar colmillos como de pordiosear lisonjas. El pobre infeliz no ve más allá de unos chapines... no se atreverá a nada.

El recibimiento de Cristóbal en el taller a la mañana siguiente no fue el que el mozo habría esperado. La mirada de su hermano le hizo montar en guardia y parapetarse detrás de una tarea de ánforas sin cocer. Al poco, tuvo que retroceder y agacharse ante varias ráfagas de barro fresco que el Hércules le lanzaba entre improperios a su conducta. La llegada del padre alivió la situación del mozo, que sabía de la rudeza de su hermano mayor, llegando alguna vez incluso a meterle la cabeza en una pila de barro húmedo. Cargó el burro y el carro hasta las trancas a toda prisa, y al poco salió del taller como alma que lleva el diablo. Aquella mañana estaba de suerte, tocaba marchar a la Gran Babilonia a vender su cocción de aperos y cacharros. Era la parte del trabajo que más le gustaba, dado que podría respirar y empaparse del mundo exterior, algo reconfortante para un alma tan inquieta y soñadora como la suya. Tenía por costumbre acudir como otros tantos buhoneros a la iglesia de Santa Ana, a rogar por una vuelta sin contratiempos y abrigado con una buena pelota —como acostumbraban a llamar a la bolsa del dinero—. Santa Ana era la parroquia del arrabal. Era la tercera con más gente de Sevilla, tras la del Sagrario y el Salvador. También era el refugio de los trianeros durante las frecuentes crecidas del río, que dejaban al arrabal desguarnecido y muchas casas en ruinas, además de ser una de las más antiguas, como refleja una lápida que señala a Alfonso X el Sabio como el hacedor del templo en el siglo XIII en acción de gracias, tras encomendarse a santa Ana en virtud de una enfermedad de los ojos de la cual sanó.

Cristóbal amarró el burro frente a una de las puertas, la de la nave del evangelio, al cuidado de un mozuelo mulato que malvivía a la entrada de los templos, descalzo y desarrapado, mientras limosneaba a cambio de cuidar los animales y la carga. Hijo de un señor y una esclava doméstica, vivía abandonado a su ventura como tantos otros en la ciudad, buscando rapiña y la caridad de los piadosos. El mozo cruzó el pórtico ojival del templo, que estaba rematado con un gablete sobre el que lucía el escudo de Castilla en piedra. El interior, dominado por la nervadura gótica del techo, había ido tomando con el tiempo el gusto mudéjar por el ladrillo y la azulejería. Los transeúntes salían y entraban apurando el espacio entre las misas, cuando no se debía molestar. El joven se arrodilló ante el altar mayor, presidido por las imágenes en madera de la Virgen, santa Ana y el niño, a quien los viajeros y vendedores pedían ayuda cada jornada. Cristóbal rezaba al tiempo que se deleitaba con las pinturas del altar, cuya hechura pertenecía al maestro Pedro de Campaña unos años atrás y que versan sobre la vida de la Virgen María. Existía en la iglesia un viejo retablo de azulejos salido de los pinceles de Pisano. Era una lauda sepulcral con la efigie del difunto, Íñigo López, que atesoraba una leyenda por la cual la moza que diera patadas al azulejo encontraría marido. Cristóbal admiraba los azulejos lisos esmaltados, soñaba con aprender su técnica y recorría con su vista las pinceladas. Aquella mañana, absorto en la factura, tropezó con una joven que acudía a cumplir con la tradición. Al girarse, descubrió a Sagrario con un pañuelo en la cabeza. Esta, al percatarse, se ruborizó saliendo a la carrera y desoyendo los gritos del joven, que fue silenciado por un sacerdote que revestía con sahumerios de incienso el altar, preparando la misa, a la vez que camuflaba el fuerte hedor a descomposición existente en el templo. Los feligreses se enterraban en la cripta de las parroquias, y a menudo,

por el olor se conocía la fecha en la que había fenecido alguno.

Al poco reemprendió la marcha alcanzando el puente de barcas que separaba el arrabal de la gran urbe amurallada. El castillo de San Jorge limitaba con el margen izquierdo del río. Al muchacho siempre le dio mal augurio aquella fortaleza de la Inquisición y pasaba todo lo deprisa que podía. Había oído historias tremebundas sobre las prácticas del Santo Oficio y a veces alcanzaba a oír gritos a su paso, sin saber si eran reales o fruto de sus temores. Era una fortaleza vigía sobre el río, que siempre presentaba una pujante actividad de clérigos y laicos que entraban y salían del recinto. Y es que la parafernalia era considerable: inquisidores, fiscales, secretarios, alguaciles, escribanos y capellanes daban cuenta de las prácticas del Santo Oficio, al que todos temían como a la propia muerte. Cristóbal alcanzó la otra orilla por entre las irregulares tablas del puente, que crujían con las pisadas de los numerosos transeúntes. Seco y polvoriento, el Arenal era uno de los mejores indicadores del espacio prolongado de sequía en aquellas tierras exhaustas. Cruzó el triple vano almohade de la puerta de Triana —la más hermosa de toda Sevilla que se mantenía erecta aún, pese a los reveses que había sufrido la ciudad— entre los putrefactos muladares. Aquella urbe del quinientos era tan bulliciosa y hermosa como sucia. El paso por las calles era un constante rosario de boñigas de caballo y otras lindezas de vientre, junto a los enormes socavones que descarnaban el suelo, volviéndolo de tierra. El mozo se conocía de memoria los colores y olores de tan pintoresca paleta. Agarraba con fuerza siempre las riendas del jumento echando un ojo a la pequeña carreta donde llevaba la mercancía, por lo que pudiese pasar, dado que la ciudad mostraba ligereza de costumbres en las formas de ganarse la vida. Así como ligereza de ropas en las insignes rameras del Compás de la Mancebía en el tránsito de las puertas de Triana y el Arenal. A su paso salieron varias busconas de tan afamada institución, cosa a la que el mozo estaba muy acostumbrado. Recibió las caricias y lisonjas de las mujeres sin zafarse. Con las dos primeras seríamos generosos llamándolas mozas, dado que hacía mucho que habían perdido tal condición. La tercera, en cambio, estaba lejos aún de alcanzar ese grado de madurez.

—¿Dónde vas tan cargado, muchacho?... ¡Entra un rato que te vamos a aliviar la carga! —vociferaba una de las veteranas mientras enseñaba sus generosos pechos, ante las risotadas de las demás gallegas.

—¡Ven, hombretón!, muéstranos un portavelas, que estamos a oscuras aquí dentro —y prorrumpían en sonoras carcajadas mientras el mozo alfarero se alejaba sonriendo.

Aquella mañana había bastante revuelo por el centro de la ciudad. Muchos se encaminaban a la plaza de San Francisco, donde se celebraba un auto de fe, antes de los sagrados oficios eucarísticos. Ya sabía lo que eso significaba para los pobres diablos que fuesen acusados. En el nombre de Cristo, la Santa Inquisición martirizaría a los herejes que soportarían mofas, supuestos delitos e insultos, para ser ajusticiados finalmente. Todo revestido de rito y solemnidad en una gran tarima con una grada, donde los notables del Santo Oficio se movían como pez en el agua. Entre todos ellos destacaba la figura de fray Antonio de Morillo, insigne inquisidor de los dominicos de San Pablo, que poseía una mente enrevesada que descubría infieles a su alrededor donde nadie más los hallaba. Cristóbal se encaminó hacia la catedral, tratando de evitar el espectáculo anual, no sin toparse de frente en la calle de Génova con la *carroza triunfal*, donde cuatro hombres y una mujer, enjaulados y semidesnudos, transitaban demacrados y churretosos soportando improperios de la chusma que abarrotaba las calles, mientras lucían sambenitos estampados con la cruz de San Andrés y capirotos grotescos aludiendo a su condición de infieles. La calle era un hervidero de gente que se empujaba entre sí para conseguir las primeras filas. Los

procesados encajaban el desfile con el rostro inerte y la mirada baja, deseosos de que todo terminase rápido. El mozo, pensativo, no podía dejar de pensar en el parecido que tendría la escena con el recorrido de Jesucristo hacia el monte Calvario. Compungido, se adentró en el corazón de la gran Babilonia, que estaba marcado por el latido de la gran torre de Santa María, antiguo alminar de la mezquita mayor, de la que quedaba solo el patio de los Naranjos, al que se accedía por la puerta del Perdón, una hermosa ojiva de herradura decorada al modo andalusí. Las gradas de la catedral eran un hervidero de comerciantes y buhoneros, que competían en el vigor de sus cuerdas vocales, vociferando las excelencias de su género a los numerosos transeúntes sevillanos y forasteros que se arremolinaban en aquella posta. La subasta de esclavos era uno de los principales corrillos. Los mercaderes ofrecían negros y mulatos a partir de veinte ducados, en función de su corpulencia y edad. También había mujeres, que eran ofrecidas con tocamientos continuos que verificaran la firmeza del producto, y que se dedicaban a las tareas del hogar, que muy a menudo consistían además en contentar a su amo. Casi todos venían de África por la ruta de Portugal, hasta el punto que la ciudad era comparada con un tablero de ajedrez, debido a la gran cantidad de negros existentes.

—¿Quién se lleva esta pieza de Guinea? ¡Miren qué brazos para la carga diaria! —chillaba un sudoroso mercader mientras sujetaba por la muñeca al pobre muchacho, que permanecía impávido como el mismo Cristo presentado al pueblo por Pilatos—. ¡Fíjense, tiene el mismo color que el demonio! ¡No me dirán que no vale al menos cien ducados! —insistía su mentor, mientras aireaba entre salivazos una putrefacta dentadura donde a duras penas se mantenían en pie tres piezas.

Cristóbal avanzaba con dificultad entre el gentío. Tejidos de seda y alfombras ofrecidas por comerciantes de diversa procedencia, donde abundaban alemanes, frenaban a los transeúntes. Verduras, cacharros, gallinas, caballos tirando de maltrechos carros que se atascaban en los socavones... formaban un aquelarre de los sentidos donde había que avivar el ingenio y el cuidado de no vaciar el carro sin llenar la pelota.

Al doblar la esquina, la hermosa torre floreció por completo ante sus ojos. Le vinieron a la memoria las palabras con que su padre le martilleaba desde antaño: “No te embeleses con las piedras, que si bellas te parecen más bello es llegar a tu casa con la bolsa llena”. Alonso, conocedor del alma inquieta que custodiaba su hijo, le apremiaba con frecuencia para calmar la suya. Se colocó en la parte final de las gradas, frente a varios tahúres que estaban desplumando a algún que otro infeliz y comenzó a vociferar la mercancía. El día acarreaba buenos presagios, dada la cantidad de gente que revoloteaba en aquellas fechas previas a la Cuaresma, en cuyos días sagrados el comercio se paraba por recato. Las ollas, los cuencos y los cangilones se vendían con rapidez. Al rato, se había desprendido de casi toda la carga, mientras el tahúr acababa de dejar sin blanca a un joven soldado, que aprovechaba los últimos días de permiso antes de embarcar, y en cuyo rostro lívido y sudoroso se apreciaba la congoja del trance. El secreto no era más que un garbanzo y tres vasitos de barro que lo ocultaban a velocidad endiablada a los ojos del público. Este caía a menudo presa de la avaricia al contemplar cómo el señuelo cómplice que les precedía amasaba maravedíes con suma facilidad. Antes del mediodía, el carro y las alforjas del burro languidecían a los ojos del satisfecho joven, que decidió entrar en la catedral a dar gracias por la buena venta.

La gran torre mora había sido rematada escasamente dos años atrás con un hermoso cuerpo de campanas al hilo de la contrarreforma salida de Trento. Era toda una alegoría de la fe, donde imperaba un proverbio bíblico dividido en sus cuatro caras, que se resumía en “Turris /

Fortissima / Nomen Dni. / Proverb. 18”, lo que viene a decir: torre fortísima es el nombre del Señor (Proverbios, 18). Al pasar la base de la torre, de ladrillo recubierta de almagra, nos enfrentábamos a la piedra clara del Puerto de Santa María, utilizada en el armazón gótico del templo y los nuevos acabados en el estilo proveniente de Italia, que mostraba una sucesión de pórticos nervados con hermosos tímpanos que anunciaban escenas de la vida de Cristo y la Virgen esculpidos como temas centrales. La altura era colosal. Cristóbal observaba sus muros como si fuese la primera vez que se enfrentase a ellos. El cabildo había colocado cadenas sostenidas entre columnas para evitar que los mercaderes se refugiaran en el templo los días de lluvia y manchasen la fachada exterior. Dejó el burro amarrado a una columna, al cuidado de un churreto y harapiento mozo que no levantaba unas cuartas del suelo y recibió el encargo con gran júbilo y exhortaciones alusivas a su buen oficio en aquellas lides, a cambio de una *blanca*, y se adentró en el interior, aprovechando un resquicio de misas y parafernalias de rezos entre horas, para disfrutar en silencio de aquella mole gótica.

El templo, rematado por la cabecera en la Capilla Real —que aún estaba inacabada— donde se guardaría escasos años más tarde la imagen en madera de la Virgen de los Reyes, cuya labor intercesora con las lluvias estaba fuera de duda entre los fieles devotos de la ciudad. Estaba en la fase decorativa. Maestros tallistas y pintores importados de diversos rincones dotaban al edificio de las nuevas formas germinadas en Italia, y que se plasmaban en aquella gran urbe.

El gigantesco rosetón permitía veladuras que formaban un pasillo en el frío barro del suelo, que era lo único irregular que guardaba el templo. El mozo siempre se preguntaba lo mismo allí dentro, el hecho de que la mano del hombre pudiese alzar aquella proeza sobre sus pies. El retablo mayor se estaba rematando por entonces en su parte lateral. Había oído hablar de Vázquez “el Viejo”, autor de los relieves de la gran torre y que también participaba en el retablo. Junto a varios ayudantes de su taller, ensamblaban algunas piezas de madera a golpe de martillo, cuya estridencia se perdía por los inacabables pilares nervados que separaban las naves. Con gesto recio, el maestro se acariciaba la barba ya plateada, mientras observaba la evolución del trabajo con más gestos que palabras. Era un hidalgo castellano de cuerpo menudo y mediana estatura, que se había afincado en la ciudad donde había cobrado prestigio por la buena hechura de su gubia. Pero no era el único artista que trabajaba en el gran templo: el maestro sevillano Luis de Vargas también se afanaba en la decoración de la catedral. De sus pinceles había salido un retablo dedicado a la Natividad que lucía en los pies del templo, y posteriormente una alegoría de la Inmaculada en la nave de la epístola, que se conocía como la “gamba”. Cuentan las malas lenguas que el nombre deriva del desconsuelo que tuvo un pintor italiano al ver la factura del cuadro. Cuentan que se dirigió al maestro sevillano y le aseveró que su gamba de Adán —pierna en italiano— ya era mejor que cualquier cosa que él mismo pudiese pintar. Y dicho esto, tornó a su patria abandonando los pinceles.

La techumbre de la nave central quedaba afeada por los innumerables sambenitos que colgaban en el centro de la catedral. Era costumbre mostrar a los fieles copia de la última “túnica” que vestían los condenados antes de dejar este mundo. En cada pieza aparecía el nombre de su portador y el dibujo de unas llamas, signo inequívoco de la penitencia purificadora que experimentó en el cadalso. En algunos casos eran reconciliados y perdonados, y solo aparecía expuesta la cruz de San Andrés en el rudo tejido que habían portado. La ciudad estaba inmersa aquellos años en una vorágine de terror inquisitorial. A la tradición de haber sido la primera gran sede del Santo Oficio del reino, en la lucha contra los falsos conversos, había que sumar el grave giro de los acontecimientos. El Concilio de Trento, había desatado el acoso a los nuevos

enemigos de la Iglesia: los protestantes. La labor contrarreformista, esgrimía sus razones con el ariete de la Inquisición como paladín de la defensa del catolicismo. Nadie estaba libre. Las denuncias iban en aumento y los detenidos también. Para colmo de males, la revuelta de las Alpujarras significaba la llegada paulatina de moriscos a Sevilla.

Cristóbal volvía satisfecho para Triana. Había vendido casi toda la carga, y pensaba en la satisfacción de su padre y su hermano, lo que ayudaría a templar un poco los ánimos. Volvió dejando atrás la calle de Génova, donde los ricos comerciantes judíos ondeaban la bandera de la prosperidad, y se adentró hacia el Arenal de nuevo por las calles del centro de la ciudad. El carro brincaba como un saltamontes entre los agujeros que aireaban el tímido asfaltado de adoquines, más clareado a cada paso en dirección al río. El bullicio era notable. La actividad del puerto se trasladaba murallas adentro debido a las necesidades de mantenimiento y arreglo de los barcos. Así, el gremio de toneleros y el de carreteros ocupaban calles enteras del barrio para atender a la demanda del puerto y de las Reales Atarazanas, donde se construían barcos para la Armada. Junto a esta, la hermandad de la Caridad se erigía en la orilla del Guadalquivir para recoger a los ahogados que nadie reclamaba, y darles sepelio cristiano.

Todo giraba en torno al gran río y la pléyade de almas que atraía como abejas a la miel; el trabajo, los burdeles, que reinaban en las horas de asueto por la tarde, y que tenían a marinos y viajeros como piezas codiciadas; la religión que calmaba la ansiedad de espíritu... y los muladares, que calmaban la ansiedad de vientre. Cristóbal rodeó el monte Malbaratillo, una montonera de mierda infecta, donde se acumulaban todos los desechos y sobras diversas, que aireaba un hedor que atraía ratas y enfermedades.

Alcanzó el exterior y cruzó el Baratillo, el mercado del Arenal donde se podía encontrar de todo, desde ropajes para marineros, aderezos, muebles, pelucas, incluso hierbas milagrosas diversas, capaces de sanar el espíritu afligido y los vientres ahuecados. El puente de barcas se mostraba despejado aún a aquella hora. Las campanas de Santa Ana susurraban el mediodía al otro lado del río, mientras el crepitar de las tablas acompasaba el paso del muchacho, que observaba la quietud de las aguas. A mitad de aquel agitado puente se encontraban departiendo tres hombres. Conforme se acercaba, observó con detenimiento que la conversación no era tan animosa como él aventuraba. Uno de ellos, el que más vociferaba, mostró una reluciente daga cuyo brillo delataba la pujanza de los rayos de sol. Cristóbal se detuvo un instante, con gesto inequívoco de prudencia. Sin embargo, en su espíritu animoso no anidaba ninguna brizna de cobardía y decidió intervenir de alguna forma, improvisando sobre la marcha. La disputa se tornaba desagradable, eran dos asaltantes contra un caballero indefenso al que sujetaban con malas artes a punta de navaja, con medio cuerpo descollado por la borda de aquel paso de madera. El corazón del muchacho se aceleró, pero tratando de mostrar aplomo se dirigió a los asaltantes cuando estaba a escasos pies del suceso.

—Dejen vuestras mercedes a ese gentil donde lo hallaron —afirmó el mozo soltando el burro y asiéndose la cintura con determinación—. Los dos punteadores aflojaron las riendas de su presa y prestaron atención, sorprendidos por la gallardía del mozo alfarero.

—Esto tiene su gracia —dijo el más gordo de los dos, que rio con descaro mientras mostraba los rescoldos de una boca desdentada y desagradable. Se echó la capa hacia atrás con lentitud y se acercó varios pasos al joven, mientras su acompañante sostenía amenazante a su hombre.

—A ver si sois tan gallo para demostrar con destreza lo que vuestra boca anuncia con tanta ligereza —sentenció mientras acariciaba la hoja de su navaja por las dos caras como un barbero, dispuesto a desollarlo como un marrano.

Cristóbal se asió con las dos manos a un bulto que emergió en su cadera derecha, que permanecía tapado tras su capa, y que hizo palidecer a los asaltantes.

—¡Tie, tie... tiene un arcabuz de esos! —informó el otro con los ojos desencajados, en los que afloraba un bizqueo notable.

—¿Qué tenéis ahí, muchacho?... ¿Desde cuándo un mozo de carga lleva armas tan sublimes? —dijo el gordo mientras avanzaba lentamente hacia su presa, no sin mostrar una pastosa sudoración que hacía brillar su tez como una sardina.

—Como deis un paso más, pronto veré la otra orilla por entre vuestras tripas...

—¡Lobillo, ten *cuidao* que te rebana! —apuntó el bizco, que había bajado un poco la guardia, momento que aprovechó el caballero para zafarse y arrebatarse el cuchillo. Con gesto hábil repelió el ataque del ladrón y le marcó la cara desde la oreja a la boca, haciendo que el desgraciado profiriera un grito cual cerdo desangrándose, y emprendiera la fuga a la carrera. El otro, dubitativo al verse en inferioridad, acabó por tomar la misma dirección, no sin antes emitir varias blasfemias ininteligibles.

Cristóbal respiró profundamente y destapó su engaño: un enorme portavelas de altar que ocultaba bajo el manto a modo de escopeta, y que había cumplido su cometido con creces. El caballero se acercó a Cristóbal sonriendo.

—Me gustaría conocer el nombre del ángel de la guarda que ha sacado mis barbas del lodo —dijo el caballero que al acercarse mostró una mayor juventud que la que concedía la lejanía.

—Mi nombre es Cristóbal Gómez, hijo de Alonso Gómez, ollero de Triana.

—Es para mí doble satisfacción oírlo. Sepa vuesa merced que también me llamo Cristóbal y de igual modo me dedico al arte de la cerámica —añadió sonriente mientras se quitaba el sombrero cortésmente a modo de saludo, añadiendo un grácil ademán.

El mozo lo observaba sorprendido. Iba elegantemente vestido de negro, desde el jubón a las calzas. Solo un cuello blanco de gorguera y una pluma del mismo color en el sombrero de fieltro marcaban una nota de claridad en su indumentaria. Tendría unos cuarenta, pero solo delatado porque en su barba parda afloraban algunas canas, ya que mantenía un cuerpo nervudo, fruto del trabajo sin duda.

—Soy Cristóbal de Augusta, maestro azulejero. Me gustaría conocer de vuesa merced el modo de mostraros mi gratitud. Sois muy valiente al jugaros el gaznate por un extraño, algo poco habitual por estos lares. —Cristóbal había dejado de escuchar cuando pronunció la profesión, y de seguido, no sin antes balbucear, solicitó su recompensa:

—Perdóneme si os parezco insolente o atrevido. Voto a Dios para que me fulmine si no es verdad que os auxilié por ser lo justo que debe hacer un hombre que sea digno de ser llamado así. Que en mi casa nunca faltaron estrecheces, pero siempre sobró decencia, y sepa vuesa merced que es la divina providencia la que me trajo frente a vos, que estas cosas no pasan por azar...

—¿Necesitáis cuartos que os abriguen? —interrumpió el caballero.

—No es esa mi intención —corrigió el mozo de seguido—. Lo que mis torpes palabras quisieran explicaros, es que el ansia que turba mi corazón es conocer el oficio de azulejero, cuyos pinceles permanecen vedados a estos ojos que se han de comer la tierra.

—No se hable más. Las puertas de mi taller están abiertas para vos, y no he de errar mucho en la decisión, si en el trabajo resultáis la mitad de lúcido que os habéis mostrado hoy en el puente —sentenció el maestro pintor con severidad.

Entre Apolo y Venus

La fugacidad de los días imperaba en el arrabal trianero, donde la vorágine de la vida latía sin tiempo para el reposo. Los fríos quedaron aparcados definitivamente, mientras la primavera se instalaba en ambas orillas del Guadalquivir. Las brumas dieron paso a las calimas, que iban de la mano del calor y la sequedad.

Cristóbal era dichoso. Hacía mucho que no se sentía tan bien. Probablemente desde sus años de niñez, donde correteaba sin cargas ni preocupaciones por el patio de su vecindad, jugando a ser un pirata o un marino con su espada de madera, mientras desafiaba al cielo de Sevilla con cómicos ademanes que provocaban la sonrisa de su madre al verlo corretear mientras ejercía sus labores diarias. La entrada en el taller de Augusta colmaba sus aspiraciones y se notaba en su carácter. Se había vuelto más responsable y hasta su hermano, que había encajado el aprendizaje en corral ajeno como una nueva necesidad, reconocía su presteza en el trabajo, desconocida hasta entonces. El mozo aguardaba las horas de la tarde con ansia, para acudir al enclave azulejero. El taller de Augusta era próspero, los encargos eran abundantes, por lo que se servía de la ayuda de un nutrido grupo de aprendices y oficiales, como marcaban las ordenanzas del gremio. A pesar de su edad, a Cristóbal no le importaba ejercer labores de aprendiz, dado que se sentía cual esponja dispuesta a absorberlo todo. Escenas de la pasión de Cristo en retablos de azulejos, grecas renacentistas a la *maniera* italiana, zócalos, santos diversos para conventos... Toda una amalgama de temáticas, que abundaban en tableros de madera apoyados en las paredes, donde se colocaban los azulejos bañados en esmalte blanco sobre los que se pintaban las escenas. Solo los oficiales ayudaban al maestro en los trabajos artísticos, que requerían un dominio de la pintura. Los aprendices abastecían de materiales, buscando piedras diversas para los colores en el campo o limpiando piezas. Los más resueltos, pintaban azulejos de arista, los cuales llevaban el dibujo marcado en relieve con un molde, y no requerían más pericia que la de rellenar los campos de color.

El maestro había aprendido el oficio de su suegro, Roque Hernández, que a su vez había bebido de las técnicas que introdujeran en Triana extranjeros como Niculoso Pisano, que inició la cerámica lisa. El uso de los azulejos se generalizó en las viviendas nobles y templos, sobre todo en zócalos, que batallaban con la humedad sevillana que agrietaba y rezumaba las paredes encaladas. En pocas semanas, el ollero manejaba los de arista a la perfección y su destreza le hizo aprender las técnicas pictóricas con celeridad, para satisfacción del maestro, que pronto le cogió cariño.

Aquella noche, Cristóbal salió del taller agotado. Había quedado con Sagrario, pero hizo una parada en una taberna para calmar la sed que le acosaba. El jolgorio del interior era la tónica en

Triana, donde el vino del Aljarafe resultaba balsámico contra la timidez y la melancolía, mientras el carácter populoso de aquellas gentes hacía el resto. Se sentó en un taburete junto a unos toneles, mientras observaba el panorama. Gitanos, mulatos, portugueses y otros formaban una paleta pintoresca de razas y colores. Varias mujeres gitanas hacían las delicias de los alborotados varones, bailando encima de unas tablas. Era la zarabanda, un baile popular muy famoso en el que se saltaba y se contorneaba de forma sugerente a ritmo de guitarras, panderetas y castañuelas, enardeciendo el instinto viril, desatando la impudicia de los espectadores, que entre gritos y carcajadas manoseaban a las bailarinas, que a menudo acababan bailando con los pechos al aire. La lujuria impregnaba el aire de aquella ermita, probablemente por lo que guardaban en común. Solo en los templos sagrados y en los templos del pecado había tantas velas repartidas por la estancia. Una de ellas se acercó al joven sin dejar de bailotear entre la feligresía. Llevaba una falda larga que volaba con donaire, y una camisa blanca abierta por el escote, que ofreció en todo su esplendor al acercarse al mozo. Se apoyó con las dos manos en su mesa inclinándose hacia delante, desplegando una maliciosa sonrisa que lo invitaba a bailar. La luz de las velas sorprendió una preciosa tez morena y un hilo de sudor que acariciaba el pecho de la joven, buscando la desembocadura entre aquellos dos hermosos senos que se adivinaban tras una ligera camisa. Cristóbal respondió con una breve sonrisa a los arrumacos de la joven, que se había sentado en sus rodillas mientras le desprendía del vaso de vino acariciándole los dedos. Tomó un sorbo sin dejar de mirarle a los ojos, dejando escapar un poco por la comisura de los labios. En otro tiempo, aquella explosión de lozanía hubiese bastado para visitar las traseras de algún establo, pero el joven se mostró cortés, y se conformó con besarle la mano, mientras la muchacha se levantaba acariciándole un mechón de pelo a modo de despedida.

La Semana Santa llegó. Cristóbal no se había separado de Sagrario. Acudió con ella a los oficios litúrgicos y al viacrucis del humilladero de la Cruz del Campo, que partía de la Casa Pilatos, como había dispuesto el primer marqués de Tarifa. Se rezaban tantos avemarías como pasos diera Jesús hacia el Calvario, ya que supuestamente, la distancia era la misma. Se celebraba los viernes de Cuaresma con una ingente procesión de flagelantes, que descarnaban sus lomos desnudos a base de latigazos. Hermanos de sangre y hermanos de luz, que alumbraban el camino hacia las afueras de la ciudad. Por aquel tiempo se creaban hermandades en los barrios ligadas a los oficios. Así, la de la Esperanza tenía su sede en Santa Ana, y fue fundada por los ceramistas, que nutrían su nómina de fieles.

Sagrario no podía ser más dichosa. Paseaba por las calles, con el recato que mandaba el tiempo sagrado, del brazo de Cristóbal. Por primera vez lo sentía suyo enteramente, incluso lo había oído hablar del futuro y de hijos. Para cualquier mujer de la plebe aquello era música celestial que colmaba sus aspiraciones. Se entregaba al amor con su hombre en su rudimentaria alcoba de paja, como una yegua desatada. Las peleas dieron paso a las sonrisas y a los suspiros bajo la luz de la luna, que se colaba por la tibia techumbre, y, de ahí, a hablar de boda...

A la mañana siguiente, Cristóbal se levantó cansado. Las intensas jornadas en sus dos ocupaciones le hacían mella y se acostaba exhausto. Su madre lo despertó acariciándole sus ya largos cabellos, que lucían aderezados con un breve bigote y perilla, al modo del maestro Augusta, al que idolatraba y veía como paradigma a imitar en todo. Fue este quien le aconsejó mesura en el trabajo y en la vida, pues para llegar a ser un gran artista no era menos importante gozar de limpieza y tranquilidad de espíritu, alejando las tibiezas y la indecisión. Se giró lentamente encogiendo los ojos, topándose con la hermosa mirada verde y almendrada de su madre, que sostenía una vela en la mano. El joven se incorporó, la besó en la frente, se vistió

sobre la marcha y se encaminó hacia la alfarería a toda prisa, ya que tocaba ir a la gran ciudad. En un corto espacio de tiempo, tuvo la carga lista y se puso en camino hacia el puente de barcas. Cruzó el triple vano almohade que formaba la puerta de Triana, el cual, sería sustituido escasos años más tarde por otro de estilo renacentista. La gran urbe bullía como un cocido. El Arenal rebosaba de comerciantes y cargadores, y entre ellos se adentró buscando la catedral más aprisa que de costumbre, cosa que delataban los brincos que daba el carro al tomar con prisa los enormes socavones que salpicaban las calles del centro. Cruzó un mar de voces y gallinas, que platicaban a coro en jaulas amontonadas entre el estiércol humeante que coloreaba las gradas del gran templo. Se colocó junto a una columna encadenada, que impedía el paso a los comerciantes, y desenganchó el carro colocando la trasera del mismo a salvo de manos hábiles por detrás de la cadena. La gente transitaba despacio, formando corrillos en los puestos, en los que las voces se entremezclaban mientras se pregonaban las excelencias del producto. Cristóbal era poco hablador, se sentaba en un taburete, delante de una vieja mesa de madera apolillada, donde mostraba un surtido de piezas, mientras el resto de la carga descansaba en cestos de mimbre. De cuando en cuando se levantaba a atender a algún marchante que se interesaba por el precio de un botijo, de los cangilones o de los numerosos tipos de cuencos. Y en estas lides estaba enfangado, cuando la vio aparecer...

De repente, en medio de la multitud, como salida de un cuento medieval, emergió una bellísima muchacha, en cuya estampa, los méritos de cuna rivalizaban con los otorgados por la naturaleza. Cristóbal se quedó boquiabierto. Clavó su mirada en aquel bello escorzo, digno del propio Botticelli. La joven, que paseaba con una oronda dama de compañía, tenía los cabellos dorados y la piel de nácar. La rojez de sus labios y el azul de sus hermosos ojos eran la única nota de color en aquella carita de porcelana. Su cuerpo se adivinaba esbelto y delgado a pesar de lo recargado de la vestimenta, propia de una dama de alta alcurnia. Lucía un vestido largo con verdugado en tonos dorados, y mangas voluminosas que se acuchillaban en los antebrazos. El escote recto antecedió a una rica camisa marfil alechugada en el cuello, sobre el que lucía un bello collar de perlas y un llamativo broche. El peinado era muy elaborado; jugaba con trenzas menudas que abrazaban el pelo recogido detrás, dejando libre un precioso cuello de cisne, donde se agitaban nerviosas sendas perlas a modo de zarcillos. Paseaba ociosa, contorneándose ligeramente como quien tararea una canción; se iba parando en los puestos y curioseaba mientras la dama la seguía a escasos metros como el cancerbero del averno. Se la veía alegre y hablaba con los buhoneros, mientras su acompañante trataba en vano de disuadirla de iniciar conversaciones con extraños. Cristóbal la seguía con la mirada. En su vida había visto una criatura tan hermosa. A pesar de sus devaneos en el arrabal y sus frecuentes conquistas, no conseguía recordar unas gracias parecidas. La buena Sagrario —se decía—, es hembra de raza y belleza natural, pero sus rasgos morenos son propios de las mujeres del sur. ¿De dónde había salido este ángel pálido que encarnaba a la propia Venus?

La joven llegó junto al mozo alfarero sin percatarse de la ardorosa mirada que la recorría. Se interesó por unas piezas vidriadas en color miel que se repetían en un serón descosido por la brega. Sin levantar la vista mientras curioseaba, preguntó al vacío por un incensario muy trabajado, con incisiones formando estrellas.

—Es suyo. Permita vuesa merced que se lo regale —dijo el muchacho con su aterciopelada voz, adornada con una breve sonrisa de experto en adulaciones amorosas.

La joven levantó despacio la mirada con sorpresa y reparó en que detrás de aquel puesto con vasijas había un atractivo joven de edad parecida a la suya que la miraba con detenimiento. Sin

dejarle abrir la boca, el mozo continuó su alegato.

—Es un intercambio. La pieza por el nombre de vuesa merced, a sabiendas de que salgo ganando con el trato —remató mientras ladeaba un poco la cabeza, expectante ante la reacción de la joven. Sin embargo, sería la dama de compañía la que interviniese primero, tratando de zanjar una conversación que no le hacía ninguna gracia.

—¡Gañán desvergonzado, pues no os atrevéis a dirigiros a mi señora, siendo un gandul de mala vida que no tiene donde caerse muerto!

Cristóbal encajó el ariete sin mover un músculo y sin apartar la mirada de la dama, que lo miraba incómoda y molesta a la vez, por el atrevimiento del mozo. Hizo un gesto a su nerviosa guardiana —que tendría el doble de edad y de volumen— para que se tranquilizase, y luego se giró lentamente hacia el muchacho.

—Vuestra insolencia es fiel reflejo de vuestra posición —dijo al fin, tratando de desarbolarlo con fingido enfado.

—Vuestra belleza en cambio, supera con creces vuestro linaje.

La joven enmudeció ante el atinado comentario, provocándole un cierto titubeo y rubor, que trató de disimular centrando su atención en tranquilizar y alejar a su sirvienta con otro ademán, para luego tornar al envite.

—Me sorprende vuestra elocuencia teniendo en cuenta...

—Teniendo en cuenta que soy un gañán desvergonzado, además de mozo alfarero que vende cacharros en las gradas de la catedral —concluyó Cristóbal sin dejarla terminar y provocando su sonrisa, haciéndole mostrar una inmaculada dentadura, flanqueada por dos gráciles hoyuelos que se formaban al reír.

—Da igual el trance, trabajar es innoble y es propio de las capas bajas. Mi preceptor dice que un caballero...

—Un caballero no se mide por su ocupación, sino por su valor y sus méritos. Y el que lo demuestra sin traerlo de la cuna, goza de más mérito aún a los ojos de Dios —interrumpió sin dejar un resquicio a la dama.

—Y vuesa merced goza de grandes gracias, supongo —dijo algo divertida.

—Mis gracias no se atisban detrás de una mesa vieja con vasijas donde vendo por las mañanas para ayudar en mi casa, sino en el uso de los pinceles por la tarde, en el taller de un gran maestro —repuso mostrando cierta arrogancia.

—¿Y qué pinta ese gran maestro?

—Pues sin ir más lejos, estamos decorando con azulejos algunas de las iglesias más importantes de la ciudad. Pero, no hablemos de mí... Vuesa merced aún no me ha regalado su nombre.

—No regalo mi nombre a extraños, y tampoco acepto tratos. Eso es propio de maleantes con malas artes, y buscadores de fortuna —contestó con tono jocoso.

—Ya me doy por satisfecho con oíros hablar. Vuestra melodía acariciará mis sentidos en la soledad de mis pensamientos —sentenció Cristóbal mirándola fijamente con su ojos negros, cerrando cualquier resquicio a lo burlesco.

La joven volvió a ruborizarse. Dejó el incensario melado en la mesa y se giró con gesto grácil para marcharse...

—Me llamo Cristóbal —apuntó el muchacho cuando la dama se marchaba, no sin antes ladear un poco la cabeza sin llegar a mirarlo, pero ofreciendo su largo y hermoso cuello de porcelana. Emprendió la marcha, mientras el joven la observaba alejarse como quien observa una

paloma en el cielo. Suspiró profundamente, mientras acariciaba el pequeño incensario que sus manos habían tocado. Se preguntaba cómo había sido tan necio para interesarse por tan alta dama. Era evidente que era inalcanzable para un infeliz de los arrabales como él. Sonriendo por su bisonñez, se puso a ordenar los cacharros dispersos por su vieja mesa, después de la tempestad de mirada azul y color de cielo.

—Azucena...

Cristóbal levantó despacio la mirada con verdadera sorpresa. Allí estaba Venus, plantada delante de él. Lo miró a los ojos, dejando escapar una brevísima sonrisa para reemprender la marcha casi a la carrera ahora.

El muchacho tardó en reaccionar. Jamás se había sentido tan desbordado ante una mujer. Estaba acostumbrado a llevar la iniciativa y manejar los tiempos. Aquello era nuevo para él. Trató de asimilar lo que había ocurrido, pero se sentía extraño. Tenía palpitaciones en el pecho que lo azoraban, y se puso a recoger la mercancía a toda prisa. No podía pensar, y no podía concentrarse en la venta. La buscó entre la gente pero ya no estaba. Por un momento pensó que no era real, y que todo se debía a su mente soñadora, que la había imaginado. Trató de convencerse mientras volvía hacia el puente de barcas, pero su mente se había agarrado con fuerza a un nombre: Azucena...

Entre dos orillas

Los días volvieron a su monotonía. El horno bullía con insistencia, hasta tornar rubias sus tripas. Las piezas en bizcocho se amontonaban en tablas hasta estar totalmente secas y pasar a la cocción. La arcilla se humedecía y se preparaba con mimo cada día, mientras la rueda de la vida giraba sin cesar. La primavera languidecía con las primeras calores, que hacían mella en el arrabal trianero. Los dos hermanos amasaban el barro en la pila. Descalzos, con los pies hundidos en la arcilla, pisaban sin descanso por toda la superficie para conseguir la textura adecuada. Luego extendían ceniza en un carro, donde depositaban los trozos que extraían con sus manos de la gran pila. Alonso abrazaba pellones inmensos que tatuaban su cuerpo de color verdoso para luego soltarlos con gran estruendo. Transportaban el carro de madera repleto de barro hasta el torno, donde lo amasaban en pellas más o menos cilíndricas para poder trabajarlas.

—¿Qué te ocurre, Cristóbal?

—¿Qué me habría de ocurrir? —respondió el mozo sin dejar de amasar el barro.

—Ja..., eso te valdría con cualquiera que no conociese tu mente calenturienta y soñadora. Apostaría mi alma a que el origen de esa turbación que hace que no pruebes bocado y tengas cara de ortiga tiene nombre de mujer.

Cristóbal guardó silencio. Era imposible engañar a su hermano, lo conocía demasiado bien, y estaba acostumbrado a sus devaneos. Pero ahora era distinto, jamás había sentido nada así por nadie y la historia era tan irreal como imposible. No podía contarle que llevaba dos noches sin dormir pensando en una joven noble con la que se había cruzado en las gradas de la catedral. Y menos ahora, que se había formalizado con Sagrario...

—Me preocupas, muchacho. Piensa que ya no eres un mozuelo saltarín que va de flor en flor. Tienes responsabilidades, y te has prometido a una moza del barrio, que es una mujer hermosa y te quiere. Si solo hay que verla... las veces que pasa por la puerta del taller para verte y arrancarte una sonrisa. Ten cuidado, hermano, no lo vayas a estropear y destroces la vida de los dos, hazme caso —concluyó el Hércules sin dejar de amasar pellas para el torno. Su discurso había perdido el tono de severidad habitual que usaba contra las tropelías del joven y denotaba ahora una suavidad que bien pudiera traducirse en temor por el devenir de aquella relación. El mozo asentía con devoción, pero ¿cómo podía explicarle lo que sentía? Era demasiado complicado. El corazón no entiende de sentido común, y el suyo menos que ninguno.

Cristóbal contó los días con desesperación para volver al centro. Hasta removía los cacharros al sol para que secasen rápido, y así poder cocerlos antes para tener la carga dispuesta. Alonso estaba francamente sorprendido. Difícilmente podía recordar una actitud más rara en su ayudante que la que mostraba aquellas jornadas. También en el taller de Augusta demostró proceder

poco habituales. Su ahínco en aprender estaba un poco adormilado esos días.

—Fíjate, muchacho, en lo que te dije... —le decía el maestro, que permanecía sentado frente a un caballete, apoyado en una vara que ayudaba a pintar manteniendo el pulso, mientras observaba un mural de azulejos—. El color del baño es tu aliado para encarar los cielos. Dejas sin pintar los espacios reservados a las nubes, y el resto lo trabajas a base de aguadas celestes, pintando de más claro a más oscuro —remarcaba el maestro, mientras manchaba de color con destreza el retablo que tenía delante, donde se adivinaba un bello edificio rodeado de árboles.

—¿Ves, Cristóbal, las nubes? —inquiría el maestro mientras buscaba de reojo un gesto asintiendo que no llegaba—. Mozo, yo estoy con las nubes, pero vuesa merced está mucho más arriba...

—Perdón, maestro, sí... las nubes.

—La mejor forma de igualar un cielo es contemplarlo mucho. Y tengo que decirte, muchacho, que no hay mejor manera de disfrutarlo, que acompañado de una dama —sentenció con un guiño al que prosiguió una leve sonrisa de sabio galán.

Cristóbal sabía de cielos. Se tendía bocarriba en la alfarería a contemplarlo a menudo. Siempre que hilvanaba ideas y amoríos gustaba de masticarlos bocarriba. Las enseñanzas de su maestro, sin embargo, le hacían ahora ahondar en los detalles, en el color de las puestas de sol, de las luces que irradiaban en los edificios, en la atmósfera del río; las nieblas, las brumas, la sombra... todo era objeto de estudio para el novel azulejero, que aprendía a gran velocidad.

Pasaron muchos días hasta volver a Sevilla. Lo hizo con ansia y resquemor a la vez. Tenía miedo de sentirse rechazado y su corazón por primera vez se sentía frágil ante una dama. En verdad él no era más que un osado miserable como bien había interpretado la elocuente acompañante. Sin embargo, la candidez y trivialidad de sus argumentos no lo harían desistir de encararla de nuevo. Era demasiado hermosa para que un espíritu lisonjero y audaz como el suyo se resistiese a ello. Se apostó en las gradas como siempre, mientras buscaba aquel rostro dibujado. Su respiración era profunda y agitada, apenas pregonaba vasijas. Era incapaz de concentrarse en ello y la bolsa lo notaba. Al cabo de unas horas, su esperanza empezó a languidecer a la par que los clientes. Aquella mañana no pasó ningún ángel. Recogió el puesto y volvió para Triana triste y con la mitad de la carga. Apenas un real de cuatro, que equivalía a un discreto puñado de maravedíes.

Aquella noche con Sagrario estaba más callado que de costumbre. Sin embargo, la locuacidad de la muchacha no concedía pie a ninguna sospecha. Hablaba sin cesar de la conveniencia de casarse en primavera y cómo su padre le había hablado de arrendar una casa en un patio cercano a la suya, para así asistirle mejor cuando Dios nuestro Señor les mandase descendencia. Jugaba con los ya largos cabellos de Cristóbal acurrucada en su pecho, mientras el pintor de losas escrutaba el cielo trianero, en el que se esbozaban algunas nubes blancas a modo de borrón difuso que manchaba la oscuridad. Pasaron muchas noches como aquella, en la quietud del arrabal con el sofoco del mayo florido, que adelantaba una torridez más propia del periodo estival.

Las jornadas de trabajo agotadoras se sucedían y llegaron las vísperas del Corpus Christi, día grande de la ciudad que se engalanaba con colgaduras de hierbas aromáticas que luchaban codo a codo con el hedor habitual de las calles. El cabildo se afanaba en allanar los baches que circundaban las calles por las que discurría la procesión con el Santísimo Sacramento; recogía el estiércol de los animales y rellenaba de arena los socavones para dignificar el tránsito del mismo Dios. En los tramos de soportales se colgaban guirnaldas decoradas con vides aludiendo a los

motivos eucarísticos y lazos con el color sacramental. Los días previos el ajetreo era mayúsculo. Las gradas rebosaban de público, la llegada de la flota de Indias no hacía sino incrementar el tránsito de viajeros desde el Arenal, bajo el intenso repique de campanas de la gran torre catedralicia.

Cristóbal se apostó junto a una columna. Un puñado de juncias tapizaba el suelo bajo su carro, sobre el que se revolcaba un pequeño chucho callejero, ajeno a la marabunta de gentiles. Dispuso el muestrario de vasijas sobre su vieja mesa y ató con fuerza el carro a la columna. La venta discurría a buen ritmo, había vaciado medio carro de cangilones, ollas, cuencos y útiles de cocina. Los curiosos revolvían piezas que él trataba de ordenar.

—Creo que vuesa merced me debe una pequeña pieza.

Cristóbal levantó la mirada despacio y se topó con la mirada de cielo de la Venus de Botticelli. Por un instante, solo pudo balbucear. Con una leve sonrisa, lo miraba divertida con la cabeza ligeramente ladeada, ofreciendo su largo cuello de cisne. Llevaba un vestido blanco de encajes, menos tapado que el anterior, luciendo un busto de marfil bajo un escote cuadrado, en el que lucía un collar de piedras engarzadas que remataban en una cruz. El pelo rubio caía desenfadado a mechones y se recogía en la testa parcialmente con un trabajado trenzado.

—Lo siento, no me había percatado de vuestra presencia —consiguió decir el mozo con voz trabajosa.

—Siento sobresaltaros —respondió la joven manteniendo la chanza y dibujando una ligera sonrisa burlona, propia de su edad—. Pero por casualidad os he visto —mintió— y he venido a cobrar vuestras rémoras. ¿O acaso habéis cambiado de parecer como el viento de abril?

—Mi señora, yo soy esclavo de mis palabras y siervo de las de vuesa merced... —acertó a decir mientras recuperaba la compostura y armaba sus mañas de galán.

Los jóvenes intercambiaron sonrisas mientras hablaban de banalidades. Sus miradas se cruzaban cada vez más, desatando un fuego vivaz entre los dos, difícil de explicar. Cristóbal le hablaba de la ciudad y su belleza, de la procesión del Corpus, de la cerámica... la muchacha escuchaba la mayor parte del tiempo, mientras revolvía con varios dedos entre los cacharros y jugueteaba con un mechón de su largo pelo rubio.

—Me place hablar con vuesa merced, pero debo irme o me regañarán —sentenció la joven, que hablaba con una placidez que habría tranquilizado al propio Vulcano.

—¿Qué fue del *cancerbero* que os guardaba? ¿Ha vuelto a las puertas del averno? Dijo el mozo presumiendo ante la joven de la instrucción que estaba adquiriendo de su maestro Augusta, que lo había enseñado a leer y a conocer pasajes clásicos de la mitología cristiana y profana, “algo muy útil”, defendía el maestro azulejero, “para poder abordar encargos refinados. Si eres un rufián sin conocimientos, por mucha destreza que muestres, tus obras serán huecas y carentes de sabiduría”—. ¿Acaso la habéis sanado del hechizo y vuelve a andar a cuatro patas hociqueando las esquinas? —concluyó con sorna.

La joven rio con insistencia.

—No seáis tan perverso. Se llama Francisca y es mi aya. La conozco desde que vine al mundo, ella vela por mí como una madre. La he mandado a comprar unas flores para mi alcoba y así evitar que te azotase —dijo riendo mientras se ruborizaba al percatarse de que había destapado su deseo de forzar el encuentro.

—Mi señora —tornó Cristóbal con rictus serio, tras un breve silencio en la conversación—, sé bien qué soy un hombre sin bolsa ni posición. Y aun a riesgo de parecer desvergonzado e insolente, quisiera mostraros mi deseo de volver a veros pronto. Mi alma quedó marcada desde

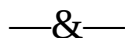
que os conocí y necesita de vuestra palabra, sabedor de que es lo único a lo que puede aspirar un artesano como yo.

Azucena bajó la mirada con la respiración agitada. Miraba hacia los lados buscando a su ama, que debía estar a punto de aparecer entre la plebe, sabedora como era de las intenciones de su joven custodia.

—Después del Corpus... a principios de la próxima semana —dijo sin mediar más palabras, desapareciendo entre la multitud.

Aquel mediodía, Cristóbal cruzó el puente de barcas flotando. El corazón le apretaba el pecho y suspiraba oteando los barcos que se acercaban al Arenal con la torre almohade como guardiana. El sol incidía en el río dibujando destellos plateados en sus tranquilas aguas. Entró en el arrabal buscando el taller y empezó a pensar en Sagrario... ¿Qué hacer? Su deber era estar a su lado y permanecer fiel, pero su corazón le pedía otra cosa. Se lamentaba de su destino, ese que le había puesto delante una tentación difícil de rechazar. Una tentación que amenazaba con rasgarle el alma a tiras. Decidió no pensar por el momento, al fin y al cabo era un amor imposible. Solo una utopía de difícil cura, una amistad con muros infranqueables para otras venturas más allá de la conversación amena a la luz del día. Era algo nuevo sin duda, para alguien que deshojaba flores bajo la luz de la luna de Triana. Sin embargo, se sentía tan atraído como una abeja a panal.

La procesión del Corpus discurría por los alrededores de la catedral en su custodia gótica, en una sofocante mañana que anunciaba un verano caluroso y prematuro. Todas las autoridades políticas y religiosas de la ciudad se aglomeraban junto al cortejo, en el día más importante de Sevilla. Un reguero de frailes y sacerdotes flanqueaban el Santísimo Sacramento, que hacía arrodillarse a las masas a su paso, en un suelo tapizado de juncias y otras hierbas olorosas. Un coro de niños cantaba con sus voces angelicales delante de Dios. La procesión no tenía fin. Precediendo la custodia discurrían carros o castillos donde se representaban escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, así como temas religiosos relacionados con Sevilla. Los gremios de la ciudad solían costear aquellos castillos temáticos, en los que participaban los artesanos, rivalizando en lustre y belleza. Adán y Eva, la Epifanía, El Juicio Final, el martirio de san Lorenzo y hasta la conversión de Constantino, desfilaban aquella mañana. Una tamborrada con gentiles disfrazados de moros flanqueaban el pendón del rey san Fernando, recreando la conquista de Sevilla por el rey santo, con la imagen de la Virgen de los Reyes pintada en otro estandarte. Además, numerosas danzas hacían las delicias de los sevillanos, con bailes como la tarasca, que eran muy populares por entonces. Gigantes como Goliath también tenían cabida en una procesión que aunaba lo profano y lo sagrado en la misma medida para engrandecer el día de la ciudad, en la que no cabía un alfiler. Las fachadas y los altares se engalanaban para honrar a Dios, se apostaban en las fachadas de la catedral y los numerosos templos que salpicaban aquella urbe, convertida en nexo entre el viejo y el nuevo mundo.



Las semanas devolvieron la normalidad a la ciudad, en la que la canícula se había instalado definitivamente. La sequedad tapizaba de tierra las calles, mientras el olor de los jardines luchaba a brazo partido con el hedor de las criptas en las iglesias y el de las boñigas en el viario. Hacía mucho tiempo que no llovía y el ambiente se resentía aún más en el periodo estival.

Cristóbal continuaba en su vorágine de trabajo y amoríos. Los días le acarreaban cada vez

más faena, aprovechando la bonanza del tiempo para los alfareros, que a menudo fabricaban el doble de piezas para tener retén antes de los primeros fríos y humedades. Mientras las ventas decaían en la ciudad —dado que el calor apretaba y muchos pudientes buscaban refresco en otros lares pasado el ciclo de festividades litúrgicas, que atenuaban tras el día de San Juan—, el mozo se veía más atado al taller y menos a los viajes al centro. Esto era algo que le disgustaba, ya que había empezado a ver Azucena con asiduidad, mientras acudía a vender a las gradas del gran templo. Su mal humor en la alfarería era palpable. Los roces con su hermano a causa del trabajo eran frecuentes, así como las alusiones a su vida licenciosa y su preferencia por la azulejería de Augusta. Algo evidente a todos, dado que el joven había desarrollado en un tiempo escaso una notable desenvoltura con los pinceles. Su maestro estaba muy satisfecho de la evolución, y le permitía participar en retablos importantes con temáticas abigarradas. Se había convertido en un brillante oficial de cerámica en unos meses, y el trabajo en la alfarería se tornaba en una losa pesada para quien manejaba los pinceles con destreza. Así, comenzó a darle vueltas a la idea de abandonar el taller familiar por las mañanas y centrarse de lleno en su pasión. De esta forma, también tendría más tiempo para sus otras devociones...

Sin embargo, la angustia lo embargaba. No era capaz de afrontar el tema, no quería herir a su hermano, aunque este conociese con certeza la inclinación del muchacho. Tampoco podía afrontar a su padre. ¿Y si eso lo fuese a entristecer? Había estado toda su vida entre el barro con la idea de que sus hijos lo sucedieran algún día al frente del taller. Su cabeza daba vueltas y vueltas al tema, sin emitir ningún pensamiento. Se limitaba a cumplir con su labor, abasteciendo al negocio de la arcilla que acarreaba junto al río y a transportar barro fresco y piezas dentro del taller. Pero una mañana, las cosas desembocaron a su cauce natural. Cristóbal estaba acarreando piezas que su hermano estaba elaborando en el torno. Eran cuencos pequeños que terminaba a gran velocidad. Con el cuerpo brillante por el sudor, Alonso daba medidos empujes a la rueda que hacía girar al torno del alfarero. Su pericia acarreaba premura en su ayudante, que tenía la doble tarea de arrimar pellas de barro para elaborar las piezas al tiempo que recogía las ya terminadas. En la mesa del maestro predominaba el material terminado sobre el presto para trabajarlo, por lo que el ayudante tenía incluso que correr para no frenar a su hermano. En una de estas idas y venidas, el boquinero —como se conocía al que suministraba y recogía las piezas— tropezó y cayó de bruces con su tabla de piezas frescas encima de una montonera de cacharros secos dispuestos para cocer. Al estruendo siguieron las voces del mayor, que no reparó en el accidente hasta verlo culminado.

—¡Maldito sea el demonio! ¡Pero si no estás en tu labor! ¡Todo el día cavilando bravuconadas y el daño lo pagan las piezas que nos han de alimentar!

Cristóbal recogía las piezas en silencio, mientras se dolía levemente de un costado, donde se había clavado la tabla que portaba, dejándole un breve rasguño ensangrentado.

—¡Seguro que con el azulejero, el señor Pisano no quiebra nada! —enfaticó, ironizando sobre la tarea de su hermano, que explotó sin poder aguantar más el envite.

—¡Se acabó! ¡Válgame el cielo que hasta aquí hemos llegado! ¡Que si he permanecido aquí ha sido por ayudarte, a pesar de que era una enorme carga para mí! ¡Pero te juro por los clavos de Cristo que no volverás a ver mi sombra por el taller! —concluyó gesticulando ampliamente.

—¡Eres un blasfemo y un desagradecido! —dijo el mayor subiendo el tono mientras se bajaba del torno con las venas del cuello hinchadas por la excitación—. Tu padre ha estado toda su vida manteniendo tu libertinaje, ¿y le pagas con esta moneda?

—¿Libertinaje? ¡Yo he estado toda mi miserable existencia arrimándote barro en el torno.

Buscándolo en la orilla de los ríos y dejándome los pies pelados camino del centro a vender —replicó mientras se acercaba a Alonso sudoroso y con los ojos llorosos.

—Claaaro —interrumpió el mayor en tono burlesco— vuesa merced es el que lleva el bocado de pan a la casa, al que tenemos que adorar por sus gracias. ¡Si eres un hombre y no has aprendido el oficio!

—¡Si no he aprendido el oficio ha sido porque me atraen más otros quehaceres, y no has de censurar mis gustos ni mis virtudes, que son mucho más meritorias que las tuyas!

—¡Eres un mal hijo que no respeta a su padre! —gritó Alonso que echaba salivazos por la boca.

—¡Pues todo para vos! ¡No quiero el taller, ni el trabajo ni el oficio!

Fue lo último que dijo. Alonso le propinó un fuerte puñetazo que lo mandó al suelo aturdido. Tras ello, el mayor trató de rectificar titubeante, en silencio, intentando levantarlo. Cristóbal lo apartó con un gesto despectivo. Se incorporó torpemente mientras mostraba la cara y el pelo lleno del fino polvo de la alfarería. Se recompuso, cruzó una breve mirada de cólera y se marchó del taller con la respiración agitada. Alonso lo llamaba. El sentimiento de culpa por el suceso fue en aumento en el noble ollero, que en vano trató de disculparse por lo ocurrido. La alusión despectiva a todo lo que llenaba la vida de Alonso fue demasiado provocadora para el buen alfarero, que derramó la cólera en su hermano, al que amaba tanto, como remordimientos le habían quedado tras la pelea. Habían discutido tantas veces... pero nunca llegaron a ese extremo tan lastimoso. Le aterraba la idea de no obtener su perdón.

Los días siguientes fueron un infierno para todos. Alonso pasaba las horas en silencio dándole vueltas al trance. Se sentía culpable por las cosas que le había dicho a su hermano. Lo había forzado hasta el extremo y había ridiculizado su trabajo de pintor azulejero, a pesar de saber cuánto le importaba. No debía haberle sacudido —se lamentaba—. Intentó buscarlo en casa de sus padres, pero Cristóbal forzaba las horas para no coincidir con nadie. Llegaba ya muy de noche, refugiado en tabernas, se encontraba menos con Sagrario que de costumbre. La pelea cambió el clima de la casa. Los dos ancianos rondaban tristes y poco habladores. Con bastante prudencia, trataban de no sacar el tema más de lo debido, por miedo a que el impulsivo joven abandonase también el hogar. Sus hermanas también estaban al corriente y mientras a Juana no se le notaba gran cosa, ya que ella hacía gala de infinita tristeza desde que enviudó, a Luisa e Isabel la situación les había caído encima como una tormenta de verano, sin esperar tal desventura. La pobre niña pequeña algunas noches lo buscaba en la cama, amparada en la oscuridad de la noche, y se abrazaba a su pecho.

Con Sagrario la cosa no iba mejor. La otrora radiante muchacha se encontraba ahora con frecuentes excusas que aludían al cansancio, más veces de lo normal. Las noches que la cortejaba, su rictus estaba ensombrecido. Al principio, lo achacaba a la ruptura con su hermano, pero a una mujer no se le puede pasar por alto mucho tiempo un asunto así. Ella notaba cómo la distancia entre los dos aumentaba. A veces le esquivaba caricias, otras muchas permanecía ensimismado mirando el cielo de Triana en su crepúsculo, buscando tonalidades nuevas para su paleta. Las conversaciones de boda habían desaparecido, aun cuando sus padres habían acordado nupcias para la siguiente primavera. A pesar de ello, la joven luchaba con todas sus fuerzas por mostrar una actitud cariñosa y cercana. Al principio no pensaba que el problema fuese otra mujer. El arrabal no era tan grande como para no haberse enterado de nada. Pero las lunas fueron pasando y la relación se había enfriado paulatinamente. Ya no sabía qué pensar ni qué decir, se había quedado más delgada, siendo el único signo que no podía disimular en casa del zapatero.

Aquella noche era una de tantas. Los grillos reinaban en el silencio de la noche trianera. Las calles se habían ido despoblando poco a poco, y los ruidos apagando en la intimidad de los corrales. Algunas voces se calaban por las ventanas, en las que amarilleaban tímidos pabilos de cera derretida. Algunos cascos de caballos resonaban en el exterior del granero, confundidos con algunos ladridos perdidos por las oscuras calles del populoso barrio.

—¿Quieres que me corte el pelo?

—¿Cómo? —respondió el muchacho tras una breve pausa, que delataba su ensimismamiento fuera de aquel granero.

—Sí, he pensado que te gustaría más con el pelo menos largo y rizado...

—No mujer, eso es una sandez.

—¿Y qué hago entonces? —prosiguió clavando sus bellos ojos negros en los huidizos de su hombre.

—¿A qué te refieres?

—No sé, ya no sé qué hacer ni qué decir, Cristóbal —dijo, al punto que empezaba a sollozar—. No sé si se trata de mí o es por tu familia, por lo de tu hermano...

—Deja en paz a mi hermano, no tiene nada que ver —respondió levantando la voz ligeramente.

—Entonces... ¿Qué? —dijo la muchacha levantándola aún más—. ¿No ves que me voy a volver loca? No sé si has dejado de quererme o es que estás enfermo...

—Shhh... —Cristóbal selló sus labios con su dedo y la abrazó, dejando que desahogara el llanto que la oprimía en su pecho—. Tranquila. Te pido disculpas, no te mereces mi silencio ni mi mal humor. Anda, vamos a dar un paseo. La noche está estrellada y parece que refresca un poco. —Los dos jóvenes se perdieron por las oscuras calles trianeras en un silencio, solo roto por algún perro enardecido, que defendía su plaza como si de un guardián de la muralla se tratase. El blanco de la cal se había tornado gris y aquellos jóvenes andaban despacio por el laberinto de calles inertes que cerraban el telón de otro día en el teatro diario de aquel arrabal.

En las noches siguientes, el joven se esforzó por estar más atento con Sagrario. Le apesadumbraba mucho verla triste y más cuando se debía a su propia torpeza. No tenía derecho a mortificarla por los designios de su enamoradizo corazón. Decidió seguir con su farsa hacia delante y que Dios escribiese el desenlace de aquella historia de tan incierto final. Y así fue. En adelante, Cristóbal siguió viéndose con ambas mujeres a diferentes horas y con diferentes procederes. Con Sagrario ocupaba las noches en su alcoba de paja. Aunque ella lo invitase a su casa, dado que estaban prometidos, él trataba de evitar en lo posible al maestro zapatero, ya que no era santo de su devoción. Azucena... ocupaba sus tardes y su corazón. Durante el verano se encontraban a la hora de la siesta, cuando la ciudad reposaba la comida con los rigores del calor azotando las calles. Paseaban por las plazas buscando la sombra y las fuentes donde refrescarse, amparados en la soledad del centro y en las intrincadas calles de la antigua judería sevillana, ahora transformada en barrios cristianos como el de Santa Cruz, San Bartolomé o Santa María la Blanca, cuyos templos se edificaron sobre antiguas sinagogas.

Los dos muchachos gozaban de una envidiable complicidad. Sus almas se acariciaban en interminables conversaciones, salpicadas de risotadas y ocurrencias de Cristóbal, que hacían las delicias de la dama, cuyo linaje quedaba olvidado en un baúl cuando estaba con el joven y apuesto azulejero. Al fin y al cabo, el amor es algo que sale del corazón, y el de ellos dos latía cada vez más al unísono.

Alea iacta est

Los días pasaban despacio, a velocidad de óleo. Cristóbal saboreaba las horas, copadas por sus devociones y sus obligaciones, robándole horas al sueño para disgusto de su familia, que lo veía cada vez menos. Poco a poco, el periodo estival languidecía, trayendo las primeras hojas secas que se arremolinaban con los tempraneros vientos que azotaban el Arenal de la gran urbe. El ambiente continuaba seco, no había llovido apenas desde hacía un año y se notaba en el hedor de la ciudad, que mostraba con crudeza el mal olor de sus tripas.

Aquella mañana estuvo trabajando intensamente en un retablo sobre el patio de los Naranjos de la catedral de Sevilla, una obra encargada a su maestro por un canónigo sevillano, cuyo destino era decorar la pared de un patio de su propiedad. Le aplicaba tonalidades monócromas azuladas a base de aguadas, bajo la supervisión de Augusta, que rondaba y revisaba el trabajo de sus ayudantes. Al mediodía, cuando el taller se despoblaba, el maestro lo llamó.

—Cristóbal, aguarda un instante —le dijo sin apartar los ojos de una lauda sepulcral en la que trabajaba. Cristóbal se acercó mientras se secaba las manos con un trapo churretos por el intenso uso.

—Muchacho —dijo haciendo una breve pausa para perfilar una barbilla—, no soy hombre al que le guste husmear la vida de los demás, ni tan siquiera cuando se trata de alguien cercano. Sin embargo, me vas a permitir que te aconseje hoy por la estima que te profeso y para evitar en lo posible calamidades que te han de venir por doquier en tal empresa—. El joven escuchaba en silencio, deseoso de un veredicto.

—He sabido de buena fuente, que te ves con una bella joven de la parroquia de Santa María —espetó por fin, a la par que se levantaba del caballete y fijaba la mirada en su eficiente ayudante—. Y no sería relevante en modo alguno, si no fuera por la identidad de esa dama, que a buen seguro desconoces.

Cristóbal ni siquiera preguntó cómo se había enterado, estaba claro. Augusta estaba bien posicionado y frecuentaba clientes distinguidos de la aristocracia sevillana. Sin embargo, sus dudas se esclarecieron pronto.

—Me habían hablado vagamente de tus amoríos, pero hete aquí que ayer tuve que visitar con premura el alcázar para unos trabajos y os vi. Y válgame el cielo que me desconcertó la identidad de la dama, cuyo rostro me resultaba conocido. Estuve meditando un rato hasta que recordé la visita que le hice al señor arzobispo con motivo de los trabajos que nos encomendó en palacio, y advertí entonces que la bella joven estaba presente aquel día. Querido muchacho —prosiguió tras un pausa elevando el tono—, la joven en cuestión es la sobrina nieta del arzobispo de Sevilla, hija de linaje nobiliario. Y está prometida con otro grande de España, qué será en no mucho

tiempo duque. Es posible que sus nombres no te digan nada, pero ten presente que el tuyo le dirá aún menos a su familia, algo que a ellos les importaría mucho más, tenlo por seguro. Muchacho —dijo dulcemente haciendo otra pausa—, haz caso de mis consejos. Esa mujer está vedada para ti. Tiene demasiado nombre y demasiada historia para que su familia permita que juguetees con un plebeyo del arrabal.

—¿Está prometida? —balbuceó el joven, que había obviado el resto del sermón.

—¿Qué esperabas, muchacho? Tú también lo estás. Ella es una grande de España, su padre está al servicio del rey, ¡por Dios santo!, ¿no ves dónde te has metido?

—Prometida... —susurró Cristóbal de forma casi imperceptible, como elevando un pensamiento que le hacía olvidar todo lo demás.

—Hazme caso, eso no es una mujer... sino un problema. Quedas avisado. Espero que la aventura no se quiebre en desventura, que en esas ocasiones los diezmos siempre los pagan los mismos. No creas que porque vistas jubón nuevo y te muestres bien parecido te aceptarán como uno de ellos. En cuestiones de cuna y altar, la divina providencia dispone de antemano —apostilló dándole una amistosa palmada en el hombro, para luego marcharse.

Aquella tarde se vio con Azucena, como siempre, por las intrincadas calles de la judería, donde uno se oculta de los ojos curiosos con mayor facilidad. Pasearon bordeando la muralla norte atravesando diversos barrios. Pasaron cerca de la puerta de la Carne —donde la peste de las curtidurías se hacía notar—, la puerta Carmona y se adentraron hacia San Ildefonso bordeando la antigua judería. Estaban más callados que de costumbre, faltaba la alegría de otros días en sus conversaciones, y reparaban más en formalismos que en ocurrencias.

—¿Por qué no me habías dicho que estabas prometida? —espetó el joven, que no pensaba en otra cosa desde el mediodía.

—Ven, hablemos aquí en esta esquina apartada —dijo tranquilamente la muchacha, como si esperase la pregunta, mientras tiraba suavemente de su mano. Se acomodaron en el recodo de una calle, al abrigo de un soportal con un carro con paja, que hacía las veces de escudo.

—No esperaba...

—¿Y qué esperabas? —cortó la joven—. Empezamos a vernos a sabiendas de que era una locura. El problema es que jamás pensé que tu rostro se convirtiese en necesidad para mis ojos...

—¿Quién es? —intervino Cristóbal con la respiración jadeante.

—¿Y qué más da? Alguien que supone un inmenso muro entre los dos, Cristóbal. Es una boda acordada desde hace años, que no se ha celebrado aún porque está al servicio del rey en las Alpujarras granadinas, luchando contra la rebelión de los moriscos... —El joven se sentó despacio tratando de asimilar el golpe, mientras ella le acariciaba el cabello en silencio con los ojos vidriosos.

—Lo nuestro es un amor imposible, pero eso lo sé desde el principio, y seguro que tú también. Te busqué a sabiendas de que pecaba contra Dios y contra mi familia al verte a escondidas, pero no puedo dejar de hacerlo...

—Podemos marcharnos a vivir a otra ciudad. Yo te mantendré, soy un buen ceramista, encontraré trabajo y viviremos...

—Sueñas —interrumpió ella con una triste sonrisa mientras le silenciaba los labios con un dedo—. Vive Dios que el fuego de mi alma me arrojaría tras de ti. Pero sé bien que mi padre nos encontraría y tú hallarías la muerte. Mi padre saldrá pronto hacia el norte al servicio de su majestad. Irá a recibir a la futura reina, la princesa de Austria. Y mi futuro esposo está en el momento crítico del asedio a los rebeldes moriscos. Dicen que es cuestión de semanas que don

Juan aplastó la rebelión —concluyó cerrando los ojos y bajando la barbilla.

—No estés triste...

—Tengo remordimientos. He deseado su muerte para liberarme de la pesada carga que he de llevar. Mi alma arderá en el infierno, ya que he pecado contra Dios —sollozaba de nuevo.

—Shhh —cortó el muchacho mientras le acariciaba los labios con el dedo índice de forma descendente y se abrazaban de nuevo. Al instante, se fundieron en un apasionado beso que les hizo acariciarse con ardor y jadear por el deseo que no podían culminar.

—Quiero verte de noche —susurró Cristóbal al oído de su amada que permanecía con la boca entreabierta y los ojos cerrados.

—Es muy difícil. La siesta es una excusa para salir con la complicidad de Francisca, pero en las horas de la tarde no faltan ojos que sigan mis pasos. Ten por seguro que mi padre es muy estricto con mis quehaceres...

—Mañana —insistía el amante con determinación mientras le mordisqueaba el cuello sin ningún reparo.

—Ay, Cristóbal... —cedía la joven al sentir el vello erizado por las sabias mañas amoratorias del trianero, que se marchó lentamente, apurando el trance con caricias y sonrisas cómplices, que hacía que los jóvenes cruzasen ardientes miradas con las pupilas brillantes por la pasión.

Cristóbal volvió a Triana muy animado. Hacía tiempo que había decidido no calibrar sus acciones y dejarse llevar por su corazón. La vida era demasiado corta como para prevenir afrentas, que llegarían prestas de igual modo, aun sin esperarlas. Al salir del taller, el arrabal era un jolgorio de niños y vendedores que habían sobrevivido un año más a *las calores* sevillanas y se aprestaban a disfrutar de las cercanas tardes de otoño, que se estaba desperezando. Las hojas de los árboles mutaban en una paleta diversa de colores ocres y rojizos, que esparcían por el suelo la vida caduca que se renovaba en cada año y cada estación. La vendimia de la primera vid en el Condado traería el mosto reposado más de un mes tras ser pisada y prensada la uva en el lagar. Los belloteros, los nogales y los castaños pronto proveerían los mercados de la ciudad y las casas, humearían, emanando ese olor a antiguo de las castañas asadas que anuncian la llegada del frío.

Cristóbal buscaba su corral de vecinos. Al tomar el patio y doblar de un tirón hacia su casa, descubrió una vigorosa figura que lo aguardaba inmóvil. Ambos se refugiaron en un silencio expectante mientras la madre de ambos se refugiaba al fondo de la estancia para no entorpecer la escena. Sin mediar palabra, se acercaron con los ojos vidriosos y se abrazaron.

—Perdóname, hermano —rompió al fin Alonso, mientras luchaba a duras penas por no llorar.

—No. Eres tú quien debe perdonar mi gallardía y mi ruin comportamiento. Siempre has sido el mejor de los hermanos, y no te mereces...

—No, no debí sacudirte, fui un necio —cortó el Hércules, mientras agarraba con sus manos el rostro del joven azulejero—. Quiero que sepas que me siento orgulloso de ti y entiendo que es de justicia que cada hombre siga su camino. Si eso te place, debes proceder con tesón y honrar a tu padre. Tu familia siempre estará contigo —concluyó mientras se fundían en un fuerte abrazo, que colmó de gozo a la mujer de ojos verdes que escuchaba al fondo.

Aquella noche la felicidad volvió a posar sus frágiles alas sobre los ollereros trianeros, que celebraron su reencuentro en una taberna, con una jarra de vino del Condado de por medio, mientras recordaban chanzas del taller entre grandes risotadas acariciadas por la dulce alegría del vino aljarafeño.

7 de octubre de 1570. La intensa jornada fue interminable para Cristóbal, que soportaba en su cabeza los excesos de la víspera con el ardiente deseo de la llegada de la tarde. La monótona claridad de otros atardeceres dio paso a una paleta grisácea en el cielo de Sevilla, adquiriendo una tonalidad cobalto y cobre que hacía presagiar que las rogativas a la Virgen de los Reyes — que había salido en procesión— por fin darían sus frutos. El aire se movía nervioso, formando breves remolinos que agitaban hojillas secas mientras levantaban la sequedad del suelo trianero, que soportaba más de un año sin lluvia. Solo unos trazos de color almagra orientaban la acostumbrada puesta de sol en la ciudad de la luz. A pesar de la fría tonalidad, la suave temperatura imperaba, agarrándose con tozudez a la costumbre de la ciudad, que permanecía inalterable hasta el mes de los difuntos, en una primavera interminable.

El azulejero respiraba nervioso. Aguardaba con impaciencia la cita de la noche. Las manos le sudaban, y un escalofrío le recorría la espalda imaginando el tacto de nácar de la piel de su musa. Al cruzar el puente de barcas la noche se apoderó de la ciudad del Quinientos. Unos ruidos inquietantes amenazaron un crepúsculo húmedo en los cielos plumizos que cubrían el río a modo de manto acartonado, con tonalidades cobrizas. La catedral era una mole borrosa esbozada en un atardecer más oscuro que de costumbre. Las gradas habían perdido todo atisbo de bullicio y la gran torre permanecía muda en la negritud del ocaso que disimulaba con pericia el ladrillo andalusí que la recorría. La muralla del alcázar respiraba una fría humedad al respaldo de los siglos, cobijando el destemplado corazón enamorado de aquel joven, que aguardaba sin mucha esperanza el encuentro con su dama. La torre almohade repicó por las ánimas benditas del purgatorio, cerrando la jornada. De repente, una figura se acercó a la encrucijada que daba paso a la judería desde el alcázar. Llevaba una capucha, de la que se desprendió suavemente, acelerando el herido corazón del muchacho, que sentía cómo pujaba por salirle del pecho.

—No te imaginas lo que me ha costado burlar la rutina de mi casa —anunció mientras esbozaba una radiante sonrisa que iluminó por un momento el oscuro crepúsculo que los cubría.

—No os imagináis, lo que os amo, señora —sentenció mientras se fundían en interminable beso, a la par que los latidos de los amantes se hacían audibles. Juntaron sus frentes, sin dejar de mirarse a los ojos. El galán hizo algunas muecas con la nariz que destaparon una tímida risa casi adolescente en ella. Se agarraron de la mano y se internaron por el laberinto de callejuelas que poseía la judería sevillana. Algunos ladridos se mezclaban con cascos de caballos y caprichosas ráfagas de viento. El olor a tierra mojada aminoraba el habitual hedor de la ciudad. De pronto, comenzó a llover. Los goterones adquirieron un molesto grosor que no amilanó a los amantes, que buscaron entre ocurrencias y risas un resguardo. Bordeando la muralla, alcanzaron un oscuro callejón conocido como pasaje del agua. Un carro cargado de heno defendía el solitario pasadizo, en el cual se refugiaron, mientras observaban absortos la intensa lluvia, tan extraña a sus ojos. El fuego del deseo se apoderó de ellos y se besaron con ansia mientras la respiración se volvía por momentos jadeante. Cristóbal apartó los largos cabellos humedecidos que le tapaban el rostro. La capa cayó y el pecho de la joven se enervó puntiagudo hiriendo de pasión al mozo, que se afanó en besar su hermoso cuello de cisne, mientras sus manos intuían el hermoso escorzo de su cuerpo de mujer. Ella cerró los ojos y se entregó a la pericia de su amante, que se mantuvo unos segundos absorto en el cuerpo desnudo de la dama, quien resultó ser una criatura más hermosa de lo que su torpe mente había imaginado. Se amaron despacio. La joven gemía tratando de apagar la lujuria de sus labios en el fibroso pecho del muchacho, que la embestía con excitación, embriagado de un amor puro, mientras ella resbalaba sus temblorosos dedos por la espalda humedecida del hombre. La lluvia arreciaba. Los interminables meses de sequía se arrastraban en

ríos de tierra y porquería que el agua arrancaba de los rincones. Los adoquines brillaban como un espejo mientras descubrían lo imperfecto de sus lomos. Un pequeño gato perdido maullaba en la soledad de la noche, esa que guardaba a dos amantes abrazados entre el heno que tapizaba sus ardientes cuerpos.

—Te voy a querer toda mi vida —dijo jadeante Cristóbal, quien no acostumbraba a hablar mucho en estas lides, mientras llegaban al cenit de su unión. La joven sonreía de felicidad, entregada al frenesí del amor, olvidando su posición, su promesa y su realidad. Agotados, se abrazaron con fuerza, sintiendo un instante de miedo al amor y a su crudeza.

—Me tengo que ir —susurró ella en su oído mientras le obsequiaba con varios besos suaves en la cara. El joven intentó protestar, pero la dama selló sus labios con un largo y húmedo beso, que desarmó definitivamente al trianero. La lluvia había amainado. Los amantes se habían recompuesto y huían del refugio de la oscuridad cogidos de la mano, compartiendo un hermoso silencio que solo admitía la intrusión de algunas sonrisas mientras se miraban a los ojos. Azucena, con el rubor aún en las mejillas, trataba de arreglarse un poco el peinado, mientras Cristóbal la miraba con ojos brillantes. Se despidieron antes de llegar a la majestuosa plaza del Hospital del Rey.

—Para siempre —fue la última frase de la dama, a la que siguió un emocionado beso y un abrazo de despedida, que dejó algo pensativo al joven azulejero. Ella echó a correr, mientras Cristóbal la observaba alejándose hacia la catedral, en medio de una neblina como sacada de un cuadro de Leonardo. Alguien la esperaba envuelto en una capa negra, probablemente su aya. La vio perderse entre las tímidas lámparas que luchaban codo a codo con la negritud de la ciudad. Se limpiaba los goterones que le caían por la frente, tratando de no perder de vista aquella alegre figura que se hacía cada vez más pequeña, hasta perderse por fin al doblar una esquina. Volvió hacia el arrabal recreándose en los plateados destellos que la luna dibujaba en el río grande, que dormía silente esperando la intensa actividad de la mañana en la ciudad de la luz. Había escampado por fin. Aspiró profundamente buscando entre sus empapados ropajes algún rescoldo del perfume de su musa. Saltaba los charcos de forma casi ridícula mientras tarareaba viejas estrofas salidas de tabernas. Conforme se acercaba al río, el fango crecía, tapizando sus botas de los amarillentos restos limosos de la arena del puerto. Sin embargo, el hedor habitual de las montañas de porquería había menguado. Sus problemas habían desaparecido de pronto, como llevados por aquella brisa fresca que vino con la lluvia en una noche que no olvidaría...

El arrabal estaba desierto. Se había hecho tarde y las calles se habían despoblado. El ruido acompasado de sus pisadas imperaba en el silencio de la noche, donde solo los ecos de algunas tabernas mostraban señales de vida. Algunas lámparas de aceite agonizaban, dibujando lunares brillantes en la fría oscuridad de Triana. Su mente recreaba una y otra vez los pasajes de su encuentro, recreándose en su propia felicidad, que enmudeció en seco al enfrentarse a la mirada azabache de Sagrario a las puertas de su corral. La muchacha vestía un immaculado vestido blanco con encajes, que reservaba para los días especiales y que se escotaba de forma generosa en el pecho, donde jugueteaban unos mechones revueltos por la suave brisa de la noche.

—¿Qué haces aquí, mujer? —dijo con voz de mármol, sin reparar en el detalle del vestido.

—No tenía sueño —respondió con una dulzura poco habitual en los últimos encuentros—. Se ha despejado y me apetecía oler aire limpio —mintió con una amplia sonrisa mientras se mecía los cabellos sin apartar la vista de la luna de Triana.

—Sagrario, yo...

—¿Sabes? —interrumpió la joven—. He recordado la primera vez que me besaste. Recuerdo

cómo me latía el corazón y ese extraño cosquilleo de felicidad que me embargaba.

Cristóbal bajó la mirada a la par que ella le levantaba la barbilla y le acariciaba el pelo con ternura.

—Sagrario, tengo que contarte algo...

—¿Me vais a hablar de la pálida dama que os ha robado el corazón y ha quebrado el mío? — interrumpió sin perder la sonrisa, aguantando la compostura con los ojos brillantes por la excitación.

Cristóbal enmudeció mientras ella le acarició la mejilla con una ternura infinita que provocó la zozobra en el ánimo del ollero, que no entendía la templanza de la muchacha.

—Te he seguido, Cristóbal —sentenció mientras el joven se alarmaba cada vez más—. Estaba segura de que había otra mujer, solo me equivoqué de posición. Vi como os besabais y os perdíais en la oscuridad de la judería. Al principio me puse a llorar, pero de camino al arrabal mis pensamientos se fueron aclarando. Jamás serás mío. Tu corazón es un pájaro de plumas hermosas que emigra con las estaciones buscando cobijo en nuevos nidos, y el de la lustrosa dama rubia es insuperable.

—Sagrario, déjame que te explique...

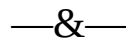
—Sshh... —la joven silenció con su dedo suavemente los labios de su hombre. Solo te voy a pedir una cosa, que me beses una vez más con la pasión que lo hiciste con ella.

Los ojos le brillaban de congoja. Compungido y triste, decidió no hablar más y la besó con intensidad, cerrando los ojos, preso de remordimientos por su advenedizo corazón, origen de los infortunios que acechaban a sus seres queridos. Juntaron sus frentes, mientras se miraban a los ojos largo rato.

—¿Estarás bien? —Ella respondió con una sonrisa y una breve caricia que culminó el encuentro taciturno, mientras se marchaba a la carrera.

De profundis

La amenaza turca era una realidad. Habían tomado Chipre sin que las flotas cristianas pudieran oponerse. Desde el sitio de Viena, el temor al Imperio Otomano nunca había estado tan vivo en las mentes de los reyes europeos y del propio Papa, que trataba con premura de organizar una coalición para detener el asedio. Desde abril, Pío V había empezado a mover sus piezas, enviando emisarios que tratarían de negociar una cruzada de reyes católicos, es decir, una alianza militar. Luis de Torres llega a España con ese propósito, al igual que el embajador de Venecia, Leonardo Doná, que había sufrido incluso el secuestro de barcos como intercambio de la isla de Chipre, origen de las hostilidades. España era la pieza clave en el ajedrez del Mediterráneo. La armada española abanderaba con orgullo su dominio desde tiempos del emperador. El papa trataba de atraer su causa, a pesar de sus juegos políticos, que tanto molestaban al rey Felipe. En febrero excomulgó a Isabel I de Inglaterra, perdiendo quizá futuros apoyos con el germen de una cruzada a las puertas de Europa. Desde el verano los turcos avanzaban hacia Chipre casi sin resistencia, dado que el rey no estaba dispuesto a emplear sus tropas en beneficio de Venecia y el papado. Hasta el mando de la Liga Santa era un problema. Debía ser el papa, cabeza de la Iglesia quien dirigiera la flota, al mando de Colonna. En agosto, el almirante genovés Andrea Doria zarpó al mando de la escuadra española para ayudar en la defensa del Mare Nostrum, sin mucho convencimiento, demorando su partida ante la antipatía mutua que profesaba hacia Colonna y hacia los venecianos en general. Aun así, la Liga era una realidad. En septiembre salieron de Creta en busca de doblegar a los turcos en Chipre, pero un rosario de problemas se cebó con la coalición. El calor, la poca higiene y la mala alimentación hicieron mella y aparecieron casos de peste en la flota veneciana. Para colmo de males, una fuerte tempestad dispersó los barcos a finales de mes, consiguiendo a duras penas reagruparse días después. Otra réplica, pasadas unas jornadas las volvió a dispersar, haciendo que Doria se retirara con sus galeras a Sicilia y poniendo en peligro la cruzada...



La mañana amaneció fresca. Un airecillo anunciaba el vigor del incipiente otoño, dejando pinceladas de hojas secas que se arremolinaban a las puertas del taller. Cristóbal se había levantado muy temprano para dejar de pensar. La conciencia le martilleaba sin descanso. Las caras de Azucena y Sagrario danzaban por su cabeza, avivando su inquietud. Había pasado la noche más hermosa de su vida y, aun así, se sentía nervioso. Hasta siempre, dijo Azucena; adiós, dijo Sagrario, como si las mujeres que llenaban su existencia se evaporaran en el recuerdo de la

noche. Mojaba el pincel en el cuenco cerámico que revestía de azul el cielo de Sevilla que estaba repasando en un inmenso retablo, donde una silueta de carbón adivinaba la catedral gótica en un marco de azulejos que olían a esmalte fresco. Deslizaba el pelo del pincel por la húmeda blancura del barro tapizado, que iba perdiendo su inmaculado aspecto a base de aguadas celestes. Su mundo interior revoloteaba por el aire del taller, que de improviso perdería la matutina soledad que disfrutaba...

—¡Cristóbal!

El grito heló la sangre del azulejero, que reconoció al instante la voz angustiada de su hermano Alonso, plantado en la entrada polvorienta del taller de Augusta, con la respiración entrecortada. Pensó en algo malo. Su padre, su madre... alguien enfermo o malherido. Pero era mucho peor...

—Apúrate, muchacho. Tienes que marcharte de Triana. No hay tiempo que perder —abrevió mientras lo agarraba con fuerza de un brazo con la cara desencajada.

—Pero...

—Sagrario, hermano —dijo el Hércules sin dejarle iniciar la pregunta—. Ha amanecido colgada de una viga del granero de atrás. El barrio es un hervidero de vecinos y holgazanes. El alguacil ha llegado y sobra decir que hay gente que asegura haberla visto en tu compañía anoche...

Cristóbal no articuló palabra. No podía reaccionar. Aquel beso fue una despedida para siempre. Un adiós de un corazón roto que había decidido acabar con sus males y romper con su triste fortuna. Sus ojos se vitrificaron de lágrimas como las piezas del horno, sin mover ni un músculo. Su maestro prorrumpió en el taller con el gesto torcido y el rictus de un enterrador. Pero como era costumbre en él, ya traía una solución para sus problemas.

—Estoy al corriente de lo sucedido. Siento tu dolor, muchacho. No es tu culpa. El amor no entiende de lógica y es amante de los callejones revirados. Aun así, te culparán a ti. El zapatero ha desatado su ira y te ha denunciado como malhechor que ha embaucado a su hija menor, llevándola a la locura o incluso matándola. Estás a merced del populacho que quiere sangre.

—Eso no es ningún temor para mí. Me entregaré al alguacil, dado que soy culpable —espetó sin una mueca, dejando inmóviles a los dos gentiles que lo velaban—. Sí, es mi culpa. Falté a mi voto y le rompí el corazón, por mor de mi traicionera alma que no entiende de promesas cuando hay faldas de por medio. Vive Dios que no me he comportado como un hombre y debo pagar por ello...

—Eso es una sandez —intervino Augusta, que se dirigió al fondo del taller haciendo un grácil ademán con su capa, denotando seguridad y arrojo en momentos tan cruciales—. A tus pocos años... ¿Quién no atiende al corazón? Muchacho —dijo mientras regresaba con un bulto en la mano—, lo que ha pasado es una desgracia, pero en modo alguno es culpa de vuesa merced.

—No imaginé que llegara a eso, he sido el mayor de los necios. Debí acompañarla a su puerta... —el joven mascullaba sin cesar lamentos por el suceso, sin levantar la mirada del sucio suelo de baldosas, que tapizaba el taller de restos de óxidos y esmaltes.

—¡Cristóbal, no hay tiempo! —dijo Alonso cada vez más nervioso.

—Escúchame, mírame a los ojos —intervino Augusta, sabedor de su influencia en el pupilo. Probablemente, el único al que podría escuchar en aquel momento—. Piensa en tu familia, no le causes más dolor. Lo que ha pasado es irremediable y estaba del cielo dispuesto. Ahora debes recomponerte y huir a lugar seguro. Coge esta bolsa, tendrás para sobrevivir un tiempo. Te daré

una carta de mi puño y letra, donde señalo tu oficio y valía. A partir de ahora, te llamarás Cristóbal de Augusta, es mejor no seducir al diablo y sus malas artes, que pocas venturas pueden acarrear. —El joven levantó la mirada por primera vez, sorprendido—. Un carretero amigo te llevará fuera de la ciudad y te proporcionará fonda y viaje, no debes temer de él. No pares hasta llegar a la costa. En Valencia hallarás el oficio en muchos rincones de la zona. Encontrarás ocupación con prontitud. Tendrás que guardarte de Sevilla unos años, no es prudente que vuelvas en un tiempo. Te escribiré a menudo, trata de olvidar el pasado, tienes toda la vida por delante.

—Tengo un asunto pendiente...

—Cristóbal, deja correr ese agua. Si buscas a la joven dama, será lo último que hagas, te cogerán y te ajusticiarán —dijo el maestro, que leía la inquietud en los ojos del discípulo.

El joven amante estaba decidido. Su mirada se había helado y no atendía ni a rostros ni a figuras. Su cuerpo aún estaba en el taller, pero su mente había volado ya con poderosas alas, elevada sobre los apulgarados tejados de la urbe del quinientos. Se abrazó a su hermano con fuerza, escrutándole el rostro entre las manos, como si quisiera grabar sus rasgos para el incierto viaje. Se despidió agradecido de su maestro, que convirtió en abrazo la desdichada mano que le había ofrecido.

—Guárdate bien, muchacho. Recuerda que mañana volverá a salir el sol y sus rayos volverán a calentar tu rostro frío. Apúrate.

El joven se colocó la capa, el sombrero que le había provisto el maestro y una plateada daga que le ofreció Alonso por si la situación se volvía irremediable. Salió a toda prisa, pero su intención era otra. Se adentró hacia la ciudad con el rictus ajado por el dolor, en busca de aquella que sostenía con débiles puntadas las entretelas de su pobre alma, el mástil que mantenía en pie el pobre barco de su vida, que amenazaba con encallar entre las prominentes rocas del destino. Se adentró por las calles que conducían a la catedral, donde el bullicio permanecía ajeno a sus desgracias. Algunos charcos resistían del hermoso espectáculo de la noche anterior como testigos de una tragicomedia que lo había llevado del cielo al peor de los infiernos en escasas horas.

La familia de Azucena poseía varias casas palacio en la ciudad, así como en otros lugares, pero normalmente vivían en la antigua judería, convertida ahora en el barrio de Santa Cruz, un enjambre laberíntico que aún no se había deshecho de la fisionomía pretérita. Llegó ante una enorme fachada rematada por una torre, que coronaba un palacio labrado al exterior a la manera italiana, algo poco común todavía en una ciudad que solo labraba las casas hacia el interior, dejando el exterior tosco y visto. Un gran vano era la entrada al apeadero de carruajes y caballos, rodeado a su vez por rejas corridas en la planta inferior y balcones en la superior, trazados entre gruesas pilastras que desembocaban en una trabajada cornisa, rematada a su vez por tejas árabes que lucían en un faldón hacia la calle. Aguardó mucho tiempo. Su respiración entrecortada rivalizaba con su miedo, que le hacía escrutar la calle de arriba y abajo, continuamente. Cuando su tibia razón lo estaba empujando hacia la puerta de sus problemas, divisó una figura generosa en curvas que caminaba por la orilla de la casa. Era Francisca, el fiel guardián de la rubia dama que se había desvanecido como las nubes del día anterior, como si aquella hermosa muchacha fuese la hija de una tormenta pasajera que le entregó su amor el tiempo justo que duró el aguacero bendito que refrescó el sopor de aquella polvorienta ciudad.

—¿Qué hacéis, habéis perdido el juicio? —fue la respuesta de la mujer al sentir la mano desesperada del joven, que se aferraba a su brazo como la última vela a quien recurrir para enderezar su rumbo.

—¿Dónde está? —fue lo único que sus labios agrietados por la angustia pudieron emitir.

—Marchaos de aquí, si no quiere vuesa merced acabar muy malamente, que bien sé yo cómo las gasta mi señor en lo tocante a su familia. Le dije que esta locura solo le podría traer calamidades —dijo casi susurrando para sí—. No está —certificó ante la nueva embestida del desesperado joven que no la soltaba.

—¡Mentís! —casi gritó con la voz quebrada y los ojos vidriosos por la agitación.

—Ha regresado su futuro esposo, ¿no os lo dijo? No volveréis a verla, se van a casar y es posible que no vuelva a pisar Sevilla. No entendéis que es una temeridad para vos tan solo buscarla. Huid antes de que os vea alguien. Recordadla como un hermoso sueño que Dios os concedió unos meses, pero a todas luces, inalcanzable para alguien de vuestro linaje.

—Estoy harto de soñar —respondió el ollerero bajando la cabeza, como signo de resignación. Se volvió como si portase el peso del mundo sobre sus hombros, con la mirada reflejada en los sucios charcos que salpicaban el ondulado asfalto.

—Aguardad —requirió la mujer conmovida por la tristeza del joven, que masculló varias frases ininteligibles mientras se rebuscaba por los enrevesados encajes del vestido que lo adornaban en el talle—. Tomad, me dio esto para vos. Yo creo que esto es una torpeza que solo le traerá más problemas —volvió a susurrar mientras rebuscaba—. Me dijo que hallara el modo de hacéroslo llegar, pero ya veo que no solo las mulas son tercas y las cabras necias...

Cristóbal ni siquiera oyó el insulto. Sus pulsaciones se levantaron a la par de su ánimo, cuando la oronda dama posó en su mano un sobre color tiniebla, que miraba como al mayor de los tesoros terrenales. Al abrirlo, un delicado pañuelo de encajes de Flandes emitió un suave perfume que lo elevó por encima de aquellos tejados, recordando el suave tacto de aquel cuello de cisne que tenía el mismo olor. Fue deshaciendo los pliegues de un breve papel, que descubrió la puerta de su esperanza:

La paciencia es una virtud. Y como os hallé virtuoso en las artes del amor, mostraos ahora virtuoso en la espera. Debo partir con mi prometido; no quiero poner en peligro vuestra vida que es la mía. Volveré con el estío para visitar a mi familia y entonces hallaré la forma de quedarme junto a aquel que porta mi corazón.

Para siempre, Azucena.

Apretó aquel pequeño manuscrito contra su pecho mientras elevaba preguntas a su interlocutora, que se había evaporado de la acera.

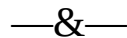
—¡Aguardad! —gritó tratando de seguirla al interior, pero un seco manotazo lo detuvo en seco, haciéndole trastabillar hasta caer sentado. Un rudo mozo guardián lo detuvo con mirada amenazante.

—Marchaos de aquí, este no es lugar para extraños.

Cristóbal siguió con la mirada la generosa figura de Francisca, que se diluyó tras una arquería de ladrillos que reposaban sobre columnas clásicas, a buen seguro importadas de Roma. Pero su templanza se había recobrado. Lo mejor era marcharse y pensar. Le estaban acaeciendo demasiadas cosas en muy poco tiempo y necesitaba ponerse a buen recaudo de ojos peligrosos. Se abrió paso por las intrincadas y reviradas calles del centro. La iglesia gotizante de Santa María la Blanca, una de las antiguas sinagogas de la judería, se erigió ante él. La iglesia de San Bartolomé y la de Santa Cruz, en la plaza que lleva su nombre, eran otrora, sinagogas concedidas por el rey santo tras la reconquista, que se transformaron en cristianas tras la matanza de judíos que padeció la ciudad en 1391. La de Santa María la Blanca albergaba un paisaje salpicado de

negros y mulatos que vivían cerca de la puerta de la Carne, donde los gremios de curtidores y zurradores hacían su trabajo, delatados por un olor putrefacto de las pieles de los animales, que se acrecentaba en los periodos de más calor.

Era mediodía. La muralla estaba salpicada de tenderetes con frutas y verduras que se apostaban cerca de la puerta de la Carne. Sus tripas protestaban, debido a que sus males le habían hecho olvidar probar bocado. Se detuvo en un sucio puesto, donde un manojo de moscas revoloteaban entre el dulzor de unas peras podridas del fondo de un canasto. Mientras rebuscaba unos maravedíes, se percató de un hombre que se había detenido unos metros atrás. Escogió varias piezas sin atender al viejo tendero desdentado, cuya boca arrugada se apretaba contra la prominente barbilla, mientras pregonaba con manos churretosas y uñas de águila la bonanza de sus verduras. Se apresuró sigiloso bordeando la muralla hacia la puerta Carmona, donde los esperaba un arriero conocido de Augusta. Trató de no alarmarse, acariciando la centenaria piedra almohade que recubría aquella muralla levantada por el mismo Julio César. Pero volvió a mirar, y de nuevo apareció entre la gente aquel hombre. No había duda, lo estaban siguiendo...



El corral de vecinos era un hervidero de curiosos, adobado por un ramillete de niños que jugaban alrededor de la curiosidad de los mayores. El alguacil había sacado a Alonso padre hacia el taller de la familia. Basilio, el zapatero, había denunciado a Cristóbal como autor de la muerte de su hija. Pero las cuitas de los olleros acababan de empezar. No satisfecho, acusó a su padre de herejía, afirmando que judeizaba en el taller, con signos y utensilios de uso semita. En la entrada del taller aparecieron miembros del Santo Oficio que ahuyentaron a numerosos ojos que habían seguido el cortejo, y que retrocedían ahora prudentemente por miedo a dar con sus huesos en el lugar equivocado. Alonso hijo protestó enérgicamente cuando vio a su padre aparecer custodiado como un vulgar ladrón. Sus hermanas lloraban aterradas sin mediar palabra, mientras los enormes ojos verdes de la madre permanecían vidriosos, sabedores por experiencia que una nueva calamidad azotaría a su familia sin remedio. De repente, la entrada de un clérigo apagó la disputa y la tornó en silencio. Era el mismísimo inquisidor fray Antonio Morillo, un dominico del Santo Oficio, precedido de una terrible fama. Era un varón menudo y descolorido, de cara mofletuda y con cabeza gorda y despejada, donde unos escasos cabellos que nacían en la retaguardia trataban de cubrir demasiado territorio peinados hacia delante. Con sus manos blancas y peludas toqueteaba los cacharros del taller sin mucho afán.

—A ver, ollero. Han llegado noticias al Santo Oficio de determinadas amistades y labores que se llevan a cabo en este taller y se alejan del recto proceder del buen cristiano, ese que debe buscar en la cruz de Cristo y en las enseñanzas de su Iglesia el único camino posible de salvación.

—¡Son falacias, padre! ¡El zapatero las ha inventado para calmar su sed de venganza! —gritó Alonso anticipándose a su padre, que trató desesperadamente de callarlo.

—Ya os llegará vuestro turno. Es al maestro ollero a quien estaba interrogando...

—Nunca nos hemos alejado de la Iglesia ni de Nuestro Señor Jesucristo en esta humilde casa, donde solo conocemos el rigor del trabajo en busca del justo pan —respondió al fin el padre con toda la serenidad que pudo.

—Bien, bien... Pero tengo entendido que no hacéis ascos a tratar con gente de dudosas

creencias...

—Ruego me perdone, vuesa merced, pero no acostumbro a preguntar por la limpieza de sangre a ningún comprador. Huelga decir que no tenemos una vida acomodada y sin aprietos. Nos ganamos la vida honradamente.

—Sí, pero no niega vuesa merced que venda piezas a enemigos de Cristo. Por no hablar de que su hijo menor fugado, que ha matado a una joven a la que previamente había deshonrado desflorándola sin los votos del matrimonio.

El viejo ollero no pudo evitar mirar con furia al malvado zapatero que lo había entregado como cordero llevado al matadero sin posibilidad de defensa.

—¿Y que ven mis ojos? ¿No es este el signo de los infieles que ajusticiaron en la cruz a nuestro Señor Jesucristo? La estrella de David... —concluyó el dominico con sonrisa de satisfacción, mientras alcanzaba un plato de barro decorado con una estrella.

—Eso no es más que un plato decorado con engobes de arcilla, como otras tantas piezas que trabajamos en este humilde taller —respondió el honrado ollero, que veía cómo el jinete de la fatalidad se acercaba al galope a aquellas descarnadas paredes limosas.

—Vuestra tarea es sospechosa. Y no es solo ese hijo asesino de doncellas al que tenéis oculto, del que no dudéis, la justicia dará cuenta en su momento...

—Mi hijo es un buen muchacho. El padre de la desdichada joven ha vertido su veneno contra esta familia, ya me había amenazado.

—Tendréis tiempo de confesar vuestros agravios. Lleváoslo al castillo de San Jorge, donde será interrogado con más detalle.

Sus hijas se vinieron abajo entre llantos. El murmullo de los presentes se elevó como un zumbido de abejas, sabedores del significado de tal aseveración; algunos incluso se santiguaron. Pero la sangre caliente del primogénito no pudo contenerse...

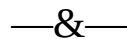
—¡Soltad a mi padre, malditos! ¡No os lo llevaréis, perros, es un hombre honrado! —gritó mientras se abalanzaba contra los presentes lanzando trozos de barro, provocando la zozobra y haciendo que muchos echasen cuerpo a tierra. Una maceta cocida fue a estamparse contra la cabeza de un notario del Santo Oficio, que se abrió como una sandía, derramando un reguero de sangre sobre el suelo. Ya no pudo hacer más. Lo agarraron entre cuatro, mientras forcejeaba sudoroso, con la venas del cuello a punto de estallarle. Padre e hijo salieron presos del taller entre sollozos de las mujeres, que trataban de acariciarlos sin mucho tino. Los reos iniciaron su particular camino hacia el Gólgota mientras los entretenidos arrabaleros se recreaban en los apesadumbrados rostros de los acusados, formando un pasillo para el cortejo como si del Corpus se tratase. La condición humana es a menudo tan vil como la del peor de los animales. Las sonrisas desdentadas se asomaban a aquel pasillo de ojos recreados en la tragedia, mientras padre e hijo soportaban improperios de una chusma que ya había dictado sentencia. Un enjambre de niños trataba de ir a la par de la comitiva mientras tiraban chinasy excrementos a los reos, que habían perdido toda dignidad ante aquella jauría cultivada en espectáculos como aquel, que conseguía evadirlos de la monotonía de sus vidas.

El castillo, se elevó como un escalofrío delante de los ojos de los alfareros, que cruzaron el inmenso portón que los llevaba a la peor de las pesadillas, dejando una familia abandonada mientras la gente agolpada en la puerta se dispersaba poco a poco, volviendo a sus míseras tareas.

Tierra de por medio

La coalición se tambalea. Los desesperados intentos de unir el cristianismo bajo una misma bandera frente al turco, parecen fracasar. Las inclemencias son tomadas por muchos como un mal augurio de la providencia sobre el destino de la flota que defiende la Santa Liga. Desde Flandes, donde ajusticia a los enemigos de la corona en su Tribunal de Tumultos, el implacable duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo, pide que no haya marcha atrás. La Santa Liga debe continuar ante el peligro turco, cuyas garras se ciernen sobre los cimientos de la vieja Europa. Las reuniones se suceden de nuevo. Se busca un mando supremo de las tropas entre el papado y el rey Felipe, que ha conseguido que su hermano don Juan de Austria reciba tal honor. A pesar de su juventud, el hijo bastardo del emperador Carlos V goza de gran prestigio militar. Bajo sus órdenes se ha sofocado la rebelión morisca en la Alpujarra granadina y es un gran seguidor de la Compañía de Jesús, nacida de Trento para ayudar en la difusión del catolicismo frente a las herejías que lo amenazan.

El tiempo apremia ante el peligro que asola el Mediterráneo. Pero aunque la Liga se ha rehecho, es difícil poner de acuerdo a los tres estados sobre la participación de cada uno en tropas, navíos y gastos. Pío V quiere que una vez más, los españoles carguen con el peso de la cruzada. Pero el rey Felipe es consciente de lo maltrecho de sus arcas. A pesar del oro de las Indias, el gasto desmesurado al que tiene que hacer frente en numerosos frentes, está minando los haberes, que ya vivieron una bancarrota en 1557 al llegar al trono, al no poder hacer frente a los numerosos pagos heredados del emperador. Y es que los protestantes en Flandes, el enemigo inglés conspirando, las guerras contra Francia y el asedio turco, son demasiados frentes abiertos para la hacienda del imperio, que no da abasto para cubrir todos los flancos... Pero ¿qué hacer? ¿Acaso tiene el rey católico otra posibilidad que la de enfrentarse a la amenaza que se cierne sobre la silla de Pedro y el continente entero? A veces, el rey se lamenta de que el día no tenga más horas...



Cristóbal caminaba presuroso. Había sido una torpeza no poner pies en polvorosa al salir del taller. Era posible que alguien lo hubiese conocido y hubiera avisado a las autoridades. Pero no podía irse de la ciudad sin saber de Azucena. Sin duda, su osadía había valido la pena. Portaba el mayor de los tesoros doblado en una bolsita de cuero. Miraba hacia atrás tratando de no delatar su miedo. Su frente sudorosa esquivaba toldos apostados junto a la gran muralla almohade donde se apostaban con sus puestos vendedores, cambistas y embaucadores de todos los pelajes...

—¡A dos maravedíes, a dos, a dos...! —pregonaba con insistencia una gitana que le pasó por el rostro ciruelas amarillas mientras el trianero esquivaba la generosa oferta. Al llegar junto a la puerta de Carmona, entre el hervidero de caballos y carros con mulos que entraban y salían de la ciudad, un hombre lo esperaba en silencio. Cristóbal paró en seco. Sentía que el corazón le iba a salir por la boca y no supo reaccionar ante aquel desconocido que lo miraba. Era sin duda el que lo estaba siguiendo desde la casa de Azucena. El hombre, grueso, de media estatura y barba descuidada, se acercó hacia él. Se sentía perdido. Si corría, sin duda se convertiría en reo a la fuga y sería un espectáculo aleccionador para la numerosa flora y fauna allí concurrida.

—No hay tiempo que perder —dijo el desconocido mientras Cristóbal permanecía inmóvil—. Soy Andrés Marchena, amigo de vuestro maestro. Me ha encargado que os lleve conmigo a Valencia para libraros de una calamidad que os asola. Ojú, muchacho, vaya caminata que me habéis librado...

—¿Cómo supisteis que iba a...? —dijo Cristóbal mientras trataba de dominar el temblor de las rodillas que aún persistía.

—Augusta me lo advirtió —cortó el carretero—. Me dijo que aunque os había dicho que fueseis a la puerta de Carmona, mejor sería que fuese a cierta casa del centro por donde merodearíais a buen seguro. Por vuestra seguridad os he seguido. Estuve a punto de agarraros del brazo en Santa María la Blanca, pero decidí seguiros al ver que veníais hacia aquí.

Al rato, ambos estaban montados en un carro tirado por bestias camino de levante, dejando atrás un trabajo, una familia y una ciudad. La única que sus ojos habían visto. La comitiva arrastraba varias carretas cargadas de trigo, corcho, carbón y útiles de labranza. Marchena vestía un sombrero y una ruana cuadrada que le protegía el pecho del frío. Su rostro era amable y despreocupado. El tono rojizo de su nariz y sus mofletes delataban su afición al vino, que a buen seguro sabría escoger de entre las numerosas ventas con las que topaba por el camino. Le gustaba canturrear mientras dirigía sus caravanas. Su carácter feliz le hacía olvidar los posibles percances del viaje. Probablemente tendría que ver con la enorme navaja toledana que lucía en el cinto para evitar contratiempos en los caminos. Se tocaba la barba haciendo recuento mientras su vientre prominente se asomaba al mundo y el ombligo luchaba por salir, aireado por un tramo de botones desabrochados. Andrés Marchena, varios mozos y Cristóbal de Augusta cruzaron la muralla de la ciudad. El trianero, oculto entre la paja de uno de los carros, miraba por última vez el cielo de Sevilla entre los vaivenes del carro, que sorteaba el suelo bacheado. Aquella puesta de sol rojiza era la más triste que habían divisado sus ojos. La cara de sus padres, la de Alonso... Fueron esbozándose como sombras entre las nubes. Los rizos de Sagrario martilleaban en su mente a ratos, confundiéndose con los ojos azules de Azucena. Entre lágrimas, agotado por la locura de su mente y el dolor de su corazón, al fin se quedó dormido.

—¡Soooo... cabaaaalooo!

El bufido de los caballos lo despertó. Los mulos se movían inquietos y el tintineo de las vasijas en el carro le hizo incorporarse. Era de noche. Corría una brisa fresca que azotaba las pobladas copas de los fresnos que flanqueaban el camino. Trató de reconocer algo del paisaje pero fue imposible. Se levantó azorado de la carreta y trató de situarse.

—Estamos cerca de Carmona, muchacho —se adelantó el carretero con su peculiar sonrisa, exhibiendo unos redondos mofletes que se asomaban por encima de la negra y revoltosa barba—. Vamos a tomar algo caliente en la taberna de mi amigo Vargas —concluyó mientras se arreglaba el pantalón con una mano y se apoyaba en el hombro de Cristóbal con la otra.

—Señor, el motivo de mi huida...

—Mirad, joven —intervino el carretero sin dejarlo acabar—. Los motivos son de vuesa merced. Yo bastante tengo con los míos, que no son poca cosa. Me basta con saber que os respalda Augusta, que es buen cliente y mejor persona. ¡Mulo! ¡Amarra bien esas bestias! —gritó al mozo zanjando la conversación.

—¿Por qué le dicen mulo? —preguntó el trianero.

El patrón se rio abiertamente echando la cabeza hacia atrás, mientras se recomponía el camisón y los borceguíes.

—Descubridlo por vos mismo —repitió varias veces sin dejar de reír mientras abría la puerta de la venta.

Aquella taberna era aún más sucia que las que había frecuentado en la ciudad. Era muy grande. La soledad de los caminos hacía que ofreciese todo tipo de entretenimiento. Dentro, el ruido era casi tan fuerte como el olor a vino. Algunas mujeres animaban el local con bailes, arrumacos y curvas generosas que lucían con desparpajo e intencionado descuido. Conforme pasaba el tiempo, Cristóbal observó que estaban más interesadas en subir con algún viajero que en servir vino. Las risas se confundían con las toscas manos de los clientes, que se movían con habilidad por los huecos de las faldas.

—¿Qué, muchacho? ¿No queréis diversión? —le dijo Mulo al azulejero al ver que no participaba de la fiesta—. Esto es lo mejor de la vida. Mirad al gordo —dijo señalando a su patrón, que se había apoyado en la barra con una jarra y unas viandas—. Él prefiere el vino... ¡seguro que ya ni se la encuentra! —dijo dándole una palmada en la espalda mientras reía a mandíbula abierta aireando una boca donde resistían a duras penas varios dientes ennegrecidos—. Luego agarró a una de las gallegas y se la llevó en brazos entre risas, mientras la moza pataleaba divertida escaleras arriba. Cristóbal recordó con amargura cuando cogía de esa guisa a Sagrario en el granero. Estaba tan repleta de vida... Bebió un trago largo y puso el vaso en la mesa de un golpe seco.

—¿Me puedo sentar? —dijo Tomás, el otro mozo, mientras tomaba sitio en aquella incómoda mesa cuyo asiento era un tablón corrido—. ¿Qué pensáis hacer en Valencia? —continuó, ignorando el triste silencio del joven.

—Soy oficial azulejero. Espero encontrar trabajo con la ayuda de Nuestro Señor —respondió con un rictus más propio de un responso.

—No os conozco de nada —dijo Tomás percatado de la pena del trianero—, pero os quiero decir una cosa. Yo no conocí a mis padres. A mis hermanos y a mí nos recogieron en la casa cuna y crecimos como huérfanos. He pasado noches muy tristes sin nadie que me diese un abrazo para consolarme. Por eso os digo que en la vida no hay que dejar de luchar nunca. Si no eres un soldado fuerte, acabarás con tu alma ensartada en una pica...

Cristóbal miró el rostro sereno de Tomás, que lo miraba con una leve sonrisa mientras sostenía una jarra de arcilla clara en su mano derecha con espuma rebosando por los flancos.

—Ánimo, sé fuerte y lucha por lo que persigues —concluyó, dándole una palmada en la espalda—. ¿Queréis un sorbo?

—¿Qué es? —preguntó el trianero torciendo el gesto con la mirada ausente.

—Cerveza, más refrescante que el vino —respondió divertido el ayudante del carretero, que tendría una edad similar a la suya, a pesar de la vigorosa madurez mental que se exhibía. A buen seguro, adquirida en la necesidad de la calle—. Veo que en Triana estáis centrados en los caldos del Condado y de la tierra de Castilla. Pero el brebaje de cebada, amigo mío, es el más común en otras tierras. He oído que el rey y su difunto padre, el emperador, la bebían a menudo y la

trajeron del imperio.

Cristóbal la rehusó con una mueca, mostrando por vez primera en muchas horas una breve sonrisa. Agarró de nuevo la jarra de vino blanco y colmó su vaso hasta arriba, agarrándose a él como el único mástil donde sujetar las quebradas velas de su alma, que amenazaban con zozobrar en medio de una tormenta. Pero siempre acudía a su mente la carta de Azucena, que guardaba dentro de su jubón terroso como tabla de salvación. Aquella promesa le infundía arrestos para seguir adelante en el aquel viaje incierto por tierras extrañas.

—Nos vamos —le alertó Tomás, sacándolo de unos pensamientos que cada vez olían más a vino caliente.

Al salir, se dio cuenta de que los pies se le trababan un poco y la lengua luchaba por articular algo coherente. Trató de subirse delante para ayudar, pero la mano de Andrés Marchena lo detuvo con suavidad, devolviéndolo a la trasera del carro. Mulo llegó con su algarabía habitual silbando una melodía que proliferaba en la venta.

—¡Vamos, Mulo, que nos retrasamos!

—Voy, patrón, voy a echar una meada y ya me tenéis a la cabeza del barco como el mismo Gran Capitán...

—El gran holgazán, dirás —respondió Tomás riendo la chanza.

Cristóbal se agarró a una traviesa de madera para subir justo al lado donde Mulo hacía aguas ruidosamente y su mirada se topó con la causa del apodo de aquel mozo, que estaba tan bien calzado que podría amedrentar él solo a un ejército con su poderosa arma. La sorpresa dio paso a una risa floja, edulcorada por los influjos de la vasija de vino peleón que se había terminado. Se tendió bocarriba en el carro, pensando divertido en la cara de la pobre chica que estuvo con el alegre mozo carretero. Aquella noche el cielo se movía. Era incapaz de apreciar la nitidez de los detalles, culpando de ello al baile de las ruedas de aquella inmensa carreta donde reposaban sus tristes huesos. Se revolvió tratando de aclarar la mente, pero era incapaz de pensar con limpieza. Su cabeza entonó un agudo dolor en la nuca y la lengua se volvió seca y pastosa. Doblegado por la intensidad de sus horas, volvió a dormirse profundamente.

Las jornadas se sucedieron en aquel viaje agotador para un joven poco acostumbrado a moverse más allá del río y la gran ciudad. Los paisajes se sucedían en su retina mientras contrastaba el polvo de los secos caminos del sur y la frondosidad de las sierras de Jaén, donde refrescaba por las noches, haciendo imprescindible una buena manta donde cobijarse. Algunas veces, la conversación animada a la luz del fuego con Tomás y las ocurrencias de Mulo lo sacaban de su estado de amargura y su acidez de espíritu. Pero en la soledad de sus pensamientos, añoraba el rostro de Azucena. La veía correteando alrededor de aquella fuente en el esplendor de su hermosura mientras el olor del pañuelo le hacía levitar recordando su fugaz noche de amor, el tacto de su fina piel de porcelana y el sabor de su largo cuello de cisne... La echaba tanto de menos. Su mente tejía el dulce consuelo del encuentro el año venidero, que dibujaba en su mente de mil formas distintas, reparando en los detalles más insignificantes.

Pero cómo evadir tantos peligros. La justicia, la familia de Azucena, su marido... Una vez más, prefirió no pensar y encajar el destino tal como este quisiese mandar un nuevo ariete a su castigado corazón.

Al amanecer divisaron la ciudad de Valencia. Era muy distinta a Sevilla. El entorno de la ciudad dibujaba una enorme extensión de huertas, cultivadas por labriegos que trabajaban de sol a sol en los cítricos, las hortalizas y otras cosechas. La ciudad que se encontró Cristóbal tenía sobre cincuenta mil habitantes —y otros tantos extramuros en los innumerables campos— que

aunque grande, no respiraba la ebullición de viajeros de su ciudad natal.

—Soo caballo... ¡El maldito peaje! —masculó el carretero, acostumbrado a soltar guita para poder entrar y salir con mercancías por las puertas de la ciudad. Cristóbal bajó nervioso al cruzar las murallas. No sabía qué le depararía aquella ciudad extraña a sus ojos, convertida en el cabo donde agarrar su desgraciada existencia. Se adentraron por sus calles, que eran igual de descarnadas que las del sur. Faltaban tramos de adoquines por las vías principales y las carretas saltaban al son de los cascos de los caballos. La ciudad era menos populosa que Sevilla, pero igual de sucia. Llegaron a una gran plaza donde se apreciaba movimiento de mercaderes y tenderos, lo que le hizo levantarse intuyendo el final del trayecto con el buen carretero.

—Bien, muchacho, se acabó el viaje. Desde aquí debéis dirigiros a los barrios de los gremios para encontrar trabajo. Preguntad por el barrio de San Juan, allí hay talleres de adobería y cerámica, es posible que necesiten brazos. Os deseo suerte. Cristóbal se despidió de sus nuevos amigos con un nudo en la garganta y se perdió por las callejuelas de Valencia en busca de fortuna. Albergaba dudas sobre la existencia de talleres de azulejería. Era difícil encontrar un enclave artístico como el trianero en otros lugares. El carácter alegre y su ingenio natural, hacía de su barrio un foco de artistas de todos los pelajes. En todo caso, era algo temporal y estaba dispuesto a trabajar en lo que saliese. Empezó a llover. Pronto las tímidas gotas dieron paso a una lluvia que arreciaba con violencia. A pesar de buscar los soportales, en poco tiempo sus negros ropajes se empaparon y buscó refugio en una taberna para resguardarse del frío que le embargaba.

—¡Estamos en otoño!... Esta lluvia es muy común por aquí, amigo —le dijo el tabernero sonriendo ante el rostro de circunstancias de aquel joven que pasaba muchos meses al año sin ver un rastro de lluvia.

—Os recomiendo que mantengáis los pies secos, si no queréis enfermar con las humedades del levante.

—¿Por dónde cae la catedral? —dijo el sevillano obviando los consejos del tabernero, llevado por su amor por las piedras.

—¿La Seo? Está aquí al lado, varias calles hacia dentro. Vuesa merced cruza la plaza de la Seo que está al final...

—¡Jaume! Sonó enfadada una voz al fondo. ¡Deja ya de enredar y sube los sacos de la cocina...! —Al pobre hombre se le mudó el color de la cara ante la irrupción de su enérgica esposa que hacía ruido con cacharros al fondo de la taberna. Cristóbal se despidió del pobre tabernero, que solo pudo balbucear unas palabras ininteligibles.

Se adentró por las calles de la ciudad tras adquirir una gruesa capa con embozo que desafiaba el aguacero. Sus gruesas botas trataban de sortear el lodo y los copiosos charcos que tapizaban el suelo del centro de la urbe.

Pasó varios días ojeando iglesias, plazas, durmiendo en posadas y comiendo en tabernas sin preocuparse por el devenir. La catedral resultó pequeña a sus ojos. La comparación con la mole gótica de su ciudad natal no era posible. Sin embargo, resultaba atractiva y llamativa. Tenía un cimborrio poligonal muy decorado con tracerías góticas que se elevaba por encima de las naves. Y, sobre todo, una torre que superaba los cincuenta metros de altura y a Cristóbal le hacía recordar su torre de Santa María, alminar de la antigua mezquita. La de la catedral de Valencia era conocida como Miguelete o *Micalet*, decorada en el último cuerpo y con un remate de madera que sostenía las campanas.

Los días pasaban mientras el peso de su bolsa menguaba de forma preocupante. Decidido por

fin a hallar una ocupación, se dirigió al barrio de San Juan, donde había oído que abundaban los artesanos de su gremio. Sin embargo, el florecimiento económico de Sevilla no se correspondía en Valencia. Los talleres que visitaba apenas le concedían unos minutos sin pasar de la puerta y algunos le dieron con la misma en las narices.

—No tenemos ni para nosotros, muchacho —le decía un viejo alfarero encorvado por el reuma—. El negocio cada vez deja menos. ¡Esas malditas guerras del extranjero acabarán por matarnos de hambre! Iros al campo, joven. Allí siempre faltan brazos.

Cristóbal comprobó con presteza que el bueno de su maestro hacía tiempo que no visitaba aquella ciudad. Con el ánimo cada vez más alicaído, siguió en la empresa de trabajar en su oficio en aquella oscura urbe. La noche envolvía sus silenciosas calles, donde solo se divisan rameras vestidas de blanco, que se hacían notar por las esquinas y que él rehusaba sin la gracia de antaño. Ni en San Martín, ni en Santa Catalina, ni San Miguel... su aspecto se había ensombrecido. Su altanería se había transformado en una figura delgada que arrastraba el frío de aquellos lares en forma de catarro. Con apenas unas monedas, empezó a pasar hambre y tuvo que sustituir las posadas por una cuadra, acurrucándose en la paja por las noches. Pensaba en los suyos... ¿Qué habría pasado? Tenía ganas de escribirle a Augusta, pero corría peligro. Jamás pensó que pudiera pasarle algo así. Sagrario... Azucena... Tenía que aguantar. Quería creer que en casa todo iba bien y la muerte de Sagrario pronto sería solo un remordimiento para su corazón. El verano... se había propuesto aguantar hasta entonces y luego volver a Sevilla. Con lágrimas en los ojos y las manos heladas, se fue quedando dormido mirando el cielo valenciano, que aún mantenía unos trazos de nubes blanquecinas que adornaban la oscuridad.

Homo homini lupus

La Navidad se acercaba al galope. El frío se había instalado como huésped en la Sevilla del quinientos, azotada por solaneras que traían en el zurrón sabañones y más frío. La sequía consumía los campos del sur, acostumbrados a periodos secos que hacían languidecer las cosechas, mientras los campesinos buscaban en el regazo de la Virgen de los Reyes la solución a la falta de lluvias. La pestilencia de las calles latía cada mañana, mientras la gran urbe despertaba en su monotonía habitual, repleta de comerciantes y mendigos. Las arcas de Castilla flaqueaban cuanto más envejecía el siglo y los niños harapientos se agolpaban en las esquinas, licenciándose en el difícil arte de la picaresca, que se había convertido en uno de los escasos medios de vida. La calle Génova, era el corazón del comercio y el dinero que movía la ciudad. La cercanía de la catedral atraía a gentes de todos los pelajes y condiciones, que se agolpaban en los puestos de las gradas, buscando vender el bocado diario. En los arrabales no faltaba la chiquillería arremolinada en los patios y las polvorientas calles. Triana era el barrio más bullicioso y variopinto, pero la vida en casa de Alonso Gómez se había difuminado como una niebla. Habían pasado casi dos meses de aquella triste mañana en la que la familia se rompió en pedazos. Las mujeres de la casa no habían vuelto a ver a los hombres, mientras la angustia y la melancolía devoraba sus almas. La noticia de la detención de los ollereros por el Santo Oficio corrió como la pólvora por el arrabal. En las tabernas se discutió durante días la causa. Judíos, luteranos... las teorías eran cada vez más inverosímiles. Algunos afirmaban que el taller no fue sino una tapadera para ocultar la herejía y que uno de los hijos asesinó a la muchacha del zapatero por haberlos descubierto. Otros sugerían que incluso invocaban al diablo para vender más a cambio de su alma...

Los meses pasaron. Las mujeres de la familia tuvieron que huir de Triana, donde estarían proscritas para siempre. La casa quedó deshabitada y el taller fue arrasado y sembrado de sal contra los herejes. Nadie del lugar quiso ocupar la vivienda, quedando como un triste recuerdo, como una sombra gris de tristeza, alzada en la otrora morada de felicidad de una familia decente. Cristóbal de Augusta actuó con presteza y discreción con la familia de su apreciado pupilo. Sacó a las mujeres del barrio, instalándolas en una casa arrendada junto a la puerta de la Macarena en las traseras de la parroquia de San Gil —en el otro extremo de la ciudad—, ya que toda distancia era poca para apagar aquel peligroso fuego. La casa tenía la fachada hacia una calle rebosante de historia: la calle Real. Por aquella vía habían penetrado en la ciudad los Reyes Católicos o el mismo emperador Carlos V para casarse en Sevilla. Ahora no cabía más que el duelo de unas mujeres amparadas por un honrado artista, que las mantenía de forma digna, haciéndoles llegar comida y ropa. Pero aquella era una morada de desolación donde no cabía la esperanza. No habían vuelto a tener noticias del padre ni el mayor de los hermanos y a Cristóbal se lo había

llevado el viento. Les consolaba la promesa de Augusta de tenerlo a buen recaudo lejos del peligro. Sus días transcurrían en el interior de aquella humilde casa junto a la vieja muralla almohade, donde masticaban su tristeza.

Juana mostraba signos de estar perdiendo la cordura. El permanente silencio de aquel hogar de luto acrecentaba el dolor de sus moradores. Cada vez pasaba más tiempo sentada, con su profunda mirada convertida en unos ojos vidriosos casi inertes, que apenas se movían de la rugosa pared encalada del interior de aquella fría casa. Su hija mayor había ingresado en el convento de Santa Clara para purgar su pena entregándose a la oración. Era Luisa quien tiraba con dificultad de aquellos bueyes. Con sus dieciséis años recién cumplidos cuidaba de su madre y su hermana pequeña, que tuvo que dejar de ser niña con apenas once años. El miedo a salir a la calle para aquellas mujeres solo era superado por el dolor de saber el paradero de su padre y su hermano. El castillo de San Jorge, levantado en época medieval, pasaba por ser el lugar más tétrico de aquella ciudad. Un lugar de muerte, donde solo los cuervos se atrevían a acercarse.

La realidad para los reos era un tormento. Cuando la muerte es la mejor salida, la vida solo es un interminable calvario. A la vergüenza y escarnio de la procesión de padre e hijo hacia el castillo, siguió la peor de las pesadillas. Humillados con insultos, salivazos y golpes, vieron cómo algunos conocidos del barrio los insultaban como a perros. Arrastrados por la sed del Santo Oficio, los reos cruzaron el pórtico de la fortaleza más tenebrosa del reino, donde un escudo tallado en madera recordaba que aquella mole era sede de la Inquisición desde 1481, aunque la primera sede fue el convento de San Pablo al otro lado del río. Una cruz arbórea flanqueada por una espada —símbolo de la justicia contra los herejes— y un olivo —símbolo del arrepentimiento— formaban el campo de un escudo, donde rezaba la leyenda: “*Exurge Domine et judica causam tuam. Psalm. 73*” (Álzate, oh Dios, a defender tu causa. Salmo 73).

Se miraron levemente, con el rostro demacrado y sudoroso sin apenas aliento para decirse nada. Sería la última vez. Una lágrima rodó por la mejilla del padre, que apenas había forcejeado y fue conducido por la postrera luz de un patio —donde se alzaban cuadras, la casa del portero y otras estancias— a la fría oscuridad de las celdas. Sus caminos se bifurcaron y el corazón se les heló de dolor y de miedo. La entrada por aquellos estrechos pasillos de ladrillo y arena los sumergió en una perpetua oscuridad a la que pronto se acostumbraron sus ojos, rota con timidez por breves halos de luz en forma de lámparas de aceite y antorchas que apenas hacían intuir los recodos angostos de aquella prisión. Pronto, el sonido de gotas de agua que martilleaba en aquella húmeda mole junto al río se hizo familiar para los presos. El roce de las cadenas alertaba de vida en otras celdas, donde apenas se divisaban rostros inertes que se movían entre los claros de paja esparcidos por el suelo. Mientras el padre se comportó como un cordero manso resignado a su suerte, su hijo Alonso necesitó de cuatro guardias para conducirlo al calabozo, no sin que estos recogieran alguna magulladura por el camino. Los ojos silentes desprovistos de vida dentro de aquellas jaulas humanas se posaban en el fatigado reo, que trataba de luchar contra la injusticia que se cebaba con su familia.

Las celdas estaban atestadas. Solo los noveles quedaban aislados para ser interrogados, mientras el resto de los reos malvivían hacinados en celdas oscuras y malolientes. La “activa defensa de la fe” que llevaba a cabo el Santo Oficio daba sus frutos en aquella Sevilla del quinientos. A la persecución herética tradicional contra judíos, moriscos y falsos conversos, se unía el asedio al foco protestante que había surgido en la ciudad. El problema luterano obsesionaba a la Iglesia, en especial en las ciudades de Valladolid y Sevilla, donde había actividad protestante.

De nuevo el ruido de pisadas por aquellos pasillos de aspecto laberíntico. El chirriar de la oxidada cancela dio paso a un grupo de guardias que descubrió a Alonso exhausto en suelo, con el rostro apoyado en la arenosa pared que contrastaba con las frías e irregulares piedras del suelo, donde apenas se esparcían unos manojos de paja sucia. Un hábito dominico se abrió paso entre el séquito con sumo reposo, casi sin hacer ruido, plantándose delante del abatido reo.

—¿Os ha vuelto la cordura y el juicio? ¿O seguís en brazos de Lucifer? —espetó fray Antonio Morillo casi sin mover un músculo de su tez blanca y flácida, acostumbrada a lidiar con esclavos de sus designios.

Alonso guardó silencio unos segundos mientras arañaba con las yemas de los dedos aquella pared limosa hasta el punto de sangrar. De pronto, como recordando la afrenta, se volvió con tal ímpetu que todos retrocedieron de forma involuntaria, salvo el insigne inquisidor, experto conocedor de la longitud de las cadenas, lo que lo mantenía a salvo de aquel hombre cuyas venas luchaban por saltar de su cuello.

—Veo que la terquedad os envuelve con la misma presteza que vuestros pecados.

—¿Qué habéis hecho con mi padre? —gritó el alfarero casi de seguido al fraile.

—Vuestro padre es más sensato que vos. Ya se ha confesado —mintió— como un falso cristiano que judaizaba...

—¡Mentííís!! —aulló el colérico joven, que abría sus manos sin éxito tratando de alcanzar al fraile mientras sus sucios dedos mezclaban sangre con tierra limosa.

—Veo que habéis escogido el camino del dolor —sentenció el Inquisidor, cuya voz se había tornado más grave y firme—. Llevadlo a la sala de castigo, allí encontrará la purificación que su alma necesita...

Alonso bajó la resistencia. Como muestra de valor quizá, no quería parecer cobarde ante el seguro tormento que le aguardaba. Empezó a susurrar plegarias a Jesucristo y a la Virgen por su familia. Sus cabellos humedecidos y sucios de la celda tapaban un rostro cansado y angustiado con oscuras ojeras que ensombrecían su mirada. Atravesaron un corredor lleno de celdas en penumbra. Algunos presos se santiguaban a su paso, otros permanecían arrinconados sin expresión alguna en aquel castillo del dolor. Doblaron una esquina y bajaron una escalera con el fuerte ruido del arrastre de cadenas que sometían al reo. Alcanzaron una puerta de madera con bonitos herrajes, corroída por la humedad en su base. El sonido chirriante al abrirla fue como una premonición. En su lúgubre interior, la breve luz de un ventanuco mostraba una serie de artilugios macabros bajo una rústica bóveda de cañón. Olía a humedad y a sangre... Despojaron a Alonso de sus vestiduras, descubriendo su fornido torso. Las muñecas, sujetadas en alto con grilletes, dejaron la espalda indefensa a un severo látigo, que el verdugo blandió con pericia.

—¿Confesaréis? —advirtió la tétrica voz de fray Antonio Morillo, que mantenía una leve mueca equivalente a una escalofriante sonrisa de expectación mientras se frotaba sus blancas manos debajo del hábito.

Al silencio siguió una señal, que descargó la fuerza del verdugo en la espalda del trianero. Los latigazos secos producían gritos de dolor que morían ahogados en la garganta del reo mientras las venas de su cuello cobraban cada vez más relieve. Tras cuarenta embestidas, el cuerpo del preso se desplomó, perdiendo el sentido brevemente. El verdugo miró al dominico, que mandó parar el castigo con un leve ademán.

—Descansaremos por el momento. Huelga decir que de vos es la decisión de acabar este tormento. Os dejaremos solos para que reflexionéis...

La celda se sumió en el claroscuro. Alonso recuperó el sentido poco a poco, retorciendo su

dolor levemente por el suelo. El sucio camisón blanco se teñía de rojo por la espalda. Por primera vez lloró amargamente de rabia e impotencia. Pensó en su hija pequeña y en su esposa. ¿Cómo fue aquello posible? Pensó en Cristóbal, en su triste paradero. Al fin y al cabo, solo era un muchacho enamorado sobrado de sentimientos y corto de prudencia. Y pensó en su padre... su salud no aguantaría mucho allí. El mayor de los olleros no había opuesto resistencia. Sus tristes huesos fueron conducidos en volandas hacia otra celda, en el piso inferior. La humedad de aquellos muros fue la peor de las torturas para el alfarero. En apenas una semana contrajo una afección respiratoria y fiebres altas. Trasladado al hospital del Cardenal (el nombre proviene de su fundador, el cardenal Cervantes), aguantó apenas un par de semanas, para finalmente morir a principios de enero de 1571. Cristóbal de Augusta se encargó de dar sepultura al pobre artesano, que murió solo en el lúgubre y atestado hospital de la plaza de San Leandro, sin poder despedirse de los suyos, que únicamente pudieron llorarle al enterrarlo.

Alonso seguía incomunicado. El inquisidor trataba de extraerle una confesión sin éxito. Cuando se recuperaba de sus heridas volvía a torturarlo, acrecentando el martirio mental del preso, que escuchaba los pasos y el chirriar de cancelas que lo conducían de nuevo al tormento. Hacía un par de días que su padre había muerto, pero aún no se lo habían comunicado, a pesar de estar entre sus derechos. El dominico esperaba un momento propicio para conseguir que se derrumbara del todo.

La historia se volvía a repetir de nuevo. El paseo por los húmedos y oscuros pasillos, las escaleras y los secos cerrojos que conducían al dolor. Alonso temblaba, no sabía qué le tenía reservado el fraile aquella mañana. La vez anterior le habían colocado un embudo en la boca y le hicieron tragar agua hasta casi el ahogamiento. A raíz de aquello, padecía dolores de vientre y malestar. El verdugo lo desnudó de dos certeros tirones y lo amarró de pies y manos tendido en un potro. Las cuerdas se tensaban con un torno a indicaciones del inquisidor.

—He de confesar que sois más terco de lo que pensaba. Me molesta vuestra tozudez, no es habitual tanto deseo de dolor en estas lides... ¿Confesaréis que sois un hereje que profesa en secreto la religión de los verdugos de Cristo? ¿No? Bueno, este artilugio creo que os va a gustar... ¡Soga!

La soga fue tensándose paulatinamente mientras crujía la madera que la recogía. Los brazos y piernas apoyados en un tablero se tensaron marcando las venas, que brillaban por el sudor del esfuerzo. El olor pestilente de sus ropajes hacía perder al hombre toda su dignidad. Alonso gritó de dolor con los dientes apretados. La cuerda lo tuvo unos interminables segundos al borde del desmayo, luego paró el castigo. El reo jadeaba extenuado... mientras el inquisidor rezaba un miserere.

—¡Confesad y se acabará vuestro tormento! —gritaba fray Antonio, impaciente ante la rebeldía de aquel sujeto—. ¿Qué buscáis? ¿La gloria? No la hallaréis en estos muros. Sabed que vuestro pobre padre no aguantó ni una semana. Falleció en el hospital hace varios días—. Lucifer lo habrá acogido en su seno...

La respiración del preso se agitó, encajando la sorpresa.

—¡¡Maldito seáis!! —gritó entre sollozos—. ¡¡Lo habéis matado!! Mi padre era el mejor de los hombres, ¡voto a Dios para que alcancéis la peor de las muertes! —gritó de rabia mientras levantaba medio cuerpo hasta quedar casi sentado.

—¡Confesad entonces vuestras culpas! —exclamó el fraile acercándose al ollero, que lanzó un atinado salivazo contra el clérigo.

—Yo soy un cristiano ejemplar, pero vos sois el peor de los demonios —sentenció el preso

de forma mucho más calmada.

—¡¡Soga...!! —gritó el dominico encolerizado.

La cuerda se tensó de nuevo entre aullidos de dolor. Cuando perdió el conocimiento, descansaron. El fraile se refrescó el rostro con agua y se lo secó muy despacio.

—¡La garrucha! —ordenó el dominico, que había perdido cualquier atisbo de satisfacción con aquel reo. Dolido en su amor propio, estaba decidido a conseguir una declaración sin matarlo — *Domina nostra, Mediatrix nostra, Advocata nostra: tuo Filio nos reconcilia, tuo Filio nos commenda, tuo Filio nos repraesenta...*

Desnudo, atado de pies y manos fue elevado hasta el techo con poleas y soltado de golpe. La caída le fracturó varios dientes y el pómulo se le hinchó de inmediato. La abundante sangre necesitó la intervención de un físico para contener la hemorragia, por lo que fue devuelto a su celda. A la mañana siguiente, sin tregua alguna, fue conducido de nuevo al martirio. Con el rostro demacrado y encadenado de pies y manos se mostró de nuevo ante el inquisidor.

—Hoy confesaréis o moriréis —sentenció el impaciente dominico sin mover un músculo—. ¡Metedlo en la cigüeña!

El artilugio metálico atrapaba el cuello, las muñecas y los tobillos, dejando al martirizado en una incómoda posición fetal. A medida que pasaban los minutos, los calambres y los escalofríos empezaron a lastrar el dolorido cuerpo del alfarero que, al moverse, se hería con rozaduras el cuello y las extremidades. Su cara hinchada denotaba menos expresión que los días anteriores. Las heridas y magulladuras lo habían convertido en un eccehomo en manos de la sed de sangre de sus verdugos. Ante las repetidas preguntas del inquisidor, el reo guardaba silencio, abriendo la boca solo para gemir de dolor.

—Traed los carbones...

De momento, unas brasas al rojo vivo sostenidas por tenazas iluminaron el impávido rostro del verdugo. Con el reo inmovilizado, se le aplicó en el costado, haciendo que brotara de su garganta un grito de dolor desgarrado, que sería perceptible en todo el castillo. A la tercera quemadura se desmayó. Los verdugos lo liberaron de aquellos hierros, dejándolo caer como un animal muerto en el suelo. Su cuerpo era un espectáculo de hematomas, sangre y magulladuras. Los alguaciles y el notario presentes interrogaron al inquisidor con la mirada, que tras un eterno suspiro de contrariedad, mandó forzarle una firma a la confesión. Semiinconsciente, balbuceaba palabras ininteligibles. Lo agarraron de la sanguinolenta mano, apoyándola en una confesión escrita que acabó rubricada con un garabato ilegible.

—El preso ha confesado su herejía... —concluyó el inquisidor, adoptando una severidad tragicómica, dado las circunstancias del interrogatorio—. Conducidlo a una celda donde esperará sentencia otorgada gentilmente por el tribunal de la Santa Inquisición. *Exurge Domine et judica causam tuam, Amen...*

En los días siguientes se debatió entre la vida y la muerte. Las heridas se le infectaron y los médicos del Santo Oficio temieron por su vida. El inquisidor ya había obtenido la confesión, si vivía o moría era algo indiferente, por lo que no consintió su traslado al hospital del Cardenal.

—Subestimáis su vigor —decía lacónicamente, aderezado con un ademán de desgana—. No me importunéis con asuntos de esa escoria humana, es pasto de llamas.

Alonso superó las fiebres altas y poco a poco las heridas fueron mejorando, a pesar de quedar como una sombra del hombre que fue. Su rostro se afiló, con los pómulos puntiagudos y bolsas oscuras en sus ojos. Sus costillas anegaban territorios antes cubiertos de firme musculatura. Se convirtió en un ánima oscura más de aquella prisión, donde aguardaba el auto de fe que

sentenciara su final. Era cuestión de semanas. Por la prisión corría el rumor de que se celebraría antes de la Cuaresma, debido al alto número de presos que atestaban aquel castillo de muerte. El alfarero pasaba las horas con la mirada extraviada en la oscuridad de una minúscula celda, donde perdió todas las ganas de vivir. Trató de comunicarse con su familia, pero fue inútil. Aquello no era una cárcel convencional y no se contemplaba ningún derecho.

A la mañana siguiente corrió la noticia. El pregonero había anunciado un gran auto de fe en el plazo de un mes, justo antes de comenzar la Cuaresma. Se anunciaron los preparativos, que requerían la elevación de las gradas y el escenario efímero en la plaza de San Francisco, lugar de las grandes ocasiones. El pregonero también informó con júbilo la presencia del arzobispo de Sevilla y la asistencia de los prelados de Jerez y Córdoba, el cabildo de la ciudad y miembros de la audiencia. Asimismo, los asistentes gozarían de indulgencias dictadas por la autoridad eclesiástica. Empezaba así toda la parafernalia del evento. En los días sucesivos se publicaron bandos donde se prohibían el uso de armas de cualquier tipo durante el auto, ya que se trataba de salvaguardar la santidad del mismo. Los autos de fe atraían a muchos visitantes, que vivían la celebración con intensidad. Los tenderos se pertrechaban de viandas para abastecer a las gentes, dando carácter festivo a la jornada. El recorrido del cortejo se adornaba con colgaduras, muy numerosas en el centro de la ciudad, a medida que se aproximaba a la plaza.

Las semanas pasaron con la urbe expectante ante un evento que había perdido la severidad con la que se creó, convirtiéndose ahora en una feria donde saciar la curiosidad y regodearse en el dolor ajeno. En la celda, el pobre Alonso pasaba las horas rezando por el alma de su padre y la suya, deseando terminar aquel infierno cuanto antes. Un guardia de la prisión que era noble de espíritu, le ofreció ayuda —con enorme sigilo— para comunicarse y despedirse de los suyos. El reo no sabía escribir. Se lamentó entonces de no haber aprendido. Le vino a la memoria su hermano Cristóbal. Una leve mueca de sonrisa mezclada torpemente con tímidas lágrimas afloraron por el recuerdo de las invenciones de su soñador hermano. ¿Qué habría sido de él? Qué bien le habría venido ahora conocer el arte de la escritura para poderle decir a su esposa y a su hija pequeña cuánto las extrañaba. El carcelero escuchó sus últimas voluntades.

—Buscad a un ceramista que se llama Augusta, es un buen hombre —dijo Alonso con esfuerzo, respirando hondo mientras las lágrimas se deslizaban mejilla abajo—. Que le diga a mi esposa... que la amo y que no me olvide. Que pasado el luto, busque un hombre bueno que le dé compañía y sustento. Que acuda al gremio, ellos tratarán de ayudarla a ella, a mi madre y mis hermanas. Que siendo del gremio es su deber —concluyó con cierta ansiedad y la respiración agitada.

El carcelero escuchó con respeto al joven, a pesar de que podía ser descubierto por otros guardias. Le juró —agarrado por la otrora mano poderosa del ollero, que se había convertido en la un hombre escuálido y tembloroso— que cumpliría el encargo, sabedor de que era un buen cristiano falsamente acusado como tantos que pasaban por aquellos terribles muros. Alonso descansó aliviado cuando se marchó su confidente. Apoyó la espalda en la pared, emitiendo un largo suspiro a la vez que desplazaba lentamente la cabeza hacia atrás, hasta toparse con el muro. Ya solo faltaba ponerse en paz con Dios...

Llegó la víspera y la ciudad cumplió con sus ritos. La cruz verde de la Inquisición inició una procesión desde el castillo almohade hasta la plaza de San Francisco, donde se había erigido una pomposa tarima y gradas para celebrar el auto de fe anual. No faltaba un detalle. Frailes dominicos portaban la cruz en una procesión de luz interminable que flanqueaba el símbolo del Santo Oficio. Este quedaría expuesto en el lugar previsto, presidiendo los rezos de los monjes,

que harían vigilia toda la noche rezando en pro de la conversión de los reos y la santidad de la Iglesia que oficiaba el auto. Las calles respiraban fiesta. Una comitiva de niños, recorría las vías del centro —en especial desde la de Génova hasta la plaza de San Francisco junto al convento del mismo nombre— rezando por la conversión de los reos que iban a ser ajusticiados. Si el reo se arrepentía de sus culpas la hoguera se sustituía por el garrote vil, una muerte mucho más rápida que evitaba el tormento de las llamas.

La vigilia en el castillo de San Jorge no era menos concurrida. Numerosos frailes administraban confesión a los presos, no sin antes separarlos. Aquel auto iba a ser populoso, por ello se había optado por la plaza de San Francisco en vez de la iglesia de Santa Ana como en otras ocasiones. Casi cuarenta presos serían ajusticiados por el Santo Oficio. Con el crepúsculo, fueron reunidos en una gran sala, dejando aislados en celdas individuales a los que habían de sufrir la pena de muerte. Las mujeres eran reunidas en una prisión diferente, siendo juntados todos al alba para iniciar la macabra procesión.

Alonso estaba sereno. No perdió la compostura ni siquiera al ver entrar a un viejo fraile que le comunicó que aquella sería su última noche. Respiró con lentitud, asimilando una suerte ya sabida. Los ojos de Morillo eran suficientemente elocuentes para aquel artesano de la arcilla, que llevaba bastantes días preparando su alma. Confesó con vehemencia, con los ojos cerrados agarró la temblorosa y huesuda mano del fraile, que trataba de consolar a aquel joven espíritu que iba a perecer en vano.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis. Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in saecula saeculorum. Amen.*

Alonso se santiguó y quedó de rodillas con las manos entrelazadas en la oscuridad de aquella sucia celda, donde varias hachas de luz forzaban una fría penumbra con olor a muerte, que tapizaba las irregulares paredes del recinto. El fraile salió con lentitud, mientras el chillido de la cancela y su cierre dictaban sentencia. Pasó la noche en vela, rezando por los suyos. Por aquellos desdichados que iban a quedar desamparados. Tenía las rodillas entumecidas y frecuentes golpes de tos que le hacían escupir sangre desde los días de tortura, debido al castigo que había sufrido. Ya nada importaba... Era su última noche y quería estar preparado. Antes del amanecer, el castillo era un hervidero de gentes que se aprestaban a sus cometidos. Guardias, alguaciles, escribanos, capellanes... Las cancelas empezaron a chirriar, helando la sangre de los presos. Los pasillos se llenaron de pisadas que arrastraban pesados pies con cadenas hacia el patio, dejando los condenados a muerte para el final. El reencuentro con la luz fue doloroso para Alonso. Sus ojos llevaban demasiado tiempo en la oscuridad y apenas los podía mantener abiertos. El corazón le palpitaba con insistencia, de forma audible a sus oídos. Impotente, fue empujado hacia una jaula reservada a los reos más rebeldes y peligrosos. El grueso de los condenados fueron montados en burro y ornamentados con su sambenito, una especie de dalmática hecha de tela de saco con la cruz de San Andrés y dibujos que el trianero no conseguía descifrar. Una coraza —especie de capirote cónico— completaba el grotesco atuendo, hecho para satirizar y burlarse del preso. El sambenito de Alonso era negro, con numerosas llamas rojas y caras de demonios. Un letrado —que él no sabía leer— informaba de sus graves faltas contra la fe. Le colocaron la coraza sin oponer la mínima resistencia. Como Cristo al recibir la clámide púrpura fue pasto de burlas y comentarios en aquel cruel patio junto al gran río.

La comitiva inició su marcha tras una cruz que abría el cortejo. El portón del castillo se movió con gran estruendo destapando una enorme expectación en la calle. El ruido crecía por momentos, mientras las parejas de frailes dominicos iniciaban la procesión entre grandes

humaredas de incienso que formaban nubes blancas, cuyos sahumerios eran ofrecidos por niños vestidos con sayas blancas. Los soldados trataban de abrir paso ante un público que se agolpaba enfervorecido, que gritaba, escupía y lanzaba inmundicias a los reos, entre un alboroto de frenesí que amenazaba el orden de aquella tétrica cofradía.

Alonso trató de cerrar los ojos, pero el ruido lo descentraba de sus rezos. Humillado, como un perro entre barrotes y paja, observaba a niños de escasa edad que le lanzaban verdura y boñigas de caballo. Buscó entre la muchedumbre alguna cara, pero fue imposible. Su estado era lamentable y sus reflejos estaban derrotados. Detrás de la suya iban varias jaulas más, con algunas mujeres a las que era imposible reconocer el rostro por los churretes. El puente de barcas dibujó una larga procesión con velas, con los clérigos abriendo el cortejo y las efigies dando paso a los reos. Se trataba de representaciones en cartón y yeso, que contenían los restos de los presos fallecidos antes de llegar al auto de fe. Cuando el carro que lo transportaba llegó al puente, la madera crujía como si fuese a hacerse añicos. El reo no pudo más que mirar atrás, hacia el barrio que lo vio nacer y hacerse un hombre honrado. Dos lágrimas rodaron en silencio por sus mejillas, brotando de los ojos vidriosos fijos en la otra orilla, que iba empequeñeciéndose a cada paso que daba la comitiva.

—Adiós... —apenas pudo balbucear.

Conforme se acercaban a la plaza, el gentío iba creciendo. Los reos agachaban la cabeza ante aquella ceremonia que excitaba a las masas. Dos enormes tarimas se elevaron ante los ojos de los presos. Una reservada a las autoridades y familiares que asistían al evento. Enfrente, otra reservada a los detenidos. La cruz verde —tapada por un fino velo negro— y el estandarte del Santo Oficio presidían el auto. Algunos condenados estaban tan deteriorados que fueron casi arrastrados hacia su puesto. Alonso mantenía el rostro inclinado hacia el suelo. Pretendía afrontar la muerte sereno y en paz con Dios. Fue colocado en la parte de atrás junto a varias efigies de difuntos.

“Cazadnos las zorras pequeñas que arruinan las viñas, pues nuestras viñas están en flor...”. Recurriendo al Cantar de los Cantares, fray Antonio Morillo fue el clérigo escogido para el sermón de la fe. Con las manos entrelazadas y con rostro hierático que apenas concedía una mueca, elevó su plegaria a Dios, erigiéndose portavoz de los defensores de la fe. La lectura de las sentencias se convirtió en algo soporífero, a pesar de la enorme expectación y gentío que desbordaba aquella plaza. Morillo se deslizaba con soltura por aquel escenario. Sus ademanes y teatralidad estaban calculados delante del grueso de autoridades civiles y eclesiásticas allí concurridas.

Alonso aguantaba aquel tormento. Su rostro de facciones huesudas dejó impactado a Cristóbal de Augusta, que rezaba por su alma entre la gente. Nada pareció inquietar al preso hasta que leyeron las culpas de los condenados en efigie. Cuando nombraron a su padre y señalaron sus restos apenas a unos metros suya, su rostro se transformó... Rompiendo el protocolo y las barreras del miedo, Alonso resucitó...

—¡Asesinos! ¡Asesinos! —Su cuello se apretó con varios ríos de venas azuladas que buscaban salir de aquel desdichado cuerpo—. ¡Lo habéis matado, perros! ¡Era un hombre bueno, podéis quemarme, pero vosotros arderéis en el infierno! ¡Voto a Dios...!

El murmullo se apoderó de la plaza y algunos religiosos se movían nerviosos. Las autoridades conversaban agitadamente y alguien ordenó actuar. Un certero golpe en la mejilla arrumbó la energía del alfarero, que volvió a desfallecer balbuceando frases con las fuerzas al límite. El juicio continuó. Al terminar con las efigies comenzaron con los reos de muerte. Varias

mujeres fueron condenadas a la hoguera por ser adoradoras del maligno y por luteranas. Una de ellas parecía inerte y no movía un músculo. La otra, más joven, se mantenía llorosa escuchando sus penas, relatadas en un larguísimo rito que parecía no tener fin. La mujer se derrumbó y pidió clemencia. Fray Antonio Morillo se acercó de forma decidida y extendió su mano, que la mujer asió como el último remo de salvación. Con reiterados besos, la mujer pedía piedad.

—¡Arrepentíos! ¡Confesad vuestras culpas, vuestro arrepentimiento y alcanzaréis la misericordia de Cristo por vuestros pecados!...

—¡Lo confieso todo! ¡Soy una hereje, una pecadora! —gritó la mujer entre sollozos sin saber muy bien lo que estaba diciendo.

El dominico levantó los brazos hacia el cielo con gran teatralidad, escenificando ademanes y muecas calculadas mientras daba las gracias a Dios por la confesión de aquella pobre alma. El público enfervorizado gritó de júbilo. La Iglesia católica triunfaba, un alma sería rescatada del averno... Le siguieron en cascada el resto de culpables, que querían evitar postergar aún más aquel inacabable suplicio. Morillo estaba satisfecho. Se mostró cluenco de gozo en aquella tarima, donde se había manifestado como un inexpugnable guardián de la fe. Cuando leyeron las faltas de Alonso, el reo ya no estaba. En silencio, rezaba a Dios, pidiendo por su familia. El inquisidor se postró delante, señalándolo con el dedo índice.

—¿Os arrepentís de vuestra herejía? —Alonso permanecía impávido con los ojos cerrados, centrado en sus oraciones, que se apreciaban en un leve aleteo de los labios, ajados y faltos de vida—. ¿Reconocéis vuestros pecados contra Dios y su Iglesia? —continuaba el religioso, cada vez con más intensidad. ¡Confesad, y hallaréis clemencia!

Pero el trianero guardaba silencio en su oscuro rostro, cubierto de cabellos sucios y sudorosos. Morillo negó con la cabeza y se dio por vencido.

—¡Que las llamas purificadoras os apliquen el castigo que vuestras culpas y falta de humildad con Dios merecen!

Alonso abrió los ojos lentamente y los clavó en el rostro del fraile. Mientras los soldados lo levantaban, pudo emitir una tímida sonrisa mirando a su verdugo.

—*Vade retro*, Satanás. Volveré para velar tus sueños... —sentenció el preso, que contempló como el dominico mudaba el color del rostro, aterrado por la maldición del alfarero.

El juicio prosiguió con las penas menos graves, que se traducirían en cárcel y otros castigos sin cariz definitivo. Los sentenciados a muerte montaron en burro, salvo Alonso, cuya rebeldía aconsejaba la jaula. Entre risas y burlas, los reos portaron sus capirotos de nuevo e iniciaron un doloroso camino hacia el quemadero, a las afueras de la ciudad.

El cortejo andaba despacio debido al gentío. La puerta de Jerez se divisaba en el horizonte, pero no iban a llegar con presteza. Los soldados se abrían paso entre la enfervorizada chusma, que gritaba mostrando sus negras encías, mientras lanzaban cebollas podridas y otros desperdicios. El carro saltaba por los socavones de la calle Génova, donde el hedor de efluvios humanos lanzados desde los balcones se confundían con los aromas provenientes de los puestos del mercado. En uno de los baches, una rueda del carro claudicó. Pronto, varios soldados se enzarzaron en una acalorada discusión con el carretero, que trataba de excusarse en la nula pavimentación. Mientras se reparaba, la comitiva se detuvo. Alonso, derrotado, permanecía cabizbajo pensando en su padre. De repente, una mano le tocó el brazo entre las toscas rejas de la jaula, que desprendía moho de forma generosa. Era Augusta, que con la cara traspuesta por la visión, lo miró a los ojos con ternura. Antes de que el sorprendido reo pudiese emitir una palabra de sus labios agrietados, el ceramista se giró buscando a alguien. Su mujer apareció ante sus

ojos, que se llenaron de lágrimas. La mujer, rota por el dolor, le agarró la mano que el trianero acarició, evidenciando unos nudillos huesudos, fruto del infame castillo donde había sucumbido como hombre. Trató de hablar, pero sus labios resecos y temblorosos apenas pudieron formar unos surcos de saliva en la comisura de los labios.

—Te quiero —acertó a decir entre sollozos la mujer, mientras acercaba a un niño de cabellos oscuros a la jaula, que lloraba preso del miedo. Alonso se giró con gran dificultad y acertó a besarlo de forma leve, dado que un soldado había reparado en la escena, sofocándola de inmediato con brusquedad. Los amantes esposos se miraron a los ojos unos segundos mientras el carro, de repente, reinició la marcha con la rueda recompuesta. Alonso profirió unas palabras inaudibles, emitiendo una leve sonrisa. La cara de su familia se fue haciendo cada vez más pequeña hasta que se confundió con la gente.

La puerta de Jerez dio paso a las afueras de la ciudad, por donde pasaba el arroyo Tagarete. Otra especie de tarima esperaba a los cuatro reos que iban a ser quemados vivos. Se habían dispuesto pilas de leña debajo que originarían la terrorífica escena. Los presos fueron conducidos hacia la hoguera. Mientras eran amarrados, un religioso los exhortaba al arrepentimiento, lo que significaba la conmutación de la hoguera por el garrote vil, que evitaba el sufrimiento. Uno de los presos se derrumbó al ser amarrado a aquel palo y pidió piedad, besando el escudo de los ropajes que el religioso le mostró. Como Cristo, Alonso Gómez quedó en medio de un calvario, flanqueado por dos mujeres. El jolgorio dio paso a un imponente silencio de muerte. Aquel altar macabro erizaba los vellos al más morboso. Una de las mujeres se mantenía en una semiinconsciencia permanente, denotando que ya no era ella misma. La otra, mantenía una risa burlesca que delataba escasos dientes y continuos movimientos de cabeza. Alonso encajó la soga sin inmutarse. Levantó la cabeza al cielo con los ojos vidriosos, y empezó a orar en silencio. Las piras se encendieron por fin y el humo empezó a hacerse notar.

Los religiosos oraban por el alma de los condenados, mientras los presentes asistían en vilo a la consumación de la pena en aquel tétrico paraje a las afueras de las murallas. Las llamas hicieron mella y los aullidos de dolor certificaron la purificación del fuego. Alonso Gómez mantuvo la mirada en el cielo hasta que pudo aguantar. El olor a carne quemada se hizo patente, mientras los reos sucumbían. Aquel fue el final del bravo alfarero del arrabal...

En lontananza

Aquel hombre mostraba energía. Agachado, con el cuchillo en la diestra, se mostraba habilidoso con aquella enorme hoja plateada que daba cuenta de los manojos de verduras que iba arrancando de la tierra. El sudor le corría frente abajo, a pesar del pañuelo anudado que cubría su testa. La tarde languidecía, y el frescor de la huerta valenciana despertaba a la par de los dolores de espalda en los esforzados labriegos, que trabajaban la tierra de sol a sol. La cuadrilla estaba a punto de terminar la jornada, pero no desfallecía en el trabajo y rellenaban los cestos de mimbre hasta rebosar. Los espárragos, las habas y los guisantes se recogían en primavera para dar paso a la siembra de lechugas y nabos. La temporada de cítricos, daba paso a una gran variedad de verduras y frutas que dan color a la tierra. Manzanas, peras o cerezas, se enseñorean en los campos.

Cristóbal no hacía ascos a su nuevo trabajo. En escasos meses había desarrollado pericia y amor a los olores de la tierra. Observaba las flores que alumbraban los frutos de la primavera y respiraba hondo aquel lugar. Mientras usaba con habilidad su enorme cuchillo y su macaco, pensaba en los suyos. En su padre y su hermano, en sus bonitas hermanas. Las imaginaba jugando en aquel soleado patio de vecinos que los había visto crecer a todos. Pero la mayor parte del tiempo pensaba en Azucena y pensaba en Sagrario... Su mente luchaba entre su locura de amor y el remordimiento por la muerte de la joven trianera. Trataba de superarlo. Quería pensar que todo se había calmado y las heridas cicatrizaban en su ciudad. Quería pensar que Azucena lo ansiaba como él, esperando la llegada del verano. Quería pensar tantas cosas...

El capataz dio la señal para dar de mano. Los hombres se desentumecían con teatrales gestos entre bromas y hablaban de tabernas y mujeres. El modesto jornal permitía al sevillano vivir en el campo y acudir a la ciudad algunos días al finalizar su labor. Aquella jornada era sábado y volvía para Valencia. A menudo, paseaba y visitaba iglesias y tabernas. Dormía donde podía, si es que lo hacía. En las tabernas escribía cartas semanalmente, regadas por caldos peleones que encajaba cada vez mejor. Pero luego no se atrevía a mandarlas a Sevilla con los arrieros. “Era demasiado pronto”, le dijo Augusta. “Debes esperar hasta que te avise...”. pero el tiempo transcurría con inusitada lentitud. Sentado en aquel taburete de tosca madera cubierta de nudos escribía otra carta a su dama. En ella, derramaba una semana más todo su corazón y sus anhelos. Le contaba su trabajo y su espera en una ciudad cada vez menos desconocida para el pintor de losas. Algunas mozas de taberna se le acercaban a curiosear el escrito de aquel joven forastero, sin descifrar lo que ponía. Le sonreían y algunas acariciaban el pelo azabache del apuesto joven, que no tenía ojos para nadie. Aquel hábil seductor se había tornado en un fiel y fervoroso enamorado que aguardaba la dicha esperando como un perro a su amo.

—¿A quién escribes, mozo? —interfirió una muchacha de senos generosos, que mostraba en un amplio balcón a los ojos lascivos mientras ofrecía una sonrisa irregular.

—A mi amor, querida dama —respondió Cristóbal sonriendo sin apartar los ojos del grueso papel, que delataba su ubicación con varios goterones de aquel espeso tinto.

—Es sin duda una mujer afortunada, la vuestra. Si necesitáis compañía, preguntad por mí, mozo. Mi nombre es Catalina —concluyó con una mano apoyada en la cadera y la otra jugueteando con el cuello de la ropa del trianero, que se dejó acariciar sin ninguna respuesta.

La primavera se había apoderado de aquella ciudad, que también tenía río. La nueva estación mostraba clemencia en la temperatura y había aparcado las lluvias. Las calles estaban más pobladas y apetecía pasear. De nuevo en Cuaresma, a escasas semanas de los días señalados, las iglesias rebosaban de fieles que preparaban su alma para Semana Santa. El ruido de los cascos de los caballos se mezclaba con las voces que pregonaban en los puestos de las calles del centro. Cristóbal andaba sin rumbo. Oteaba fachadas y plazas mientras comía ciruelas. Sin querer, su mente comparaba iglesias y edificios con los de Sevilla. A veces, forzaba las semejanzas buscando sentirse en casa. Miraba a las muchachas y encontraba mil parecidos. Veía los ojos y el pelo de Sagrario, y el cuello de Azucena, ese que lo sumía en el ensimismamiento. Suspiraba sorteando caballos y boñigas. Y mientras repasaba una vez más los detalles de sus rostros añorados, entró en otra iglesia. La oscuridad del templo se rompía por una leve penumbra otorgada por varias hachas de velas chorreantes, que apenas permitían divisar los detalles de los cuadros. Buscó la pila marmórea y se hizo con su agua la señal de la cruz en la frente. Sus pisadas sonaban con cierto eco en las gastadas baldosas rojas de aquel templo, a una hora donde escaseaban los fieles. Sus ojos se posaban en los detalles, en una construcción de concepción gótica que poseía bóvedas de nervios y elementos apuntados en piedra, levantados sobre una antigua mezquita. Su despacioso paseo lo llevó a sentarse en la primera banca de la nave central, al reparar en el altar mayor.

—¿Cómo se llama esta iglesia? —dijo casi sin reparar en la persona sentada a medio metro suyo.

—San Esteban —respondió un anciano de poblada barba blanca y sayo con capucha que a buen seguro lo resguardaba de aquella lluvia y que miraba como él, hacia el altar.

Cristóbal miraba el retablo olvidándose de la cortesía. Estaba recorrido por pinturas sobre la vida del mártir cristiano. En el banco de altar, se mostraba una bellísima Santa Cena que lo dejó absorto.

—Qué maravilla de pintura —casi susurró.

—Es una Santa Cena, respondió el anciano. Muestra el momento en el que Nuestro Señor instaure la eucaristía. ¿Os gusta?

—¿Gustarme? Es una obra de arte sublime. Consigue un colorido y una profundidad inaudita.

—He de reconocer la influencia italiana. El pintor visitó Florencia y Venecia. Y allí es difícil no beber del influjo de Leonardo y los pintores venecianos... El punto de fuga con el paisaje es un recurso de los florentinos, que dota de mayor profundidad a la pintura y hace que se vea menos plana. Sobre el color, es difícil conocer la obra de Rafael o Tiziano y no querer imitarlo.

—¿Cómo es que sabéis tanto de esa tabla? —inquirió el sorprendido joven forastero.

—Muy fácil —respondió el anciano con una amplia sonrisa—, la pinté yo.

Cristóbal lo miraba con la boca abierta. Estaba francamente sorprendido.

—Mi nombre es Vicente Juan Masip —dijo mientras inclinaba la cabeza a modo de presentación—, pero todos me conocen por Juan de Juanes. Para un pintor no pasa desapercibido otro. ¿No es así?

—Es un honor para mí hallarme aquí con vuesa merced —balbuceó—. La verdad es que soy ceramista azulejero. Mi nombre es Cristóbal de Augusta. Vine de Sevilla por incierta fortuna a instalarme una temporada. Pero no tuve suerte, el trabajo escasea y me tuve que ir de bracero al campo.

—¿Queréis conocer mi taller? Tengo discípulos y gente que busca ventura en este difícil mundo. Si os interesa la pintura... He visto que tenéis un ojo certero.

—La verdad es que me siento honrado... pero... —Cristóbal pensaba en Sevilla y en su vuelta. Y en volver a sus transitorias peonadas en el campo que le otorgaban el sustento hasta su marcha.

—Venid mañana, tengo interés en veros pintar cerámica. A menudo tengo que insertar decoración en los bancos de los retablos y la azulejería es frecuente en estos lares.

Cristóbal aceptó el ofrecimiento. Quién podía negarse a la invitación de un maestro pintor. A buen seguro lo echarían de su cuadrilla de jornaleros, pero en el campo siempre harían falta brazos.

El taller era inmenso. Denotaba el éxito de un maestro consagrado que lo acogió con benevolencia. Cristóbal le explicaba las técnicas de cocción y los esmaltes sevillanos a la par que aprendía la técnica del óleo. Su talento y afabilidad fueron apreciadas por el viejo maestro pintor, que le dio cobijo y sustento en la ciudad. Un eccehomo cobró vida de las huesudas manos del maestro delante de sus ojos, que se empapaban de todo lo que veía. Las semanas que siguieron fue feliz. Olvidó casi por completo su desasosiego y la enorme piedra de molino que arrastraba. Era como volver al taller de Augusta un año atrás, donde aprender era todo su mundo. Pero aquella alma estaba desgarrada a jirones y volaba a muchas leguas de allí. Su cabeza bullía por las noches. La estancia en el taller de Juan de Juanes le permitía pasar todo el tiempo en aquella ciudad, que ya dominaba como si fuese la suya. Frecuentaba las tabernas, pero evitaba a las mujeres que le tendían el lazo. Pasaba las horas escribiendo o visitando templos.

Aquella tarde hacía calor. Se refrescó en la posada donde dormía y salió a la calle buscando refrescarse en alguna taberna sombría. Entró en una que mostraba un zócalo de piedra, muy cerca de la catedral. Se apostó en la barra y pidió vino. Al girar la cabeza, vio que en el otro extremo una cara conocida se disponía a marcharse.

—¡Tomás! —lo persiguió hasta la calle. El joven mozo con el que vino desde Sevilla se giró fingiendo sorpresa.

—¡Cristóbal, no he advertido vuestra presencia! ¿Cómo os va en Valencia?

El sevillano sonrió ansioso de hacer él las preguntas.

—Bien, bien. Pero, decidme, que nuevas tenéis de Sevilla. ¿Cómo está mi maestro? ¿Y mi familia? ¿Sabéis algo de mi dama? Le he escrito muchas cartas y esperaba que pudieseis entregárselas en mi nombre.

—Pues vuestro maestro está bien, trabajando como siempre —trató de serenar su tono y capear el temporal—. De vuestra familia y la dama a la que aludís no sé nada, imagino que en la rutina de la vida en aquella ciudad —mintió, haciendo unas muecas extrañas con la cara.

Cristóbal guardó silencio mirándolo a los ojos. Aquel calor de finales de mayo le hacía brillar su morena frente, donde el relieve de varias venas azuladas se mostraban nerviosas. Se

acercó un poco más y trató de escrutar lo que aquel mozo de caravanas ocultaba.

—Decidme, Tomás. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Ocurrido? No sé de qué habláis...

—Os ruego que me digáis lo que sucede. Puedo verlo en vuestro rostro. Me esquiváis la mirada. Decidme pues... —gritó apretando los dientes y agarrándolo por el camisón.

—Está bien. No sé mucho, solo lo que oí en las tabernas. Vuestro maestro es prudente y discreto. Un buen hidalgo que trabaja como...

—¡Decidme, Tomás!

—Vuestro hermano ha sido preso por la justicia.

Un silencio incómodo se apoderó de la conversación. Cristóbal movía los ojos en diferentes direcciones, tratando de encajar la noticia.

—¿Cómo es posible? ¿Qué mal ha hecho? ¿Acaso es por el asunto de Sagrario?

—No sé, la verdad —Tomás balbuceó.

—Me iré a Sevilla con vos. No puedo dejar que nadie quede manchado por mis líos, y menos siendo mi hermano —concluyó interrumpiendo al joven que se lamentaba de haberlo encontrado en la taberna—. ¿Cuándo partís?

En breve tiempo, Cristóbal estaba delante del viejo pintor dándole las gracias y anunciando su vuelta a Sevilla. El maestro lamentó su marcha y le ofreció su casa si decidía volver algún día. Un fuerte abrazo selló una amistad, zurcida en un breve espacio de tiempo.

El camino fue tormentoso. Cristóbal se mostraba casi tan triste como en la partida. Ni siquiera la cercanía del verano y la promesa de Azucena despertaban su ilusión. Había hecho daño a gente que quería y no podía permitirlo. Tomás trataba de animarlo, pero ninguno de los compañeros de viaje sacaba el tema, por más que fuese conocido en Sevilla. Los consejos de Andrés Marchena sobre lo inoportuno de su retorno no hacían mella en la decisión del trianero, que estaba obcecado en volver al lado de los suyos. Un mal presagio fue corriendo en su interior, conforme se acercaban al sur y el calor hacía acto de presencia en los caminos. En las ventas bajaba a comer algo y de nuevo volvía a la carreta que lo llevaba. Las risas y la música eran ajenas a sus sentidos, que ardían en deseos de llegar a su ciudad.

Al alba divisaron Sevilla desde una loma elevada. La gran urbe emergió en el llano junto al río que la regaba. La torre de la catedral brillaba con los primeros rayos de sol, sobresaliendo por encima de sus murallas. Cristóbal no pudo contener la emoción y las lágrimas afloraron a sus ojos. Cuánto había soñado con aquel momento. Azucena, sus padres, sus hermanos... Debía mostrar sus respetos a la familia de Sagrario, a buen seguro, todo debía aclararse.

Hizo a pie el resto del camino, no podía permanecer más tiempo sentado. La ciudad cada vez se veía más grande a sus ojos cansados. Casi podía oler las especias de las gradas de la catedral y oír a los mercaderes. El bullicio de Triana, un enorme arrabal donde la gente convivía con alegría natural. Soñaba en que todo estuviese igual, aunque él estaba un poco cambiado. Su complexión era más robusta. El trabajo en el campo durante el invierno lo había curtido. Su rostro era más moreno y su barba más poblada. Ahora se parecía bastante a su hermano Alonso.

La puerta de la Macarena se levantó ante ellos. Andrés paró las carretas y se dirigió a Cristóbal, dándole un abrazo.

—Id con cuidado. Recordad que os fuisteis de aquí y ha pasado casi un año. Pensad que la vida sigue su curso, tratad de vivir sin rencillas que hundan la vuestra. —Concluyó arreando de nuevo a las mulas.

Cristóbal no entendía muy bien lo que quería decir. Abrazó a Tomás y a Mulo y se dispuso a

entrar por el norte de la ciudad, con escasas pertenencias en el zurrón. Un enorme cuchillo escondido del que nunca se deshizo y un extraño sudor en las manos fruto del nerviosismo.

Babilonia

El 20 de mayo, el papa Pío V firma la Santa Liga. El rey Felipe había enviado al Cardenal Pacheco y al embajador Juan de Zúñiga para ratificar una coalición militar “para la destrucción y ruina del turco”. El rey católico asume la mayor parte de los costes de la inminente guerra, adquiriendo el compromiso de aportar 100 galeras, 50 navíos de apoyo, 25.000 infantes y 1.667 caballos. Expulsar a los infieles de Chipre y reconquistar la isla es uno de los objetivos de la empresa. Mesina, en Sicilia, será el puerto de reunión de todas las partes. Enclavado en el centro del Mediterráneo, se antoja un lugar idóneo para la misión. El papa le ha otorgado carácter de cruzada, siendo un juicio de Dios contra los enemigos de la fe. Concede gracias espirituales para todos los combatientes y ha promovido la celebración de procesiones, fiestas y jubileos por todo el continente. Ha entregado una cruz con el lema de la Santa Liga “In hoc signo vinces”, el mismo que viera en sueños el emperador Constantino.

Juan de Austria, recibe plenos poderes militares, pero el carácter de cruzada religiosa acarrea una fuerte disciplina en este envite. Los jesuitas embarcarán con las tropas españolas, ya que solo un ejército santo puede vencer al turco. El alcohol y la prostitución habitual en la armada se prohíbe en esta ocasión para salvaguardar el espíritu religioso de la misión. La devoción al Santo Rosario envuelve a la Santa Liga, segura de una victoria, más por el impulso de la fe que por la fortaleza. Pero los turcos, bien informados, se han movilizado rápidamente a la orden del Sultán, mientras los cristianos se ahogan en un mar de correos y emisarios...



La puerta de la Macarena resultó más grande a los ojos de aquel hijo pródigo que cruzaba la muralla con la respiración jadeante y los ojos vidriosos.

—Nada ha cambiado —se dijo para sí, tratando de infundirse ánimos. Con la cabeza cubierta por un fino paño de lino, aquel viajero cruzaba la corteza que recorría la Babilonia del quinientos, como un forastero más, que oteaba sus muros y callejas con insistencia, reparando en los puestos de fruta, tejidos y gallinas que revoloteaban en las jaulas amontonadas. El enjambre de vida que formaba aquella ciudad le hizo respirar con fuerza, identificando olores, colores y sabores. No tenía previsto ningún plan. Sus pies lo conducían hacia los vericuetos que dictaba su corazón cosido a cicatrices, sediento de cariño durante un largo año de duro trabajo y soledad. Se

deslizó por las callejuelas con sus botas de piel de vaca, uno de los escasos caprichos que mantenía de su época de artista galán, etapa desaparecida de un plumazo ante los reveses de una vida que golpeaba la campana de los sentidos sin avisar. Virando a la izquierda, pronto se plantó en las inmediaciones de Santa María la Blanca. De nuevo aquella enorme fachada ante sus ojos y el corazón galopando en su pecho, buscaba salirse por la garganta del trianero. De nuevo la espera. Una puerta guardada, vedada a sus polvorientos pies. Trató de pasear y no levantar sospechas, de modo que estuvo un largo rato dando vueltas por las calles alledañas con el rictus de un enterrador.

—¿Y si no estaba? ¿Y si había partido lejos para siempre? —se puso a releer otra vez aquellas líneas. Las únicas pruebas de que su amor no era un sueño, de que todo aquello pasó. La luz de mediodía se había tornado más sombría conforme pasaban las horas. Su estómago protestó. Hacía bastante que no probaba bocado. Las *primeras calores* de junio en Sevilla, hacían recomendable buscar la sombra bajo los árboles, tratando de pasar desapercibido. Pero no era miedo lo que sentía, estaba cansado de huir y había decidido acabar con aquello. Al fin y al cabo, él no había hecho nada, solo seguir su corazón. Un hombre no podía hacer otra cosa. Cansado del camino y de aguardar, estuvo a punto de marcharse a Triana, pero divisó a alguien...

Aquella figura generosa en curvas salió por la enorme reja que daba al patio de carruajes del palacio. Portaba un cesto de mimbre y se adentró hacia San Nicolás. Cristóbal la siguió unos metros hasta estar seguro de que la distancia a la casa era lo suficientemente amplia para evitar la mirada de los guardias. Reviró a una sombreada y estrecha calle, donde la aguardó.

—¿Quién sois? —respondió nerviosa ahogando un grito en su garganta al notar la mano del extraño en su hombro.

—Soy Cristóbal, mi señora Francisca. ¿No recordáis a este pobre enfermo de amor que cortejó a vuestra dama tiempo ha?

—Pe, pe... —tartamudeó la mujer— si estabais muerto. Así lo dijeron en el taller donde trabajasteis.

—Pues ya veis que no, buena mujer.

—Pobre infeliz, más os hubiese valido la muerte. ¿Habéis estado oculto entonces? Estáis muy cambiado, parecéis mayor —relató tratando de recuperar la compostura.

—Mi vida ha sido incierta y lúgubre el último año. Pero he regresado sin temor, a cerrar las heridas abiertas y a reclamar lo que es mío. El corazón de vuestra señora me pertenece.

—Pobre rufián. Mi señora se casó con un hombre de su linaje y es inmensamente feliz. No penséis que aquella travesura de verano con vos pesa en modo alguno en su alma. Ella no os recuerda. Vive junto a un grande de España, al que va a darle su primer hijo en unas semanas.

—¡Mentís!! —repuso con un grito retenido en su garganta que casi le ahoga, encajando aquella daga en el corazón, resistiéndose a creer algo que sabía en el fondo que era cierto.

—¿Y esto? —dijo apretando la mandíbula, mientras blandía aquella hermosa carta amarillenta y arrugada que guardaba bajo el jubón.

—Mirad, apuesto joven. No os castigéis, ella no os ama. Y aunque así fuese, sería imposible. Es una familia poderosa y mi señor es un gran hombre. Apartadla de vuestra mente, no es real para vos.

Cristóbal empezó a andar más despacio tratando de pensar, mientras la dama de compañía aceleraba el paso para evadir el trance. El joven echó la espalda en la pared y apoyó la cabeza en el recalentado muro de la calle. Necesitaba pensar. Todo un año meditando en un amor que se había esfumado en unos minutos. Decidió postergar el asunto y se dirigió a Triana. Su hogar era

lo que necesitaba sin demora. Sus pasos rezumaban ansiedad buscando el río. Su cabeza bullía con mil rostros y el de Azucena, por momentos amante y Diosa, por momentos extraña a su corazón. La catedral. La mole permanecía impertérrita a sus ojos...

—Menos mal que tú sigues fiel a tu belleza, amiga —se atrevió a decir sonriendo por primera vez desde que pisara Sevilla. Acarició los gruesos muros de sillares provenientes del Puerto de Santa María, y se dispuso a entrar para rendirse a la Virgen de los Reyes. Oró un largo rato con las rodillas entumecidas, apoyadas en las frías baldosas de arcilla trianaera. Cuando se recompuso, oteó sus cuadros e imágenes como de costumbre. Nada había cambiado, salvo algunos sambenitos que colgaban del techo, que denotaban el arduo trabajo del Santo Oficio en su afán por defender la fe. De repente, lo vio. Cristóbal quedó paralizado y sin habla. Sus ojos se convirtieron en un mar de lágrimas silenciosas... Allí colgado, delante de él, se mostraba a los fieles el sambenito de la Inquisición donde decía que su padre, Alonso Gómez Román había recibido el fuego purificador por sus pecados de herejía. Casi sin querer encontrarlo, los tímidos pasos de Cristóbal fueron releendo sambenitos entre lágrimas hasta que un dolor agudo en el corazón le alcanzó al tiempo que el sambenito de su hermano Alonso. Emitió un quejido de dolor ahogado para sí, hasta que no pudo mantenerse más en pie y cayó de bruces al suelo mareado. Rompió a llorar, con la mejilla pegada al suelo. ¿Cómo era posible? Las dos mejores personas posibles, quemadas en la hoguera por herejes. La sola imagen de sus familiares entre llamas le desgarraba el alma. Quería morirse de una vez. Probablemente, todo se debía a su mala cabeza y el asunto de Sagrario. Una suave mano le tocó en la espalda, acariciándolo. Cristóbal levantó la mejilla cubierta de polvo rojizo, que se mezclaba con las lágrimas y saliva que acaparaba su rostro, formando una mezcla churretosa. Levantó la mirada casi de reojo y vio a un niño de cara familiar. Uno de esos que guardó su carga fuera mientras visitaba el templo tiempo atrás. El pequeño pícaro, aprendiz de la vida, sabía bien lo que pasaba. A pesar de su corta edad, sus pequeños ojos de pilluelo habían visto cómo el Santo Oficio podía convertir a una familia en despojos. Cristóbal se incorporó sin hablar. Se limpió el rostro con la camisa y rompió de nuevo a llorar. Se sacudió con la manga y echó a andar en dirección a Triana mientras el niño lo veía alejarse en silencio. La visión del Arenal y de su río soñado no acarreo los sentimientos esperados. Le dolía el corazón y el alma, y sabía que en la otra orilla no encontraría buenas noticias. Le daba igual la justicia, la gente... Todo daba igual si su padre y su hermano estaban muertos.

El puente de barcas crujía como siempre y la otra orilla se mostraba bulliciosa como de costumbre. El tenebroso castillo se erigió delante de sus ojos doloridos como una daga que ahondaba una herida demasiado fresca. Redobló por las calles estratégicas para llegar antes a su casa. Estaba atardeciendo. El sol perdía brillo, mostrando trazos anaranjados en el horizonte, aunque lejos aún de ponerse. Cristóbal andaba presuroso sin mirar a nadie, manteniendo el pelo cubierto con una fila tela a modo de rostrillo. Al llegar al patio de vecinos de su infancia el corazón empezó a palpar con fuerza y se mantuvo parado unos instantes tratando de respirar hondo. Recuperó el resuello y se abalanzó sobre su casa abriendo la puerta que no estaba cerrada del todo. La sorpresa fue mayúscula. Cuatro pares de ojos lo miraban intrigados, pero ninguno era conocido. Donde pensaba hallar a su familia encontró a una familia morisca que había transformado la vivienda a la usanza andalusí.

—¿Dónde está mi familia? ¿Qué les habéis hecho? —abrevió el abatido joven levantando la voz de forma amenazante.

Los inquilinos se miraron entre ellos sin parecer entender muy bien que quería.

—¡Dónde! —gritó Cristóbal perdiendo la paciencia, al punto que dejaba caer una tinaja haciéndola añicos.

El morisco cabeza de familia se levantó despacio acariciando una navaja que brillaba en la mesa. La mujer le sujetó el brazo y se dispuso a hablar en castellano con un torpe acento.

—*Familia suya ya no vive aquí. Se marcharon otro lugar* —dijo por fin, pareciendo entender la situación—. *No sabemos dónde. Nosotros pagamo y vivimo aquí hace casi un año que vinimos de Granada.*

Sin emitir respuesta, Cristóbal se marchó de su casa como un alma endemoniada buscando información. Se dirigió presuroso al único lugar donde las hallaría: el taller de su maestro. Al llegar al portón de madera que guardaba el arte del azulejero, el miedo le hizo dudar. ¿Y si tampoco trabaja aquí ya? ¿Sería posible aquello? Cristóbal se sentía desvalido, como si el mundo entero conspirase contra él. Llamó a la puerta, aguardando unos segundos angustiosos. Por fin, el cerrojo crujió y un mozo de rostro desconocido lo miraba extrañado sin saber lo que quería. Sin muchas explicaciones se adentró en el taller, que no había cambiado en aspecto, salvo algunas caras nuevas. Al fondo, sentado delante de un inmenso tablero donde descansaba un gran paño de azulejos esmaltados para ser pintado, estaba su maestro, tan absorto en el trabajo que no había reparado en su presencia.

—¡Cristóbal! —se abalanzó hacia él dándole un fuerte abrazo. El discípulo, con los ojos brillantes por la emoción, trató de armar con dificultad la pregunta que le atormentaba...

—¿Qué ha pasado, maestro?

—Ven conmigo —dijo el maestro cogiéndole suavemente el brazo para que lo acompañase por unas escaleras al piso superior—. Entra, estás en tu casa. Siéntate y tómate algo. Desde cuándo no comes nada, estás pálido —continuó sirviéndole algo de vino en la mesa y un trozo de hogaza de pan.

—No lo alarguéis más, maestro —dijo el joven que no atendía a los formalismos de Augusta.

El maestro no cedió. Un criado arrimó a la mesa queso, fruta y algo de carne, desapareciendo a una señal del dueño, sabedor de la dureza de la conversación que aguardaba. Cristóbal accedió a comer. Su ansia denotaba demasiadas horas sin probar bocado debido a la agitación de un espíritu que no daba margen al sosiego. Luego, lo inevitable. Augusta fue describiendo todo lo que había pasado, justificando la necesidad de tenerlo lejos y desinformado. Trató de convencerle inútilmente de que volviese a poner tierra de por medio por su seguridad. Cristóbal lloró amargamente. Su corazón quedó herido de muerte para siempre. El dolor que abrazaba por el amor de su familia hizo que el odio empezase a germinar con fuerza desde lo más profundo de su ser. Las lágrimas fueron cediendo sitio a la sombra en los ojos y los dientes se apretaron por momentos con la mirada perdida en los tristes espejos de su conciencia.

—Joven, debes olvidar. Piensa en tus hermanas. Nada puede reparar ya tanto daño, pero sí puedes evitar aumentarlo. Si Valencia no es de tu agrado buscaremos otra ciudad. Tengo familia en Toledo y creo...

Cristóbal no escuchaba. La cabeza le daba vueltas y su corazón ardía. Aun así, se serenó para no alarmar a su maestro.

—Gracias por todo, maestro. Me marcharé a su debido tiempo, es inevitable. Abusando de vuestra bondad, os ruego que sigáis amparando a mi familia. Aún no me las puedo llevar conmigo. Buscaré asentarme en algún sitio y luego, con la ayuda de Dios, vendré a por ellas. Tendréis noticias mías. Hasta entonces, ruego a Dios que os proteja como vuesa merced lo ha hecho con este pobre servidor.

Un abrazo selló el cariño existente entre ambos y salió sin mediar más explicación, con la noche acariciando con sus garras el arrabal. Se cubrió el rostro con un enorme sombrero ocultando su identidad bajo la luz agonizante que había despoblado las calles. Augusta le había explicado por qué había tantos moriscos en Triana. La revuelta de las Alpujarras el año anterior se había saldado con una *razzia* comandada por don Juan de Austria y la dispersión de los moriscos granadinos. Triana había acogido a un gran número de ellos, salpicando aún más de razas aquel barrio tan variopinto.

Sus pies se sabían el camino de memoria. El ruido de sus pisadas se hizo más audible conforme se adentraba por aquellos despoblados callejones. Dobló aquella esquina como tantas veces había hecho y se adentró en el viejo corral de gallinas. Esperó, pronto vendrían a cerrarlo como de costumbre. Pasado unos minutos escuchó pisadas. Allí estaba. Era el zapatero que venía a cerrar el corral para evitar que las ratas se comiesen las aves. Rebuscó en los ponederos, rescatando casi media docena de huevos. Más encorvado que en su recuerdo, mantenía la misma sonrisa de hiena que blandía cuando algo le satisfacía. Pero la mueca desapareció de la cara cuando lo vio delante suyo, mirándolo en silencio.

—¿Quién sois? ¿Alonso? —la sangre del viejo zapatero se heló.

—Alonso es el que me ha mandado a buscaros, sucio rufián —dijo el azulejero, revestido ahora de una dureza y crueldad desconocida, fruto del odio y la sed de venganza.

El zapatero enmudeció y emitió un nombre ahogado.

—Cristóbal...

—Soy culpable de la desdicha de Sagrario, más no lo soy de su muerte —dijo mientras se acercaba despacio al maestro zapatero—. En cambio, vos sois culpable de la muerte de mi padre y de mi hermano.

—Cristóbal, os equivocáis, yo... —trató de eludir el trance presa del miedo al ver al joven blandiendo un enorme cuchillo y las venas del cuello hinchadas por la excitación. Antes de que pudiese protestar el azulejero le había clavado la daga en el estómago, conduciéndola lentamente hasta el pecho. Antes de que se desplomase, le completó el estípite de la cruz con otra hábil cuchillada, sin apenas parpadear, con los dientes apretados. El zapatero cayó de rodillas. El último suspiro de vida fue para oír la sentencia del alfarero.

—Esperadme en el infierno —concluyó limpiando la hoja en los despojos del zapatero, que cayó con la mirada aterrada clavada en la suya.

La noche fue calurosa en Sevilla. El río mostraba mucha actividad de barcos que se traducían en regueros de costaleros en el puerto, que trabajaban a destajo descargando los navíos. La sequedad del clima levantaba la arena en una jornada que prometía un tórrido mediodía. Las campanas de las iglesias anunciaban maitines y las primeras misas de la mañana se sucedían. En San Pablo, la iglesia permanecía abierta a los fieles, que buscaban confesión en los frailes dominicos encargados de officiar misas. Por las frías baldosas de la nave principal se oían las tímidas pisadas de fray Antonio Morillo, que cumplía sus votos ofreciendo confesiones y officiendo misas matutinas a los fieles. Era muy temprano y la iglesia estaba aún despoblada. Sus habituales dolencias estomacales le hacían dormir poco y mal. Su mal color adobaba un rostro hierático y agrio. Era el primero en levantarse y en retirarse a sus aposentos. Algunos decían que nunca dormía, que por la noche escribía nombres de personas a quien perseguir tras su escudo del Santo Oficio. Era frecuente que la gente cruzase la calle al verlo venir de frente con su inconfundible figura que se movía con suma lentitud, rodeado de miembros del nutrido engranaje que conformaba la Inquisición en Sevilla. El dominico recogió sus ropajes con parsimonia y se

sentó en el confesionario sin emitir mueca alguna. Abrió un libro, cuyas páginas acariciaba con sus dedos humedecidos previamente con la lengua.

—Ruego confesión —se oyó detrás de la tupida celosía color caoba, que separaba al siervo del pastor.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén. Padre, he ofendido a Dios y merezco ser castigado.

—Dios te ama, hijo —respondió mecánicamente Morillo—, y desea salvar vuestra pobre alma.

—Por mi culpa, los míos han sufrido y han penado cruelmente sin merecerlo. Mi osadía y vanidad fue su perdición. Pero sus carniceros arderán en el infierno conmigo...

—Hijo mío —dijo el dominico degustando sus palabras—, no juzguéis y no seréis juzgado, dice nuestro Señor.

—Entonces... ¿por qué lo hace vuesa merced?

Antes de que el inquisidor respondiese, el penitente se levantó y abrió la puerta de madera tras la que se hallaba el religioso, cuyo rostro quedó petrificado por la sorpresa al ver a aquel hombre fuerte y barbado.

—Os conozco... —balbuceó—. ¡Vos fuisteis quemado en la hoguera! —gritó presa del miedo con el rostro blanco como el nácar.

—Sí. Y he vuelto para buscaros —respondió Cristóbal sin reparos, al comprobar cómo el terror se había apoderado del fraile, que había sucumbido al parecido con Alonso y al recuerdo de la maldición vertida.

—¡Ayuda! ¡Por Dios! —gritó el aterrado fraile que clavó su mirada en el brillo del enorme cuchillo plateado que acababa de sacar el trianero.

—Veo que ya no sois tan valiente como en el juicio. Dios no os oye. Sois un perro asesino... Antes de mediar otra palabra, con un rápido movimiento le clavó la daga en el pecho, haciéndole la señal de la cruz como le hiciera al zapatero, mientras un enorme charco de sangre avanzaba por el suelo.

—Morid, perro. Ahora probaréis las llamas purificadoras que tanto defendisteis —añadió con un escupitajo encima de sus ensangrentados hábitos, esparcidos ahora por el suelo. Salió casi a la carrera, mientras varios religiosos alarmados, se acercaban al cadáver.

Cristóbal sabía que tenía poco tiempo. La muerte del zapatero y el inquisidor pronto les conducirían a su búsqueda. Le quedaban cosas por hacer, así que, raudo y veloz, se abrió paso por las tortuosas y sucias calles del centro, amparado en el enorme sombrero que ensombrecía su barbado rostro y con la mirada en el suelo, contrario a su costumbre de acariciar con sus ojos cielos y tejados. Pronto se halló como el día anterior, divisando la puerta norte de la Macarena. Su fiel amigo Augusta lo había guiado bien hasta el paradero de su familia. Sabía que era peligroso, sabía que el tiempo jugaba contra él, pero cómo irse sin ver a sus mujeres, las únicas que le quedaban. Llamó a la puerta con sigilo, mientras observaba a la numerosa chusma que entraba y salía de la ciudad. El bullicio era su aval. Volvió a llamar, un poco más fuerte ahora. Por fin, la vieja puerta crujió, destapando una oscuridad casi perpetua que emanaba de aquella casa. Una niña de enormes ojos negros y tristes apareció delante suyo, con ausencia de expresión. Levantó la mirada y escrutó su rostro. Sus ojos se abrieron como platos y su respiración se agitó. Su boca abierta no era capaz de emitir palabra alguna.

—Isabel —dijo Cristóbal, mientras dos lágrimas resbalaban por sus ojos vidriosos.

La niña rompió a llorar y se abrazó a su pecho. Había crecido. Tenía más estatura y el pelo

largo y descuidado. Su hermano le sujetó el rostro con las manos para observarlo detenidamente.

—Eres casi una mujer —susurró con una leve sonrisa a la par que la besaba en la frente.

Luisa apareció con un cesto de ropa, que cayó al suelo al llevarse ambas manos a la boca para contener la sorpresa. Ella era ahora la cabeza de familia. Su hermana Juana recluida en un convento para no soportar más los rigores de la cruel realidad y su madre, sentada en una silla con la mirada perdida, no reconocía a su hijo menor. Se arrodilló delante de la mujer que lo trajo al mundo y besó sus manos. Sus enormes ojos verdes habían perdido de repente toda su expresividad. Su mueca permanente denotaba una ligera sonrisa etrusca, ausente del mundo exterior. La crueldad de la vida, la sumió en una locura que le hizo perder la cabeza. Se había convertido en un ser inerte alejado de todo y de todos, esperando su hora final.

Los tres miembros de la familia se abrazaron largo rato. Las mujeres lloraban mientras Cristóbal trataba de infundirles valor y trazaba un plan para ellas. Les dio una bolsa llena de maravedíes que había ahorrado y les puso al día de sus intenciones, de su marcha temporal y de su seguro regreso para asentarlas definitivamente cuando pasase el temporal. Las mujeres no dejaban de sollozar. Aquellas niñas tan jóvenes tenían el alma cosida a cicatrices a una edad demasiado temprana, quedando marcadas para siempre. Cristóbal besó a su madre en la frente y le acarició el rostro, donde dos ojos verdes reinaban aún entre los surcos de arrugas que dibujaban el dolor de los días. Contempló su cara, guardándola en su retina para el viaje. Poco después, tras rezar juntos y abrazarse de nuevo, el joven se cubrió el rostro y se marchó de la ciudad por la ruta de los mercaderes. La gran ciudad no lo había recibido como esperaba. Cientos de transeúntes entraban y salían por aquella puerta al norte. Los mercadillos ambulantes tapizaban la entrada y salida a la ciudad, mientras los vendedores vociferaban sus excelencias entre moscas y hedores típicos de la urbe. El trianero miraba al suelo con recelo de ser detenido. Varios carruajes se adentraron por aquel arco. Los cascos de los caballos resbalaban con las inmundicias esparcidas por el irregular suelo, donde reinaban los socavones. Cristóbal se apartó un poco ante la estrechez del paraje para evitar ser arrollado. Y entonces, la vio. Por la ventana del carruaje divisó el cuello de cisne y la tez pálida que dominaba sus sueños. Tras un momento de duda, amparado por la estrechez entre el carruaje y la pared, se abalanzó a la ventana, con la suerte de que los caballos se habían detenido ante el paso de ganado que buscaba una salida.

—Señora... —no pudo decir más.

La joven, que viajaba con damas de compañía lo miró sobresaltada, al confundirlo con un bandido. Pero tras unos segundos, lo reconoció y tranquilizó con la mano a su compañía.

—Cristóbal, sois vos... Os creí muerto. Sus ojos se humedecieron y sus labios temblaron.

—Lo he estado, hasta que he visto de nuevo vuestro rostro. Recordad vuestra promesa, debéis ser valiente —atizó el azulejero acortando la conversación, sabedor de que tenía unos instantes—. Venid conmigo, debo partir, pero os colmaré de la felicidad verdadera.

La joven suspiró profundamente evadiendo el cruce de miradas. Recuperando la compostura, negó con la cabeza.

—No queda nada de la niña de aquel verano que conocisteis. Ahora soy una mujer casada que se debe a su esposo y como tal, pronto le voy a dar un hijo. No os recuerdo. Os ruego que no me importunéis más.

—No mintáis —gritó con voz ronca el joven, con lágrimas en los ojos—. Nuestro amor es eterno, no fue una loca aventura de adolescentes. Merezco la verdad —continuó agarrándose cada vez más al carruaje. El silencio de la joven dio paso a tres hombres que se lanzaron contra él derribándolo mientras le atizaban golpes y patadas.

—Dejadlo marchar, solo es un sucio rufián que quería vendernos baratijas —sentenció la joven, que solo miraba ya al frente.

Cristóbal se recompuso, con la ropa polvorienta y la cara ensangrentada. Mientras recomponía su ropaje, la miró fijamente unos segundos.

—Voto a Dios para que no veáis amanecer un día sin contemplar vuestro error. Pues el amor verdadero supera a cualquier linaje, mi señora...

El carruaje reemprendió la marcha a toda prisa, levantando una estela de polvo tras él. Cristóbal contempló la huida en silencio, mientras un reguero de sangre bajaba por su cuello hacia el corazón...

De artista a soldado

El verano había llegado con todo su rigor. En los caminos polvorientos del sur vociferaban chicharras que anunciaban un estío sofocante desde sus primeras lunas. Un hombre a caballo buscaba la costa con el corazón repleto de cicatrices, cosidas por un destino adverso que se había cebado con los suyos. El sentimiento de culpa era asfixiante.

—Todos muertos —se decía en voz alta a cada tramo del duro viaje. Había puesto en las alforjas sus escasas pertenencias, entre las que relucía su enorme cuchillo de briega, auxilio en su sed de venganza, que no había calmado sin embargo la losa que pesaba en su mente—. Todos muertos, por culpa de mi corazón caprichoso. Cómo compensar tanta afrenta, Señor mío misericordioso... todos muertos.

El caballo trotaba hacia la costa. A medida que se acercaba al levante, la vegetación escaseaba. La frondosidad de Granada dio paso a matorrales y sequedad. Sus ojos tristes miraban al suelo. Quería dejar al caballo decidir por él. Ni siquiera se refugiaba en las ventas. Hacía fogatas y dormía al raso aprovechando la frescura de la noche, que daba un ligero respiro en los campos castellanos. Su pensamiento era llegar a Valencia y luego decidir qué hacer con su lastimosa vida. La oscuridad de sus sentimientos enturbiaba su mente. La ruta era desconocida para él. Despreocupado en sus anteriores viajes, se dejó llevar por los polvorientos caminos, sedientos de lluvia conforme se acercaba a la costa. Nada le era familiar, tampoco le importaba mucho. Su mente era un reguero de rostros dolorosos para su conciencia. Cuando divisaba a otro viajero o un carruaje, deseaba que fuesen alguaciles o soldados que viniesen a detenerlo. Estaba cansado de vivir, y ansiaba acabar con aquello. Su conciencia sonaba como un grillo, martilleando su sosiego. Cómo era posible aquella indiferencia... aquel rostro por el que suspiró tantos meses sin hallarlo. Aquel cuello de cisne que se había girado contra él al sostenerle la mirada... Lloró de nuevo.

El cansino trote de su caballo denotaba cansancio. Las babas blancas del animal aconsejaban descanso tras días de viaje a ninguna parte. Paró en una pequeña aldea para refrescarse. Una escueta venta donde encontró más gatos que clientes sirvió de descanso al fatigado caballo y a su infeliz jinete. Los labios ajados por el sol buscaron agua y algunas viandas que los repusieran de aquel trance, que estaba resultando más duro de lo previsto.

—¿Queda mucho para Valencia, buen hombre?

El tabernero, que masticaba una hierba verdosa, se la sacó de la boca, de la que emergieron dos dientes como pórtico oratorio de su explicación.

—¿A Valencia decís? Jo jo jo. Pues le queda un trecho grande a vuesa merced —sentenció riendo la chanza.

—¿Qué decís, buen hombre?

—Que estáis llegando a Cartagena, señor. Valencia queda mucho más arriba...

Cristóbal guardó silencio. A buen seguro era así. No recordaba el camino y el follaje era distinto. Su caballo lo llevó más al sur y tendría que subir por la costa. Volver a Valencia era su primera intención, pero su intuición lo llevó primero a Cartagena.

Aquel destino caprichoso, que había jugado con su fortuna y su corazón, daba otro giro inesperado al llevarlo a un lugar muy diferente. No halló campos donde recolectar ni cerámicas donde pintar. La ciudad de Cartagena era una plaza militar repleta de soldados. Su primer pensamiento fue que aquel sería su final, sería preso y ajusticiado por sus culpas. Pensó en huir, pero sus pasos cansados se adentraron en aquella urbe amurallada, como ciudadela inexpugnable que vigilaba el Mediterráneo. Era un enclave militar al servicio de la corona, que contaba con un poderoso puerto donde llegaban y partían soldados constantemente. Las calles estaban repletas de tabernas y prostíbulos que entretenían a los miles de hombres que aguardaban órdenes. Y lo cierto es que la actividad era fuera de lo normal. Se habían congregado las élites de los tercios españoles provenientes de Granada, donde se libró la guerra de las Alpujarras contra los moriscos al mando de don Juan de Austria, estando luego un tiempo estacionados en Italia. Todos convergieron en aquel puerto militar, donde se aguardaba una “gran guerra” para la armada, como oyó referirse a un soldado a su paso.

Al oscurecer buscó una taberna donde encontrar viandas. Las risas y la música lo adentraron en una de ellas, donde reinaba la diversión. El vino y las mujeres alternaban en aquella Sodoma, donde los soldados buscaban apurar sus últimas horas en tierra, más cuando se rumoreaba que iban a partir a una guerra santa donde se prohibían los excesos. Los rostros, sudorosos y fornidos, tenían en común unas barbas crecidas y puntiagudas. Al sevillano le llamaron la atención las enormes cicatrices que portaban aquellos hombres, que a menudo se enseñaban con orgullo unos a otros, en los sitios más recónditos del cuerpo. Las camisas acuchilladas, los greguescos y las botas eran frecuentes, aunque no vestían iguales. Los arcabuceros y mosqueteros eran los más distinguidos, portando sombreros y zapatos bajos y con armas propias, mientras que los soldados más rasos eran los piqueros, que ganaban bastante menos y portaban un casco más una pica para defenderse, sin ni siquiera portar coraza como el coselete.

En la taberna todos se igualaban. Los jubones se abrían por el sofoco del verano y el vino. Muchos andaban en camisón abierto por el cuello, mientras disfrutaban de sus jarras y la compañía. Las risotadas iban a menudo de la mano de vasijas rotas por los efluvios del caldo que daba cuerda a la alegría y curaba las penas. El ardor de las mejillas se tornaba en rojez. El alcohol destapó la exaltación de la amistad en unos casos y la fanfarronería en otros. Las historias adobadas de exageración se alzaron entre los rostros que brindaban con júbilo los relatos de victorias en el campo de batalla. Cristóbal oía los relatos con interés. Aquellos hombres tenían un concepto del honor muy alto, y vivían constantemente entre la vida y la muerte. Apuró su vaso de vino y se acercó a la barra a por más. Las risotadas y golpes se confundían en un frenesí de soldadesca gallarda. Un soldado de enormes bigotes tropezó y cayó encima de él, haciendo trizas una jarra, para acabar perdiendo el equilibrio y caer de bruces entre las risotadas de los suyos. El soldado se levantó despacio con rostro de pocos amigos, que denotaba bastantes años de servicio bajo aquellas barbas. Su mirada se tornó fría y sus compañeros enmudecieron sabedores del significado.

—Me habéis empujado, jovenzuelo —dijo clavando la mirada en Cristóbal, que lo atajó con sorpresa.

—Ha sido el vino el que ha traicionado a vuesa merced —respondió el trianero al que ya nada amedrentaba.

El soldado se recompuso la ropa muy lentamente y se acarició la cintura donde apareció una daga plateada. La taberna se silenció y se abrió un vacío en el centro. Más que una pelea era un reto a muerte.

—Dejadlo, Luis, es un jovenzuelo. Ni siquiera es soldado —dijo un experimentado piquero que el afrentado empujó haciéndole retroceder varios metros, llevándose una mesa con él.

—Yo soy Luis de Arcos, arcabucero de su majestad que ha defendido con honor y gloria sus empresas. Y vos, marrano, vais a probar el gusto de mi acero para despedir esa sucia lengua.

Cristóbal lo miraba en silencio sin miedo, ante el asombro de la soldadesca que preveía una ejecución. El sevillano sacó de la cintura su enorme cuchillo y lo acarició suavemente sin dejar de mirar al militar. Muy lentamente, se movieron en círculos esperando la acometida. Cristóbal, vigilante, aguardaba al experimentado soldado, que se lanzó contra él de forma enérgica con la daga dirigida a su cuello, esquivándola hasta tres veces.

—Venid, marrano, no os resistáis. Sois carne de tumba hoy.

En la cuarta tentativa, Cristóbal esquivó y de un gesto seco le cortó la mejilla desde la oreja al mentón, haciéndole caer al suelo entre gritos y sangre que salía abundantemente de su cara. Los soldados intervinieron y se llevaron al herido para coserle la cara, mientras los demás observaban con respeto al joven, que pagaba su vino para poner tierra de por medio. Una mano se le posó en el hombro.

—Tranquilizaos, pues yo vengo en son de paz. Sepa vuesa merced que me ha impresionado vuestro manejo del cuchillo. ¿Dónde habéis adquirido tanta destreza?

—En los campos de Valencia, recolectando hortalizas —dijo el sevillano sin mover un músculo mientras el soldado prorrumpía en una sonora carcajada.

—Perdonad, no me había imaginado algo así. ¿Sois valenciano entonces?

—Soy sevillano —dijo con el rictus de un enterrador.

—Veo que no sois muy hablador. Permitidme que me presente. Soy Rodrigo Robles, soldado de la armada de su majestad. No sé si habéis oído hablar de la cruzada contra los turcos. El mismo papa la ha bendecido para salvar la cristiandad del peligro que acecha en el Mediterráneo.

Cristóbal sacaba maravedís de su bolsa para pagar su noche en la taberna haciendo caso omiso a la disertación del buen soldado.

—La situación es tan grave que todo aquel hombre resuelto que sea capaz de portar un arma es bien hallado para la causa. Se están reclutando en el puerto todas las mañanas a cientos. Alguien con el manejo del acero tan grácil como vos, debe defender a su Dios y a su rey...

—Me hubiese gustado que mi rey defendiese mi causa cuando tuvo ocasión frente a los falsos adoradores de la fe —sentenció destapando una mirada llena de odio, sin importarle las consecuencias de sus palabras.

El soldado comprendió que tenía problemas con la justicia. Tras un breve silencio se acercó bajando el tono y continuó su discurso casi en el oído ahora.

—Entended una cosa, buen cristiano. La empresa es tan decisiva que el papa anuncia indulgencia general de los pecados a quien porte armas en defensa de la cristiandad y el mismo rey ha ordenado perdonar las faltas, deudas y pleitos con la justicia que tengan los soldados de la fe. Si os interesa lo que digo, acercaos mañana al puerto y apuntaos a la gloria con nosotros. Hacedme caso si os digo que los hombres han nacido con el fin de dejar huella y la que está por llegar es grandiosa. Pensad en ello —concluyó dándole una palmada amistosa en el hombro.

Las primeras luces del día despertaron un bullicioso puerto donde cada vez había más soldados y marineros para nutrir la flota de la Santa Liga. Los barcos se cargaban de provisiones para salir hacia Barcelona, donde se realizaría un nuevo agrupamiento. Miles de soldados combatientes en Italia o Granada se fueron arracimaban en el puerto, donde se hacían listados de soldadesca vieja y voluntarios nuevos en una astillada mesa de madera donde se mostraba un escribano con cara de pocos amigos.

—Nombre.

—Cristóbal de Augusta.

Así se hizo soldado aquel ceramista sevillano. Tras una larga noche de insomnio, la balanza fue cayendo hacia sus muchas faltas y las muertes acaecidas por su volátil corazón. Decidió que entregar su vida al servicio de la corona y de la fe sería un justo precio por sus pecados. Sin miedo alguno y obviando su nulo conocimiento de lo militar se alistó en la armada de la Santa Liga. Pronto descubrió que había muchos bisoños como él, y que recibirían formación en las jornadas sucesivas de forma acelerada de mano de soldados del tercio de Granada, al mando del maestre de campo, Lope de Figueroa.

Cristóbal recibió una espada y aprendió a manejarla. De día recibía adiestramiento y en las noches era pasto de las tabernas y el vino. Se rumoreaba que en esta empresa no habría caldos ni mujeres para preservar el espíritu de cruzada, y eso hacía que los soldados se lanzasen al frenesí nocturno. Trajeron prostitutas de Valencia y los alrededores, ante la gran demanda existente entre las tropas que llegaron a Cartagena esos días. Conforme pasaban las jornadas, se fue aclimatando a la disciplina militar y compenetrando con otros soldados. Aunque no se mostraba lisonjero ni hablador, comenzó a apreciar a algunos hombres, en especial a su mentor, Rodrigo Robles, que siendo oficial lo trató con ventaja y lo instruyó convenientemente.

Aquella noche, presa del vino y de los recuerdos, siguió a un grupo de soldados que reían cualquier ocurrencia hasta uno de tantos burdeles. Hacía casi un año que no había estado con una mujer. Desde aquella noche de ensueño que se había tornado en pesadilla dentro de su corazón. Aquella carta, aún guardada dentro de su jubón, y la tristeza de un rechazo... Cristóbal dudó, pero entró en aquel antro alumbrado de forma tenue por algunas hachas de cera derretidas. Los hombres se movían como pez en el agua en aquel salón, pero él estaba nervioso e incómodo. Decidió volver por donde había venido, pero al girarse notó una caricia en el cuello que lo detuvo. Una joven de ojos grandes lo miraba con una leve sonrisa. De edad parecida a la suya, parecía menos lasciva que sus compañeras, algo que gustó al soldado. Un camisón blanco, abierto ligeramente por el pecho, adivinaba la belleza de sus curvas en una piel blanca y tersa.

—¿No os gusta la compañía?

—Lo siento, hace tanto que...

La joven lo miraba con curiosidad. Era apuesto y fuerte, pero parecía inexperto en el amor.

—No os inquietéis, yo os protegeré —casi susurró cogiéndolo suavemente de su mano, que contrastaba llamativamente con la palidez de coloración de la joven. Se dejó llevar y acabó en una habitación bañada por la luz de la luna que entraba por una ventana, donde se movían unas cortinas blancas casi translúcidas. Su cabellera rubia y rizada, jugaba con la brisa de la ventana, que hacía más agradable la noche, tras un soporífero día. Se quitó la camisa despacio, dejándola caer hacia atrás.

—Perdonadme, pero he herido a mucha gente por amor y he perdido la iniciativa en estos menesteres...

—No os preocupéis —dijo la joven acercándose hasta el punto que rozaban la respiración—,

yo os haré feliz esta noche —sentenció mientras sellaba sus labios con los dedos como antelación a un beso húmedo que desarboló al robusto soldado.

La pasión volvió a correr por aquellas tristes venas y se lanzó a un frenesí amoroso. La belleza de la joven estaba fuera de toda duda. Sus pezones se rozaban en el pecho del soldado, que cerraba los ojos mientras la poseía con fuerza. Tras amarse largo rato, quedaron exhaustos y sudorosos. Cristóbal miraba el cielo por la cabeza girada hacia la ventana. Como lo hacía aquellas noches de cocción del horno con su hermano Alonso. Como lo hacía en sus noches de amor con Sagrario, la que iba a ser su esposa. Como aquella noche lluviosa que compartió con aquella flor de nácar llamada Azucena, que lo llevó por el camino de la perdición. Sin duda sabía de cielos, y buscaba en cada uno matices distintos. Aquel era el cielo de Cartagena, muy distinto al de Sevilla o al de Valencia.

—¿Os han herido de amor, verdad? —dijo la chica sacando al trianero de sus profundos pensamientos.

—Dios misericordioso me envió la mayor de las heridas para expiar mis faltas contra su generosidad.

—Sois apuesto y educado. No os parecéis a la mayoría de los soldados. Pero pensad que dentro de poco es posible que estéis flotando en el mar. ¿Qué sentido tiene ocupar los días en remordimientos

Cristóbal se giró hacia la joven mientras jugaba con sus mechones rizados. La miró a los ojos y luego recorrió su hermoso cuerpo lentamente.

—Sois muy hermosa. ¿Qué ha traído a una joven tan agraciada a un tugurio como este?

—Mis padres murieron y me vi sola en la calle. La peste asoló Valencia hace unos años y en aquella ciudad una mujer desamparada y joven tiene el camino trazado. Hace unas semanas llegamos a Cartagena por el reclamo de tantos soldados. Más ya estoy acostumbrada a las penalidades que me envía el Señor.

Cristóbal le acariciaba el rostro. Se vistió, le dio una buena suma y le prometió volver a ayudarla en cuanto pudiese hacerlo.

—¿Cómo os llamáis, señora?

—Juana.

Luna de don Juan

Aquella mañana de julio, Cristóbal se convirtió en miembro de la armada española junto a miles de soldados. Tercios viejos venidos para la ocasión, veteranos venidos de distintos puntos del Mediterráneo con sus escuadras y miles de marineros para las labores de navegación. Barcelona fue el punto de partida de la escuadra de don Juan de Austria y su mano derecha, Luis de Requesens, convertido en consejero por orden del rey. El hijo bastardo de Carlos V acudió en un coche de caballos, siendo recibido entre el clamor popular para pasar revista a sus tropas. Fragatas, galeazas, galeones... una variopinta flota de embarcaciones trasladaron a las tropas acuarteladas en Cartagena hacia Barcelona.

Cristóbal jamás había conocido un barco, y, como la mayoría, no sabía nadar. Al poco tiempo de partir hacia el punto de arranque de la flota, la humedad, el calor y el movimiento de la galeota le hizo prorrumpir en arcadas por la borda. Los marineros veteranos se reían con el paisaje. Las caras lívidas de los bisonños, poco acostumbrados al trajín de las olas, ocupaba el tiempo y la diversión de los hombres.

—Tranquilo, te acostumbrarás —oyó decir el trianero, mientras recibía una sonora palmada en la espalda.

El puerto de Barcelona dejó boquiabierto a Cristóbal. Repleto de galeras y soldados, mostraba a las claras que algo grande se estaba cociendo. Los barcos alineados recibían por las rampas un reguero de costaleros que cargaban sacos y toneles. Se divisaban marineros encaramados a los mástiles, poniendo a punto las velas y los aparejos. Los hombres, apretujados en el puerto, oían como varios escribanos pasaban lista de las embarcaciones entre un ruido infernal. Los veteranos reían y se movían como peces en el agua. Los novatos preguntaban tratando de encontrar su embarcación definitiva.

—Cuarenta y ocho galeras.

Cristóbal se giró levemente hacia el rostro del joven soldado junto a él. Un tahalí que le cruzaba el jubón y una espada al cinto, eran sus escasas pertenencias. Las miradas se cruzaron y llegaron las presentaciones.

—Me llamo Darío de León. Me he alistado a la causa recientemente. Imagino que como vos —dijo con una leve sonrisa que le hacía achinar los ojos.

Cristóbal se presentó y se agarró a él como a un clavo ardiendo. El joven era de edad parecida a la suya, aunque contaba con algo más de experiencia, lo que demostraba describiendo los barcos al inexperto sevillano.

—Fijaos, la gran mayoría son galeras. Llevan dos palos y unos veinticinco remos por banda movidos por galeotes, que, aunque condenados por la justicia la mayoría, también hay muchos

que lo usan como oficio y cobran por ello. Son los buenas boyas. Normalmente han cumplido su condena y siguen en el empeño. Encontrarás unos doscientos cincuenta galeotes en cada barco, tienen la cabeza rapada, aunque a los moros les dejan llevar trenza.

—¿Cuántos hombres vamos en los barcos?

—Pues sumando galeotes, gente de mar que maneja la embarcación y gente de guerra que se encarga de la artillería y el abordaje... Unos quinientos. ¿Os parecen muchos?

Cristóbal hablaba con los ojos. No era capaz de calcular el espacio de los barcos.

—Tened presente que una galera mide más de cincuenta varas de eslora y seis de manga. Una cubierta con el castillo de proa y el de popa, comunicados por la pasarela de crujía...

Cristóbal escuchaba a aquel joven, que resultaba ser un avezado marino, sin entender la mayor parte de los términos que empleaba. Darío era hijo de un español y una italiana. De rostro agraciado, sus ojillos achinados alegraban su pequeña cara, insertada en un cuerpo grande, que subía casi una cabeza a Cristóbal.

—Sabed que el propio don Juan ha prometido cuatro ducados por barba si derrotamos a los turcos y la liberación de los galeotes cristianos.

Los jóvenes soldados pasaban por delante de las galeras amarradas en el puerto. El revuelo de marineros y soldadesca era mayúsculo. Los escribanos vociferaban a los noveles los barcos donde embarcar. La Fortaleza, la San Francisco, la Granada, la Figueras... Los nombres de las galeras se sucedían ante los ojos del trianero mientras su acompañante se acercaba entre el gentío a preguntar el destino de su nuevo amigo.

—Habéis tenido suerte... —dijo sonriente mientras le palmeaba la espalda—. Vais a combatir en mi galera.

—¿Cómo se llama?

—Luna.

Cristóbal sonrió levemente. Aquel sin duda, tendría que ser su barco.

La noche abrazó el puerto de Barcelona. Cristóbal había conocido su galera y sus oficiales. Junto a la tripulación viajarían jesuitas, que velaban por la santidad de la cruzada. Aquello no agradaba en modo alguno a los hombres, que veían con recelo la presencia de los clérigos, en lugar de las prostitutas y el alcohol habitual en los viajes. Más de doscientos galeotes se encargaban de los remos de la embarcación en los talaes, amarrados a su banco por cadenas para evitar la huida y dirigidos en su esfuerzo por el cómitre y alguaciles, que marcaban el ritmo al que había que remar. Unos veinticinco remos por banda movían aquel barco ligero, cuyo origen había que buscar en la antigüedad romana.

En el castillo de proa relucían cinco cañones dispuestos para la batalla. En la popa, la carroza, lugar destinado para el capitán de la embarcación. Justo detrás, los timones del barco, cuyos timoneles estaban prestos a las órdenes. El trianero había contado entre diez y quince compartimentos en la galera, aposentos para el capitán y los oficiales. El resto de la tripulación dormía al raso en la cubierta.

La noche refrescaba la ciudad tras un día de calor y humedad en el puerto. Los hombres agotaban sus últimas horas en tierra, presos de la sed de vino y mujeres. Las tabernas bullían como las ollas de los pucheros. Allí estaba Cristóbal, que no se había separado de Darío, quien le había contado parte de su vida. Padre marinero y madre florentina que se vino con él a España. Cristóbal no había contado demasiado de la herida que le abría el pecho en canal. Se limitaba a hablar de su origen alfarero y de sus hermanos sin demasiado afán. Seguía a su compañero como un perro fiel, por aquellas lúgubres moradas con olor a vino agrio y bullicio.

—Os presentaré a mis amigos valencianos... —dijo Darío sonriendo sin tiempo para discutirlo. Abrazó con sonoridad a varios soldados, que fueron presentándose al sevillano.

—Soy Juan Bautista Vilanova, y estos, Martín Cudells, Juan Guerola y Rodrigo de Cervantes. Hemos embarcado en la galera Marquesa con el tercio de Miguel de Moncada, a las órdenes de Andrea Doria. La mayoría somos valencianos, lo que no os otorga más peligro —sentenció mientras el grupo reía.

—Bueno, yo soy madrileño —intervino Rodrigo—. Al igual que aquel paliducho que está sentado en esa mesa, que es mi hermano Miguel. Perdonadlo, es más soñador que hablador —dijo mientras todos reían de nuevo, observando al hombre enjuto de carnes y ojos saltones, que escrutaba la taberna en silencio, con un vaso de vino asido a su mano.

Cristóbal se sintió a gusto relatando su estancia en Valencia, hablando de sus plazas e iglesias. Los valencianos se mostraban afables mientras el vino corría como un caudaloso río por aquella taberna.

Al día siguiente la armada se echó a la mar hacia Génova entre plegarias y bendiciones de capellanes, con don Juan al mando de la Real, la galera capitana de la flota española. Las 64 galeras comandadas por el hijo bastardo de Carlos V, lucían tafetán azul para diferenciarse del verde de las galeras comandadas por Juan Andrea Doria y las enseñas blancas del marqués de Santa Cruz, que actuaría como refuerzo en la retaguardia. El joven soldado trataba de adaptarse al entorno. Una vez más tenía que acostumbrarse a lo nuevo. La presencia de su amigo fue fundamental para la adaptación al barco y sus usos. Darío era resuelto, astuto y entabló con el trianero una bonita amistad. A ratos reían con las ocurrencias de uno y otro, haciendo olvidar al azulejero que su alma estaba abrasada por el dolor. Encontró en su amigo un hombro en el que apoyarse en aquel barco repleto de soldados y marineros.

Aquella noche la mar estaba más calmada que en jornadas anteriores. El cielo se mostraba indefenso ante el repertorio de estrellas que lo cubría, con la luna alumbrando el horizonte como un faro del puerto. La suave brisa consiguió que los hombres durmieran con placidez. Cristóbal cerró los ojos tratando de descansar la mente y dejar ver los rostros que lo atormentaban durante la noche. De repente, una daga fría le apretó la garganta mientras un fuerte tirón de los cabellos, lo dejaron inerte.

—No pensaría vuesa merced que la afrenta iba a quedar impune —dijo la voz agria de taberna, que se había cebado en duelo con Cristóbal, aquella noche en Cartagena, y al que el azar, había instalado en su misma galera.

—Morid como un cerdo, maldito —sentenció mientras un reguero de gruesa saliva manchaba el rostro del oponente. La hoja cortaba aquel cuello dócil que no luchaba por zafarse. Como si fuese el destino perfecto para su triste historia. Cerró los ojos aceptando el final, pero un fuerte golpe hizo que el airado agresor cayera de bruces. Se levantó con presteza aturdido por el pescozón, luciendo una aparatosa cicatriz en la cara. Delante suyo, Darío lo miraba con los ojos inyectados en sangre. Se miraron unos segundos armando su defensa, mientras algunos marineros se levantaban rodeando el duelo. Las cuchilladas al aire del afrentado soldado, mostraban una rabia y una sed de venganza desatada. Darío repelió varios golpes hiriendo con su espada en el hombro a su agresor, que aumentó el ansia del ataque hasta el punto de hacerlo tropezar y caer. Fue entonces cuando Cristóbal saltó como un resorte al verlo en desventaja. Se lanzó contra el soldado con su cuchillo, y en dos certeros movimientos le rebanó el cuello, como si fuese la ofrenda de un altar. Entre fuertes convulsiones, cayó al suelo entre un charco de sangre. Para entonces, el jaleo entre la flota era mayúsculo y acudieron los oficiales.

Pan y agua

La armada avanzaba por aquel mar de los romanos. A finales de julio, avistaron Génova, donde debían reunirse con las tropas del papa, dirigidas por Colonna. La llegada de don Juan encontró el vacío, ya que las huestes papales habían salido hacia el punto de reunión —Mesina—, para evitar más enfrentamientos entre los soldados de distintos países. Lo mismo hizo el comandante de las tropas venecianas, Sebastiano Veniero, que dejó la lucha en Corfú y se dirigió a Mesina, donde llegó el primero.

Las galeras de don Juan abandonaron Génova con dos prisioneros en las tripas de la Luna. Aquel ajuste de cuentas con el soldado que acabó en fatalidad no cayó en saco roto. Solo el hecho de repeler la agresión del difunto hizo que no fuesen ahorcados. Sin embargo, se les confinó a pan y agua sin ver la luz del sol hasta nueva orden. Los jóvenes soldados acataron el castigo sin rechistar, conviviendo entre ratas en la bodega de la embarcación. Al principio hacían chascarrillos sobre el lienzo que haría de ellos un buen pintor. Pero los días fueron pasando y la conversación se fue entristeciendo. Las fuerzas mermaron un poco. Encadenados en la oscuridad de aquella galera, se hacían confesiones mientras oían los rumores de los hombres y el esfuerzo de los galeotes. Hasta ellos comían mejor. Disfrutaban de varios platos de garbanzos u otras legumbres diarias y bizcocho. El olor de la comida levantaba un enjambre de tripas entre los mozos, que se mostraban débiles y sucios, acostados en las duras tablas que tapizaban aquel barco.

—¿Sabéis?, no ha sido un buen trato el acercaros a mí, buen Darío. Solo traigo problemas y vos no os los merecéis.

—Dejad ya esa triste cantinela de pena que os persigue, sevillano —dijo aquel hijo de una mezcla de culturas, no sin un poco de sorna—. ¿A ver? ¿Qué carga es tan pesada para quebrar el espíritu de un hombre joven?

Cristóbal apretó los dientes y se derrumbó en el hombro de su amigo, desgranando su vida. Su padre, su hermano, Sagrario, Azucena, sus hermanas... Liberó una carga que portaba como una pesada alforja rellena de piedras. La muerte que rondaba su familia y que asimilaba como culpa suya. Lloró, y Darío lo escuchó en silencio durante un momento. Ni siquiera reparaban en las ratas que merodeaban por encima de sus pies.

—Sus muertes habrán sido en vano si os rendís ahora. Vuestro deber es darle sentido con lucha. Pensad en vuestra familia. Yo tengo dos hermanos mayores y he aprendido de ellos que no hay día sin lucha.

El barco crujía con la mar picada. Por los sonidos de cubierta se adivinaba la llegada a puerto. Mesina era el punto de reunión, el objetivo de los capitanes, sabedores que de allí

partirían en la batalla definitiva contra el turco, pero... ¿dónde? Sin embargo, pronto oyeron los de abajo que habían llegado a Nápoles. Varios mozuelos marineros se encargaban de portar la comida a los presos y estos preguntaban constantemente por la ruta. Juanillo de Cádiz era uno de ellos. Alegre y locuaz, se movía por el barco con amplia soltura. Con apenas quince años, servía de aprendiz y mandadero de a bordo. Lenguarón y chistoso, animaba con sus coloquios a los hombres de abajo y traía novedades de cubierta. La mayoría de ellas inventadas o al menos, exagerando el rumor.

—¡Dicen que los turcos se han rendido al rey nuestro señor! —fantaseaba mientras surtía de duros terrones de pan a los dos presos—. Lo *mesmo* volvemos a Cádiz y santas pascuas... Pero otros días, traía las peores nuevas, que relataba de forma tragicómica, sirviendo de entretenimiento a los solitarios soldados. Cojo de un pie que metía hacía dentro, su papel en el barco era casi de pregonero y creador de chanzas. Con su andar saltarín amenizaba las tardes de los soldados en aquella cubierta que olía a guerra.

El 21 de agosto la flota partió de Nápoles. Nadie sabía aún que Chipre había capitulado y las catedrales convertidas en mezquitas. Mientras la armada se echaba a la mar, un oficial de recio bigote bajó a visitar a los presos, que al verlo recompusieron su triste estampa. De negro riguroso, se quedó unos segundos observándolos en silencio hasta que se aventuró a hablar.

—En modo alguno se ha de permitir los duelos entre soldados, pues si ese es el caso, ¿qué resistencia encontrará el turco? Bien sabe Dios que es falta grave y motivo de severas penas, mas huelga decir los condicionantes de la afrenta. No obstante, la gravedad del momento desaconseja perder más brazos contra el infiel, pues todos son pocos. Tengo orden de levantarlos el castigo, con la advertencia de que si vuesas mercedes se hallasen inmersos en otro pleito, yo mismo os haría colgar del palo mayor a la vista de todos.

De este modo, mandó que fuesen liberados y reincorporados a la brega del barco. Los dos hombres se miraron sin atreverse a mover un músculo hasta salir a cubierta, donde la luz de la mañana los cegó tras semanas sin verla. Sucios y malolientes, fueron rociados con agua entre la carcajada de la flota.

El 23 de agosto divisaron Mesina. El júbilo entre los soldados era notorio. Fin del viaje, el puerto de la reunión, atestado de barcos venecianos, papales... La Santa Liga reunida bajo el mando de don Juan. España había enviado 90 galeras en total, más 50 fragatas y bergantines, junto a 24 naves de servicio. Don Juan Pasó revista a las tropas, junto al anciano comandante veneciano —Veniero— en aquel abigarrado puerto de la reunión, convertido en una paleta de nacionalidades bajo un signo común: la cruz.

Pronto empezaron los problemas para la Santa Liga. Las naves venecianas estaban en un estado deplorable. Viejas en la mayoría de los casos y algunas nuevas hechas a la carrera. Además, la flota era escasa para cumplir el plan del Austria: 150 soldados por galera y 500 por galeaza. De este modo, más de 1.500 soldados españoles embarcaron en las galeras venecianas. El presagio de que algo grande iba a llegar, estaba presente en los hombres, que no habían vivido nunca tanta parafernalia. El papa había enviado al obispo Odescalco para bendecir la cruzada. Su llegada al puerto hizo enmudecer a los soldados, que contemplaron un relicario con una astilla de la Vera Cruz, acompañado de un estandarte azul con un crucifijo, así como los escudos de España, Venecia y del papa. El obispo vociferó las indulgencias concedidas a los embarcados en defensa de la fe, que se santiguaban arrodillados mientras recibían las bendiciones. Una procesión y la comunión general acabó con la paz entre las flotas. Aquel enjambre de lenguas y nacionalidades se enredó en las horas de ocio. Las tabernas y el fulgor del vino acarrearón peleas

constantes entre las tropas, que solían gallardear de valentía y patriotismo. Los navajazos se sucedían entre los bandos, como si fuesen los mismos turcos. Por la mañana siguieron los duelos, tanto es así que se decretaron castigos ejemplares y algunos hombres fueron ahorcados a la vista de todos para tranquilizar los ánimos. La Santa Liga pendía de un hilo. La falta de cohesión hacía peligrar una misión muy difícil, donde los turcos contaban con arsenal y puertos de refugio, mientras los cristianos se dirigían a mar abierto. El pesimismo empezó a apoderarse de la tripulación y los mandos, que preveían un desastre. Tres compañías venecianas se habían amotinado por falta de paga, mientras los oficiales trataban de arreglar el desaguisado. Don Juan estalló en cólera contra Veniero, que había permitido la muerte de varios soldados españoles en una pelea contra venecianos.

—Demasiados días sin fornicar —repetían entre risas algunos soldados veteranos, acostumbrados a las ramerías dentro de los barcos, suprimidas ahora por el carácter santo de la cruzada.

Los mandos se reunieron para afrontar la crisis. Los griegos tampoco apoyaban la causa cristiana y las opciones eran cada vez más difíciles. Doria, Requesens y el propio duque de Alba desde los Países Bajos pedían moderación y prudencia, planteando una acción más conservadora. Pero don Juan no quería esperar. La falta de unidad y el miedo de que los turcos consiguiesen más refuerzos hacían que se lo quisiese jugar todo a una carta.

El 16 de septiembre, el hijo de Carlos V subió al puente de la Real y dio orden de zarpar. “In hoc signo vinces”, el lema de la Liga inspirado en Constantino cubría sus cabezas. Se dio orden de olvidar las nacionalidades y combatir como cristianos bajo la misma fe. El puerto de Mesina era una fiesta de campanas, cañonazos de júbilo y comuniones generales. El frenesí se apoderaba de los emocionados soldados que se abrazaban entre ellos antes de partir, muchos hacia la muerte, hacia una lucha desigual en un escenario de inferioridad. Una avanzadilla exploraba para evitar las sorpresas y un destacamento había salido hacia la isla de Corfú para comprobar los refuerzos que podían recabar.

—¡Desde ahora, no hay países! ¡Todos cristianos! —había gritado el Austria entre el clamor de los presentes, mientras las banderas de sus barcos se agitaban con furia, gracias a un fuerte viento que silbaba advenedizo. La imagen de las galeazas dejaba sin habla a los noveles. Su tamaño era mastodóntico; más lentas pero efectivas en la batalla, contaban con treinta cañones y dieciocho pedreros. Quinientos soldados y más de cuatrocientos marinos conducían la expedición, por delante de las galeras y galeotas.

La llegada a Corfú no fue como esperaban. Los turcos habían llegado antes y el panorama era desolador. La ciudad había sido arrasada y la impotencia de los soldados fue mayúscula. Las tropas de Alí Pachá iban por delante, y su unidad era inquebrantable.

—Perros —dijo casi susurrando Darío.

Cristóbal, con los ojos brillantes fruto de la visión de hombres flotando en el mar, no emitió sonido. La ciudad humeante mostraba sus tripas. La muralla destrozada, los cadáveres apilados por la sed de sangre. Hombres, mujeres y niños dispersados por cada rincón... una ciudad deshecha. Venganza es la palabra más repetida aquella mañana. Llegan noticias de los exploradores, el enemigo está en el golfo de Lepanto. Los capitanes se reúnen, todos dispuestos a combatir —salvo Andrea Doria y Requesens— que consideraban algo temerario, dado el poderío turco. Además, entrar en el golfo era como entrar en la boca del lobo. En su embocadura existían dos castillos fortificados con artillería.

—Señores, ya no es hora de debates, sino de combates. —Esa es la respuesta del bravo don

Juan, que da orden de prepararse para la batalla. Manda revisar las naves y llegan los enfrentamientos. Veniero se niega a ser revisado por Doria y la disputa casi le cuesta la ejecución. La Liga se tambalea de nuevo, mientras negros nubarrones rivalizan con el fuerte viento que sopla como complemento de la tensión de la batalla que se presenta.

Lepanto, Lepanto... un rumor corre entre los soldados. Los turcos están entre los golfos de Corinto y Patrás, conocido con ese nombre por los italianos. Los cristianos irían en su busca. Los turcos, tenían orden de combate desde que don Juan estaba en Mesina. El sultán Selim había sido tajante en buscar la lucha sin medrar. Alí Pachá dirigía su enorme flota y hacía lo previsto. Sus almirantes, Uluch Alí y Pertev Pachá le aconsejaban esperar dentro del golfo. Pero Alí Pachá buscaba la grandeza en la batalla. Una victoria épica frente a las tropas cristianas. La seda verde enviada desde La Meca, hermooseaba en un estandarte luciendo la media luna, esperando noticias del enemigo.

Las órdenes se sucedían en cubierta. Al amanecer el 7 de octubre, las tropas de don Juan buscaban al enemigo en las islas Cocciolane, cerca de Lepanto. Al alba, al doblar el cabo Scroffa, diez galeras de reconocimiento de Cardona avistan barcos turcos. La flota española ocupaba el estrecho canal que formaba la isla de Oxia. Don Juan da la orden de batalla. Alí Pachá hace lo propio, desoyendo a sus almirantes, manda a sus huestes salir en busca del enemigo, al que no divisa en su totalidad, debido al estrecho canal.

In ictu oculi...

Hacía frío. El viento es favorable a los turcos, que se lanzan a la boca del golfo de Patrás decididos a una victoria gloriosa. Los cristianos poco a poco organizan sus galeras para el combate, tal como se ha planeado. El viento sopla a favor de los musulmanes. Aquel mar se convertirá durante la mañana en un tablero de ajedrez donde los capitanes movilizarán sus piezas. Los barcos crepitan. El fuerte viento agita los cabellos contra los rostros, silbando melodías cada vez más sonoras. Los frailes offician misas a bordo y comunión general. El Austria ordena cortar los grilletes de los galeotes, a los que arenga con el premio de la libertad.

La sangre de los soldados se heló con el sonido de tambores cada vez más audibles en el horizonte. Cristóbal no movía un músculo. Mientras los marineros corrían como lagartos vociferando y virando la galera hasta su posición —en el flanco derecho de la flota, cerca de la Real— los soldados aguardaban su hora. Habían comulgado y rezaban en silencio. Los tambores turcos se acercaban entre la bruma de la mañana. El fuerte viento agitaba los cabellos negros del sevillano, dificultando la visión de aquella estampa histórica para la armada. El agua humedecía su poblada barba, mientras asía su tahalí, acariciando su inseparable cuchillo.

—¿Tienes miedo? —casi susurró Darío, que mostraba aplomo y determinación en aquellos ojillos achinados.

—He venido a saldar mi deuda con Dios —dijo elevando la voz el trianero, mientras apretaba los dientes—, en otra ocasión lo hubiese tenido, pero ahora soy un hombre movido por el odio.

Las naves cristianas guardaban silencio oyendo el estruendo que se les echaba encima. Don Juan embarcó en una fragata y arengó a su flota.

—¡Hoy es el día de vengar afrentas, venecianos! En vuestras manos tenéis el remedio a vuestros males. ¡Agitad con brío y cólera vuestras espadas! —gritó gesticulando y alzando la suya, mientras los hombres de Veniero vitoreaban al capitán de la cruzada.

La fragata se acercó a las galeras españolas del flanco derecho. Los españoles gritaban emocionados y nerviosos.

—¡Hijos, a morir hemos venido o a vencer si el cielo lo dispone! No deis ocasión para que el enemigo os pregunte con arrogancia impía: ¿dónde está vuestro Dios? ¡Pelead en su santo nombre, porque muertos o victoriosos, habréis de alcanzar la inmortalidad!

Los hombres gritaban hasta quedar roncos. La arenga levantó la moral de la flota, que se abrazaba y golpeaba la cubierta con las lanzas y las espadas. Aquel joven se había ganado el respeto de sus hombres, que esperaban ansiosos el momento señalado. Don Juan volvió a la Real, en el centro de la flota, flanqueado por la capitana veneciana de Veniero a su izquierda y la papal

de Colonna a su diestra. El flanco izquierdo estaba ocupado por Barbarigo, que tendría enfrente las galeras de Mehmet Siroco para la batalla. El flanco derecho, comandado por Andrea Doria, frente a Uluch Alí. En el centro, don Juan frente a Alí Pachá —custodiado por Pertev Pachá y Dardagán—. Bazán y Cardona cubrían la retaguardia cristiana.

De repente, el viento amaina a media mañana para empezar a soplar un poco más tarde ligeramente a favor. Los turcos tienen que emplear a los remeros para poder avanzar. Juan de Austria ordena adelantar a las galeazas al frente de la flota. Vuelta al silencio. El capitán cierra los ojos y respira hondo. En cubierta solo se oyen las bendiciones de los franciscanos y jesuitas. Al fondo, los tambores turcos se acercan entre sonidos de címbalos, trompetas y golpes de escudo que hielan la sangre. La Real hace un disparo. La batalla va a comenzar... los hombres resoplan, las pulsaciones son casi audibles.

Poco antes de las doce, las seis galeazas ondean delante de la flota turca, que las confunde con naves de carga. Aquellos barcos tan inmensos son algo nuevo en combate. Deciden rebasarlas y reciben la descarga de sus cañones. A una milla, la flota cristiana aguarda a que se disipe el humo. La música turca ha cesado por el estruendo de aquellos barcos gigantes...

De la humareda, poco a poco emergen galeras turcas. Dos han caído y muchas otras han sido dañadas, pero no derrotadas. La verdadera batalla está cerca.

Repentinamente, la formación turca se dispersa confundiendo a los cristianos. Uluch Alí se separa del centro, al igual que Siroco en el otro flanco. Doria se percata de la maniobra envolvente y hace lo propio ante el estupor de don Juan, que ve cómo la flota se divide y manda un mensaje avisándolo de que merma el flanco derecho. Las galeras cada vez son más grandes. Con el toisón de oro y la astilla de la Vera Cruz en el pecho, el hijo de Carlos V aguarda el choque contra la Sultana de Alí Pachá en un cuadro dantesco. Piensa en su padre, en aquellas horas junto a la chimenea en el monasterio de Yuste. Allí donde el anciano emperador contaba sus batallas a su pequeño hijo... Pavía, Mühlberg, Solimán... los nombres aprendidos en largas horas de conversación junto al fuego. Reza en silencio, cierra los ojos arrodillado y se encomienda a Dios.

Doria cierra la maniobra a Uluch Alí, pero Barbarigo duda para no encallar, desconoce el fondo. Siroco lo doblega, será su perdición. Don Juan da orden de adelantarse al divisar los emblemas de la Sultana. La batalla está servida...

El viento arrecia. Negros nubarrones decoran un escenario de terror. En el centro, el hermanastro del rey ordena buscar el cuerpo a cuerpo con la capitana turca. La flota observa con la sangre helada cómo las dos galeras van al encuentro para destrozarse en un choque impredecible. Los hombres aprietan los dientes cuando pueden cruzarse la mirada con los enemigos. El choque hace rugir la estructura de los barcos. El espolón turco, mucho más agudo que el cristiano —que don Juan mandó serrar para aligerar la embarcación— se incrusta en la nave española— llega hasta el castillo de proa, quedando ambos buques encajados. Los gritos se suceden y empieza el abordaje. A la lluvia de flechas turcas responden los arcabuceros y mosqueteros españoles, que esperaban tenerlos a tiro. La humareda se confunde con la sangre. El frío ha desaparecido. El calor de la sangre abriga los rostros de los bravos soldados, comandados por el propio don Juan con su espada diestra. Los cañones desatan un infierno en cubierta. Los cuerpos destrozados se amontonan. Los disparos de la Real son más efectivos que los turcos. El abordaje convierte los barcos en un bosque de nacionalidades. Las naves cercanas acuden a ayudar a sus capitanas, convirtiendo la refriega en un mar de cuchillos, picas y arcabuces.

El flanco izquierdo está perdido. Las huestes de Siroco han rodeado a Barbarigo, que recibe

una nube de flechas. Rodeado por seis barcos, Barbarigo es alcanzado con un flechazo en el ojo. Los soldados lo retiran a su cámara, donde va a agonizar hasta su inevitable muerte.

El flanco derecho, comandado por Doria, busca zafarse de la maniobra envolvente de Uluch Alí, que consigue separar las galeras cristianas desguarneciendo el centro para desesperación de don Juan, que ve cómo Doria desobedece sus órdenes. Alí aprovecha el hueco y lanza la flota contra la capitana de Malta, que, indefensa, sucumbe. Los caballeros de Malta se defienden con honor, pero son muy inferiores en número. Rodeados, van cayendo bajo el acero y las flechas enemigas... el flanco derecho también hace aguas.

La batalla parece perdida. Con Barbarigo muerto y Doria desplazado, los turcos dominan ambos flancos. Solo el centro arrecia todo el fuego de sus cañones y arcabuces en la flota enemiga, que está siendo apoyada permanentemente por otras galeras cercanas. Don Álvaro de Bazán, tras reforzar el flanco izquierdo, acude al hueco dejado por Doria, en auxilio del flanco derecho y el centro. La batalla carece de orden ni dibujo. Los cadáveres superan a los vivos y la sangre tapiza las cubiertas, que huelen a muerte.

En el centro reina la confusión. Alrededor de las capitanas se crea un bosque de galeras y soldados de ambos bandos. En una de ellas luchan Cristóbal y Darío. Poseídos por la ira, los jóvenes vieron cómo un espolón turco atravesaba su barco mientras el corazón les latía en la boca. Aquellos rostros morenos se lanzaron al abordaje con los ojos fuera de las órbitas, portando espadas curvas que brillaban en medio de aquel infierno. Cristóbal, con los dientes apretados los recibió quieto con las piernas abiertas, una espada en la diestra y su inseparable cuchillo en la mano izquierda. Los gritos de dolor se confundían con los de rabia y furia. La sangre salpicaba como la lluvia mientras la cólera y la excitación hacían presa en aquellos soldados, que segaban brazos y hundían su acero en el pecho de los enemigos con un frenesí de sangre que impedía distinguir a los heridos. Los hombres caían al agua por docenas. La mayoría no sabían nadar y se ahogaban.

Cristóbal recibió un disparo que le arañó el hombro. Tenía destrozado el jubón por el acero enemigo, mostrando una camisa enrojecida por los regueros de sangre que caían por su rostro en la refriega. Un joven turco le golpeó con un escudo haciéndole caer por la borda. Durante unos segundos estuvo debajo del agua y pensó que iba a morir. Demasiado dolor, demasiados cuerpos inertes que se hundían al agarrarse a ellos. Pensó en su hermano y en su padre. Sus rostros pasaron por su cabeza. Los veía observándolo en la batalla.

—¡Adelante, Cristóbal! —le decía la voz de Alonso—. ¡Saca tu culo del agua y honra a tu padre en la batalla! —Vio el rostro de su madre, que lo miraba con sus hermosos ojos verdes sonriendo.

El trianero logró escalar entre los cuerpos deshechos y los barcos destrozados. Aprovechó el desconcierto. Había perdido su espada, pero no el cuchillo, que apretaba en su puño derecho. Seccionaba cuantas gargantas se le cruzaban en aquel infierno marino. La sangre le salpicaba la cara y a veces tenía que limpiarse para poder ver. Aquel sabor caliente que tenía que escupir de su boca. Había perdido varios dientes, pero ni siquiera reparaba en ello. Trepó por los restos de varios barcos ensartados unos con otros. Atacaba a sus enemigos en línea recta, avanzando por varios frentes. Un disparo le destrozó el lóbulo de la oreja izquierda. Siguió avanzando con la cara negra de humo y un intenso reguero sanguinolento que le empapaba el cuello.

—Demasiados —pensaba.

La flota parecía inferior en número hasta que el marqués de Santa Cruz la reforzó con nuevos hombres en una ingente labor de cubrir desde la retaguardia todas las carencias de la flota.

La suerte empezó a cambiar. Siroco cayó al mar y le cortaron la cabeza que fue paseada en una pica entre la ovación de los venecianos y españoles que cubrían su maltrecho lado. El flanco turco se derrumbó y las naves empezaron a huir, mientras las galeazas les disparaban destrozando lo que quedaba de ellas. En el derecho, roto por las huestes de Uluch Alí, el refuerzo de don Álvaro de Bazán trajo nuevos bríos a la flota, que se recompuso.

La batalla se decidiría en el centro, donde las capitanas combatían a cara de perro. Las galeras cercanas acudían a reforzarlas como ratas que abordaban los barcos. Darío seguía avanzando entre las ruinas de aquellos barcos encallados, llegando a la propia Sultana en un bosque de hombres enloquecidos por el fragor de la batalla. El cielo se había ennegrecido aún más y el fuerte viento dibujaba el espanto en aquel óleo de horror y sangre. Las cabezas rodaban por las cubiertas, por donde los soldados resbalaban continuamente con la sangre y tropezaban con los cuerpos. Las trompetas de abordaje no cesaban.

Un jenízaro de casi dos metros se fijó en Cristóbal. Estaban frente a frente. Le lanzó dos ráfagas de acero con tal fuerza que hizo caer al sevillano. Desde el suelo, contuvo una nueva embestida a duras penas contra aquel gigante enfurecido, que lo tenía al límite de sus fuerzas y herido. Con las espadas unidas y el sevillano tendido, el turco le agarró por el cuello asfixiándolo como a un cervatillo. Se le escapaba la vida. Con su último aliento, atinó a agarrar su cuchillo desde el suelo y se lo clavó en el cuello, haciéndolo sangrar como a un cerdo. Recuperó el resuello enfurecido, con los dientes apretados.

—Voto a Dios que no caeré más —gritó.

Se lanzó con más furia haciendo jirones con su cuchillo y espada a quien se acercaba. Se limpió un instante los ojos por la sangre que los enturbiaba. Reparó en un hermoso estandarte verde. Era la enseña turca, estaba en la capitana. Oteó zafándose de varios infieles, abriéndose paso con varias galeras incrustadas en los flancos. Observó a un soldado vestido de forma pomposa, con piedras decorativas y turbante. Ese era Alí Pachá... buscó y vio un arcabuz en el suelo sobre el pecho de un soldado abatido por varias flechas. Lo cogió, apuntó en aquel bosque confuso y alcanzó la frente del turco, que cayó de espaldas como un saco. Varios rostros se volvieron hacia él, lo abrazaron. Los turcos se quedaron ingrátidos, como si hubiesen perdido las fuerzas. Un galeote llamado Israel aprovechó y le cortó la cabeza, que reclamó don Juan. Darío se dio cuenta entonces... estaba en el corazón de la batalla más grande que habían visto los siglos en el mar. El Austria estaba a pocos metros de él, mandó colocar la cabeza en una pica y pasearla para que todos la viesan. Alguien le señaló y don Juan lo miró. Le hizo un gesto y acudió, mientras la guardia personal de Alí Pachá se rendía. Los cristianos rugían, elevando sus armas al cielo.

—Soldado, vos habéis abatido al capitán de los infieles —le confirmó aquel hombre vestido de elegante negro, que parecía mucho más joven de cerca.

—Mi señor, así lo ha querido Dios.

—En efecto, ha sido voluntad divina. ¿Cómo os llamáis?

Cristóbal dudó un segundo. Su nombre estaba perseguido por la justicia, pero no podía mentir aquel día.

—Cristóbal Gómez. Hijo de Alonso Gómez, sevillano.

—Cristóbal Gómez, la Santa Liga os reconoce vuestro valor y gallardía en la batalla. Y el rey de España, al que represento, mucho más, pues grande es la honra de que haya nacido en mi patria el que abatió al capitán enemigo.

El soldado, de rodillas, con la camisa desgarrada y ensangrentada, besó la reliquia de la Vera

cruz que don Juan portaba en su pecho, entre los vítores de los hombres de la Real que habían abatido a la Sultana.

—Alzaos, buen Cristóbal. Acudid a mí cuando la batalla termine, pues es de justicia arropar a quien ha sido señalado por Dios.

Luego llamó al galeote. El joven, de ojos felinos y tez morena, se arrodilló sonriente delante de don Juan, que le puso la mano en el hombro y ante los presentes, lo liberó de su cautiverio y sus delitos.

La batalla languidece. En el flanco derecho, el marqués de Santa Cruz se ha lanzado de nuevo con sus huestes para acabar con Uluch Alí, quien había destrozado las tropas maltesas y dañado muchas galeras, hasta el punto que se llevaba remolcada la capitana de Malta. Bazán lo persigue y Doria también. Los turcos habían destrozado el costado de la flota cristiana. En la Piamontesa de Saboya todos fueron pasados a cuchillo. En la San Juan —del papa— también habían muerto todos sus tripulantes. En la Florencia quedaba una docena de hombres... La llegada de Bazán refuerza la exigua flota cristiana. Alí, rodeado, suelta la capitana de Malta, huyendo con su emblema hacia el golfo de Lepanto. Los cristianos tratan de perseguirlos, pero los galeotes están agotados. Los turcos en inferioridad, se retiran. Son las cuatro de la tarde, la batalla ha acabado.

Empezó a llover fuerte. Con los turcos en fuga, los cristianos saboreaban la victoria. Enrabiados, gritaban y clamaban en aquel infierno. Los hombres se reagrupaban en las galeras que quedaban a flote. Don Juan, herido en un tobillo, dio orden de refugiarse en la isla de Pétala, mientras la lluvia apretaba anunciando una gran tormenta.

El agua limpiaba el rostro de los muertos, mientras la sangre desaguaba de las galeras como si fuesen fuentes de vino. El paisaje de aquel mar era dantesco. Miles de cuerpos flotando, gritos de dolor de los heridos que eran rescatados. Alejandro Farnesio había capturado el tesoro enemigo escondido en una de sus galeras. Los hijos de Alí Pachá fueron entregados a don Juan, que los respetó y alojó mientras los jóvenes lloraban de rodillas a sus pies.

Los incendios alumbraban el dolor de los rostros. Mutilados, hombres desangrándose solos... los frailes trataban de ayudar y daban la extremaunción a cientos de soldados que con manos temblorosas y ensangrentadas, abrazaban el crucifijo que los franciscanos o jesuitas les ofrecían para partir a la otra vida.

Cristóbal caminaba arrastrando los pies entre aquel horror. Lágrimas de alegría se mezclaban con las de dolor. Ya no había nacionalidades ni rencillas entre los despojos de aquella Liga Santa. Chocaba con gente que corría y vociferaba. El frenesí los había convertido en máquinas de matar, con los ojos vidriosos y la cara ensangrentada. Lepanto terminó con la juventud de todos. Muchos perdieron la vida y otros tantos la bisonería. Pasaron las horas y el soldado sevillano perdió la esperanza. Darío no estaba en la Luna de España. Apenas podía andar por el dolor de sus heridas, pero seguía arrastrando sus pies por las cubiertas. Seguían subiendo hombres de los botes que rescataban heridos del mar y de los restos de otras galeras. La lluvia difuminó el horizonte, donde ya no se temía ningún peligro. Más hombres, más dolor.

Los barcos se preparaban para buscar el puerto. Entonces lo vio. Entre la nube de hombres que ayudaban con los miles de heridos, su altura lo delató. Cubierto de sangre, con los cabellos empapados y la ropa hecha jirones, apareció su amigo. Se giró, como el que siente la mirada en el cogote y lo observó. Sus ojillos achinados se percataron y la alegría lo envolvió en forma de sonrisa pícara. Se acercaron lentamente. Se abrazaron, y en ese instante el sevillano perdió la consciencia derrumbándose en el suelo.

Finis Gloriae Mundi

Aquella mañana hacía calor. El cielo de Sevilla presumía de azul, con un brillo como salido de la cocción de un horno de azulejos. Cristóbal silbaba melodías de taberna mientras manipulaba arcilla. Cogía grandes trozos que hacía rodar por la ceniza para evitar la adherencia y luego amasaba y preparaba para el torno.

En la rueda, su padre hacía cangilones para las norias con sus fuertes brazos manchados de aquel barro verdoso que aromatizaba el taller. Sus pómulos sonrosados denotaban la felicidad del hogar mientras masticaba hojas de menta. A su lado, su hijo Alonso, enfrascado en la elaboración de macetas a las que les añadía penachos para poderlas colgar en los patios. Una vez endurecidas, les haría el agujero para el clavo que las sujetaría durante años de monotonía y belleza, haciendo brotar los colores de aquel arrabal en forma de flores.

—Podríamos vidriarlas de colores —argumentó el mozo refiriéndose a las macetas.

—Ya está tu mente calenturienta —respondió su hermano mayor mientras mostraba una amplia sonrisa—. No sabemos de esmaltes y es delicado de cocer.

—Podríamos aprender, hay talleres en Triana que hacen azulejos de colores, con dibujos...

—Cristóbal, hijo, sé que quieres aprender ese oficio, pero ahora mismo por ventura, no gozamos de ese tiempo. Además, esta semana vas a empezar a ir a Sevilla solo con el carro. No podemos quedarnos mermados en el taller, la producción se resiente mucho, y si contratamos a alguien, las cuentas no salen. —sentenció el padre.

El menor pensaba ya en su nueva tarea. El comentario de su padre lo envolvió en un viaje nacido de su mente. Solo por aquellos rincones de la catedral, la calle de los genoveses, la plaza... ¿y si le robaban la carga? Le mareaba la responsabilidad, pero le hacía mucha ilusión ser dueño de su tiempo. Había cumplido quince años, y ya era un hombre. Le estaban saliendo pelos en el bigote y la barbilla, pronto tendría barba como su hermano mayor. Alonso era su espejo, quería ser como él. Tenía ya novia y estaba a punto de casarse. Pronto relevaría a su padre, que estaba cargado de años y dolores.

Salió del taller y cruzó la calle. Su hermano le alborotaba el pelo y se burlaba de su incipiente bigote mientras buscaban la comida bien ganada tras una mañana entre la arcilla. El mayor se separó para acercarse a casa de su prometida, varias calles más allá de su patio. Cristóbal jugaba con un trocito de barro cocido que se había llevado del taller mientras observaba el verdín de aquellos tejados árabes del arrabal. Al entrar en su patio, se chocó de frente con una muchacha. La chica se sobresaltó, emitiendo un breve quejido de susto, tras lo que vino una amplia sonrisa que regalaba una preciosa dentadura. Tenía el pelo moreno, rizado y una

tez color canela que dejó al muchacho boquiabierto varios segundos.

—Perdonad, no me he dado cuenta —sonrió la joven, que se había ruborizado con la mirada del chico.

—Perdonadme vos, decidme a qué hora venís mañana para volver a cruzar mi torpeza con vuestra gracia.

La joven se rio más ampliamente, encantada con el comentario.

—Vuestra osadía más bien —dijo divertida mientras echaba a correr hacia su casa, no sin antes volver levemente la mirada hacia el joven donjuán, al que había encontrado bien parecido y apuesto.

—Seré cretino... ni siquiera le he preguntado su nombre.

Los días suavizaron los fríos, y el blanco fulgor de las flores del naranjo anunció la primavera. El joven trianero se fijaba en las mozas del arrabal, que lo miraban con agrado. Se inició en las artes amatorias ayudado de su facilidad de palabra y el romanticismo que empleaba. A pesar de no saber leer, como todos los jóvenes de allí, se quedaba con las palabras y la forma de hablar que oía entre los nobles de la ciudad mientras vendía piezas con su carro. A menudo regalaba arcillas cocidas decoradas con engobes que él mismo fabricaba para sus conquistas. Las chicas se doblegaban ante sus encantos, y el joven lo sabía.

Aquella tarde, mientras el sol se zafaba del yugo de la jornada, el mozo salía de su casa aseado. Tras una noche de cocción, había pasado el día durmiendo y salía buscando el frescor del atardecer en la primavera de Triana. Las calles, repletas de niños que revoloteaban como enjambres de abejas, vendedores de garrapiñadas y pasteles diversos. Compró unos dulces de hoja con pistacho, de tradición moruna, que tenían gran predicamento entre los trianeros. Paseaba como si fuese el dueño de aquellos lares, oteando las fachadas y los paños cerámicos que tanto le gustaban. Algunas muchachas se cruzaban en grupo, nunca solas, y se decían cosas al oído entre ellas. Se acercaba al río, al puente de barcas y sus alrededores, donde los chicos jugaban a la cucaña y otros pasatiempos que ocupaban las horas de ocio. Mientras un jovencuelo que no debía pasar de los doce se arrastraba como una lagartija por aquel palo engrasado para coger la bandera del extremo, la gente tocaba las palmas animando la empresa. Cuando ya rozaba la bandera con sus yemas, la grasa le jugó una mala pasada. Giró sobre el palo y se puso debajo de aquel mástil que invadía varios metros el cauce del río grande. Trató de agarrarse con los dientes apretados, pero acabó pegándose el chapuzón, mientras la chusma aplaudía y reía a carcajadas.

Al acercarse entre la gente, se percató de un pequeño grupo de muchachas que disfrutaba de la competición. Allí estaba. La morena de piel canela y pelo azabache que se encontró en su patio y que había visto fugazmente varias veces. Sin dudarlo, se acercó con una leve sonrisa ladeada de nuevo galán trabajada a base de horas en esas lides. Las amigas al verlo se lanzaron al oído de la moza, que trató de hacerse la indiferente, algo que no se le daba bien. Cuando lo tuvo delante, lo miró tratando de evitar que las pulsaciones y el sonrojo le jugasen una mala pasada.

—Me alegra veros. Como veis, estoy aprendiendo a acercarme a vos sin avasallar —dijo sonriendo mientras se acariciaba su leve perilla.

—Ah, ya os recuerdo. Sois el joven osado del patio aquel... el hijo del alfarero.

—Me gusta como nombre, el hijo del alfarero. Pero en realidad me llamo Cristóbal. ¿Y vos?

—Pues en este caso, yo soy la hija del zapatero —dijo divertida de su propia chanza mientras las amigas reían.

—Yo pensaba que eráis hija de Venus, dada vuestra celestial belleza...

Las amigas emitieron un sonido ahogado de aprobación al comentario, que desarmaría a cualquier joven, mientras la agraciada, incómoda, les hacía gestos para no entregar las llaves de la plaza sin resistencia.

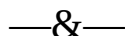
—Os propongo un trato justo. Un presente, a cambio de vuestro nombre —dijo sonriendo mientras se rebuscaba entre las ropas.

Sacó una lucerna de estilo romano, decorada con engobes de colores e incisiones de pequeñas estrellas. Se la ofreció a la joven, que se ruborizó de nuevo mientras las amigas delataban lo acertado del regalo.

—Mi nombre es Sagrario. Gracias por el presente... Cristóbal.

La muchacha accedió a dar un paseo seguida de cerca por sus huestes, mientras el aprendiz alfarero le contaba la forma de elaborar las lucernas y otras piezas cerámicas, conforme disfrutaban de la ribera de aquel río que los romanos llamaron Betis. La muchacha quedó prendada de aquel chico que sabía de barro, de azulejos y de cielos. Llegaron frente al castillo de San Jorge. Las puertas estaban abiertas y la gente se agolpaba en las orillas. Un séquito llegaba a la altura de la puerta, donde un blasón con una espada y un árbol adintelaban un acceso tétrico. Una procesión con frailes dominicos luciendo emblemas dio paso a varios hombres y mujeres encadenados. La cara sucia y los ojos hundidos en el rostro delataban un fatal destino. Algunos les lanzaban cosas y los insultaban, mientras los encadenados guardaban silencio con la mirada baja. Cerrando el cortejo, un dominico de frente despejada y tez blanca, andaba de forma pausada con mirada pétrea.

Sagrario se agarró al brazo de Cristóbal, que olvidó la escena y sonrió levemente. Aquel día empezó una bonita historia de amor, que traería capítulos románticos y apasionados entre ambos. La tarde dio paso a la oscuridad, y el arrabal fue despejándose de ojos a la luz de los escasos candiles que otorgaban penumbra. Algún perro ladraba, rompiendo la paz de la noche...



Abrió los ojos. Apenas podía ver por la fiebre. Tenía un paño húmedo en la frente y lo habían sangrado varias veces. Las playas de Pétala eran un campamento improvisado donde los heridos y los muertos echaban un pulso. Los cánticos y el vino de fondo se derrochaban a raudales por aquellos hombres que habían vuelto a nacer aquel día. Nunca vivirían una gesta igual. Aquel infierno quedaría grabado para siempre en las retinas y en los corazones de aquellos soldados cristianos que sangraron a favor de la Santa Liga. Se relatan los lances en ambos flancos y el centro de la batalla. Aparecen héroes que han matado a cientos de enemigos y se forja la leyenda de que a los frailes las balas no les traspasan la túnica. Cuarenta mil hombres habían muerto aquella jornada, más los que se debatían a aquellas horas entre esta vida y la otra...

Darío agarraba la mano de su amigo. Su situación pendía de un hilo. Presentaba varias heridas abiertas. El hombro, el costado y una flecha cuya herida tenía mal aspecto. Habían tratado de limpiársela, pero eran demasiados heridos agonizantes y la muerte se masticaba en aquel campamento. El joven soldado deliraba. Temblaba de escalofríos, mientras su amigo solo podía darle agua y ponerle el paño en la frente.

—Ánimo, buen Cristóbal. Si habéis tenido arrestos para llegar hasta Lepanto y vencer, no os rindáis ahora. Todo el campamento sabe el nombre del soldado cristiano que tumbó al capitán

enemigo. Si burláis a la muerte, os prometo solemnemente marchar con vuesa merced a Sevilla. Mas tenéis que agarraros con fuerza ahora al palo mayor de esta vida, que ya tendréis tiempo de ver a vuestro hermano y vuestro padre.

Don Juan se había interesado por la suerte de su héroe. Al rato, le trajeron noticias de que se debatía entre la vida y la muerte. El Austria le mandó los mejores médicos de los que disponía para tratar de salvarlo. La noche fue larga. Más sangrados y ungüentos para limpiar las heridas. El joven balbuceaba nombres en su postración... Alonso, Azucena, Sagrario...

Al alba, Darío estaba rendido a escasos metros de su amigo, en una tienda improvisada. Su herida del brazo no revestía gravedad, el resto eran golpes y arañazos que tapizaban su cara y extremidades. Despertó de repente recordando a su compañero. Vio a un médico junto a él, pero estaba inmóvil. No quiso acercarse... podía estar... muerto. El galeno se giró hacia él serio y se quitó los anteojos. Le hizo un gesto para que se acercase y el esbelto mozo se levantó con extrema lentitud, temeroso de sus noticias.

—Está muy débil, pero vivirá. Lo peor ya ha pasado.

Darío sonrió. Movié la cabeza riéndose del propio destino, ante la fortaleza del trianero, que viviría para contar aquel trance. Sobre el mediodía abrió los ojos. Estuvo un rato trastornado hasta que empezó a atar cabos y entonces trató de incorporarse sin apenas fuerzas...

—Quieto, león, no os alcéis si no queréis volver a doblegaros ante vuestra infinita suerte.

—¡Darío, amigo...! Qué...

—Shhh... guardad silencio y reposad. La batalla se ganó como bien sabéis. El enemigo perdió muchos más hombres y barcos que nosotros. Aun así, ha sido un infierno. De nuestro barco he recontado no más de veinte hombres. El flanco derecho sufrió mucho al quedar desguarnecido. El señor tenga en su seno a tantos héroes.

Aquella jornada fue de recuento. Ocho mil cristianos muertos, más cuatro mil más que caerían en los días siguientes víctimas de sus heridas. Casi treinta mil turcos perecerían en el otro bando. Los cristianos contaron unas veinte galeras perdidas en el combate y trece tan maltrechas que habría que remolcarlas, entre ellas la Real, a la que hubo que extirparle la Sultana. Se recuentan cautivos, botín y galeras apresadas, que ascienden a unas ciento cincuenta. Don Juan prepara una crónica de la batalla para el rey Felipe, al que envía el estandarte enemigo, así como cartas al papado y Venecia. En pocas horas, el orbe cristiano celebrará con repiques de campanas y misas de acción de gracias la mayor victoria conseguida en el mar.

Cristóbal pasó varias semanas más en un hospital de Corfú. Ante la escasez de remeros, don Juan abandona la idea de tomar los castillos del golfo de Lepanto y el día 25 de octubre decide licenciar la flota. Zarpa a Sicilia, Colonna a Ancora y Veniero a Venecia. La Liga se disuelve tras aquella gesta. A primeros de noviembre, la Armada Real entra en Mesina. A bordo de aquellos barcos viajan dos amigos que se han hecho hermanos para siempre tras aquel trance. Cristóbal, que ha perdido bastante peso durante la convalecencia, había recibido además de los cuatro ducados que entregó don Juan a cada soldado, una carta donde se le reconocía como héroe de la batalla y redimido de cualquier falta ante la justicia. Los supervivientes de Lepanto regresan a casa. Los dos hermanos marcharían a Roma, dónde Darío visitaría a su familia italiana. La imagen del Coliseo romano dejó al sevillano casi tan helado como el sonido de los tambores turcos al acercarse en el horizonte. Aquella ciudad era sin duda el origen de nuestra civilización. Derrochaba arte a raudales y el trianero la saboreó todo lo que pudo.

En la visita a San Pedro dio con una escultura en mármol que agitó su corazón. Una piedad con Cristo en el regazo de una belleza extraordinaria, con una juventud inusitada en una imagen

mariana para lo que era costumbre. Sus ojos recorrían los detalles de aquel grupo escultórico triangular, que desafiaba las posibilidades del mármol. En el cinturón que cruzaba el pecho a modo de tahalí, se podía leer: “*Michael Angelus Bonarotus Florentinus faciebat*”. Darío le contó que decían en Italia que fue un arrebató de amor propio al escuchar el artista que se dudara de la autoría. El Cristo caía dócil en el regazo de aquella dulce niña, que fue una obra de juventud que contrastaba con otras de la edad adulta del florentino. La batalla de Lepanto acreditaba como un salvoconducto a todos sus soldados. Las cartas firmadas por don Juan, les permitían acceder a lugares prohibidos de otro modo. No sabía el sevillano lo que iban a admirar detrás de un estrecho pasillo por el que los condujo un amable sacerdote al servicio del Papa. La capilla del papa Sixto, reformada por orden de Julio II, con los pinceles de Miguel Ángel como ariete. La entrada en aquella estancia los dejó boquiabiertos. La altísima bóveda del techo, lucía mejor que cualquiera de los cielos que había admirado desde niño. El colorido intenso rivalizaba con una iconografía casi escultórica, en innumerables frescos que arrancaban de la creación del hombre y el Génesis, justo en el punto central. Aquellos cuerpos vigorosos, con escorzos casi imposibles, mostraban a un artista innovador en la cuna del Renacimiento. Arquitecturas pintadas, que enmarcaban de forma ordenada un conjunto casi musical en aquel techo divino que cubría el cónclave donde se elegían los papas.

El testero de la capilla era aún más increíble. El intenso azul del fondo, hacía emerger una composición donde sobresalía un poderoso Cristo juez imberbe, con la mano alzada contra los pecadores de su izquierda, mientras los justos nutrían su diestra. La boca del infierno por donde las barcas conducían a los condenados le recordó por un instante a esa batalla que durante el resto de sus días acudiría a atormentarlo en sueños, mermando su descanso. Aquel paisaje dantesco presidía aquella sala de cuerpos abigarrados y rostros intensos, los mismos que había visto en la cubierta de aquellos barcos donde cuarenta mil soldados se dejaron la vida, entregando su sangre a su bandera. ¿Quién podría conocer todo lo que pasó ese día? Sin duda, nadie que no hubiese estado allí aquella terrible mañana de octubre.

Varias semanas después, aquellos dos hombres inseparables por los designios de una azarosa vida, se vieron de nuevo en un barco. Una fragata los llevaba a España. La travesía removió aquellas almas marcadas de por vida por el fuego de Lepanto. El recuerdo de los preparativos y el inicio de la batalla erizaban sus pieles y hacía aflorar alguna lágrima tambaleante de emoción en aquellos rostros jóvenes que habían descubierto de forma temprana lo dura que puede volverse la vida por la maldad del hombre. Nunca olvidarían aquellos tambores que se acercaban en el horizonte como una sombría amenaza que rivalizaba en ritmo con las bogas de los galeotes y el crujir de la cubierta de aquellas frágiles galeras que se enzarzaron en una carnicería de miles de hombres. Nunca olvidarían los rostros de tantos caídos por su religión y su bandera. Amigos como Rodrigo Robles y muchos del tercio de Moncada con los que habían compartido horas de barco y taberna. Miles de hombres devorados por el mar y la furia de la sinrazón. Rostros de piel morena que habían perdido la vida bajo el acero pasaban por la mente de Cristóbal, que reproducía fielmente cada día escenas de aquel infierno.

El mar estaba muy agitado. El cielo oscuro avisaba de una inminente tormenta. El viento silbaba melodías amenazantes que tensaba aquellas velas y zarandeaba aquel barco mercante donde iban marineros y comerciantes sobre todo. Empezó a llover con fuerza y el capitán mandó a la gente abajo. Los marineros se desvivían por controlar el barco que se zarandeaba a merced de aquella tempestad. Un rayo impactó contra el mástil y aquel palo mayor hincó la rodilla con una pasmosa facilidad haciendo cundir el pánico entre los tripulantes que preveían una

catástrofe. Varios marineros habían caído al agua en aquel trance. El viento y la lluvia arreciaron con más fuerza. Los dos soldados abandonaron el sollado y subieron a cubierta. No querían morir en las tripas de aquel barco tras haber sobrevivido a Lepanto. Se agarraron a un cabo de pies y manos para evitar sucumbir a la furia de aquella tormenta que estaba desmontando el navío a trozos que caían por la borda. Las velas terminaron de rajarse y el agua inundó la bodega. El terror se apoderó de aquella embarcación que empezó a irse a pique.

—¡Hay que saltar, amigo! —dijo el sevillano mientras el pelo mojado tapaba buena parte de su rictus.

—¡Si saltamos nos ahogaremos! ¡La mar está embravecida!

—¡Es nuestra única posibilidad! ¡Si nos mantenemos en cubierta, nos atraparé cuando se hunda del todo!

El mascarón de proa se había deshecho y toda la toldilla delantera flotaba entre el fuerte oleaje. Por el combés, caían trozos de madera y utensilios que herían a los tripulantes. No se veía apenas. Darío, pegado a la banda de estribor, tiró del ropaje de su amigo señalando un enorme trozo flotante que luchaba contra el fuerte oleaje. Sin pensarlo más, se lanzaron al agua mientras la fragata se fue hundiendo en el mar de forma irremediable hasta desaparecer.

Varias horas después, unos tímidos rayos de sol jugueteaban en el rostro de dos hombres asidos a una vida en forma de madera. Agotados y seminconscientes, iban a la deriva por aguas mansas, cuya frágil memoria había dejado atrás la terrible tormenta. La brisa azuzaba los cabellos de Darío que abrió los ojos, sin saber dónde estaba por unos instantes. Miró a su alrededor y solo había agua. Ni rastro de la fragata ni de su tripulación. Trozos de nada flotaban por doquier en aquellas aguas traicioneras que tantos muertos albergaba en sus tripas. Desde la antigüedad, el Mediterráneo fue el mayor cementerio del viejo mundo conocido. Pasaron varias horas y los dos hombres no veían más que mar y restos del naufragio. Intentaron avanzar haciendo de remos con los brazos, pero el viento era escaso al igual que sus fuerzas. La desesperación fue en aumento.

—¿Cómo hemos podido acabar aquí? —gritaba Darío, cuyo talante nervioso lo delataba.

—No os quejéis, buen amigo, aún estáis vivo. Se ve que en el Hades todavía no os quieren —dijo su amigo con una sonrisa amarga.

—Sin agua y sin comida es cuestión de horas que lo comprobemos —replicó Darío con rictus de sepulturero.

Pasaron las horas y vieron un bulto en el mar al que los rayos de sol envolvían en un enigma. Se acercaron como pudieron hasta comprobar que era un hombre a la deriva al igual que ellos. Permanecía inconsciente asido a una pieza de la cubierta arrancada por la tormenta. Con muchas dificultades consiguieron llegar a su lado y tirar de él hasta su balsa improvisada, que era mucho mayor. Le echaron agua en el cabello y poco a poco fue moviéndose.

—Está vivo.

El náufrago abrió los ojos, escrutando los rostros desconocidos que lo observaban.

—¿Quiénes sois?

—Náufragos de la tormenta, como vos.

—La tor... la tormenta maldita. Empezó a recapacitar y a moverse nervioso, mientras los acompañantes, trataban de mantenerlo quieto.

—Tranquilo o zozobraremos.

—No podemos quedarnos aquí, seremos pasto de los peces en poco tiempo —prosiguió aquel marinero que había tenido la suerte de ser uno de los escasos supervivientes de la

catástrofe.

—Esperemos que un barco nos divise. Estamos en manos de Dios —dijo Cristóbal, al que no parecía afectarle tanto la situación. Llevaba una enorme carga en su conciencia que le hacía pensar que su destino era pagar sus faltas sin importarle el devenir ni la propia muerte. Solo la presencia de su amigo y la seguridad de la familia que le quedaba con vida le hacían seguir adelante.

Pasaron las horas. Hambrientos y presas del sol fueron desfalleciendo hacia un destino fatal. Un golpe de mar hizo abrir los ojos al sevillano, que, cegado por el sol, fue enfocando una escena irreal. El náufrago que habían recogido estaba mordiendo a Darío, que apenas tenía fuerza para moverse. Trababa de alimentarse con los despojos de su amigo, sin fuerzas para resistirse. Con un halo de vida apretó los dientes y se aferró a su cara para frenarlo. Los rostros se convirtieron en un frenesí de muecas en la refriega. Darío se arrastró hacia la batalla y consiguió asirse a la sucia melena de aquel rufián hambriento. Tras varios fracasos consiguió que cediera el control de su cuello y le volcó la cabeza hacia el agua. Aún trató de zafarse entre escorzos que les hicieron caer al agua. Darío alargó un brazo y lo ayudó como pudo para agarrarse a aquella tabla, mientras el caníbal se hundía irremediabilmente en aquella mar traicionera.

Los cielos de la memoria

—¿Y con qué sueñas?

—Con todo... y con nada. Con prosperar en el oficio, trabajar para el rey en el alcázar, junto a mi maestro.

—Me gustaría ver vuestros azulejos. Un hombre tan locuaz debe manejar el pincel igual que sus mañás amorosas.

—Os burláis de mí —dijo sonriendo levemente.

—¿Burlarme? Conocéis a muchos de vuestro linaje que hayan encandilado a damas de mi posición —sentenció devolviéndole una sonrisa maliciosa.

—No creáis que es vuestro linaje el que persigue mi torpe corazón. Cuando os vi aquella mañana fue como ver un farol encendido en medio de la niebla.

—¿Vivíais en la oscuridad? —forzó la chica tratando de hurgar en las lisonjas.

—No. Me quedé ciego cuando delatasteis vuestra hermosura ante mis ojos. Y se demuestra —dijo tras unos segundos eternos de complicidad— con el hecho de no haber visto el terrible ogro que os guardaba —sentenció mientras ambos reían sin tapujos.

El sonido de los pasos se confundía con el murmullo del agua de la fuente en la judería. Las miradas se cruzaron intermitentemente durante un rato sin necesidad de conversar. La dama rubia acariciaba el agua y se refrescaba el cuello de los rigores sevillanos. Su hermoso cuello de cisne quedaba al descubierto mientras algún pequeño mechón resbalaba por aquella piel de nácar. Cristóbal la observaba. Se acariciaba su incipiente perilla, mientras vaciaba su pensamiento de temores.

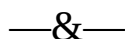
—Decidme, ¿sois feliz?

—La joven sonreía con los ojos cerrados, mientras se humedecía el cuello ligeramente ladeado, sentada en el borde de aquella fuente, que reinaba en el centro de una plaza desierta del barrio de Santa Cruz cercana a la muralla del alcázar.

La muchacha abrió los ojos. Lo miró con una amplia sonrisa sin responder. Sin avisar, le lanzó una ráfaga de agua que lo empapó mientras reía a carcajadas. Comenzaron a salpicarse los dos mientras daban vueltas a la fuente. Al cabo de un rato estaban tan empapados como exhaustos entre risotadas y acabaron abrazados. Durante unos segundos se miraron en silencio al percatarse del contacto febril entre los dos cuerpos mojados y se besaron. Fue algo instintivo. A pesar de las formas de la dama, cuya virginidad y honra estaba reservada al matrimonio, el fuego interior que los abrasaba les hizo unirse en un tierno y largo beso, que selló ambos labios durante una corta eternidad. Todo se paró, con los ojos cerrados por la emoción que desprendía el sabor del amor y la piel erizada en aquel sensual episodio. Al separarse, la joven abrió los ojos

lentamente y descubrió con vergüenza, que su fino vestido blanco veraniego, le había jugado una mala pasada al mojarse, transparentando dos rosados pezones que se marcaban enhiestos bajo la tela. Incómoda, volvió a mirarse en los tercos espejos de la conciencia. Se despidió con prisa y se marchó casi a la carrera.

Cristóbal sonrió y ahogó un adiós de despedida innecesario. Estaba enamorado como jamás pensó que fuese a estarlo. Solo el sentimiento de culpa con Sagrario y el recuerdo de su hermano ensombrecía sus pensamientos de cuando en cuando. Su vida tenía demasiadas incertidumbres, no sabía que podría depararle el futuro inmediato. Se había propuesto vivir día a día y encarar los acontecimientos tal y como viniesen. Definitivamente, había aparcado el sentido común y se había entregado en los brazos de su débil corazón y en sus infructuosos designios.



De nuevo emergió aquella silueta ante sus ojos sumida en un horizonte plumizo que anunciaba los rigores del invierno. Hacía más de un año que no se miraban a los ojos frente a frente. En este tiempo había estado en varias ocasiones a punto de entregar el alma en el envite. Pero la fortuna, tan adversa con los suyos, soplaba para él viento en popa. Ya no era el mismo hombre. La cara curtida, con una poblada barba que apenas podía esconder los avatares de la guerra. Solo las cicatrices de su corazón superaban a las del cuerpo. No, no era el mismo hombre. El odio había construido un castillo donde enarbolaba su venganza, asido a una enorme daga plateada guardada en su cinto. Pero ni aun segando vidas podía calmar su conciencia. Los ojos de los suyos se hundían en los sótanos del olvido. En legajos de nombres que guardaban los archivos del Santo Oficio, y en deleznales sambenitos colgados del techo de la catedral.

Sin embargo, mientras su caballo se acercaba lentamente a aquellas vetustas murallas almohades, el corazón buscaba recovecos imposibles para salirse de aquel triste pecho. La silueta de aquella torre del mundo le erizaba la piel. Le devolvía olores a cera en la plaza del Salvador y a pan recién hecho de las tahonas de su arrabal. Aquel mástil de ladrillo era el único escribano que había visto todos sus lances en aquella urbe. Los felices y los tristes. Había visto cómo casi todo lo recibido, le era después robado.

Entró por aquel arco triunfal que había usado el padre de nuestro rey católico. El emperador vino a casarse con Isabel de Portugal y atravesó aquella puerta a los cielos de lo terreno. La hazaña contra los turcos devolvió la alegría a las campanas, que repicaban con asiduidad. El rezo del rosario en las tripas de la victoria. Así lo proclamaban los curas en sus púlpitos, así lo había querido Dios, decían por las cuatro esquinas del orbe cristiano. El mismo Dios que había visto a los muchachos flotando en el Mediterráneo, perdiendo la vida a una edad indecente para la conciencia. El mismo Dios que le había arrebatado a sus seres queridos...

La gruesa puerta de madera, áspera y nudosa, delató visita. Silencio y oscuridad fue la respuesta. De nuevo golpes. Finalmente, aquel sagrario de tristeza se abrió quejándose de edad y aparecieron unos ojos expresivos, repletos de amargura. No hubo palabras, solo lágrimas. Un abrazo prolongado con un llanto desbordado unían a dos cómplices de la infancia. Una pareja perfecta que la vida destrozó a pedazos. Ella apretaba sus bonitas manos curtidas por la faena contra la espalda de su hermano. Este acariciaba su pelo mientras apretaba su pequeño rostro contra su pecho.

—Dime una cosa, Cristóbal —rompió al fin mientras se limpiaba la nariz enrojecida con el

delantal sucio que llevaba puesto para preparar la comida en un hogar del que la providencia la había hecho cabeza de familia—. ¿Te vas a volver a ir? Porque si es así, dímelo ya para no sufrir más.

No quedaba nada de aquella niña risueña que cantaba y reía sin parar. Aquella adolescente que acompañaba a su hermano a la urbe para vender los cacharros. Ahora era una mujer obligada por la cruel realidad que le había borrado la sonrisa con apenas diecisiete años.

—No, mi eterna princesa. Ya no me iré más, vida mía. Estoy cansado de sangre y de odiar. Me he ganado la libertad de todos nosotros entregando mi vida a la causa de nuestro rey y nuestro Señor, que ha querido mantenerme con vida para poder abrazarte hoy una vez más —respondió mientras dos lágrimas simétricas hacían meandros por sus mejillas.

Luisa lloraba más aún. Una niña de 13 años sollozaba en silencio sin atreverse a acercarse. Vivir con miedo era la costumbre, en una casa rebotante de luto y desasosiego. Cristóbal la vio y le extendió el brazo para apretarla contra sí. Las besaba en la cabeza alternativamente.

—Dime —preguntó sin querer escuchar la respuesta—, ¿y madre? Ha muerto, ¿verdad?

Los ojos anegados de lágrimas de Luisa respondieron sin tener que hablar, mientras la pequeña no despegaba el rostro del cuerpo de su hermano.

Cristóbal arqueaba las cejas tratando de encajar el golpe sin romper en llanto. Lentamente, se acercó a una solitaria silla apoyada en una pared, cuyo mimbres era la única muestra de gracia en su recio contorno.

—Ya viste que perdió el juicio por completo. Se fue apagando lentamente, sin quejarse, como hizo toda su vida. Cuando empezó a rechazar la comida fue su sentencia.

Su hermana relataba mientras trataba de quitarse el delantal muy despacio, al percatarse de su aspecto. Su hermano se limpiaba las lágrimas con lentitud, como el que taponaba una herida, mientras escuchaba la dulce voz de su confidente, que había perdido toda jovialidad.

—Sabes, a veces me desconcertaba. Acariciaba los recuerdos de padre y de Alonso que tenía guardados en su arcón. Sacaba botas y camisas de antaño, las miraba sonriendo y parecía lúcida. Pero al momento le hablabas y su mirada se perdía como el humo de las velas.

—¿Cuándo...?

—¿Murió? —siguió su hermana tratando de hilvanar su relato—. Hace tres meses. El mismo día de tu batalla, Cristóbal —concluyó mientras la voz se le quebraba.

Cristóbal rompió a llorar. No podía aguantar más el sentimiento que lo embargaba. Se levantó dirigiendo la mirada a la única ventana que concedía un haz de luz a aquella lóbrega estancia de escaso y oscuro mobiliario. El crepitar de un tronco agonizante en una pequeña chimenea sustituyó por unos minutos la dolorosa conversación. El soldado se limpiaba los ojos y se introducía los dedos en los largos cabellos, tratando de dominar su pena.

—Murió tranquila, no sufrió. Su aliento se apagó a mediodía como un pajarillo silvestre. La amortajamos, vistiéndola con su vestido más nuevo, uno negro que le tejimos después del verano.

—Ella —dijo Cristóbal con enorme dificultad, con la voz rota abrasada por las llamas del dolor— murió por mí —mientras se giraba para mirarla a los ojos. Se limpió una vez más con el pañuelo, y sus pupilas llorosas tiritaban buscando los hermosos ojos de su hermana.

—Yo caí. A esa hora mi vida pendía de un hilo. Me derribaron y caí varias veces, y estuve a punto de entregar el alma en el agua. ¡Pero oí a mi hermano Alonso gritarme que no me rindiese! ¡Que siguiese...! Y vi a madre sonriéndome... ella se entregó por mí. Me miró para despedirse... ¡Tendría que haber sido yo! ¡Oh, Dios mío... cuánto dolor he traído a mi casa!

Sus hermanas le abrazaron de nuevo, mientras lo acariciaban tratando de aliviarle la pena. Pero aquel hombre del arrabal hecho soldado por fortuna divina tenía el corazón destrozado. Cuando se recobró salió a la calle. Buscó al pobre Darío, que llevaba mucho tiempo en el exterior de la casa viendo pasar carruajes y vendedores ambulantes por las puertas de aquel enjambre de razas y culturas. El alboroto de la calle lo tuvo entretenido. No había querido molestar en el reencuentro de los seres queridos.

Cristóbal, con las mejillas enrojecidas por el llanto, le sonrió. Su amigo, sabedor de la escena le devolvió la sonrisa sin emitir palabra. Lo condujo suavemente por el brazo al interior. El joven, alto y apuesto, se quitó el sombrero descubriendo sus alegres ojos.

—Quiero presentaros a mi buen Darío. Os diría que es un amigo, pero la verdad es que lo siento como a un hermano. Quiso venir conmigo y eso me hace enormemente feliz, ya que es el mejor de los hombres.

Darío sonrió a sus hermanas con una mueca leve mientras inclinaba la cabeza, delatando una buena educación. La mayor palideció al comprobar que no se había peinado ni vestido para recibir a aquel joven que le hizo estar incómoda. No dejó de alisarse el vestido y tocarse el pelo, tratando de recomponer el desaguisado. Empezó a moverse nerviosa de un lado a otro y a recoger aquel salón sencillo, que escondía varias habitaciones y un patio trasero. El buen maestro Augusta se había encargado del cuidado de sus hermanas, a pesar de que Darío les dejó todo el dinero reunido durante su estancia en Valencia.

Isabel se sentó en las rodillas de su hermano con los brazos alrededor del cuello. Era un tesoro demasiado grande y añorado para soltarlo. La niña había vivido en menos de dos años la pérdida de su padre, de su hermano, la marcha de su hermana mayor al convento y la muerte reciente de su madre. Por las noches lloraba en silencio en su cama, rezándole a la Virgen María. Le pedía salud para su hermana Luisa, que no le acaeciese nada y que no tuviese que quedarse sola. Se veía desamparada, pidiendo limosna por las calles sin nadie en el mundo a quien ella le importase. Las niñas de su edad acababan en mancebías o en sitios de mal vivir. Rezaba por su hermano Cristóbal. Iba al sagrario de la parroquia cercana de San Gil a pedir por él. Se habían enterado por su maestro —que les visitaba todas las semanas— que estaba en el ejército. Las escasas cartas de Cristóbal le informaban de su alistamiento en la armada y su partida a Italia. Aunque la comunicación entre ambos cesó, la batalla de Lepanto fue un hito tan grande para la cristiandad que le hacía entender con certeza su paradero. Tenerlo al alcance de sus dedos era el premio a sus plegarias.

A la mañana siguiente, aquella casa recibió los primeros rayos del tímido sol de enero con alegría. Por primera vez en mucho tiempo había sonrisas. Y aunque Luisa abrazaba y besaba a su hermana pequeña cuando la oía llorar o más triste de lo habitual, faltaba cariño en aquel hogar, desprovisto de vida como una lumbre que se apaga entre rescoldos. Aquella mañana se sentaron a la mesa y los pájaros del corral cantaban con más alegría. Luisa se había puesto su vestido negro más nuevo y recogido el pelo. Y aunque el decoro de un luto lo desaconsejaba, desprendía un suave olor que se asemejaba a un perfume. Cristóbal la observaba. A pesar de la distancia, los dos fueron uña y carne. Se conocían entre ellos mejor que nadie y por eso, quizá, Luisa trataba de no mantener la mirada de su hermano, que emitió algo parecido a una sonrisa mientras observaba a la joven adecentando aquella mesa de castaño, sabedor de la causa. A su hermana le atraía Darío. A él, lejos de molestarle le parecía algo natural y agradable. Su corazón había destrozado el futuro de sus hermanas y de su familia. ¿Cómo iba siquiera a opinar sobre los sentimientos de su hermana aunque estuviese de luto y no saliera? No, además no conocía a

ningún hombre más digno que su amigo. Dejó pasar los días y los dejaba a solas adrede para que hablasen. Pasaba horas en la parroquia de San Gil, que estaba detrás de aquella casa. Visitaba la tumba de su madre. Lloraba delante de su lápida situada en un camposanto exterior, reservado para las gentes humildes.

Cuando acomodó el espíritu, decidió ir a Triana. Le debía el respeto a su maestro y ya estaba tardando en presentarlo. Pero sus primeros días eran para sus hermanas, no quería moverse de su lado. Pensaba en el futuro de su familia. Durante horas miraba al cielo de aquella ciudad, aquel panel de azulejos salido de algún pincel celestial. Pensaba en enterrar su espada y vivir con dignidad el tiempo que Dios le otorgase cuidando a sus hermanas. Ya no sería más soldado. Volvería al taller de su maestro que le daría sitio con agrado, sabedor de su gentil corazón. Y se olvidaría de aquel amor que tanto daño había causado a los suyos. Aquella Venus que le había robado su enamoradizo corazón no tendría más sitio en su mente. Si le hubiese amado, no lo habría despreciado de esa forma. Como bien dijo su oronda aya, fue una aventura de verano para una joven de alta cuna, que recordaría como eso. Un castigo severo para el corazón de aquel torpe galán por sus desmanes. Una afrenta a Dios que había pagado con creces y debía aceptar de buen grado.

Pasados unos días cumplió con su deber. Salió temprano y se encaminó al taller de Augusta. La población había crecido, pasaba con creces de los cien mil habitantes. Las epidemias de peste habían dado una ligera tregua y la ciudad respiraba aliviada de aquel castigo divino. Iba vestido de negro riguroso, al modo que su maestro le había inspirado. Con gorguera y tahalí cruzado en el pecho, sus enormes botas y la barba afilada delataban su aire de soldado. Cruzó el centro de la ciudad buscando la muralla frente al río. Decidió no entrar en la catedral. Era demasiado sufrimiento ver los sambenitos de su padre y su hermano allí colgados como si fuesen pecadores. El Santo Oficio le hacía experimentar un sentimiento de odio más que el de temor. Pero hizo lo que tenía que hacer y no buscaba más venganza. La muerte de aquel fraile dominico, calmó su sed, sabedor de que le esperaba la condenación.

La hermosa y vetusta puerta almohade de tres vanos emergió ante sus ojos. La salida a Triana que tantas veces había cruzado y que en pocos años sería derribada y convertida otra de estilo renacentista. Al cruzar el puente recordó el día que conoció a su maestro. Aquel incidente con los dos ladrones que lo tenían en desventaja y la ocurrencia del candelabro. Sonrió con amargura, pensando cuán diferente debería haber sido su vida. De no ser por su alma enamoradiza estaría casado con Sagrario el resto de sus días. Habría engendrado unos niños preciosos de pelo y ojos negros que llenarían de dicha su vejez. Ya era tarde para él. Su interés por las mujeres no excedía de un rato animoso en algún lupanar. La necesidad calmada a saldo, en cualquier esquina de mala muerte, desde aquella noche valenciana en la que se atrevió a dar el paso. Si no fuese por sus hermanas, posiblemente se habría hecho fraile franciscano. Era algo que le había rondado la mente, ayudar a los demás para pagar sus afrentas. Pero ya no pensaba en él, sino en los suyos y su manutención.

El puente de barcas crujió como siempre. El agua del gran río invitaba a pintarlo. Los reflejos plateados amenizaban su alma atormentada mientras el albero del arenal contrastaba en una paleta de colores invernales en aquel frío mes de enero. Pero una mole que se agigantaba a cada paso captó su atención y sus sentidos como una herida en el pecho. Una bandada de pájaros alborotaba en una estampa tétrica que dibujaba a cada paso aquel castillo. Los rostros de sus familiares asesinados revoloteaban como espíritus alrededor de su cabeza. Aquellos muros calizos, repletos del verdín de la humedad, respiraban dolor. Trató de no atormentarse más.

Quería cerrar sus heridas y no convertirse en un ser amargado para los suyos. Su casa necesitaba felicidad y no tenía derecho a llevar más vergüenza.

La puerta era la de siempre. La madera desgastada del uso había atenuado el color verde que la cubría. Llamó al portón, pero estaba abierto. Entró en aquel patio familiar donde el olor a esmalte tan característico le hizo olvidarse de sus cargas, rememorando un tiempo más feliz.

—¡Ya era hora! ¡Un buen soldado no puede cortar cabezas con las tijerillas de Tomeras! ¡Ni un pintor osará pintar sin sus pinceles!

Cristóbal rio por primera vez en mucho tiempo. Aquella voz que resonaba al fondo era la de su maestro, que lo vio llegar. Se levantó de su eterno banco donde pintaba sus hermosos retablos cerámicos, se limpió en el trapo de costumbre y se acercó entre carcajadas a darle un abrazo. Estaba prácticamente igual desde la última vez, quizá la barba un poco más blanca, pero con su aire de hidalgo elegante.

Los recuerdos y los olores se sucedían para aquel soldado. Se sentía extraño después de tanto tiempo, pero todos los rincones le despertaban pasajes olvidados por la distancia. Su maestro le agarró el brazo y lo llevó fuera tras colocarse su sombrero. Su pericia evitaba preguntar para no levantar heridas innecesarias, le gustaba verlo contento. Aun así, fueron primero a Santa Ana. Utilizó las calles adecuadas para no pasar por su hogar de la niñez. Cristóbal se dio cuenta sin emitir sonido. Conocía a su maestro y agudeza. Rezaron de rodillas ante el Santísimo largo rato. Se sentaron en un banco en silencio. Las marcas de la batalla relucían en la cara de Cristóbal, que fue el que sacó el tema.

—Fue horrible, maestro. No muchos hombres en este mundo habrán tenido la oportunidad de vivir lo que yo aquel día. No os imagináis cuánta sangre y odio se vertió en aquel día glorioso de la armada. Cuántos hombres fuerte y alegres perecieron en el mar o ensartados por espadas y flechas. Gente con la que había reído y vivido durante meses. Ningún hombre puede olvidar algo así. Hace que las cosas parezcan triviales, pero cuánto añoraba mi casa y los míos. Bien sabéis que todo es un castigo del misericordioso por mis pecados.

—Querido Cristóbal, huelga decirte que son pocos los que han vivido y sufrido en sus carnes tantas calamidades a tan corta edad. Pero bien sabéis que vuestra fortaleza y valentía pueden con todo.

—Maestro, yo maté al zapatero y al dominico.

—Callaos, por el amor de Dios. No habléis con tanta franqueza en un lugar público —dijo el pintor con marcada severidad y formalismo—. Mira, muchacho —prosiguió tras respirar hondo y recobrar la templanza—, puedes estar eternamente flagelándote y lamentando errores pasados. Yo te digo —dijo bajando la voz casi al susurro— que habría actuado igual que tú. ¿Quién no se ha dejado llevar por el amor? ¿Acaso somos piedras de muralla insensibles? Las muertes que han acontecido en tu familia no son culpa tuya, son de los que se mancharon las manos o la lengua de sangre. Yo hubiese sacado mi espada al igual que hiciste tú, amigo. Tienes agallas e hiciste lo que haría cualquier hombre mancillado —apostilló mientras le golpeaba cariñosamente en la espalda—. Sabed que ofrecimos misas por el alma de tu padre y hermano. Un fraile franciscano amigo la ofició en privado con tu familia y nos dio la comunión. De los restos nada sabemos ni era sensato andar preguntando al Santo Oficio.

—¿Y Sagrario? ¿Dónde reposa?

—Ya sabéis —dijo tras una pausa en la que rebuscó palabras— que está de la Iglesia no enterrar en camposanto a aquellos que se quitan la vida que Dios le ha entregado. Pero como te acusaron de la muerte, que nunca quedó esclarecida por falta de pruebas, el párroco accedió a su

entierro aquí. Ven.

Allí estaba. En aquel humilde camposanto a la salida de la iglesia. Una lápida de piedra grisácea con su nombre y una cruz con el alfa y el omega que significaba Cristo, principio y fin. Se quedó solo largo rato mientras las lágrimas bajaban suavemente por sus maltrechas mejillas.

—Perdóname. Ya sabes de mi torpeza y los muchos pájaros que me revolotean. Siempre te reías de mí, te gustaba escuchar mis chanzas y ocurrencias. A mí me gustaba ver tu amplia sonrisa mientras tus negros cabellos se movían con el viento. Perdóname, amor mío. No puedo darle hacia atrás al reloj de la vida. De buen grado la hubiese entregado ya en ofrenda de algún bien, pero sabéis que el creador aún tiene planes conmigo, porque me ha zafado del envite demasiadas veces. Perdóname, señora. Luz de mis ojos derramada por mis pecados, mi alma es tuya. Si hay otra vida, permite que bese tus plantas al llegar, querida Sagrario. Adiós, vendré todos los días.

La *ermita* olía a vino blanco del Aljarafe. Necesitaba un buen trago para bajar el nudo que le había amarrado el encuentro con la lápida de Sagrario. Acariciaba con los dedos el sudor de aquel vaso de barro trianero. Su maestro le observaba midiendo los tiempos.

—¿Qué vais a hacer con vuestra vida, soldado?

—He pensado volver al taller —dijo sin dejar de mirar el vaso, con el alma a medio camino entre aquella taberna y una tumba—. No quiero ser soldado, fue un sacrificio con Dios y mi rey para saldar mis culpas. Pero quiero enterrar mi espada y cuidar a mi familia.

—Lo celebro, muchacho. Si bien he de prevenirte, que aquellas heridas no se cerraron. Me da miedo pensar que te detengan, por muy soldado que seáis.

—Tengo una carta firmada por el mismo don Juan de Austria donde reconoce mi valía en la batalla y el perdón de mis faltas y deudas pasadas si las hubiese. Maestro, Dios quiso que fuese yo quien abatiese al capitán enemigo.

—Válgame el cielo —dijo Augusta sorprendido de la dimensión de aquello.

—Voy a hacer una vida sencilla tratando de devolverle a los míos parte de la vida que yo les he arrebatado.

—Pues tengo buenas noticias para vos —dijo el maestro sonriendo—. Vamos a pintar para el alcázar unas piezas importantes, así que no hay mal que por bien no venga. Necesito buenos pintores.

—No sé yo, maestro, si estaré a la altura. Mis manos se han vuelto grotescas de empuñar cuchillos y espadas. Con preparar colores y esmaltes me daré por satisfecho.

—Memeces. Válgame el cielo que sé distinguir a los artistas de los necios en cuanto los veo. Y vuesa merced —dijo recobrando el formalismo al dirigirse a su oficial— es un artista.

Cristóbal solo pudo sonreír, posando aquellos ojos tristes de nuevo en su vaso de arcilla, que aseguraba la frialdad de los caldos que portaba. La música de los gitanos y las palmas iba en aumento. La alegría de aquel barrio no tenía parangón. Las gentes humildes sabían disfrutar de la vida mucho más que las de rancio abolengo y alta cuna. Los hombres manoseaban a las mozas que servían los caldos en aquel oscuro tugurio lleno de barricas de vino y gruesas mesas nudosas. Nadie lo conocía. Su aspecto era más cercano al de su difunto hermano. Su espalda se había ensanchado y el rostro estaba más curtido, aunque el porte y el vestir iban en su favor. Las mozas se acercaban con sus jarras entre risas por los piropos que oían al pasar por los escasos pasillos que quedaban entre las mesas y los taburetes. Rebosaban los vasos de vino y devolvían las miradas hambrientas de carne de aquellos hombres grotescos, la mayoría con la cara ajada por el sol y marcado desaliño.

Cristóbal le relató a su maestro su encuentro con Juan de Juanes y su estancia en el taller, aprendiendo la técnica del óleo. El agrado de Augusta era evidente. Conocía sus pinturas por estampas y había escuchado cosas de su maestría y su formación italiana. Y eso le dio pie al relato completo. Italia, San Pedro y Miguel Ángel, la Sixtina... los ojos del soldado parecían menos tristes hablando de arte. Olvidaba los quebrantos mientras su maestro sonreía al ver cómo el bálsamo de aquella conversación hacía su labor.

Las fechas pasaron buscando la rutina de los días. Los remordimientos se fueron amansando con el trabajo y los besos de Isabel. Cubría las jornadas trabajando. Apenas salía del taller — donde pronto hizo manos y recuperó la pericia perdida— a su casa. A veces iba a tabernas con Darío. Su amigo había decidido quedarse. Gozaba de buenas rentas familiares y empezó a promover negocios de mercancías, aprovechando el hervor de aquella ciudad moderna. Ya no era un secreto su afinidad con Luisa. Daban paseos por el barrio y la muchacha le enseñaba iglesias, palacios y plazas. Ella pedía permiso a su hermano, que sonreía cuando la veía venir. No era preciso para él, pero era la costumbre.

Una tarde en la taberna la conversación viró de las hazañas en el mar a la familia. A buen seguro llevarían tiempo buscando la ocasión. La azarosa vida los había unido en un puerto para siempre, y no habría secretos entre ambos.

—Hermano, quiero hablarte de algo... —dijo guardando unos segundos de pausa organizando aquella atarazana que trataba de argumentar.

—¿Qué me vas a contar, buen Darío? ¿El amor por mi hermana Luisa? Lo sé de sobra —dijo con una amplia y desconocida sonrisa en el trianero.

—Entonces, sabías...

—Conozco a Luisa mejor que nadie en este mundo. Desde el primer día que llegaste vi su zozobra al verte. Y tengo que decirte que no conozco a un hombre más digno que tú para desposarla.

—¿No pones impedimento? —Le cogió la mano con fuerza mientras se ponía muy serio—. Sabes que he estado con muchas mujeres, pero nunca me había enamorado como hasta ahora. Ha querido el Señor que en este soleado rincón de mi patria halle el amor más puro. Ten por seguro que la amaré y respetaré como a ti, amigo.

—Lo sé, italiano. Nunca se me hubiese ocurrido oponerme a la corriente de la vida que da y que quita. ¿Quién soy yo para juzgar a nadie? Huelga decir que no he predicado con el ejemplo. Mas no acabo de entender cómo Dios me colma de favores a pesar de mis faltas. Quizá quiera compensar la pérdida de un hermano con otro.

El abrazo de Luisa, que se colgó del cuello de Darío, y el beso tierno, fue el mejor de los premios para el cabeza de familia. Quería pintar de celeste tanto cielo gris encima de su morada. Luisa le había contado a su prometido en sus numerosos paseos las desdichas de su hermano. Hablaba de él con la admiración de niña amante que justificaba todas sus acciones. Aquella mujer se sentía de nuevo una chiquilla que recorría corrales de vecinos y la orilla del río con su hermano Cristóbal. Aquellos días en los que cogía flores por la ribera mientras su hermano le contaba historias inventadas que le hacían reír a carcajadas. Las tardes interminables, juntos, hasta las puestas de sol que dibujaban perfiles anaranjados en el lugar de la luz.

Y por fin, al alcázar. Llevaba desde niño queriendo entrar en aquel castillo de reyes. Los centenarios sillares que cubrían sus muros estaban desgastados por su mirada. Aquellas piedras recubiertas de verdín y hierbas entre la escasa argamasa que se adivinaba por aquellos redondeados perfiles. Su corazón palpitaba detrás de Augusta cuando cruzó el dintel custodiado

por siglos de historia. Los arcos moriscos vinieron a su vista. Arquillos ciegos, polilobulados y apuntados, mostraban un catálogo mudéjar que fusionaba elementos cristianos y musulmanes. Aquel alcázar se había renovado a lo largo de los siglos y respiraba desde los primitivos restos romanos, elementos paleocristianos, visigodos, musulmanes, góticos y renacentistas. Era historia viva de una ciudad enriquecida por todas las culturas que habían soterrado siglos de arte y conocimiento. El amplio patio de la Montería los incrustó dentro de los palacios que aireaban mezcla de estilos. Cristóbal no dejaba de mirar aquellas cúpulas y arcos de inspiración islámica. Los paños de azulejos eran muy extensos y tenían que tomar medidas para su trabajo antes de iniciar los bocetos. El estilo renacentista se había apoderado de los diseños. Los *grutescos* y *candelieris*, recogían esa profusa decoración, que había emanado del estilo plateresco tan cargado en ornamento y brillaba en edificios como el nuevo edificio del cabildo de la ciudad. Augusta lo requería constantemente, dado que aquel artista-soldado se había zambullido en el interior de aquellos majestuosos muros. Varias personas hablaban con el ceramista sobre las dimensiones. Uno era el encargado de las obras en el alcázar, que vestía de forma parecida a su maestro. Había también un fraile que guardaba silencio y escuchaba sin dejar de mirarlo todo. Cristóbal notó que lo observaba, pero no concedió más crédito que la curiosidad o el deseo de un fraile encerrado dentro de un hábito.

—La cara de vuestro ayudante me suena... ¿Cómo se llama?

—Es mi hijo Cristóbal. Ha vuelto hace poco de servir a nuestro rey en tierras extranjeras. El señor le brindó la oportunidad de derrotar a los infieles en Lepanto y ha vuelto para honrarme en vida.

—Excelente, excelente... —dijo el fraile zanjando el tema y volviendo los ojos para aquel paño de zócalo que iba a ser remplazado con temática renacentista, usando la técnica sevillana del azul sobre fondo albero que tan buen acabado daba.

—¿Conocéis de algo a ese dominico? —susurró Augusta a su discípulo.

—No, no lo había visto nunca.

—Pues parece que él a ti sí. Recuerda que, por seguridad, debes presentarte en público como mi hijo.

El joven lo miró emitiendo una leve sonrisa, y una palmada de aceptación en la espalda de su ángel salvador.

—¿Sabéis, maestro? Creo que ni viviendo tres vidas podría devolveros todo lo que habéis hecho por mí y por mi familia. Dios nuestro Señor os puso en mi camino para aliviar una vida torcida por mis andanzas. No os preocupéis por mí, hace tiempo que perdí el miedo a las adversidades.

Los dos hombres cruzaron el puente de barcas hablando de la importancia del encargo, mientras la fría tarde languidecía con aguadas almagras y amarillentas entre las nubes, cuando el invierno luchaba por soplar sus últimos coletazos en la ciudad de la luz. El río dibujaba sombras con el ocaso de la tarde, que se encaminaba a correr los gruesos cortinajes de la jornada. Las luces de los candiles empezaron a mostrarse como tenues estrellas a ras de suelo, alumbrando con su mortecina luz la penumbra de una ciudad que bostezaba, mientras el humo de las chimeneas envolvía el arrabal en una niebla grisácea...

La caja de Pandora

La niña paseaba por la orilla del río. Una ligera brisa le movía sus largos cabellos, que trataba de domesticar con sus finos dedos. Su hermano la acompañaba tirando piedras al agua, manteniendo conversaciones triviales. Era ya un adolescente que asomaba pelos en el bigote. Luisa tenía ocho años y lo alababa como a un príncipe. Sus enormes ojos verdes se clavaban en aquel mozuelo alocado que soñaba mundos imposibles.

—¿En qué piensas, Cristóbal? —le decía mientras trataba de descifrar aquella mirada en el río que seguía el trayecto de las piedras que lanzaba a su cauce.

—En nada, amor. En que veo que eres ya una mujer.

—Te burlas de mí... ¿en serio? ¿Te parezco ya mayor?

—Claro, mujer. Y vas a ser la dama más hermosa del arrabal.

Su hermana sonreía con las alabanzas. De cuando en cuando le cogía la mano en aquel delicioso paseo mientras el sol amarilleaba en el horizonte, aplacando los calores de aquel valle sumergido en el hades cuando abrazaba el estío.

—¿Has quedado con alguna chica hoy?

—Eso no te importa, pequeña aprendiz de cotorra —le decía sonriendo mientras le acariciaba el rostro.

—Seguro que sí, seguro que sí... ja ja ja.

—Pues no sé lo que me deparará la noche, las mozas se recogen temprano. Y mi corazón ya tiene dueña...

—¿De quién es, Cristóbal?

—Tuyo, por supuesto.

La niña lo abrazó con la cara contra el pecho. El cariño hacia su hermano era muy especial.

—Claro que me lo tendrás que devolver algún día, o me quedaré para vestir hábitos.

—No. Yo quiero que te cases y alcances la felicidad. Pero que tu corazón sea siempre mío.

—En ese caso, tendrás una escultura de madera por hermano, porque ya me dirás tú cómo voy a respirar sin corazón —dijo continuando la chanza.

—Ja ja ja...

—Lo que sí te prometo, bella niña, es que siempre serás mi princesa. Aun cuando alcance la felicidad con la que haya de ser mi mujer, el trono de mi corazón, será ocupado por ti.

—¿Lo prometes?

—Con mi sangre —sentenció mientras la niña lo abrazaba de nuevo.

—Algún día viajaremos a oriente tú y yo. He oído que las princesas pueden volar en alfombras mágicas por el cielo.

—Ja ja ja, ¿en serio? Te burlas de nuevo, Cristóbal.

—No, es verdad. Se lo contó un viajero a padre un día en el taller. Y yo oí la conversación. Pregúntale a Alonso, verás como te lo confirma.

—Ooooh... yo quiero que me lleves en una, Cristóbal. Tú y yo solos viajando por encima de las montañas...

—¿Sabes que hay palacios con techos de oro y ríos de caramelo...? Pero solo las más bellas pueden verlo, los ojos de las menos agraciadas confunden la madera con el oro y el caramelo con el agua.

—¿Y tú crees que yo...?

—Mi princesa vería todo de oro y caramelo.

—Y mi príncipe también...

La mañana devolvió a su taller al príncipe de la arcilla. El calor se notaba y los ríos de sudor corrían por la espalda desnuda que trabajaba en aquel taller entre paredes limosas y olor a barro fresco. Su padre, sentado en el torno, coronaba un ánfora que brillaba con el verdor del barro fresco. Una caña cortada servía para dirigir la pieza por fuera mientras por dentro estiraba con la mano para que fuese creciendo. Con la mirada impertérrita de la maestría, le daba forma aquella silueta. Su hermano Alonso amasaba barro con su perfil fornido y el semblante serio. La tranquilidad del hogar se torció a mediodía al llegar a casa. La hora del almuerzo, y faltaba un miembro.

—¿Qué ocurre?

—Luisa no aparece —se adelantó Juana entre las mujeres de la casa.

Cristóbal apretó la mandíbula y proyectó la mirada en la oscuridad de aquella pared dominada por las sombras. Mientras su padre y su hermano cuestionaban a las mujeres los posibles lugares por donde podría andar un niño, los llantos aparecieron en las mujeres, que habían buscado por todo el vecindario. Cristóbal salió como alma que lleva el diablo en busca de su princesa. Llegó hasta el río mirando por todos los callejones y rincones, sin suerte. En la ribera del Guadalquivir le entró la zozobra... No quería pensar. No quería siquiera imaginarse la fatalidad abrazando su alma. Corrió. Buscaba por la orilla un cuerpo, un rastro de ropa... Nada.

Volvió por otras calles hasta llegar a su corral. Por entonces era un hervidero de gente en la puerta de su casa. Entró y clavó la mirada en su hermano Alonso, que acababa de llegar de buscar. Un leve movimiento de cabeza lo sumió en la desesperación. Se mesaba los cabellos hacia atrás pensando. Buscando una trivialidad en aquella pesadilla. Los vecinos argumentaban posibilidades que rayaban lo fantástico. Empezó a oscurecer. Algunos agoreros decían frases desafortunadas sobre lo habitual de perder niños. Su padre había avisado al alguacil, pero sabía que no la buscarían.

Los vecinos se marcharon poco a poco. La desolación enarbolaba su bandera en aquellos viejos muros. Cristóbal volvió a salir. Tenía rozaduras en los pies y sangraba, pero solo notaba algo húmedo al pisar.

¿Dónde estaría su princesa? Caminaba sin rumbo mientras el ocaso agonizaba la jornada con pinceladas ocres en aquel horizonte, que se perdía río abajo buscando el gran mar. De pronto se paró en seco, pensando. Volvió a la carrera hacia su corral, pero lo bordeó hacia los corrales traseros cerca del taller. Llegó al granero, apenas se veía. Volvió a coger un candil que encendió torpemente. Con la mano temblorosa entró sin atreverse a hablar. Le daba miedo el silencio

como respuesta. No había nadie. Cogió la vieja escalera que a duras penas mantenía en pie varios travesaños de madera y subió lentamente al altillo. La oscuridad fue lentamente cediendo paso a una luz vaporosa y anaranjada que encontró una silueta acurrucada entre la paja. Acercó su mano mientras resbalaba por los últimos peldaños de aquella rudimentaria escala y tocó aquel cuerpo ingrátido. Suspiró con las pulsaciones bullendo en aquel pecho. Giró el cuerpo de una niña que tenía los ojos cerrados. Era ella.

Su alma se sobresaltó y empezó a decir su nombre mientras le acariciaba el rostro. La niña abrió lentamente sus bellos ojos. Lo miró y dijo casi susurrando el nombre de su hermano. Él la abrazó contra su pecho y la niña comenzó a llorar. Estuvieron un rato agarrados, evacuando el miedo de sus cuerpos. Con los ojos cerrados y desfallecidos por el esfuerzo.

—Ay, Cristóbal... yo estaba aquí y llegó un perro muy grande que me gruñía. Me subí arriba y no se iba, se sentó en la puerta a esperarme —decía casi gritando mientras las lágrimas se juntaban con los mocos a raíz el sofocón—. Esperé y esperé. No quería bajar, me daba mucho miedo... y estaba tan cansada que me dormí.

—Su hermano la apretaba contra su pecho, mientras le besaba en la cabeza y le acariciaba los cabellos.

—Ya, mi princesa, ya pasó todo.

La niña hizo una breve pausa en su llanto para preguntar.

—¿Cómo me has encontrado aquí arriba?

—Porque recordé que a mi princesa le gustaba subirse a las torres de los castillos desde niña. Y su príncipe ha venido a rescatarla de las fauces del fiero dragón —dijo mientras la sonrisa aparecía en aquel rostro churretos del llanto, recompuesto de sus temores.

—Ay, Cristóbal... —y siguió llorando largo rato.

—&—

Los ojos miraban hacia la puerta de aquella centenaria parroquia de San Gil, que databa de tiempos de Alfonso X el Sabio. El mudéjar del templo engalanaba la ocasión con zócalos cerámicos de arista. La bella puerta tallada daba paso a las arquerías apuntadas y los elementos góticos que iban de la mano con elementos musulmanes. La torre almenada remataba en un simple campanario que dotaba al edificio del elemento característico de los templos cristianos. Su ábside poligonal utilizaba los tradicionales contrafuertes que descansaban en unas bellas columnas de acarreo de tiempos del rey don Pedro I el Cruel.

Una alfombra tapizaba aquella solería en espigas de arcilla trianera. Darío miraba hacia la puerta impaciente. No había mucha gente. Augusta y los miembros del taller, las hermanas de Cristóbal y algunos vecinos. De pronto, la luz que inundaba la entrada de aquel precioso día dibujó una silueta recortada que no se reconocía a contraluz, pero se adivinaba en un vestido de encaje blanco que estrenaba tras colgar el luto. Luisa entró del brazo de Cristóbal, vestido de riguroso negro con gorguera y un sombrero para la ocasión que se retiró al entrar en el templo. La novia parecía sacada de un cuento. Sus ojos verdes eran custodiados tras un velo que convertía su rostro en un *sfumato* imaginado por aquel hombre enamorado que la esperaba al final de su camino. Cristóbal estaba feliz. Había llorado un rato antes al verla vestida de novia. Su princesa, aquella niña que jugaba a ser mayor por los corrales y la ribera de los ríos se había convertido ante sus ojos en un hermoso cisne de larga cola blanca y flores en el pelo. Lucía una

medalla de su madre sacada de ese baúl sagrado que custodió hasta perder la cordura por el dolor. El novio levantó el velo de la princesa con parsimonia mientras el cura, de cara al altar, relataba en latín el rito del sacramento. Cristóbal, a su lado, admiró su belleza. Llevaba el pelo recogido, descubriendo un hermoso cuello que lucía ahora en todo su esplendor y que, sin querer, llevó a una atormentada mente a los recuerdos del pasado. Por un instante recordó a Azucena y su largo cuello de cisne. No sentía nada ya hacia aquella joven de la que se enamorara años atrás. Alguna vez la imaginaba en su casa palaciega rodeada de niños y de sirvientas que trataban de sacarla del tedio de sus días. La imaginaba sentada en jardines, hablando con otras damas e ignorada por un esposo sumido en la política y sus ocupaciones. ¿Lo recordaría? Probablemente no. Fue, como bien dijo su oronda aya, una travesura previa a la vida matrimonial, un receso en su formalidad y en su destino. Pero seguro que alguna noche en su cama, en la soledad de los días, oyendo alguna tormenta descargar su furia sobre los muros de su hogar, recordaba los labios de aquel muchacho del arrabal que la amó como nadie... nunca lo sabría.

El cura bendijo a los nuevos esposos. La novia, radiante de felicidad recibió un beso en la mejilla de su flamante marido. Su amplia sonrisa se topó con los ojos llorosos de su hermano, que acariciaba el pelo de Isabel, apoyada en su costado. Por fin era feliz. Hacía mucho que no se sentía dichoso. La paz había vuelto a aquel espíritu resucitado con el trabajo y la familia. La tumba de Sagrario como lugar de meditación y San Gil, que era su nueva parroquia, para la oración.

El vino corrió en aquel corral soleado y preparado con largas mesas para la ocasión. Cristóbal trajo unos músicos que entretenían con sus bandurrias y zarabandas aquel festejo. No faltaba carne, sin muchas ostentaciones. Queso castellano, hogazas de Alcalá y pescado de río adobaban un día de fiesta. Cristóbal no recordaba la última vez que bailó, mientras la pequeña Isabel lo obligaba a moverse en medio de aquellas mesas de madera con vigas corridas como asiento. La complicidad de los novios se evidenciaba en confidencias al oído y besos, mientras el vino se hacía notar en las carcajadas de los invitados. Aquel ángel vestido de blanco se acercó por detrás al artista-soldado, que se giró sorprendido por unos dedos cariñosos en su cintura. Rostro con rostro, bailaron mucho más despacio de lo que lo había hecho con la pequeña de la casa.

Se miraban con ternura y los ojos brillantes por la emoción. La sonrisa respondida con sonrisa, la mirada respondida con mirada, la caricia respondida con caricia...

—¿Sabes, princesa? Ahora sí soy feliz. Ya me puede llevar Dios con justicia, porque mi corazón brincó de gozo al verte casar.

—No digas eso, hermano. Quiero verte feliz a mi lado, con una mujer buena que te haga dichoso y repare tanto daño en tu alma...

Cristóbal dejó caer una lágrima de felicidad y tristeza, mezclada quizá, por el aire misterioso de aquella ciudad que arrebató los sentidos y la cordura.

—No, Luisa. Bien sabe Dios que amé con toda mi alma. Y sigo amando, aunque los remordimientos me atormenten. Mi verdadero amor yace en una humilde tumba de Santa Ana, por la ligereza de un corazón atribulado por la belleza femenina. No aspiro a más, querida princesa, que a vivir junto a los míos y entregar la vida si es preciso por vuestra seguridad y paz.

—Mi hermano del alma, por siempre...

—Mi princesa de cuento, por siempre.

Los dos se fundieron en un largo abrazo, mientras el jolgorio de la ocasión permitía la complicidad de los hermanos, cuyo amor había trepado las cumbres más borrascosas.

—¡Cristóbal Gómez, hijo de Alonso Gómez! ¡Daos preso en nombre de la justicia!

Aquella voz apagó una bonita historia de amor, que refulgía en medio de las tormentas. Un alguacil, representando a los alcaldes mayores y la justicia de la ciudad, se abrió paso entre la escolta de soldados que venía a prenderlo. Un dominico de rostro familiar, que no había parado de investigar desde que lo vio en el alcázar, recordando aquella cara que vio salir de la iglesia tras dejar al fraile inerte en el confesionario, lo señaló con el dedo como si de Judas Iscariote se tratase. Los soldados se abalanzaron sobre él, en aquel huerto de los Olivos improvisado, sin que el reo opusiese resistencia. Cristóbal no movió un músculo, como si esperase la visita cualquier día. Solo hizo un gesto para frenar a Darío y pedir a Augusta que se llevase a sus hermanas. De nuevo llanto y dolor en aquellas pobres mujeres de vida desgraciada.

—No respetáis ni un sacramento, perro ruin —dijo el preso torciendo los labios fruto del desprecio hacia aquellos hábitos que tanto dolor le habían causado. Un soldado lo abofeteó sin piedad delante de los suyos por el comentario. Cristóbal escupió sangre con gran entereza, sin dejar de mirar al dominico.

—Los asesinos como vos, son escurridizos. Hemos preferido buscaros con la guardia bajada —dijo el fraile con sonrisa de satisfacción.

—Luisa llegó corriendo y le agarró la cara llorando. Los soldados trataban de separarla de su hermano.

—No la toquéis, miserables —Darío intervino llevándose a aquella mujer de blanco, que solo pudo atinar a besar las manos atadas de su hermano, mientras el destino se lo llevaba de nuevo entre las nubes negras de la desesperanza.

La reja y la espada

—Decidme, maestro. ¿Y cómo es Roma?

El maestro se acariciaba la barba delante de aquel lienzo, donde daba vida a un eccehomo que miraba al espectador con cierta teatralidad. Con la cabeza ladeada y sosteniendo una caña, aquel retrato de un metro de alto aproximadamente era un prodigio de colorido y belleza. El manto a modo de rey sobre los hombros mostraba un intenso rojo que parecía cobrar vida dentro de aquella tabla.

—Pues qué os puedo decir, muchacho. Desgraciadamente, solo estuve una vez. Pero suficiente para marcar mi pintura de por vida —hablaba mientras encogía los ojos buscando nitidez, en aquella mirada cansada que cada vez veían con más dificultad—. Conocí la pintura de Rafael y de Leonardo. Los dos murieron en apenas un año, uno viejo y el otro demasiado joven. Leonardo dominaba la atmósfera, les dotaba de aquella niebla sublime que borraba los contornos y trataba la profundidad del cuadro. Mi *Cena de San Esteban*, está concebida tras ver la suya.

—¿Les conocisteis?

—No, muchacho. Murieron hace más de 50 años. Pero su obra es eterna. Rafael dominaba todos los temas, las *Madonnas*, los paisajes... Si vieseis la *Escuela de Atenas* en una pared del Vaticano entenderíais de lo que hablo.

—Me siento abrumado, maestro. Me gustaría conocer tantas cosas...

—A Miguel Ángel sí lo conocí, aunque no lo traté. No hará ni diez años que murió, de viejo, en su taller, trabajando. El condenado diablo tenía un carácter detestable, pegaba a los aprendices y malvivía como un auténtico mendigo, siendo, muchacho, el artista más grande que verán los ojos. Tendríais que ver el David en Florencia, tiene más de cuatro metros. Y si es pintura... La capilla Sixtina es el cielo pintado al fresco. Siempre me he preguntado cómo pudo armar aquellos andamios sin agujerear el techo. Dicen en Italia que se peleó con el arquitecto del papa... ¡Dichoso Florentino!

—Pero el color, buen Cristóbal —siguió armando sin darse cuenta, una clase de pintura a su alumno sureño—, hay que buscarlo en Venecia. Los grandes maestros venecianos dominan la paleta como en ningún sitio. Tiziano, Veronés, Tintoretto...

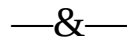
—¿De Italia aprendisteis a pintar al óleo?

—De Italia se aprende todo, amigo mío. Los estudios anatómicos de Miguel Ángel, el color de Tiziano, los temas sagrados de Rafael, la gracia y dulzura de Botticelli... pero, en realidad, el óleo lo desarrollaron en Flandes. En Italia se siguió el fresco como pintura dominante, será Van Eyck el que desarrolle el uso del aceite, que sin duda te permite el detallismo y la minuciosidad en la pintura, como no puede hacer el fresco. He visto estampas de un cuadro donde retrata a un

matrimonio a la usanza del lugar... Imagina ver a un perro peludo pintado pelo a pelo o una lámpara donde el metal brilla como si lo tuvieses delante. Yo creo que es el iniciador de la pintura reciente en todo el mundo.

—Creo que me faltarían años para ver tantas cosas.

—Los años los tienes. A este pobre viejo le quedan dos lienzos y medio antes de rendir cuentas ante el creador. Pero vuesa merced debe viajar, conocer mundo y aprender. Si queréis ser un buen artista no debéis denostar ninguna técnica ni estilo. El aprendizaje es la clave de la maestría. ¿De dónde si no, harían en la antigüedad esos templos, esas esculturas y frescos que se conservan? Los bárbaros, amigo mío, acabaron con siglos de escuelas artísticas. Fijaos en las iglesias pequeñas del norte. Aunque tienen encanto y los frescos entran por los ojos, carecen de técnica. El hombre nació de nuevo cuando cayó el imperio romano. La civilización cayó en la más absoluta oscuridad, cosa que beneficiaba a muchos... no me hagáis hablar más, que en estos tiempos las paredes oyen y los techos ven... Mañana venid temprano, os iniciaré en la pintura al óleo. Creo que os vendría bien practicar el dibujo al carbón primero para aprender a dibujar.



Aquella inmensa reja del zaguán cerraba una vida y abría otra. Aquel lugar putrefacto — aunque reformado escasos años antes—, era un lugar de vicio y podredumbre como pocos. Cerca de la Plaza de San Francisco hacía esquina en la calle de las Sierpes, antigua calle Espaderos, por el gremio que se buscaba la vida en aquella zona. Un patio principal servía de referente a las celdas, organizadas en tres plantas, con varios atrios pequeños y una cárcel para mujeres anexa y separada de la principal.

Unos pesados y ruidosos grilletes lo recibieron al llegar, como fieles compañeros en aquella pensión donde anidaban los cuervos más temibles de la ciudad, en un bosque sombrío carente de compasión. El soborno al cuerpo de guardias era la tónica habitual y hasta allí dentro había grados de importancia y jerarquía.

La luz del patio fue languideciendo por aquellas oscuras escaleras, iluminadas por mortecinas antorchas que flanqueaban la entrada triunfal de aquel reo por los pasillos de la Cárcel Real. Los gritos de los presos rivalizaban con las risas de otros en aquel pozo mugriento donde el hedor se acrecentaba cuanto más penetrabas en sus tripas. Los calabozos compartidos estaban divididos en función de los delitos. Al nuevo reo lo llevaron con los asesinos y la chusma más peligrosa de la cárcel. Con el rictus de mármol, Cristóbal no emitía palabra. Se dejaba conducir mientras algunas manos jaleaban su recorrido por aquellas estrechas galerías que lo condujeron a su nuevo hogar. Ya en la puerta, el “bastonero” que lo acompañaba con los guardias le propinó un palo en la espalda que le hizo hincar la rodilla.

—Este es el saludo de bienvenida, perro. Para que no olvidéis que sois escoria, y la escoria no debe hacernos perder el tiempo.

Aquella ruidosa puerta descubrió un calabozo con huéspedes, donde la escasa luz de un ventanuco otorgaba una penumbra de media tarde que empezaría a agonizar en breve. Se acurrucó en un rincón torpemente, tratando de adaptarse a aquellos grilletes que le unían los tobillos. Un cuenco de cobre era su única pertenencia. Aquella bonita camisa blanca que estrenó para la boda era ya un trapo sucio manoseado por guardias, matones y paredes mugrientas de aquel nido de víboras. Algo de paja esparcida por el suelo era el único colchón entre el suelo y

sus pobres huesos.

—¿Cómo te llamas? —dijo una voz rota y aguardientosa desde la pared de enfrente.

Cristóbal lo miró con recelo y resignación a la vez, apoyando la cabeza en la fría pared de aquellos gruesos muros limosos, que presentaban muchas oquedades y dibujos de los presos, aprovechando la humedad. Posiblemente, moriría allí, era cuestión de horas o días, así que trató de hacerse a la idea y ponerse en paz con Dios.

—Cristóbal Gómez.

—Jo jo jo... Se cree un personaje. Pues escucha, marqués, aquí eres una mierda del tamaño de la catedral. Y en esta celda, decido yo... harás lo que te mande, ¿entendido?

Cristóbal se giró hacia la pared, mientras los tres presos restantes reían la chanza del matón principal, que tenía el pelo blanco y greñudo, con el rostro marcado por arrugas y una gran cicatriz que le cruzaba el mismo y que se había llevado un ojo en la refriega, sustituido por uno blanco de cristal. Acabado el sermón, se levantó bajándose el mugriento pantalón y se puso en cuclillas en medio de la celda. Varios pedos sonoros anunciaron que iba a dar de vientre en un agujero que servía de letrina, donde cabía un hombre de pie.

—¿Quieres un poco, marqués?

De nuevo los demás rieron a carcajadas, mezclando la risa con tos, probablemente, agarrada en los huesos por la humedad de aquel tugurio.

—¡Dale un poco, Buitre! Yo creo que le hace falta... ¡Jo jo jo!

Se limpió el culo con la paja y se recostó de nuevo. Aquel preso no llevaba grilletes y tenía una especie de manta a modo de colchón. En aquella prisión, donde había barberos, taberna y hasta tienda, todo se conseguía con dinero.

La oscuridad se apoderó de aquellos muros. Algunos gritos fruto de la locura se oían en la lejanía a través del patio. Pasos y más ruido. De nuevo, la puerta chillando y un carcelero orondo y retaco cuya nariz delataba afición al vino, traía la cena con un guardia.

—La comida, perros. Venga, deprisa que tengo muchas celdas antes de irme —dijo el guardián mientras el cocinero repartía el guiso hecho en una olla de barro enorme, empujada sobre una base con ruedas de madera.

Los presos guardaban fila, dejando al Buitre primero. Cristóbal no se movió del suelo. Una vez repartido se percataron de él.

—¿No tenéis hambre? Bueno, ya la tendréis. Andando, gordo, no tengo toda la noche.

Le dolía la espalda y notaba la inflamación del estacazo en el hombro derecho. Pensó en sus hermanas. Rezó y dio gracias a Dios por tener a Darío en casa. Luisa no hubiese soportado sin él otra de sus desdichas. Tras moverse un rato buscando acomodo en la paja de su rincón, buscó dormir un poco. Los ronquidos de los huéspedes no le molestaban. Estaba acostumbrado a ellos durante el tiempo que estuvo en la armada. Notó algo sin embargo que le incorporó de un brinco. Era una rata enorme que se le había subido a una pierna olfateando, la apartó de una patada con asco y la vio salir corriendo hasta perderla de vista en aquella oscuridad del infierno. El largo día le hizo sucumbir al sueño durante un rato, hasta que unos gemidos cada vez más fuertes, lo pusieron de nuevo en guardia. Giró la cabeza en su propio escorzo acomodado en la incomodidad, y trató de acostumbrar la vista. Con el hilo de luz que la luna creciente permitía por aquel ventanuco, empezó constatar sin dar crédito, que era una mujer. Dentro de la celda, una mujer desnuda cabalgaba gimiendo encima del Buitre, que la animaba con palmadas en su generoso trasero.

—Vamos, furcia. Fornica bien y seré bueno contigo... eso es.

La mujer, sucia y despeinada, aguantaba los improperios de aquel rufián, mientras se sacaba unas monedas a horcajadas, entre los jadeos de su amante, que mostraba unas encías casi desdentadas. A buen seguro, aquel festín, era gracias al silencio pagado de los guardias. Con los días, el trianero comprobaría la gran cantidad de mujeres que entraban en la prisión sin que nadie pusiese el grito en el cielo. Algunos presos, incluso, salían y entraban durante el día, hasta las diez de la noche que se cerraban las puertas. Nadie estaba libre de chantajes ni de represalias al irse de la lengua.

La mujer seguía a lo suyo. Los compañeros de celda la tocaban mientras el Buitre se llevaba su ración. Aquellas caras sucias la olfateaban y pasaban la lengua por los brazos y la espalda mientras el dueño los dejara. Cristóbal se giró contra la pared y acabó por dormirse.

Al día siguiente los sacaron al patio y pudo constatar la ralea que vivía entre aquellos muros, la diferencia de trato entre los presos y su condición postrera en aquella cárcel. Se sentó en una esquina del patio solo, con los grilletes en los pies, mirando un cielo despejado como único bastión donde agarrarse. Recordó cómo lo miraba cuando estaba lejos de su casa. Pero aquello era distinto, era como un animal enjaulado que mira a través de los barrotes la selva donde vive. Sus amigos, su familia... tan cerca y tan lejos. Una vida que, con certeza, tocaba a su fin.

—Y vos de qué mala madre sois hijo —le espetó un preso apestoso y rasurado, con pellejo por carne.

Cristóbal no sabía cómo referirse a él mismo, y decidió hacerlo como soldado. Aunque el Buitre, ya lo había bautizado con el nombre de “Marqués”. En aquellos muros, casi nadie se conocía por su nombre real. Los moteles sustituían apellidos manchados de sangre y vidas vergonzantes.

—¿Tenéis cuartos que os abriguen? Recordad que yo soy Culebra, y que os puedo conseguir lo que necesitéis a un estipendio convenido.

—Lo tendré en cuenta.

Los presos recibían algo de dinero para evitar más sangre en aquellos muros, si bien los había que amasaban muchos maravedíes chantajeando y medrando con los guardias desde el exterior. Y luego estaba el juego. Trileros, cartas, apostadores... todo servía para llenar el tiempo en aquellos muros y conseguir *pelota*. A menudo, la porfía acababa en la enfermería con alguno desangrándose como un puerco.

—¡Ah de la calle, ah bao! ¿Quién sale fuera? Que se llevan las llaves, ¡a la una, a las dos, a la tercera, este es el postrero!

Con el mismo rito, se cerraban las puertas de la prisión cada noche, avisando a los tenderos y la gente no reclusa del final de la jornada en aquel teatrillo pestilente.

Los días eran casi tan largos como las noches. Arrastraba el cuerpo cansado por el patio, tratando de evitar los grupos y la conversación. No recibía visitas, solo la del asistente y sus tenientes, acompañados por el alcalde de la justicia, que tenían por costumbre visitar a los presos nuevos. Cristóbal era parco en palabras, incluso cuando le tomaron declaración un juez y un escribano. A las palabras del juez preguntando por la culpabilidad en el asesinato de Basilio y de fray Antonio Morillo, se limitaba a decir:

—Culpable soy de sus muertes.

Al procurar las causas de sus muertes, respiró un segundo, lo meditó para acabar respondiendo:

—Hice justicia a dos muertos que no la tuvieron, porque no está de Dios socorrer en esta vida a los puros de corazón y bondadosos de espíritu.

Pasaba las horas cerca de la fuente, acariciando el agua que le traía recuerdos no merecidos. A veces iba a la capilla, y rezaba delante de un crucifijo con un Cristo de cuatro clavos, vestido con faldellín blanco. Con las primeras monedas de vellón, compró fruta de un tendero diurno que había en la prisión, para rellenar el hueco que no podían cubrir aquellas sopas claras e insípidas que servían en la cena. Eran el séptimo cielo comparadas con los purés apestosos, cuya procedencia solo el demonio estaría al corriente. No portaba nada de valor, salvo una ligera cadena con colgante, que fue de su hermano y que Luisa guardó para él esperando su retorno. Estaba entre las escasas pertenencias que el Santo Oficio entregó a la familia antes de juzgarlo y quemarlo en la hoguera.

Con el paso de los días, casi sin querer, entabló conversación con un preso llamado Palillo. Era chistoso y le gustaba dirigirse a la gente fuera de la celda.

—Eh, soldado, ¿no sabéis donde está la barbería? Parecéis un ermitaño... Oye,

Marqués, mi cabeza da vueltas de oídos conversar. Parad ya... decía en tono jocosos ante el mutismo del trianero que acababa a veces por sonreír.

Palillo era un ladrón de poca monta, que entraba y salía de la prisión a menudo. No conoció a sus padres. Se crio en una casa cuna y de ahí a la calle, donde sobrevivió con sus malas artes y su verborrea. De pelo rubio, aunque tirando a castaño, sus escasas carnes pusieron en bandeja el apelativo por el que todos lo conocían. Allí dentro trapicheaba cosas con el favor interesado de los guardas y tenía su clientela.

Pasado un mes, recibió visita. Acudió a la sala donde se recibía a la gente exterior con miedo, con cautela ante malas noticias. Allí estaban Darío y Augusta. Al verlos se emocionó y trató de abrazarlos, pero portaba aún los grilletes que le hacían moverse con dificultad. Sus amigos quedaron impactados por su aspecto. Visiblemente más delgado, con la barba crecida y el pelo desaliñado donde no faltaban piojos. Augusta tragó saliva sin evitar recordar la estampa de Alonso en aquella jaula que lo llevó al cadalso.

—Querido Cristóbal, ¿cómo estás? —dijo por cortesía su amigo.

Cristóbal sonrió torciendo la comisura de los labios, para bromear por primera vez en un mes.

—Bien. Esto, querido Darío, es San Pedro y mi celda tiene aquel techo de Miguel Ángel...

Darío sonrió con amargura.

—Hemos escrito al mismo don Juan de Austria tras ignorar la justicia una carta de su puño y letra.

—Maestro, me he confesado culpable. Quiero morir en paz dentro de estos muros, será mi pago por tantos daños cometidos. No me van a soltar, la sentencia es clara.

—No voy a dejar que te pudras en este cenagal. Me he asegurado de que nuestra súplica llegue a buen recaudo y las disposiciones del hermano del rey no caigan en saco roto. De algo me tiene que servir pintar para tantos nobles y clérigos de linaje.

Darío se abrazó a su amigo al despedirse. Le entregó algo de dinero, algunos amuletos familiares enviados por su hermana Luisa, que lo añoraba y esperaba verlo. El soldado había preferido pecatarse de la situación del reo y no la dejó venir para verle en ese estado.

La primavera sevillana se hizo presente con varios días de lluvia que refrescaron el ambiente y arrinconaron a los presos en las galerías de los atrios, buscando otras ocupaciones en aquellos días grises. El patio encharcado y las tormentas salpicando las fuentes, que rebosaban con el caudal del mes de abril, eran la rutina de aquellas semanas caprichosas. Los presos se juntaban

más de la cuenta y a menudo había altercados. Hasta ese día Cristóbal había evitado las disputas y las provocaciones. Algún empujón para evitar ser sodomizado en alguna escalera oscura y el tiempo aislado de los grupos más peligrosos, que no le habían prestado atención por no contar muchas pertenencias. Pero el agua arreciaba, y se echaban hacia atrás. De pronto sintió una sutil mano por el cuello que le hizo reaccionar agarrándola con fuerza y retorciendo aquel brazo. Cuando se dio cuenta, estaba frente a frente ante un vulgar preso de barriga prominente y mayor estatura que él. La pelea estaba servida y el ansia de divertimento de la chusma hizo el resto. Se formó un círculo de cautivos que gritaban y escupían, jaleando la refriega.

—Ese colgante es mío, me lo has robado —dijo aquel elefante sin mover un músculo, mientras se abría de brazos en tono amenazante.

Cristóbal lo miró con desprecio sin responder siquiera. En aquel momento empezaría sus desventuras en aquella prisión. El pesado hombre se abalanzó sobre él, mientras el alfarero lo esquivaba varias veces. A la tercera refriega lo agarró por los cabellos, mientras lo reducía poco a poco hacia el suelo, a punto de sucumbir, con los dientes apretados. La chusma de la cárcel gritaba fuera de sí. Aquellos espectáculos daban vida a una población aborregada en aquellos gruesos y pestilentes muros. El trianero tenía media cara dentro de un charco mientras trataba de defenderse sin suerte de aquel animal que lo tenía asido por los cabellos y el cuello. Una patada certera en la entrepierna hizo gemir de dolor al agresor, que tuvo que soltar su presa. El soldado se levantó con la cara llena de barro y propinó varios puñetazos en el rostro y el costado. El elefante hincó las rodillas en el fango. Una patada en la cara lo remató, cayendo de bruces. Los guardias acudieron cuando no había demasiado peligro en la refriega. El herido a la enfermería y Cristóbal, con el rostro lleno de barro que la intensa lluvia fue limpiando dejando la camisa de color ocre, fue conducido a la mazmorra de castigo, un agujero infecto en los sótanos de aquella cárcel donde se aislaba a los presos que cometían faltas diversas. Allí permaneció varias semanas expiando sus culpas.

El primer día fue azotado y no probó bocado. Fue el peor. La humedad de sus ropajes y de aquella mazmorra donde no entraba el sol, le hicieron enfermar y tuvieron que sangrarlo varios días para hacerle bajar la fiebre. No tenía fuerzas. Tendido bocarriba en un rincón pasaba las horas. Ni siquiera se paraba a pensar en las represalias que le podría acarrear su pelea en el patio, sabía que su final estaba cerca dentro de aquellos muros. Comía poco y dormía mal. Las ratas negras parecían gatos nutridos en aquel sótano del averno. Pasadas dos semanas, volvió a su celda, repleto de piojos y suciedad.

—Hombre, dichosos los ojos que os ven, Marqués... tenéis mal color, ¿no os han cuidado bien en palacio?

Los presos reían a carcajadas las burlas del Buitre, que no dejaba de mofarse con su voz rota y aguardientosa, mientras Cristóbal guardaba silencio, visiblemente más delgado.

Tras varios días sin salir al patio por andar enfermizo, volvió de la mano de un día soleado, que descubrió un cielo añil ribeteado de inmaculadas nubes que habían dejado atrás los tonos grisáceos. Olía a aire limpio, algo de agradecer por aquellos lares. Buscó el sol como un lagarto. Cerró los ojos con la cabeza inclinada hacia arriba hasta que una voz lo sacó de su momento de placer.

—Ten *cudiao*, Marqués, que el elefante te la *tie jurá* —dijo Palillo, que no dejaba de ser un hombre afable que temía por la suerte de aquel soldado.

Cristóbal apoyó la mano en su hombro y se limitó a sonreírle. Pasaron varios días hasta que

el herido, que tenía varias costillas rotas, saliera de la enfermería. El primer día en el patio permaneció con su grupo de presidiarios habitual, en manada. Palillo le había ofrecido un pincho de su contrabando, pero este lo rechazó. Pasó más de una semana y entendió que el grandullón no quería más problemas. Bajó la guardia y se sumió en sus pensamientos, que le hacían buscar la muralla norte donde habitaba lo único importante que le quedaba en la vida.

Varios días después, paseando por el atrio, vio venir al elefante hacia él. Sus músculos se tensaron y se preparó para repeler el golpe, pero este le llegó sin esperarlo. Sintió algo frío en el costado y luego un dolor intenso. Alguien lo había apuñalado por la espalda. La sangre salía abundantemente y cayó de bruces. Con la conciencia en un hilo, vio una enorme sombra que tapó el sol y una voz que le dijo:

—Más te hubiese valido dármele a la primera. Te pudrirás en el infierno —dijo casi al oído mientras le dejaba caer un salivajo en la cara y le arrancaba la cadena del cuello.

Despertó en una pequeña estancia con pocos muebles. Algunos tarros de ungüentos y algunas vasijas le aclararon la enfermería. Un sudor frío recorría su espalda por la fiebre. Un cirujano con una bata llena de sangre lo observaba mientras se lavaba las manos en una tinaja después de coserlo.

—Habéis tenido mucha suerte, joven. Esa cuchillada hubiese sido mortal tornando levemente en cualquier dirección. No os mováis en unos días.

Cristóbal lamentó seguir vivo. Estaba hecho a la idea de morir en aquella cárcel, y sentía perder oportunidades de acabar su triste historia. Su debilidad le hizo permanecer quieto y confuso. La fiebre lo acompañó las primeras horas y apenas pudo probar nada. Oía el clamor de los pájaros por la ventana de la enfermería y deseó ser uno de ellos para volar de allí. Se vio por encima de los lugares donde había estado. Recordó por un instante el olor a tierra de la huerta valenciana, y el sabor fuerte de aquellas verduras crudas. El olor del mar en aquellas horas memorables para la armada... cómo la sangre caliente se mezclaba con el frío del agua y el corazón palpitaba en su garganta mientras usaba con destreza su cuchillo... Con frecuencia, recordaba rostros agonizantes, con los ojos desencajados por la inminencia de la misteriosa muerte que todos esperamos. Las caras de aquellos hombres de la flota turca que perecieron bajo su espada y que lo acompañaban como fantasmas en los días posteriores. Hijos, hermanos como él, que ya no volverían a ver su hogar. Cuánta muerte —pensaba—. Cuán cruel es el mundo y bello a la vez. Los ojos verdes de su madre, que lo acompañó en la batalla, legados en su hermana Luisa, que había encontrado la felicidad con su amigo, ese regalo del cielo que él unió a su hermana, y que consolaba su espíritu. En aquella lúgubre enfermería lo comprendió. Sus hermanas estaban mejor sin él. Su mala estrella había salpicado las almas limpias de su familia, mancilladas por la sombra de la muerte instalada en su tejado.

Pasaron las jornadas y la rueda de la vida siguió girando entre aquellos muros de impunidad. Volvió al redil, recobrado de sus males y dispuesto a defenderse. El odio macerado a fuerza de injusticias, se imponía a las ganas de entregar la plaza. Consiguió de Palillo un cuchillo decente que guardaba en un agujero del patio tapado con piedras, aprovechando un recodo sombrío.

—Seguís vivo, Marqués... no por mucho tiempo. No tendréis la misma suerte dos veces —le había susurrado una voz familiar al volver a su celda.

Pensó en alertar a la guardia, pero era en vano. Los ajustes de cuentas eran habituales en la prisión, y los guardias evitaban mediar en las disputas. Aparecían para llevar al caído a la enfermería o a la mortaja. De todas formas, era un favor a la sociedad si mataban a alguna alimaña de aquellas y una boca menos que alimentar.

Al día siguiente, cuando abrieron las chirriantes puertas de las celdas para salir al patio, el Buitre le puso una mano en el hombro.

—Esta noche tendremos más sitio para dormir, Marqués. Voy a fornicar a la misma hora que vuesa merced yace en una fosa con cal —mientras su grupo de aduladores reía la comparación y hacían muecas al trianero.

—Salió al patio con una calma impropia de quien se dispone a jugarse la vida. Se sentía vigilado por muchos ojos, a buen seguro avisados del espectáculo. Con algo más de prisa de lo habitual, se acercó a su rincón favorito y apoyó la espalda en la pared. Con las manos hurgó entre las piedras con disimulo pero no halló su cuchillo. Desesperado se volvió y con nerviosismo movió las piedras sin encontrar nada...

—¿Buscáis esto? —dijo el elefante, acompañado de dos matones del grupo del Buitre, que rieron a carcajadas.

En un momento, se formó un corro mientras el elefante portaba el cuchillo que Cristóbal había buscado entre las piedras. Los dos secuaces también llevaban pinchos y se acercaban a la presa con pasitos medidos, como leones asediando a una gacela. Se levantó un poco de aire que removía los pelos del artista soldado, que se concentraba en aquella lid, cuyas cartas venían mal dadas. Uno de los dos ladrones se abalanzó sobre él y Cristóbal sacó su carta guardada. Una piedra aguda que guardaba en la mano, se estampó en medio de la frente de aquel gañán, que cayó de espaldas sin vida. Cristóbal recogió el cuchillo antes que el otro agresor, que se lanzó hacia él, cayendo al suelo degollado sin poder emitir su argumento. Quedó frente a frente de aquel gigante que lo miraba con ojos inyectados en sangre mientras trataba de provocarle acariciándose la cadena de Alonso, que portaba al cuello. La chusma de la cárcel gritaba fuera de sí, azuzando el duelo como si fuesen dos gallos de pelea. Se miraron dibujando algunos círculos. El elefante lanzó por fin varias cuchilladas que el trianero esquivó. En el tercer intento le rajó la cara y aquella mole gimió como un cerdo desangrándose. Se lanzó rabioso lanzando cuchilladas contra el soldado, que fue retrocediendo hasta tocar la pared. Exhausto y sofocado, el elefante sonrió mostrando una dentadura podrida, para enviar su ariete final contra su presa acorralada. Antes de poder bajar la mano, cayó de rodillas echando borbotones de sangre del cuello. El silencio se adueñó de aquel patio, donde el viento levantaba polvareda, esbozando una escena borrosa entre malhechores. Cristóbal, con el rostro ensangrentado, recuperó su cadena de aquellos despojos que yacían en el extremo del patio. Jadeante, lanzó una mirada desafiante a la plebe que mantenía el silencio tras la exhibición con el cuchillo de aquel preso extraño y reservado. Los guardias llegaron y Cristóbal tiró el pincho al suelo. La mazmorra de castigo era de nuevo su hogar, mientras el alcaide de la prisión emitiría en los días siguientes normas más estrictas para evitar la violencia en el patio.

La primera semana en aquel agujero la pasó amarrado a una cruz de madera, donde recibía aguaceros, pan y agua en pequeñas dosis. Su cuerpo marcaba las costillas cada vez más. Los piojos y los chinches campaban a sus anchas sobre aquel despojo de ser humano, que hacía penitencia otra vez bajo el suelo. Recordó los días en las tripas de aquella galera donde fue recluido con su amigo, que le dio la compañía que en la cárcel no tenía. Solo las ratas merodeaban aquella triste figura, con los ojos hundidos en un rostro afilado.

Los días pasaron, y recibió algo más de comida. Lo suficiente para reponer algo unas fuerzas que estaban al límite. Cuando se recobró, recibió una ración de latigazos diarios, que lejos de hundirlo, le avivaron el odio con el que convivía desde hacía ya años... A cada ráfaga apretaba los dientes y pensaba en lo que pasarían su hermano y su padre. En la tristeza que pudo llevar a

la muerte a una muchacha joven...

Había pasado un mes y fue devuelto con el resto de presos. Como medida de protección, no salía al patio. La muerte lo esperaba en cualquier recodo de aquellos muros. La llegada a la celda fue muy diferente esta vez. Nadie hizo bromas, solo miradas llenas de odio, con dos caras nuevas que sustituían a los caídos. El Buitre no abrió la boca. Lo miraba en silencio con su ojo blanco, que parecía cobrar vida en aquella pocilga, donde convivían como perros y gatos. Cristóbal buscó su rincón y trató de no dormir. Sabía que su vida dependía de no quedarse dormido. El grupo del Buitre hacía turnos de sueño, y Cristóbal lo advirtió. El respeto tras su actuación en el patio hizo que esperasen a pillarlo desprevenido. Así pasaron tres días con sus noches. Aunque de día permanecía en la celda, le costaba dormir. Hacía calor y los ruidos eran constantes. La cuarta noche estaba rendido. Luchaba contra el sueño en una celda silenciosa donde una brisa tenue se colaba por la ventana, aliviando los días soporíferos en aquel valle ardiente, que abrazaba los albores del estío. Sin querer, sus ojos se cerraron y se durmió.

Soñaba con un patio soleado en Triana. Las mujeres tendían la ropa al sol, portando cestos de mimbre tras lavarla en la orilla del río. Los niños revoloteaban alrededor de las mujeres, como bandadas de gorriones celebrando el buen tiempo. Su hermana Juana y su hermana Luisa jugaban con aquel niño delgaducho que se escondía tras su madre. La mujer, sonreía mientras extendía la ropa y miraba a sus hijos en aquel patio de felicidad. Sus grandes ojos verdes se posaron en los de Cristóbal, sonriendo, le pareció escuchar una palabra... Despierta.

El preso abrió los ojos casi al tiempo que notaba que se ahogaba. Una recia y sucia cuerda nudosa le apretaba el gástrico. Cuando se quiso dar cuenta, un ojo blanco junto a su mejilla lo puso en situación. Forcejeó para soltarse la cuerda que le quitaba la vida, pero el Buitre la sostenía con ambas manos tirando hacia atrás. La vida se le iba... con el último resuello, mientras los demás asistían al espectáculo, bajó los brazos y lanzó un certero cabezazo hacia atrás que le partió la nariz al asesino, que cayó sentado soltando a su presa. Respiró buscando aire en lo más recóndito de los pulmones, agarrándose a una existencia que tenía hecho el equipaje. La sangre saltada en su cuello se mezclaba con los meandros que dibujaban las venas dilatadas por el esfuerzo, mientras respiraba con mucha agitación haciendo estertores en busca de alivio. Los dos cautivos se recompusieron poco a poco y se miraron de pie frente a frente. Era un duelo entre dos. El tuerto, sangrando abundantemente por la nariz, alargó una mano hacia atrás para recibir una navaja. Cristóbal se concentró en aquella hoja curvada que se pasaba de una mano a otra en la tenue penumbra de una celda común. Era lógico pensar en aquel desenlace. Aquella ralea no era condescendiente y no perdonaba una muerte cercana. Cristóbal tropezó un par de veces, todavía un poco aturdido. El Buitre no tenía prisa, lo miraba como una hiena, buscando el resquicio mientras se limpiaba la sangre con el antebrazo. El trianero se agachó sin dejar de vigilarlo y cogió el cuenco de cobre de su comida. Era el único escudo donde cubrirse ante el enemigo. El tipo escuchó en su interior la boga de ariete y lanzó varias cuchilladas. Una se perdió en el aire y otra impactó con estruendo en aquel cuenco metálico. La tercera alcanzó el brazo de su víctima casi a la altura del hombro. Cristóbal dejó escapar un gemido delator mientras la sangre empapaba con rapidez la camisa. La tensión se masticaba en aquella celda de asesinos. El Buitre lanzó otra embestida que Cristóbal repelió con el cuenco, cayendo al suelo ambas piezas. Cuando el tuerto trató de recuperar el cuchillo, el hijo del alfarero le dio una patada y fue a parar a la fosa de defecar. Encolerizado, se lanzó contra el joven agarrándose ambos como dos cabestros en lucha. Un puñetazo en la cara de Cristóbal fue respondido con otro en el estómago que dobló al asaltante. La refriega se volvió dramática. Exhaustos, cayeron

enzarzados al suelo, agarrándose la cara, el pelo y lo que atinaban. El suelo resbalaba con la sangre de ambos. El preso se encaramó encima de Cristóbal buscando su gaznate, sosteniendo un pulso de fuerza. Ambos cayeron nuevamente y el trianero consiguió agarrarle el cuello con las dos manos. Su presa se revolvía y le golpeaba en el brazo herido. Con los dientes apretados, aguantó el envite, y apretó con todas sus fuerzas. Las venas de aquel tuerto se hincharon mientras abría la boca buscando resuello. Cristóbal con las pupilas dilatadas por la excitación no dejó de apretar hasta que le arrebató la vida. El buitre dejó de forcejear y cayó muerto. Su verdugo no cedió en su ira. Lo agarró para hundirlo cabeza abajo en la ciénaga de mierda que presidía aquel palacio. Se lanzó contra la pared con la respiración entrecortada, vigilando si algún otro se animaba, pero estaban boquiabiertos con la pelea a muerte que acababan de presenciar, y ninguno quería correr la misma suerte.

La oscuridad fue dando paso a la luz del alba. Aquel matadero fue desalojado y Cristóbal volvió de nuevo a la enfermería de aquel infierno, para coser un cuerpo deshojado por su mala ventura y sus desdichas. Días después, fue recluido en una celda aislada para evitar más sangre. Allí se mantuvo sin ver la luz del sol durante semanas hasta una tórrida mañana en la que lo sacaron sin avisar, tras una sorprendente visita...

El brazo de la armada

El olor del mar revivió escenas de gloria y miedos viejos. El pelo azotado por las brisas que cosquilleaban aquella barba poblada. El tahalí cruzado, las botas y la espada al raso, y su inseparable cuchillo a la sombra. Miraba por estribor como un perro que olisquea algo conocido. Aquel soldado viajaba en la galera con un estatus muy diferente al de antaño. Dentro de aquel jubón que afloraba unas mangas acuchilladas por los hombros y atadas por las muñecas, latía el corazón del héroe que derribó al enemigo. Los soldados lo sabían y lo respetaban, y don Juan lo tenía en su nave capitana con él. De nuevo la azarosa fortuna lo llevó de una lúgubre prisión donde sorteaba la muerte cada día, cada vez con más dificultad, a una galera de la armada con la bandera de la Santa Liga. Un emisario de don Juan se plantó en persona en la Cárcel Real portando un documento firmado por el hermano del rey, exigiendo la entrega del preso a su servicio, bajo amenaza del héroe de Lepanto de acudir en persona. Cristóbal salió de la cárcel hecho unos harapos, que guardaron reposo durante unos días con la familia. No había mucha elección. Abandonó su idea de la retirada como artista y volvió a ser soldado, que al parecer, era la única manera de esquivar definitivamente a la justicia y la desdicha para los suyos. Mejor morir bajo la nobleza de la espada en combate que con un pincho en prisión y por la espalda.

Y así, de nuevo, surcaba los mares. Dejó atrás la cuna del quinientos otra vez. Todo aquello que amaba iba relegado al pequeño cofre de su corazón, cada vez más deshilachado y agrietado, aunque liberado de enseres superfluos que fue arrojando por la borda del olvido. Al final de cuentas, la vida es algo sencillo. Vivir y amar lo que puedas y te dejen las circunstancias. Sin miedo a aquel mar repleto de cadáveres, buscaba una nueva cruzada con la sensación de que Dios le había regalado una prórroga a su existencia, una vida que ya tenía más lazos en el cielo que en la tierra. El honor y el amor a su familia le hacían mirar el horizonte por la proa de aquella galera, dispuesto a enfrentarse a los enemigos de su capitán, con el que estaba en deuda. A nadie dejaban indiferente las hazañas de aquel hijo bastardo de Carlos V, que pese a su juventud había doblegado la rebelión de las Alpujarras y había sometido a los turcos en Lepanto, haciendo respirar a media Europa. La fama del hermano del rey traspasaba fronteras. Se decía que el propio papa había pedido un reino para él a Felipe II. El intrépido capitán nacido en Ratisbona pero criado por orden del emperador en Castilla, cruzaba de nuevo el mar de los romanos buscando los rescoldos de Lepanto. Su espíritu guerrero echó por tierra los planes de un futuro eclesiástico para aquel hijo del emperador, que casi adolescente se escapó a Barcelona para intentar alistarse en la armada y luchar contra los turcos en Malta. Su testarudez lo llevó a ser capitán general del mar, rodeado de militares brillantes como Álvaro de Bazán o Luis de Requesens. Así, a edades muy tempranas, se vio envuelto en las responsabilidades del mando y los enredos de la corte. Su honor le llevó a delatar a su sobrino, de edad parecida a la suya, con el que se había criado y estudiado en la universidad de Alcalá de Henares, debido a las intrigas de este. El heredero al trono, cuya mente retorcida era famosa, no dejaba de conspirar. Ya de pequeño era aficionado a asar liebres vivas y había llegado a cegar caballos en los establos por puro divertimento. Una grave caída por las escaleras le afectó a la cabeza, hasta el punto de traer la momia de fray Diego de Alcalá a los pies de su cama para hacerlo sanar. Las trepanaciones para aliviar el edema se dice que lo volvieron más cruel de lo que era. Las continuas quejas a su

padre por su desconfianza hicieron al rey darle algunas responsabilidades políticas en el Consejo de Castilla y Aragón, que no hicieron sino agrandar la ambición del heredero a la corona. Espiaba las reuniones del rey y fue armando una conspiración contra los intereses de su propio padre. Contactó con un líder rebelde, el conde de Egmont, y trató de escapar a los Países Bajos. Confió sus planes de huida a Italia a su tío Juan, que le pidió unas horas, tiempo necesario para informar al rey de las intenciones del príncipe. La cólera de Carlos se desató, tratando de matar a su tío y a su padre. Llegó a las dependencias de don Juan gritando fuera de sí, con un arcabuz en la mano que la guardia le arrebató con presteza. No conforme, se lanzó hacia su joven tío con una daga que sacó del cinto, mientras le gritaba traidor con alaridos que delataban sus intenciones. El hermanastro del rey, sin perder el temple, le agarró del brazo y lo redujo mientras su sobrino gritaba fuera de sí con espumajos en la boca que delataban su estado de ansiedad. Fue llevado ante el rey maniatado, y, al soltarlo, se lanzó al cuello de su padre, al que no le dio tiempo de reprender su actitud para que entrase en razón. La guardia real lo redujo de nuevo y fue encerrado en sus aposentos, aislado del exterior, donde acabó muriendo por la debilidad física acarreada y una huelga de hambre pertinaz. Desde entonces, la Europa interesada alimentó la leyenda negra española. A pesar de que el rey guardó con celo el comportamiento del príncipe para no dañar a la corona ante sus enemigos, los ardides del príncipe y el brazo firme del monarca fueron dando pie a las habladurías y a la distorsión de la realidad, hasta el punto de señalar al propio padre como instigador de la muerte de Carlos.

Juan de Austria era lo contrario a su sobrino. Su ardor guerrero y su nobleza le hicieron ganarse el respeto de todos. Tras Lepanto buscaba agrandar los territorios en el Mediterráneo, empezando por capturar a Uluch Alí, que escapó de la batalla. Su hermano, que le había negado el título de alteza y había frenado las posibilidades de reinar territorios como Albania, le permitió perseguirlo por los mares. Reorganizó sus tropas y se adentró en el Mediterráneo buscando gloria. Muchos alentaban la rivalidad, pero sus tropas no veían más allá del soldado valeroso que luchaba por su patria, a pesar de nacer fuera como su padre. Apuesto, de tez blanca y cabellos rubios, mantenía del emperador rasgos inconfundibles como un leve prognatismo, no tan marcado como en el rey y otros familiares. Sin duda, la belleza de su madre, Bárbara Blomberg, ayudó en el porte del muchacho, aunque fuese separado de la joven para educarlo en España a petición del rey, que lo aceptó como hijo suyo. Aun así, no lo conoció realmente hasta su retiro en Yuste, donde el achacoso emperador se encariñó con el muchacho mientras le contaba batallas y peripecias de su largo reinado, que inspiraron en aquel joven el ardor guerrero.

Aquel verano lo pasaron las tropas de don Juan persiguiendo al turco por el Mediterráneo, pero sabedor de las artes del Austria, fue retrocediendo allende los mares sin que las tropas hispanas lo alcanzasen. La aventura se convirtió en muchas horas de navegación y desembarcos en puertos del mar de los romanos, que escondía en sus tripas al enemigo, cada vez más cerca del oriente, huyendo de su joven perseguidor. La hazaña de Lepanto le granjeó una fama poco apetecible a cualquier rival. Las tabernas y las alcobas cobraron protagonismo en vez de las batallas. Los soldados cobraban su paga con presteza, y la gastaban con la misma diligencia en juergas donde corría el vino. Alternaban los lupanares y las breves historias de amor que duraban el tiempo de zarpar de nuevo. Cristóbal recompuso sus inclinaciones amorosas conforme dejaba en el zurrón de sus pensamientos su triste historia. Encontró consuelo en los brazos de muchas mujeres durante aquellos meses de viaje. Conoció ciudades y pleitos entre soldados. Se curtió en noches donde el vino cobró demasiado protagonismo, a falta de acero.

Los meses siguientes trajeron el final de la Santa Liga. Tras Lepanto, la tensión amainó y los

reinos italianos ya no se sentían amenazados. Venecia empezó a negociar con los turcos directamente y acabaron firmando la paz entre ambos. Aquello supuso el final de la liga cristiana. Los reinos volvían a defender sus propios intereses y a ondear sus propios estandartes. Don Juan ya solo rendía cuentas a su hermano, pero su ambición iba en aumento. El hijo del emperador no tenía miedo a ningún enemigo, y lejos de buscar la paz, fue ampliando su campo de acción. Aprovechando el final de la coalición cristiana, se embarcó en uno de sus últimos objetivos en aquel mar, recuperar Túnez a los turcos. Felipe II no podía frenar el ardor guerrero de su hermano. Y aunque había frenado su limpieza de sangre y sus aspiraciones reales, no podía restarle más empresas. El joven Austria pretendía acabar con todos los enemigos de España, incluidos los ingleses y su herejía protestante, así que el rey le permitió el asedio de Túnez, tras el fracaso de la Liga en aniquilar definitivamente a la flota turca, reforzándolo con más de cien galeras. Casi todas ellas, junto a una veintena de fragatas y falúas, nutrieron el asedio con más de veinte mil soldados que se plantaron en otoño en el fuerte de la Goleta, desde donde se iniciaría el ataque.

La mañana era lluviosa y el viento azotaba las naves. Aun así, aquellas tropas intrépidas eran temidas por aquel reino que se rebelaba al poder otomano ante el acoso de los españoles y el miedo a ser arrasados. Tomó Túnez sin oposición. Respetó la ciudad aunque portaba órdenes de tomarla a sangre y fuego, pero sus enemigos se habían replegado hacia el interior. Los soldados saquearon la ciudad y tomaron cañones y víveres diversos. En las jornadas siguientes ordenó reforzar aquel entramado militar con otro fuerte y más hombres para velar por los intereses españoles. Sus tropas estuvieron un mes más en las costas berberiscas hasta ordenar la plaza acorde a los mandatos de su joven capitán.

Durante los días que estuvieron en aquellas costas, buscaban sus divertimentos cotidianos. La población tunecina era mayoritariamente musulmana, y se notaba en la tradición de aquel lugar. Desde la Edad Media, los omeyas, los abasíes y los almohades como grandes estirpes del islam, habían moldeado la tradición y la fisonomía de aquellas tierras. Cristóbal quedó absorto de aquella cultura. La ciudad musulmana se construye hacia el interior. Aquellos ventanucos conocidos como saeteras, permitían ver desde dentro sin ser vistos. Las calles laberínticas se perdían en recodos permanentes que morían en los adarves, calles sin salida que a veces comunicaban las estancias superiores de dos viviendas. La Jara Mayur, era la calle principal que unía la muralla con la mezquita, el edificio más importante de toda ciudad. Aquellos templos eran horizontales y extensos. Se accedía por el Sahn, un patio abierto donde los fieles se descalzaban y se aseaban en la fuente de las abluciones antes de entrar. El interior se alcanzaba por el Haram, la sala de oración con innumerables filas de columnas que desembocaban en el lugar santo, el Mihrab. Aquel era el nicho sagrado que guardaba las sagradas escrituras del Corán. Aquella arquitectura fastuosa, con arcos de herradura y relieves geométricos que recordaban a Cristóbal los que tenía su gran torre de la catedral y el patio de Sevilla, que fueron lo mismo en origen que ahora veía en aquellos lares.

La ciudad gozaba de numerosos mercados menores, los zocos, donde se podía encontrar casi de todo. Las callejuelas estrechas conducían al corazón de la urbe. Cerca de la mezquita se hallaba la alhóndiga, compuesta por una especie de recintos para almacenar, y el gran zoco, repleto de comerciantes y transeúntes que salpicaban aquel decorado donde abundaba el ladrillo y las casas horizontales amontonadas entre sí en callejones que dibujaban revueltas permanentes. A Cristóbal le recordaba la antigua judería sevillana y los rincones que tanto transitó durante aquel tórrido verano de amor. Y la luna tunecina, parecía entonces más grande que la sevillana,

haciendo vulnerable su corazón, que a menudo olvidaba el soldado que llevaba puesto encima. El olor penetrante de las especias envolvía el aire de aquellos puestos repletos de frutas, dátiles o calzados. Reparó en un puesto de vasijas cerámicas que llevaron su mente a los años de su infancia y adolescencia en los alrededores de la catedral. Aquel anciano de tez morena y cara arrugada como una pasa le ofrecía piezas, pero el soldado se había quedado prendado de una muchacha que le acompañaba en el puesto. Su corazón latía de forma acelerada mientras la miraba de forma descarada. Aquel pelo negro rizado y aquellos ojos penetrantes miraban al puesto, ruborizados por la insolencia de aquel joven, sorprendido por el parecido con su llorada amada. El padre seguía hablando en árabe sin que Cristóbal entendiera nada. Sostenía una vasija de arcilla rojiza, cuya mitad superior había vidriado en verde. La muchacha a veces levantaba la vista hasta toparse con los ojos de aquel cristiano insolente. Nerviosa, se puso a ordenar el puesto mientras su padre le ofrecía diversas piezas. Los rizos acariciaban aquellos labios dibujados y sus gráciles dedos trataban de acomodarlos en su sitio de nuevo. El soldado compró una sin saber muy bien el precio ni lo que decía. Su sentido común tiró de las riendas de aquel caballo desbocado que habitaba en su interior, y calmó el arrebato que bullía en el viejo caldero de su corazón. Se marchó con los remordimientos de haber vuelto a desear a una joven hermosa. Sentía que de nuevo traicionaba la memoria de aquella princesa a la que su mal juicio enterró.

Los días pasaron y los rumores crecían. Los mandos hablaban de una partida. Don Juan había sido nombrado vicario general en Italia para aplacar quizá la insistencia del papado en hacerlo rey, esta vez de Túnez. Su hermano quería premiar su encomiable servicio dándole atribuciones en un territorio mayor. Por medio, comenzaron a cruzarse personajes oscuros como el secretario del rey, Antonio Pérez. Hombre de ambición desmedida y turbio proceder, que sirvió de nexo y comunicación entre ambos, evitando la entrevista directa, como quería don Juan. El secretario se carteaba con el hijo pequeño del emperador y jugaba sus cartas, quizá buscando una enemistad que le lucrase. A medida que la figura del héroe de Lepanto crecía, aumentaban los rumores sobre él. Pronto tuvo otro interés... Inglaterra. Su posible boda con la católica María Estuardo, mujer sumida en tramas continuas por el papado y Escocia, alentaba una invasión cristiana contra el protestantismo de Isabel. Sin embargo, la prudencia del rey frenaba cualquier empresa. Lo cierto es que en medio de continuas tramas políticas, aquellos soldados abandonaron las costas tunecinas con dirección a Italia, donde se siguió escribiendo la historia...

El camino español

El muchacho esperaba ojo avizor entre la calle y aquel patio. Las mariposas del estómago le susurraban deseo por aquella joven de pelo azabache, que era un escorzo andante. Los primeros flirteos meses atrás habían dado paso a los arrumacos y a los primeros besos húmedos. La bisoñez de la chica, que se sonrojaba al acercarse aquel avezado galán que la absorbía, era un aliciente más para él, cuyo fuego interior se desataba al verla. De repente, apareció. Con su habitual carrerita, salió de aquel corral. Volvía la cara constantemente con miedo a ser vista en compañía. Llegó hasta él frenando torpemente, mientras su hermosa sonrisa desarmaba a su rival, que le devolvía una mirada cómplice llena de lascivia. La chica se mordía los labios en silencio, mientras Cristóbal le tomaba sus suaves manos. Su pecho delataba nerviosismo, con una respiración que hacía levitar aquel hermoso talle, escudándose en el sofoco de la carrera. La noche, desprovista de nubes, servía de manto para aquellos amantes, que se perdieron por las angostas calles del arrabal.

—¿Adónde me llevas?

—Shhh... Te llevo a donde solo yo pueda contemplarte, sin tener que compartirtelo con las estrellas del cielo.

Aquel palacio de madera improvisado, era un viejo granero oculto en las tripas del arrabal. La chica dudó un poco, pero los ojos encendidos de ambos se devoraban sin tocarse. Se dejó llevar suavemente de la mano, mientras el corazón se agitaba en su pecho. Se abrazaron un rato.

—Os amo, señora. Estoy prendado de vuestra belleza hasta el extremo del dolor... Cuando estáis —prosiguió con la solemnidad en el hablar— junto a mí, me elevo por encima de estos viejos tejados y me sobra todo lo demás. La chica, ruborizada, entregó sus labios que se fundieron con los del amante en un largo y ardiente beso. Las caricias cubrieron los cuerpos mientras la respiración se agitaba de nuevo. La ropa empezó a caer, entregados uno al otro. Olvidaron la decencia y el recato que exigía matrimonio para consumir aquel amor, cuyo fuego interior se hizo fuerte a las normas. El hilo de luna que penetraba en aquel viejo cobertizo descubrió el hermoso cuerpo desnudo de aquella trianera, que dejó absorto al alfarero.

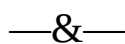
—Sois la criatura más hermosa que han visto mis ojos.

Los labios fueron copando el territorio anegado por las caricias. El roce con los pechos, erizaron su piel y aquellos rosados pezones que se entregaron al desenfreno de aquel mozo, que mordía el cuello de la venus morena entre jadeos. Sus labios bajaron a lugares más escarpados, mientras la chica se estremecía en una línea serpenteante. Sin prisa, el varón se puso encima, mientras buscaba el encuentro con los ojos de su amor, que brillaban de deseo. Las alambradas del pudor fueron cayendo hasta que ambos cuerpos se fundieron en uno solo. La penetración hizo

que la muchacha clavara los dedos en la espalda de su amante, mientras fueron acompasando entre suspiros y gemidos aquella unión. Las gotas de sudor salaban aquellos suaves besos, mientras la pasión los enlazaba como un nudo maestro. Sagrario se giró y se montó encima de Cristóbal, presa de la excitación. Con los ojos cerrados, se mordía los labios de placer, mientras inclinaba sus hermosas caderas. Los ojos de ambos se buscaban, mientras el amor galopaba por los callejones de la lujuria que envolvía aquellos cuerpos, como si fuese un ligero tul. Extasiados, el placer recorría todos los recovecos que sostenían los sótanos del alma, hasta llegar a la culminación de placer, que los dejó jadeantes bocarriba durante un rato. Se miraban y sonreían. Se agarraron de la mano, mientras Cristóbal con una dulce sonrisa, le retiraba briznas de paja que decoraban aquel pelo entre bromas cariñosas.

—Te quiero.

—Y yo a ti.



Los días envolvían de historia al ejército de don Juan. Nombrado vicario general en Italia, aquel intrépido soldado veía recompensada su valentía por su hermano el rey, que no podía retener aquel pozo desbordante de éxito, que engrandecía su imperio sin quebrar la lealtad debida. Las tropas del Austria, pasarían largos meses pacificando las disputas entre ciudades tirando de diplomacia, donde don Juan se entregaría al amor, mientras sus hombres relajaban de igual forma su ardor guerrero. Los mares que bañaban las costas africanas y orientales eran sin duda lugares más peligrosos que aquellos dominios, donde el clima y el arte susurraban cosas extrañas en los oídos de los soldados. Nápoles se convertiría en el nido de amor del héroe de Lepanto, que pasó dos inviernos junto al calor de bellas mujeres.

Cristóbal, entregado de por vida a la causa de don Juan, permanecía cerca de su capitán, que lo tenía en alta estima. Los protagonistas de Lepanto confiaban solo en los suyos, y la mayor de las batallas era la carta de confianza que había marcado a la mayoría de los soldados. Todos los que habían llegado después de aquella hazaña no encontraban los mismos favores que los hombres del golfo de Lepanto.

El rey lo mantenía tranquilo en Italia, sabedor del ardor guerrero de su hermano. Sabía que su cabeza no se contentaba con lo hecho hasta entonces, y los cantos de sirena le hacían hilvanar nuevos retos casi imposibles para la corona. El nuevo objetivo era invadir Inglaterra. La mayor nación de Europa y el papa no podían permitir que la herejía protestante campase a sus anchas. Don Juan no sabía de miedos ni techos. Se movía por honor y entregaba su alma en el envite. De igual modo se movía en el amor. Apasionado y enamorado, frecuentó bellísimas mujeres en su estancia en Nápoles. Los rumores de haber dejado embarazadas y abandonadas a varias jóvenes, empezaron a acarrearle una aureola de amante fatal. Sedujo a la esposa del gobernador militar de Nápoles y la convirtió en su amante. El escándalo se paseaba delante de los ojos de los presentes, sin importarle lo más mínimo al joven guerrero, que vivía la vida al límite de su sabor.

Cristóbal, por su parte, estuvo feliz durante aquellos años por toda Italia. Los continuos viajes del vicario español le ayudaron a conocer todo el increíble arte que guardaban los palacios e iglesias italianas. Solo su afición al buen vino lo desviaba del alimento espiritual que para él suponía contemplar obras de Miguel Ángel o de Leonardo. A menudo incluso pintaba cuadros y frecuentaba escuelas artísticas. El Saco de Roma había dispersado el arte de la Ciudad Eterna en

tiempos del emperador, y ahora el manierismo anunciaba un estilo más retorcido, que bebía de las formas del genio florentino, cuyos pinceles le habían seducido al conocerlos en aquella cerrada capilla de San Pedro. Sin embargo, su estancia en Venecia le haría descubrir el arte con una nueva dimensión. Aquella ciudad volcada al mar poseía un encanto casi mágico. La Serenísima era sin duda el mayor foco artístico de Europa. Los artistas venecianos respiraban luz y color en sus pinturas, que gozaban de una vitalidad nunca vista. Sus ojos tuvieron la oportunidad de contemplar las obras maestras que glorificaban aquella urbe. Aquellos enormes lienzos respiraban maestría. *Las Bodas de Caná* de Veronés, era un espectáculo a la vista. Medía casi siete por nueve varas y descubría una creativa escena donde Veronés se había autorretratado con el propio Tiziano, el gran padre de la pintura veneciana. Aquel colorido que sustituía al dibujo, aquellas arquitecturas colosales que daban lujo y profundidad a la composición, hicieron que al trianero le pareciese sencillo todo lo visto hasta entonces. Algo parecido le ocurrió al visitar la Scuola Grande di San Rocco, donde quedó boquiabierto con una Crucifixión pintada sobre una década antes, donde otro genio, Tintoretto, mostraba una abigarrada profusión de personajes y un derroche de creatividad que se unía a una fuerza expresiva con unas tonalidades graves, reforzadas por el colorido tan vivo de aquellos pintores.

Cristóbal pensaba entonces que había valido la pena volver al ejército. Jamás pensó poder contemplar aquellas pinturas, impensables en su infancia. Aquellos teleros gigantes poseían tal cantidad de personajes que le hacían pensar cómo podrían pintar tan rápido y con tanta maestría.

Pero no marchó de Venecia sin que la divina providencia lo enfrentase a los cuadros del gran maestro de la pintura. Había oído hablar de Tiziano Vecellio, y de que era el pintor favorito del emperador y de su hijo, el rey católico de España. Tenía curiosidad de conocer su pintura y se adentró con dificultad en el foco del artista dentro de su ciudad. Tiziano nunca abandonó Venecia del todo. Los encargos del emperador le tuvieron fuera durante mucho tiempo, pero la edad y el deseo del pintor consagrado de permanecer en su tierra le permitieron pintar para los reyes a distancia, enviando con presteza las obras. Tuvo la oportunidad de conocerlo en vida, cuando el maestro aplicaba sus últimas pinceladas a una brillante carrera que le había ocasionado encargos de todas las grandes cortes europeas. Un escritor llamado Aretino, conocido en Venecia y amigo de Tiziano, frecuentaba la corte y los ambientes palaciegos. Aquel hombre manejaba el foco cultural en la ciudad de San Marcos y se codeaba con los diferentes cargos políticos y militares. Cristóbal, aprovechando su cercanía a don Juan, fue tirando del hilo de una madeja que lo llevó al pintor de Pieve di Cadore. Visitó primero el convento de Santa María de Frari, donde quedó perplejo ante la Asunción de la Virgen que albergaba. Aquella obra de colorido sorprendente donde no se apreciaba el dibujo, sino el color. La línea dormía bajo la vida que dotaba a aquella ascensión a los cielos de la Virgen, de un realismo desconcertante. La pintura llevada al extremo. El juicio de Miguel Ángel le parecía ahora dibujos comparada con aquella muestra de poderío artístico. Tan impresionado quedó con las obras del maestro que preguntó y pateó Venecia viendo cuadros. En una casa noble tuvo la oportunidad de contemplar una Venus dormida que lo sobrecogió aún más. Un desnudo femenino completo, algo impensable a los ojos del populacho, que seguía la moral dictada por la Iglesia y la Inquisición como brazo ejecutor. Aquel desnudo, que decían que pintó de joven junto a su maestro Giorgione, era una delicia para los sentidos. La delicadeza de sus formas, la belleza de la joven en comunión con el paisaje, le transportó el espíritu fuera de su mediocridad artística. Se acordaba de su maestro, Augusta. Le hubiese gustado contemplar aquellas obras con él.

Prendado del arte de Tiziano, no paró hasta conocerlo. Era un anciano que acariciaba los noventa años y seguía pintando en su taller. De buen carácter, gracias a Aretino de nuevo, le permitió entrar unos minutos, a pesar de su enorme fama e importancia, lo que le convertía en una persona humilde y afable. Sus manos temblorosas ya no eran a buen seguro las que habían pintado aquellas obras, y se ayudaba de un palo para sujetar el traicionero pulso, mientras encogía los ojos, que denotaban ya un desgaste propio de la edad. Una larga barba blanca escondía un rostro enjuto y alargado, ajado por el paso del tiempo. Aquel achacoso hombre era una leyenda andante, y Cristóbal estaba emocionado por haber compartido aquellos entrañables instantes dentro de su taller, sabedor del poco tiempo que le quedaba.

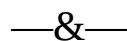
Al salir de allí se tuvo que secar los ojos de la emoción y de los recuerdos que venían a su mente del taller de su padre y del tiempo que pasó en Valencia. Unos meses después, la peste asolaría de nuevo la ciudad de Venecia, llevándose consigo al mayor de sus artistas.

Pasó los meses por Italia casi ocioso. Las noches le hacían perderse por las viejas calles empedradas, mezclándose con los aromas de aquellas ciudades. A veces, el vino lo llevaba a burdeles, donde buscaba entre las jóvenes siempre caras parecidas que le traían recuerdos. Fornicaba de forma automática, como un animal que cubría sus instintos más primarios. Aquel corazón se había secado de por vida, y no aspiraba a hallar ningún otro amor. La losa que portaba aquel hombre sobre sus hombros parecía sacada de las canteras de Carrara.

A menudo recibía correo y se encendían sus sentimientos más profundos, los de su familia. Su hermana Luisa era feliz junto al buen Darío, y habían traído descendencia por segunda vez. Aquellas letras de tinta sobre un arrugado papel hacían palpar el corazón de aquel soldado, recordando otra época en la que amó con fruición. La felicidad de su familia, de la que quedaba viva, calmaba el pensamiento en su otra familia, la que ya no estaba. Se acariciaba la barba mientras leía. Las cicatrices del rostro dibujaban ríos secos que se humedecían ante aquel torrente de bendiciones que llegaba de su ciudad. Sabiamente, había decidido no volver jamás. Las heridas se habían abierto de nuevo por su causa en Sevilla, y era momento de no mover ni una hoja de la vida de la gente a la que quería. Era justo que portase él ahora el sambenito de la distancia, por el bien de todos.

Pero la rueda de su azarosa vida seguía girando como la gruesa piedra de una almazara, y pronto le haría embarcarse en otra aventura. Don Juan se hacía poderoso y empezaba a desobedecer a su hermano. El año anterior se había plantado sin previo aviso en la corte de Madrid, exigiendo más fondos para la campaña que mantenía en el Mediterráneo. El rey, que había firmado una tregua con el sultán y tenía un problema creciente en los Países Bajos, rechazó sus peticiones y lo obligó a seguir unos meses en el norte de Italia.

Los levantamientos protestantes en los Países Bajos, con asalto a iglesias y destrucción de imágenes por los calvinistas, ya hicieron al rey en los años anteriores enviar al implacable duque de Alba, que impuso el orden con el Tribunal de los Tumultos, donde se reducía a los rebeldes. Muchas ciudades como Utrecht se rebelaron, negándose a pagar el diezmo, expandiendo las revueltas, mientras el duque respondía a sangre y fuego contra sus enemigos. El rey acabó sustituyéndolo en 1573 por Luis de Requesens, más partidario de la negociación y menos de la fuerza. Pero tres años después, Requesens acaba de fallecer, y el rebelde Guillermo de Orange aviva una rebelión que hace peligrar la posesión de aquellos territorios. El rey debe nombrar urgentemente otro gobernador para los Países Bajos y no hay un candidato mejor que su hermano, don Juan. Pero el nuevo gobernador está dispuesto a seguir echándole un pulso, ya que su ambición tenía marcada a Inglaterra entre ceja y ceja.



—Decidme, tengo interés por conocer la vida que llevaba nuestro héroe en la ciudad de las Indias.

—Mi señor, mi vida giró desde pequeño en torno a la arcilla que trabajaba mi familia. Mi padre y mi hermano, que Dios los tenga en su gloria, administraban un taller de alfarería donde yo ayudaba torpemente.

—Entonces vos eráis un artesano al que la providencia divina tenía reservado una gesta para la posteridad...

—Con el respeto que me merece mi señor, y toda su armada, debo decir que cambiaría cualquier gloria pasada por oír de nuevo la voz de mis seres queridos. Ellos murieron por mi debilidad por las mujeres, siendo los mejores hombres que mis ojos han visto, sufrieron un tormento inhumano.

—Las mujeres son las criaturas más hermosas de la naturaleza, buen Cristóbal. Pero jamás debes permitir que te nublen el juicio. Un hombre debe amar con la misma presteza con la que renuncia a alguien. Creo que sois cruel con vos mismo. Si algo se desprende de vuestro sincero relato —algo que un soldado sabe de otro soldado—, es que las penurias de vuestro linaje fueron injustificadas y dolosas en extremo. Mas Dios misericordioso nos compensa con otros parabienes las afrentas del camino.

—Mi señor. Vuestra alteza...

—Llamadme capitán. Bien sabéis que mi linaje me niega la honra de la nobleza por mi ascendencia materna. Y además, huelga decir que los soldados que han sangrado juntos, tienen licencia para hablar sin tantas zarandajas...

—Mi señor, mi capitán. A pesar de que tengamos edades parecidas, debéis saber de mis labios la alta estima en la que os tienen vuestros soldados, siendo yo el primero, por haber recibido agasajos inmerecidos para un pobre hombre del arrabal de Sevilla, como soy. Jamás en mis días conocí a un señor tan bravo en la batalla como lo sois vos. Vuestro rostro ensangrentado, espada en mano en aquel barco infernal, estará en un lugar de mi memoria hasta el fin de mis días. Mas huelga deciros que cambiaría toda la gloria pasada por haber seguido en mi arrabal junto a mi hermano Alonso, que tiene un hijo que no recuerda a su padre.

Aquel capitán hispano, amado por los suyos y temido por los demás, sonreía mientras le agarraba el antebrazo de forma afectuosa a su soldado. El trianero aún se movía inquieto dentro de aquel carruaje monótono que se dirigía al alcázar de los Austrias en Madrid, la nueva capital desde que el rey católico lo designase en 1561, haciendo justicia al deseo del emperador, su padre, que fue el iniciador de las reformas del viejo alcázar para convertirlo en futura residencia real. El largo viaje por mar le trajo la inesperada sorpresa de la invitación de don Juan para departir en su carruaje, y conocer mejor al verdugo que dio fin a la vida del capitán enemigo.

—¿Puedo preguntaros algo, capitán? Todos los soldados comentan la noticia de vuestro nombramiento como gobernador de los Países Bajos. Sin embargo —continuó Cristóbal, mientras un breve silencio se impregnaba de la sonrisa de don Juan, que asentía divertido por la confusión de su soldado—, estamos llegando a Madrid...

—Y vos os preguntáis por qué vamos en dirección opuesta a nuestra nueva plaza. Pues

sabed, mi buen amigo, que los hombres deben tensar su arco y apretar la empuñadura de su espada cuando la situación lo requiera. La ambición es buena cuando la intención también lo es.

—No entiendo bien, mi señor...

—Inglaterra. Quiero que nuestro rey nos deje la puerta abierta, que nos dé su palabra, que dispondremos de los fondos y los hombres necesarios para acabar con los enemigos de nuestra fe, y no nos obligue a permanecer en Flandes hasta hacernos viejos. Quiero oírlo de sus labios, y entonces, pacificaremos aquel lodazal del norte.

—Mi capitán, mi espada está a vuestro servicio. Vos me librasteis de una infecta prisión, alargando mis días, que entrego a vuestra causa, que es la mía.

—Os quiero cerca de vuestro capitán siempre, buen Cristóbal. Corren tiempos peligrosos para desaprovechar los corazones valientes y nobles. Cuando lleguemos al alcázar de nuestro rey es probable que os necesite para alguna misión, así que os mantendré dentro de mi séquito más cercano y seréis nombrado coronel, siendo oficial de vuestras compañías.

Aquel artista-soldado no daba crédito a lo que oía. Coronel, el palacio del rey... las manos le sudaban de verse en aquellas empresas tan grandes para su escasa ambición. Volvió con los soldados y disfrutó los caminos polvorientos de aquellos benditos reinos, mientras sus pensamientos seguían en aquel hermoso carruaje. La mente de aquel joven era tan lúcida como su espada. Un hombre digno de ceñir en sus sienes la corona de Inglaterra o cualquier otra. La invasión católica de Inglaterra era otra guerra de religión donde aquel paladín de Castilla prometía episodios gloriosos.

En unas jornadas avistaron el alcázar. El puente segoviano sobre el Manzanares daba paso a aquel edificio con torreones y techumbres de pizarra en las esquinas, cuya estructura irregular se había levantado sobre un antiguo edificio musulmán, del que había heredado el nombre de alcázar. El aspecto de castillo medieval se había suavizado desde los tiempos del emperador con numerosas obras en fachada y dependencias interiores, ampliando el edificio con un nuevo patio. El rey Felipe había construido la torre dorada en uno de sus flancos, embelleciendo el edificio acorde a los nuevos tiempos. El tejado cónico rematada una arquitectura de gusto flamenco que también se utilizaría en el nuevo palacio-monasterio que el rey estaba construyendo en la sierra de Madrid, San Lorenzo del Escorial. La planta del edificio se organizaba en torno a dos grandes patios: el más antiguo era el del rey, de ascendencia medieval. La llegada de los Austrias permitió la ampliación del recinto, con el patio de la Reina, separado del anterior por la Capilla Real. Los elementos cerámicos en los zócalos y las olambrillas de las baldosas de barro mostraban el gusto de la monarquía hispánica por la tradición decorativa andalusí, que había originado un arte peninsular muy peculiar, el mudéjar. Pero durante las últimas décadas, el gusto europeo de la nueva dinastía y la llegada de las formas renacentistas hacían que las construcciones fueran mucho más monumentales y sobrias en lo decorativo.

Cristóbal iba en la comitiva militar que acompañaba al hermano del rey por aquellos pasillos. El silencio del trayecto se ensombrecía con el ruido de las pisadas y el soniquete de las armas, los petos y el utillaje de la soldadesca. El trianero llevaba los ojos como platos mirando fugazmente obras de arte que aparecían y desaparecían en un instante ante sus ojos. Trataba de no parecer indecoroso, pero su cabeza se giraba y andaba a trompicones. Había visto un retrato del emperador con armadura a caballo que lo había dejado sin aliento. Llegaron a un salón muy grande donde colgaban cuadros de Tiziano alusivos a los Doce Césares. Cristóbal no podía despegar los ojos de las paredes, hasta el punto de que no se percató de quién estaba en la estancia cuando todos se inclinaron. Un soldado de la guardia personal de don Juan le tiró de la

manga del jubón y el sevillano desconcertado, giró la cabeza. Allí estaba el rey católico sentado junto a una ventana. Se puso en pie y abrazó a su hermano. De altura parecida, se notaba la diferencia de edad. Aquel hombre de cabellos y ojos claros, estaba notablemente envejecido respecto a los retratos que había podido reconocer en sus viajes. La barbilla avanzaba respecto a la boca, poblada con una cuidada barba rubia, atenazada por unas pinceladas de canas en el mentón. De negro riguroso, solo las gorgueras y las mangas alechugadas, daban una nota de claridad en tan sobria indumentaria. Los males de su familia, en especial la muerte de su hijo ocho años antes, habían hecho mella en su carácter, mientras sus enemigos festejaban el ardid de la leyenda negra española.

Tras los parabienes y los medidos gestos de cariño, aquellos hombres de estado volvieron al papel de gobernantes. La conversación se volvió privada y la comitiva abandonó la estancia, salvo el secretario de don Juan, Escobedo, impuesto unos meses antes por el rey y su siniestro secretario, Antonio Pérez, para vigilar los movimientos del glorioso capitán que venció en Lepanto.

Cristóbal paseaba por aquellos pasillos con la licencia que otorgaba pertenecer al nuevo círculo cerrado que protegía al paladín de los mares. Observaba los azulejos, analizando los antiguos —geométricos de tradición andalusí—, y los nuevos —que buscaban los candelieris y las formas italianas—. Miraba las paredes sin ser capaz de descifrar cuantos cuadros llevaba vistos. Reparó en un bello retrato de un matrimonio en una habitación. En el marco, había una inscripción que decía: “Mira lo que prometes: ¿qué sacrificio hay en tus promesas? En promesas, cualquiera puede ser rico”.

El cuadro era un derroche de colorido y perfección. Era una alegoría de la fidelidad y lo sagrado del matrimonio. Además, la esposa, con intenso vestido verde lleno de detalles, estaba en estado de buena esperanza. Una ventana al fondo iluminaba la estancia, cuyas texturas contrastaban de forma extraordinaria. La lámpara metálica, la madera del suelo donde las líneas buscaban el fondo de la estancia dándole profundidad, desembocando en un espejo que mostraba el reflejo de los esposos, en un conjunto de admirable factura, firmado por Jan van Eyck, maestro flamenco que pintaba al óleo sobre tabla, y que dejó su huella con una frase: *Johannes de Eyck fuit hic 1434*.

Absorto en los placeres del arte que inundaba aquel alcázar, fue sorprendido de nuevo. Esta vez, el propio don Juan apareció por un pasillo masticando frases a su secretario y ayudantes de la burocracia de estado.

—¡Nos vamos, señores! Sepan vuestas mercedes que no tenemos prisa en abandonar Madrid. Quizá su majestad pensó que iba a tratar con aquel niño al que mandó a las Alpujarras.

Visiblemente contrariado, la comitiva abandonó el palacio del rey y tal como había anunciado, se asentó los siguientes meses en aquella novel capital del reino. El rey no había aceptado las condiciones, aunque estaba dispuesto a seguir dialogando, siempre y cuando pacificara los difíciles Países Bajos. La fidelidad de don Juan a su hermano estaba fuera de toda duda, aunque la presencia del oscuro secretario del rey pronto empezaría a levantar un muro entre ambos.

Aquel guerrero épico se encontró consigo mismo aquellos meses. Trató de reeditar sus días de Nápoles, donde amparado por su fama y su aspecto apuesto, se convirtió en azote de las mujeres, que caían rendidas ante aquel Adonis de la realeza. Tras Lepanto, había dado rienda suelta a los placeres y no tenía reparos en merodear episodios lujuriosos y cuitas amoratorias. Los placeres de la carne se convirtieron para aquel hombre en un pasatiempo que lo distraía de sus

labores de estado y su deber de soldado. Era una especie de príncipe romano alejado de la recia moral de Castilla. Pasó mucho tiempo con su amigo y sobrino Alejandro Farnesio, que también había sangrado en Lepanto junto a él. Desde niños, la vida los había unido. Primero estudiando en la universidad de Alcalá de Henares, junto al príncipe y heredero, Carlos. Era hijo de la hija ilegítima del emperador, Margarita de Parma y de Octavio Farnesio, por lo que descendía de un papa y un emperador.

En Madrid visitó a Magdalena de Ulloa, la mujer que lo había criado y educado al llegar a España por orden de su padre, el emperador, cuando aún se llamaba Jerónimo. El joven recibió en aquella etapa, ligado al ayudante de cámara, Luis de Quijada y su mencionada esposa, doña Magdalena, que se encargaron de su formación, tras unos años donde estuvo encomendado a otra familia más humilde en Leganés. Pero el emperador, que no se olvidaba de aquel niño, decidió darle una educación conveniente con alguien de confianza, sin revelar eso sí, la identidad del muchacho. En sus últimos años en Yuste lo recibía como paje de Magdalena de Ulloa para no reconocer sus deslices. El propio rey no supo de su existencia hasta alcanzar el trono, por labios de su padre. Pero al saberlo en tan alta estima del emperador, lo reconocería como hermano y lo haría público durante una cacería unos años más tarde.

Don Juan había tenido una niña en un episodio amoroso años atrás con María de Mendoza, sobrina de la princesa de Éboli, estando al cuidado de su aya, Magdalena de Ulloa. Estuvo esos meses visitando a su hija y enzarzado en numerosas fiestas y cacerías, que dilataron su partida. Se entrevistó en diversas ocasiones con su hermano en El Escorial, donde el rey pasaba largo tiempo supervisando su construcción, levantándose en aquellos años la basílica.

Aquella ciudad se había multiplicado desde que el rey la designase capital en 1561. En aquellos años, su población rondaba los 45.000 habitantes, en un crecimiento tan rápido que hizo necesario derribar las murallas medievales de la ciudad. Como la presencia del río Manzanares limitaba y escarpaba el terreno por el oeste, la urbe fue expandiéndose hacia el este sin orden ni concierto, a pesar de que Juan Bautista de Toledo fue nombrado por el rey para el ordenamiento urbanístico de la nueva capital. Las calles irregulares y mal pavimentadas denotaban la escasez de medios con la que se contaban, dado que las guerras y las empresas exteriores agotaban los recursos. En aquel enjambre de vida se movía Cristóbal y su soldadesca. Esperando la partida, que llegó en octubre, cuando don Juan quedó satisfecho con las promesas del rey y decidió marchar a Flandes.

El invierno de Alejandro Magno

—Pasad.

Aquel niño rubio no terminaba de entrar en aquella enorme sala. Una chimenea encendida rompía la tenue penumbra, otorgando luz a los detalles, que brillaban en aquellas baldosas de barro cocido sobre las que reposaban algunas alfombras. La decoración de los muros era austera, conforme al monasterio en el que se encontraban. Dos hermosos lienzos de Tiziano sobresalían en aquellas viejas paredes, un eccehomo y una dolorosa, traídos de la corte madrileña por el emperador para su contemplación piadosa en el retiro de Yuste. Aquello era casi el único patrimonio que se había llevado. Cuadros de su Apeles particular, su fiel pintor que tanta gloria inmortalizó en sus grandes años, y cuyo arte necesitaba disfrutar en su final.

Sentado en un sillón frailer, reposaba sus recuerdos ataviado con una manta y la compañía de un perro. Demacrado y achacoso, aquel hombre era una sombra del hombre que dominó el mundo años atrás y apareció a caballo en Mühlberg. A pesar de tener 57 años, su gota severa desde la juventud lo había lisiado y lo mantenía postrado la mayor parte del tiempo.

Aquella fría mañana era especial. Sentado junto a la ventana donde pasaba las horas meditabundo contemplando los árboles del jardín, iba a conocer a un enigmático joven que había estado oculto a los ojos de todos durante años. Rodeado de frailes y nobles que no quisieron faltar al momento, el chico entró ataviado con elegantes ropajes azules de seda, dispuestos por Magdalena Ulloa. Jubón estampado, pantalones greguescos y chapines lo distinguían, acorde a su sangre. Aquel hijo bastardo del emperador iba a conocer a su verdadero padre y su corazón latía con fuerza, más fruto del miedo que de la emoción. Un nuevo gesto con la mano del emperador, que había girado levemente la cabeza, fue la señal definitiva para ingresar en aquella estancia. Con pasos cortos, se mantuvo a una distancia prudencial, haciendo una reverencia formal mientras era presentado como don Juan de Austria por primera vez en público. Tras las formalidades, el emperador dispuso quedarse a solas con su hijo, dando rienda suelta a su emoción.

—Acercaos, no temáis.

La luz incidía en aquel bello rostro, escrutado a fondo por el viejo monarca, que encogía los ojos para reparar en las facciones del muchacho.

—Sí, gozáis de la cara de vuestra madre. Mi bella Bárbara... cuantas veces he oído su risa en estos fríos muros... Decidme, ¿sabéis quién soy yo?

—Sí, mi señor. Vos sois nuestro emperador.

—¿Solo eso os han contado?

—No, mi señor, Dios me agració dándome un padre que desmerece mis méritos.

Carlos V sonreía debajo de aquellas barbas canosas, delatando su peculiar prognatismo en la mandíbula. En una muestra de cariño impropia, lo cogió de la mano y lo abrazó, mientras el niño, confuso, se mantuvo lo más decoroso posible en su porte. Aquel día conversaron poco. Casi todo formalidades. Pero al emperador le agradó mucho el muchacho y pronto le tomó el cariño del hijo que era realmente. Las visitas del joven se hicieron asiduas, y aquel hombre encontró consuelo y compañía en sus últimos días.

—Decidme, majestad. ¿Cómo era el ejército turco?

—Ya os he dicho que podéis llamadme padre, ya que es honra para mí mereceros, más cuando no tengo ministros y secretarios de gobierno que me frenen como entonces.

—Decidme, padre... —insistía el joven, cuyo ardor guerrero corría por aquella sangre de reyes, mientras el hombre sentado junto a la ventana miraba al cielo esbozando una leve sonrisa casi de acuarela.

—Solimán el Magnífico. Sabed, hijo mío, que en pocas ocasiones se encuentran guerreros con ese arrojo y pericia en la guerra. Tuvo en jaque a media Europa y al propio papa. Estuvo a las puertas de Viena... tuve que ir con todo... mis bravos tercios lo detuvieron. Aquellos años, mantuvimos la civilización cristiana a flote... ¿y cómo me lo pagaron? Con traición.

—¿Y cómo es eso, padre?

—Francia y el papa. Enemigos constantes, aduladores que apuñalan por la espalda. Los franceses siempre contra nuestra causa. El papado, vendido como vulgar ramera al mejor postor, amparándose blasfemamente en el nombre de Nuestro Señor. A los franceses los humillamos en Pavía. ¿Sabéis que el rey de Francia, Francisco fue capturado y encerrado en España varios años? Lo liberamos porque, hijo mío, la política y la guerra van de la mano, y siempre nos rodean malhechores.

—¿Y es cierto que arrasamos Roma?

—Bueno —dijo el emperador torciendo el gesto, tratando de hilvanar la historia para los oídos del infante—, como os dije, muchacho, el papa nos traicionó. Después de años defendiendo nuestra fe de los infieles mientras Francia se aliaba con los turcos cuando le interesaba, el imperio español dilapidaba el oro y la plata americana en defender la fe de Cristo. Pero el papa, lejos de agradecer el esfuerzo que a veces nos hacía quebrar las arcas y dejar a los soldados sin paga, se aliaba contra el imperio para evitar nuestra incursión por Italia. En 1527 utilizamos nuestras fuerzas contra aquella maldita liga que se inventaron frente la mano que los mantenía a flote.

—¿Se refiere su majestad a...?

—A la nuestra, buen Juan. Nos pagaron con traición y devolvimos con fuego. Si bien los soldados, que muchos eran extranjeros, aprovecharon el ardid para socavar las órdenes y sacar tajada de la ciudad. No creas que fue grato. Los tercios españoles nunca atacarían un lugar santo. Fueron más bien los mercenarios protestantes que se alistaron en la contienda, pero me hizo pasar muchas noches en vela.

—Padre... ¿Y en Flandes? Yo nací cerca de allí y desconozco...

—Vos nacisteis en Ratisbona, querido e inquieto muchacho. Si como espero llegáis a cardenal, os vendrá muy bien conocer las guerras y la política de aquellos años...

—¿Cardenal? Perdonadme, padre, pero yo no quiero ser un cura.

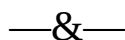
—¿Ah no? —apuntó el emperador divertido, sabedor del ardor guerrero que bullía en el pecho de aquel muchacho—. ¿Y entonces? Decidme, ¿qué mala ventura debo esperar de esos tristes huesos?

—Yo quiero ser un soldado. Como lo fue mi padre, como el gran duque de Alba o el Gran Capitán antes que él.

El emperador soltaba carcajadas, satisfecho con el arrojo de aquel muchacho, que pasaba horas en su regazo escuchando sus historias junto a la chimenea.

—Estáis en lo cierto, muchacho. Grande es mi buen duque. Su valentía y su habilidad en el arte de la guerra nos hizo derrotar a los enemigos en Mühlberg. Si bien, muchacho, aquella sangre derramada fue en vano. Los traidores a Cristo se unieron a los infieles y resurgieron contra nosotros. Tuvimos que firmar la paz no ha más de unos meses, para evitar más herejes en aquellas tierras. Nuestro bravo duque, está ahora en otras lides —continuaba el postrado monarca, al que el dolor visitaba con frecuencia y le hacía hablar con dificultad—, en Italia, defendiendo nuestra bandera de nuestros enemigos. Si bien, muchacho, debéis saber que nunca se acabará. Los rebeldes surgen como las setas por todos los rincones.

De nuevo el brote se hacía agudo y las muecas de dolor delataban el azote de la gota que hacía gruñir a aquel bravo soldado mientras luchaba sus últimas batallas tratando de agarrarse a una vida que se le escapaba como la arena entre los dedos. Un beso en la frente del pequeño Juan era la despedida de aquel regio enfermo, que se apoyaba en varios frailes para llegar a su cama.



La noche empezó a abrazar a aquella escueta comitiva que cruzaba Francia, encabezada por Octavio Gonzaga, noble italiano que viajaba a Flandes por negocios personales. Entre sus criados, viajaba un hombre peculiar de aspecto morisco, que evitaba bajo un disfraz de mozo de cuerda ser reconocido como el héroe de Lepanto y nuevo gobernador de los Países Bajos. La situación en el norte no dejaba de empeorar. A la actitud de los rebeldes se unían los disturbios que ocasionaban los propios tercios españoles, que se mantenían a la espera de órdenes y de la paga que no llegaba, a algunos desde hacía más de dos años. Un tiempo antes, el reino donde no se ponía el sol había sufrido su segunda bancarrota que dejaría al estado sin recursos para costear a sus soldados.

En unos días tensos cruzando Francia, con el miedo de levantar sospechas y ser reconocidos, alcanzaron Luxemburgo. Allí, don Juan se pudo librar del disfraz, dentro de aquella provincia leal a la corona española. Se encontró de forma emotiva con su madre, Bárbara Blomberg. Aquella mujer, que pasaba de los cincuenta, conservaba una belleza prodigiosa y una figura envidiable. Cristóbal pensó al verla que de joven a buen seguro cautivaría al emperador y a cualquier mozo en quien posase sus ojos. De cabello rubio y ojos penetrantes, mostraba bastante parecido con su hijo, que había heredado de ella la belleza y el buen talle. Sin embargo, la hermosa viuda, que disfrutaba de aquella condición desde hacía algunos años, tenía fama de alternar con numerosos amantes que cubrían su deseo y alegría de vivir. El duque de Alba había alertado a don Juan de ello, y en el primer encuentro ya trató de convencerla para que marchase a España a vivir. La situación en aquellas tierras empeoraba por momentos. Sin mucho convencimiento, su madre acabaría por aceptar el deseo de su hijo, y finalmente marchó a tierra extranjera, donde sería conocida como madame Bárbara entre el populacho, siendo acogida por la fiel Magdalena de Ulloa.

Pero aquel bravo príncipe militar se dirigía a una ratonera que amenazaba con devorarlo. El intrigante secretario real estrechaba su cerco sobre él y sus próximos haciendo de correo entre el

rey y su hermano mientras iba envenenando las relaciones buscando más poder en el envite. Su doble juego consistía en entablar amistad con don Juan, animándolo a confiar en él, desobedecer al rey y conseguir su confianza. En la corte de Madrid trasladaba la idea de conspiración del héroe de Lepanto, calumniándolo con las intenciones de derrocar al propio rey del trono, henchido por sus victorias militares.

La situación en Flandes era preocupante. Cuando el nuevo gobernador llegó, tuvo que permanecer en Luxemburgo porque la rebelión se había desatado en las grandes ciudades. En Amberes se produjo una guerra abierta entre los bandos el mismo día que llegó don Juan. Veinte mil rebeldes entraron en la ciudad posicionándose, con la idea de asaltar el castillo defendido por las tropas españolas de Sancho Dávila. El tercio de Valdés en Aalst, amotinado y enfurecido por la cantidad de meses que llevaban abandonados a su suerte sin cobrar sus pagas, se dirigieron a la ciudad de Amberes para sofocar la rebelión de los protestantes holandeses. Tras cuatro días de marcha, hambrientos, ondeando estandartes de la Virgen María, evitando así usar los emblemas reales que no habían autorizado aquella acción militar, entraron a sangre y fuego en la ciudad, a pesar de ser muchos menos que los rebeldes. La bravura de los tercios hizo huir a los holandeses. Un reducto parapetado con mosquetes en el ayuntamiento mantuvo la honra hasta que los españoles incendiaron el edificio. Los días siguientes fueron un frenesí de aquella “furia española” que asoló la ciudad. Más de ocho mil muertos y un millar de casas destruidas hablan de la dimensión de la respuesta de los tercios a la acción enemiga. El clima político se enturbiaría en lo sucesivo y obligaría a don Juan a buscar la pacificación diplomática temporal para evitar desatar una guerra internacional y ser reconocido como gobernador de aquellos reinos. La rebelión general al mando de Guillermo de Orange amenazaba la nueva empresa del Austria, que tuvo que ganar tiempo ante la escasez de dinero proveniente de las exiguas arcas del estado, lo que le obligó a tirar de ingenio diplomático ante las huestes holandesas. Aislado en diversas fortificaciones, el poderío militar español se tambaleaba ante el acoso de los rebeldes, encendido tras el saqueo de Amberes.

Para ello, la pacificación de Gante le obligaría a aceptar la salida de los tercios de aquellas ciudades, como muestra de buena voluntad de diálogo, ante la creciente leyenda negra española que alimentaban los enemigos del rey católico. Parecía que con la retirada de tropas se esfumaba la posibilidad de invadir Inglaterra, el sueño más íntimo de don Juan de Austria. Pero el Edicto Perpetuo, que formalizaba la salida de las tropas hacia Italia, era una maniobra para ganar tiempo. Aquel bravo soldado se mostró a los ojos de los suyos como un estratega político envidiable. Entró en Bruselas a caballo como el pacificador de los Países Bajos de forma triunfal, mientras en secreto planeaba en pocos meses reunir con el apoyo del papa e informando al propio rey de la vuelta de los tercios para aplastar a los rebeldes.

Cristóbal estaba a su lado cuando entró en aquella ciudad a lomos de un corcel blanco engalanado con emblemas reales. La ciudad lo aclamaba como un César victorioso. Parecía Alejandro Magno entrando en Persia. El guerrero de Granada, Lepanto, Túnez... sonreía y con su impecable planta, se mostraba invencible, inasequible al desaliento. El soldado sevillano lo observaba con una leve sonrisa en aquella ciudad repleta de flores y colgaduras para la llegada del gobernador. No podía dejar de pensar en la misma cara entonces, cuando lucía cubierta de sangre, con los dientes apretados, abriéndose paso con su espada en la proa de aquella galera que luchaba en los mares del infierno, aquel día, en el golfo de Lepanto.

Pero Flandes era una epidemia que se propagaba y renacía como los focos de la peste. Guillermo de Orange entendió la tregua como la oportunidad de acabar con los españoles y

comenzó a reclutar y concentrar el ejército para acabar con su gran enemigo, al que intentó asesinar en varias ocasiones con sicarios escogidos. Meses más tarde, el osado capitán, al corriente de los peligros que le acechaban en Bruselas, había conseguido financiación del papa, interesado en acabar con las herejías en Europa, para declarar la guerra al príncipe de Orange, mientras organizaba de forma secreta la futura invasión de Inglaterra, apoyado por el líder de los exiliados ingleses Thomas Stukeley. Pretendía desembarcar con sigilo cinco mil arcabuceros en puntos clave de la isla y liberar a María Estuardo de la prisión para convertirla en reina de Inglaterra, derrocando a Isabel Tudor, esperanzados en el levantamiento de los católicos ingleses. Todo era muy arriesgado y cogido con pinzas. Aquel verano los acontecimientos iban deprisa. Mandó a Escobedo a la corte para dar cuenta al rey de sus intenciones en los Países Bajos, y para conseguir el apoyo definitivo del monarca en la cruzada inglesa.

Aquel bravo soldado emuló de nuevo la ambición del rey macedonio que conquistó el mundo, y en julio tomó la ciudadela de Namur sin previo aviso, rompiendo la tregua firmada. Algo cantado, dado que buscaba ganar tiempo para rearmarse, ya que por precaución decidió salir de Bruselas y parapetarse en aquel castillo a la espera de refuerzos.

Cristóbal defendía sus compañías como coronel. Aquel soldado al que la vida lo había enviado casi por azar a la batalla naval más grande de la historia, se había convertido en un terrible guerrero. Su cara blandía las cicatrices de una vida difícil, que se abrían paso entre una poblada barba y unos generosos bigotes. Por primera vez, peleaba por una causa noble. Ese espíritu casi suicida que le hizo enrolarse en la armada para pagar sus deudas con Dios, se había convertido en la admiración por un héroe, al que defendía en el campo de batalla como el más despiadado de los militares. Mandaba con brazo firme y arengaba a sus hombres con valentía, sin miedo a las picas y los arcabuces que minaban aquellas ingratas tierras flamencas. Pronto se acostumbró a las humaredas de la pólvora, que no dejaban ver al enemigo y aparecía por sorpresa espada en mano. Aprendió de los mejores la estrategia militar, borrando poco a poco el espíritu del artista, que fue sustituido por el del guerrero.

A finales de verano, la flota de Indias llegó a Sevilla cargada de oro y plata, reforzando las arcas del rey. Don Juan no quería esperar, no podía esperar. Ansiaba doblegar a los rebeldes protestantes comandados por Guillermo de Orange, que no dejaba de asediar las posiciones españolas. Debía retirar todos los tercios al sur, a Luxemburgo. Pero el bravo bastardo hizo lo contrario. Esperaba que el rey mandase fondos y dio orden a las tropas acuarteladas en Milán para acudir a Flandes, arengándolos mediante una emotiva carta donde les pedía que acudiesen a la batalla contra el enemigo con alforjas ligeras y armas prestas. Otra vez, la guerra llamaba a la puerta.

A finales de año llegó Alejandro Farnesio con 6.000 hombres de los tercios viejos acampados en Italia. Con su llegada, lo más granado del ejército español llamaba a las puertas del enemigo en Flandes: Mondragón, Toledo, Gonzaga... los generales más temidos se reunieron bajo el mando del vencedor de Lepanto, que los recibió en Luxemburgo. Los rebeldes pedían ayuda sin cesar a Francia e Inglaterra.

Aquel ejército tenía una valía acorde a un imperio. Aquella empresa era preparatoria para desafíos muchos mayores. Pero la traición se cocía sin previo aviso. Juan de Escobedo buscaba en Madrid la bendición del rey para la ambición de su bravo hermano. Pero el intrigante Antonio Pérez ya había abierto brecha contra don Juan. El rey recelaba de sus intenciones. Los comentarios sobre el deseo de tomar la corona española con una invasión desde el norte, levantaban un muro entre los dos. No contestaba las cartas. Se limitaba a vigilar, dejando que la

gangrena que inoculaba Pérez, siguiese creciendo.

Mientras, el joven gobernador persiguió al ejército de los Estados Generales hasta Gembloux, donde esperó al resto de sus tropas. Aquella mañana gélida de enero fue testigo de la batalla entre el grueso de las tropas de ambos bandos, en un páramo desangelado e inhóspito, en unas tierras llanas repletas de aguas estancadas. Don Juan llevaba el estandarte real que lució en Lepanto, con una frase bajo la cruz de Cristo bordada para la ocasión: “Con esta señal vencí a los turcos, con esta venceré a los herejes”.

Allí emergió aquel Cid llamado Alejandro Farnesio. Su figura en combate era un espectáculo para todos. Para Cristóbal tuvo un gran impacto. Aquel noble luchaba a la cabeza de los soldados con una sed de sangre y un dominio de las armas como pocas veces había visto. De nada le servían las arengas de su compañero de niñez, que temía por su amigo y le pedía templanza en el combate, para que no se expusiese tanto.

—Os he mandado como general, no como soldado —decía don Juan al bravo Farnesio, cuya cuna hacía más increíble su heroicidad.

—No puede ser un buen general quien no obra como un soldado en el combate, mi señor —respondía sonriendo aquel hombre con la cara salpicada de sangre enemiga. El osado militar, montado en un caballo negro con las crines al viento, dio la orden de atacar a la caballería, mientras él mismo la encabezaba lanza en mano, gritando como un poseso, como un guerrero de otra época contra el enemigo. La boca abierta, los ojos fuera de las órbitas y una pica sostenida a media altura que hizo retroceder a la caballería enemiga al ver a aquellos soldados hispanos fuera de sí en el combate. Ante el desconcierto por lo arriesgado de la refriega, el ojo avizor de aquel militar había detectado la debilidad. En un espacio corto, el tiempo le dio la razón y el enemigo emprendió una huida deslavazada entre aquel fango mezclado con las boñigas de los caballos, que acabó por desorientar aún más a su infantería. Los tercios españoles se lanzaron contra los rebeldes gritando de excitación. Cristóbal guerreaba al frente de sus hombres con los ojos ensangrentados, entre un mar de picas, flechas y espadas. La sed de sangre lo devolvió a la cubierta de aquel barco donde dio rienda suelta a su genio años atrás, siendo casi un muchacho. En un par de horas aniquilaron al enemigo, cuyos retazos quedaron desperdigados, rindiéndose en masa ante aquellos furiosos españoles de grandes bigotes y barbas. El líder rebelde huyó al norte para refugiarse.

El hermano del rey estaba eufórico. Abrazó a Farnesio al encontrarse tras la batalla y a todos los oficiales, con las ropas impregnadas de humo y la sangre de la batalla. Aquellos hombres se habían criado jugando a ser soldados, emulando a lo más glorioso de nuestra armada. Se amaban y se respetaban con intensidad, habiendo hilvanado la mejor de las amistades.

Celebraron la victoria durante días, con unas fiestas regadas con buen vino y asado, donde se entregaron a los placeres mundanos.

—¡Mi buen Cristóbal! —casi gritó con una amplia sonrisa mientras lo abrazaba con fuerza—. Sabed que Dios ha sacrificado a un artista para enviarme un bravo guerrero. ¡Que tiemblen esos herejes ingleses! ¡No hallarán lugar donde esconderse! —sentenció dándole una fuerte palmada en la espalda, más propia de un soldado que de una persona de la realeza, mientras los efluvios del vino acariciaban los sentidos del mito.

Cristóbal sonreía observando con admiración a aquel hombre, que parecía no tener límites. Su imagen era la del éxito, y aun así se comportaba como el más cercano de los hombres con sus soldados. Quizá ahí radicase su fuerza y su determinación para crecerse ante todas las adversidades que el destino le reservaba.

Pero los espíritus nobles a menudo están preparados para los retos que se muestran en el horizonte, mientras bajan la guardia a su espalda. Los negros nubarrones se posaron sobre los bravos tercios de Flandes, que se mantuvieron desamparados los meses siguientes. Las cartas al rey pidiendo fondos no daban sus frutos, y ni siquiera su secretario en la corte conseguía ninguna ayuda para el bravo capitán, que pronto se vio asediado por Francia en el sur, al mando del duque de Anjou, que tomó Mons. Mientras, en el noroeste, Isabel de Inglaterra desembarcaba ayuda a los rebeldes protestantes. Don Juan de Austria se había convertido en un enemigo demasiado peligroso para los reyes europeos, quizá hasta para el suyo...

En España la cosa no fue mejor los meses siguientes. Ni siquiera el gran Duque de Alba fue escuchado en los consejos de guerra. Protestó airadamente por el desamparo que sufría el hermano del rey, más ahora, que los enemigos estaban creciendo. Antonio López envenenaba al monarca con una posible rebelión contra la propia corona, a pesar de que el secretario de don Juan, Escobedo, defendía ante el propio rey la nobleza y fidelidad de su señor. Las cartas del héroe de Lepanto pidiendo la vuelta de su secretario y el envío de fondos para hacer frente al desafío creciente que sufría en aquellas ingratas tierras eran ignoradas por la corona, que como si de una partida de ajedrez se tratase, medía con parsimonia cualquier movimiento, hasta tener la certeza de no errar.

La situación en Flandes se volvió desesperada con el paso de las semanas. Los franceses avanzaban por el sur. Los protestantes por el norte, con la ayuda inglesa, que buscaba evitar que aquel incipiente enemigo doblegase definitivamente a los rebeldes y atacase las islas. Escobedo lo sabía, y había comprendido quién ajustaba las velas de aquel barco a la deriva. Tras descubrir los tejemanejes de Pérez, escribió a don Juan detallándole la situación:

A mi admirado señor don Juan.

Magnífico y victorioso señor: Hemos perdido semanas preciosas desde que vuestra merced, me otorgase el alto y honroso cometido de conseguir el apoyo de su majestad, nuestro señor el rey católico. Debo comunicaros con gran pesar que las aguas de la corte bajan turbias, y no es en modo alguno porque falten hombres nobles y valerosos que os apoyen, que debe saber vuestra merced de mis labios, que grande es la honra que vuestras hazañas han traído a nuestros reinos.

Los males que oscurecen nuestra empresa vienen de una misma fuente, que no es otra que la del hombre que, sabido es que los caminos del señor son inescrutables, es el secretario real, Antonio Pérez. Sepa mi señor don Juan que, desde antes de partir, ya indagué los intereses oscuros que manejaba en Flandes; pero mi llegada a la corte me ha servido para esclarecer las dudas que aún podríamos albergar.

La conspiración busca enfrentar al rey con vuestra merced con falsos cantos de vuestro interés en suplantar al mismo rey, invadiendo España por el norte, y luego acometer la invasión contra los herejes ingleses. Debo afirmar con gran pesar que el rey se ha dejado enredar por los susurros de tan oscuro señor, que me envió a Flandes con la idea de vigilar a un sospechoso, y Dios nuestro Señor me hizo encontrar al más digno y bravo de los hombres.

Mi señor don Juan, el poder de Pérez es grande. Lo apoyan grandes de España como la princesa de Éboli, con la que vive un romance que yo mismo sorprendí. Huelga deciros lo grave de la situación en la que nos hallamos. A mí mismo me siguen a diario y creo que han intentado envenenarme en varias ocasiones, dado que he sufrido de vientre y fiebres altas algunos días. Mi

bravo señor, desconfíe de extraños, dado que los dedos de este enviado del infierno son largos, y tiene ojos y manos en todos los rincones del reino. Vuestra merced debe acudir con presteza al encuentro de su majestad el rey y relatarle la realidad, pues mi palabra no es bien acogida en la corte, y creo que mis horas están contadas.

Nuestro Señor os guarde muchos años. En Madrid, a 28 de marzo de 1578.

A mi señor y bravo capitán. Su fiel secretario y amigo, Juan de Escobedo.

El fiel Escobedo estaba en lo cierto. Todos estaban en peligro. Antonio Pérez y sus secuaces, sabedores de las investigaciones de Escobedo, que le habían llevado a descubrir incluso la venta de secretos de estado a los enemigos de Flandes lo invitaron a cenar en las semanas previas con la princesa de Éboli como anfitriona, e intentaron envenenarlo con polvo de solimán y arsénico mezclados en la comida, que le produjeron vómitos y diarreas. Desde entonces, Escobedo sabía que querían asesinarlo y extremó las precauciones en lo que comía y bebía, y trataba de no salir solo, marchando siempre con algún criado. Pero el destino estaba escrito. Escribió la carta a don Juan delatando a Pérez la tarde del Viernes Santo. La severidad del día desaconsejaba ningún movimiento fuera de lo piadoso del día. A la mañana siguiente llamó a un criado de confianza para encomendarle la carta, que debía llegar a don Juan en mano a la mayor brevedad posible. Pero el noble cántabro no sabía que los tentáculos de Pérez llegaban a su propio círculo, donde había comprado con oro a alguno de sus allegados. La carta fue entregada a Pérez por el Judas, que tras leerla, comprendió que Escobedo conocía a la perfección todas sus maniobras. No había tiempo que perder. Si la carta llegase a don Juan se presentaría en Madrid y lo mataría con sus propias manos.

El Domingo de Resurrección, Escobedo recibió varias notas para reunirse con Pérez para un asunto urgente. Pero el secretario de don Juan recelaba de las intenciones y permaneció en casa a cubierto. Pero el Judas entró en escena. Urdieron un plan para hacerle salir la tarde del Lunes de Pascua con cartas provenientes de Flandes. El rey, desde El Escorial, había dado libertad a Pérez para investigar y hacer cualquier cosa para evitar una traición a la corona. Estaba anocheciendo. Escobedo volvía con el señuelo bajo su capa, varias cartas que contenían trivialidades administrativas. El relente helaba los guijarros del suelo, que brillaban con las escasas luces que acariciaban aquella noche. La campana de la iglesia de Santa María de la Almudena avisó de la hora, las nueve de la noche. Estaba cerca de la casa de los Leones, su morada, que perteneció al propio Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, y que fue vendida por su viuda a Escobedo.

La calle estaba desierta, solo se escuchaban las pisadas cuando se acercó a los viejos muros de la iglesia, cuya fisionomía había ido lentamente viajando del románico a las formas clásicas. Dobló la calle Mayor hacia la estrecha callejuela de la Almudena, donde se topó con un grupo de hombres embutidos en sus capas y grandes sombreros, que les impedían ser reconocidos con facilidad.

—¡Alto ahí, traidor!

—¿Quién va? ¿Y con qué licencia mancha mi nombre?

Lo fueron cercando sin posibilidad de huida.

—¿Tan cobarde es el secretario del rey que tiene que mandar a seis sicarios contra un hombre solo? ¡Perros traidores!

No pudo decir nada más. Sacó su espada para repeler el ataque frontal, pero fue ensartado por la espalda sin escapatoria. Dobló las rodillas mirando hacia la iglesia unos segundos, para caer muerto sobre aquel frío suelo.

Los días siguientes la conmoción sacudió la capital. El asesinato de un hombre de estado no era algo habitual. Antonio Pérez trató de ensuciar el nombre de Escobedo aludiendo a documentos inexistentes que probaban su traición al rey vendiendo información a los rebeldes de los Países Bajos y un plan para invadir España desde el norte con ayuda exterior.

En Flandes, don Juan de Austria llevaba semanas sin noticias de la corte. Su cartas no recibían respuesta, y no le llegaban noticias más allá de que defendiese su plaza. Llevaba días sintiéndose mal. Dolores de vientre y diarreas constantes le hicieron guardar cama desde los últimos días de marzo. Su angustia era creciente, sabedor de que los enemigos cada vez eran más numerosos con la ayuda de franceses e ingleses. Abril no trajo nada nuevo. Las elevadas fiebres consumían al bravo guerrero mientras sus soldados y generales se sumían en el abatimiento y la tristeza. Los médicos le habían diagnosticado una fiebre tifoidea que le habían arrebatado las fuerzas. Se levantaba con dificultad para reunirse con sus oficiales. Cristóbal pudo verlo y quedó impactado. Aquel bravo soldado que había desafiado al mundo desde casi un niño, era ahora un enfermo con aspecto de anciano a los 33 años. Como Alejandro Magno, la edad de Cristo supuso su ocaso. Los ojos hundidos en las cuencas, los pómulos salientes denotando una enorme delgadez, el rostro pálido con los párpados amoratados, mostraban acaso un fantasma de aquel paladín apuesto y presuntuoso que había conquistado el mundo.

—Mi buen Cristóbal, qué lejos quedan ahora aquellas galeras donde dimos la medida al turco en el golfo de Lepanto...

—Majestad, correo de Madrid —interrumpió un alguacil con una misiva con sello real—. Don Juan abrió aquella carta muy lentamente. Respiró hondamente y empezó a leer en silencio. Cuando terminó, sus ojos se llenaron de lágrimas y se giró hacia la ventana dejando caer la carta al suelo, con la bruma de la derrota en el ambiente. Aquel hombre se asemejaba ahora al Carlos V de Yuste.

—Dejadme solo.

Los numerosos criados, alguaciles, oficiales y médicos salieron de la estancia para dejar en soledad a aquel guerrero que acababa de conocer la noticia que ya se rumoreaba fuera de aquellos muros. Juan de Escobedo había sido asesinado. don Juan acababa de comprender todo lo ocurrido. El silencio de la corte, las cartas de Antonio Pérez, los criados y burócratas que enviaban de Madrid en vez de soldados... Él, que había combatido al mundo entero, sucumbía traicionado por los suyos, que trataban de acabar con su leyenda. Abatido, contempló durante un rato a través los gruesos cristales de la habitación un arce real, que dominaba el jardín frente a su ventanal, con sus hermosas hojas dentadas de tono púrpura carmesí. El viento acariciaba aquella hermosa copa mientras aquel demacrado soldado recordaba los mejores momentos de su vida. Recordaba a Diana de Falangola. El colorido de aquel árbol le inspiró la fragancia del pelo de aquella hermosa sorrentina que fue una de sus mejores amantes en los años locos tras Lepanto. Sonreía levemente recordando pasajes de su desenfrenada vida amorosa hasta que los dolores que lo acuciaban le devolvían el rictus. Decidió escribir al rey. No podía permitir que las malas artes de los burócratas que lo rodeaban dejaran una mancha en su honor después de haber batallado allende los mares y los territorios españoles. No era justo para sus hombres ni para sus hijos, si bien, sabía que su final no estaba lejos.

A su invicta majestad, el Rey Católico.

Vuestra Majestad, escribo estas líneas postrado en la fortaleza de Namur, donde

permanezco luchando contra los rebeldes, fiel a las órdenes de su serenísima, desde que me encomendase gobernar y proteger estos, vuestros reinos, con la ayuda de Dios. Aunque la salud me ha abandonado, conservo el raciocinio; entiendo que todos los sucesos ocurridos en las últimas semanas y meses, que han hecho caer en la ruina todos los esfuerzos que hemos derrochado en Flandes, están íntimamente relacionados con los mismos intereses que han hecho caer acuchillado vilmente a mi buen secretario, Juan de Escobedo.

Sepa V.M. que he entendido que estamos solos en Flandes y que no hemos de esperar ayuda alguna, por lo que es cuestión de tiempo que el enemigo consiga doblegar a los bravos tercios que los han mantenido a raya hasta la fecha en defensa de Dios y de nuestros reinos. Pero por la memoria de los caídos de frente y por la espalda que han defendido vuestra bandera fielmente, he de deciros sin pudor alguno que la mayor traición que os acecha es la que cuece en la corte vuestro secretario Antonio Pérez y su círculo. Sus tejemanejes llegan hasta Flandes, y tengo entendido que ha tenido contactos con los propios rebeldes protestantes. Mi instinto me dice que sus oscuras artes estarían detrás del crimen contra mi secretario y no erraría mucho yo diciendo que detrás de los vientos que me han arrebatado la salud en pocas semanas.

Sepa V.M. que no tengo más intención que cumplir fielmente con los designios que disponga para mí, si bien, estoy en la certeza de que mis fuerzas no volverán, y pronto tendrá mi rey que buscar un relevo, que para eso la divina providencia quiso que Alejandro Farnesio fuese español. No temo a nada, ni a la muerte. Desde la infancia me formé como un soldado preparado para morir en paz cuando el altísimo lo decretase. Si bien, os debo jurar, si es preciso, por la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que jamás caí en la deshonra o en la traición hacia mi rey y apreciado hermano. Me despido de V.M. con la conciencia tranquila y la serenidad de espíritu para ver las cosas con la claridad necesaria. Ruego a Dios para que os ilumine y proteja de vuestros enemigos, que son los míos. En Namur, a 10 de abril de 1578.

A mi invicto señor, su majestad católica. De su fiel súbdito y devoto hermano, Juan de Austria.

La carta fue entregada con sigilo a soldados de la mayor confianza para ser entregada al rey, sabedor de que Antonio Pérez interceptaría el correo. La misiva tendría un gran impacto en el rey, que encargó a otro secretario, Vázquez de Leca, que investigase inmediatamente a Pérez. Pronto, los informes le harían ver su error al desconfiar de su hermano, el más fiel y bravo de los soldados. Pero para él ya no había tiempo. Pasó el verano preparando el asedio a los rebeldes de Namur, instalando un campamento militar. Con frecuencia, su enfermedad le hacía guardar cama. A las fiebres altas se le unieron un problema grave de almorranas que había heredado de su padre. La torpeza de sus médicos, se evidenció cuando decidieron sajarlas, provocándole una hemorragia que lo debilitó aún más. Aquel poderoso guerrero estaba exhausto y veía como la muerte se acercaba al galope con su afilada guadaña. El hijo del emperador se moría, y tuvieron que adecentar aprisa y corriendo un viejo palomar, instalando colgaduras, cuadros y otros objetos que lo ennoblecieran para albergar la sangre de reyes. A finales de septiembre llamó a Farnesio y sus generales principales. Las tropas estaban desmoralizadas. Aquel bravo guerrero era un ejemplo para todos, y muchos habían sangrado con él. No podían creer que fuera a morir. Los rezos en el campamento eran diarios, así como en el improvisado aposento donde guardaba cama devorado por la disentería aquel héroe de Lepanto.

—Señor, nuestro capitán os quiere ver.

Sorprendido, con lágrimas en los ojos, Cristóbal entró en aquella estancia de madera repleta

de gente. Allí, además de los religiosos, se encontraban bajo una tenue luz de velas que concedía un tímido resplandor dorado a la habitación, lo más granado de los tercios españoles. Cristóbal dudó, y se quedó detrás, pero don Juan, informado *sottovoce*, se dirigió a él con una voz dificultosa, lejana a aquella jovial garganta que le había relatado durante el viaje a la corte, años atrás.

—Dejad paso al héroe de Lepanto, el que quitó la vida a mi peor enemigo.

Los generales abrieron un pasillo y el soldado sevillano se acercó con su poblada barba, donde las primeras canas delataban ya los disgustos de su vida. Apenas levantaba la mirada. Sonreía amargamente y acercó la mano cuando aquel pálido hombre le acercó la suya.

—Ah, mi buen Cristóbal... el artista-soldado. ¡Qué hombres nos entrega nuestra patria, Señor! —Un nuevo golpe de tos se cebaba con él, mientras un fraile le secaba el sudor de la frente—. Sepan, magníficos señores, que he dado órdenes para que mi leal Alejandro Farnesio tome el mando tras mi muerte. No albergo dudas sobre vuestra fidelidad hacia quien admiráis como yo, un paladín español. Si os ruego que lo frenéis en el campo de batalla, ya que no es aconsejable ir a la cabeza de las tropas con lanza como el Cid, y tener que cambiar de capitán en pocos meses... —los generales rieron la chanza de aquel héroe, que tuvo lucidez en sus horas más graves—. Con mis amados guerreros de testigo —continuó, respirando con dificultad, y un tono más serio—, juro ante Dios que jamás pasó por mi cabeza traicionar a mi rey. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo me acompañó en mis batallas, para honra de nuestra patria y nuestro rey. Cuidaos, amigos de los enemigos que moran dentro de nuestras fronteras, pues son los que acuchillan por la espalda, como al buen Escobedo, con el que pronto me reuniré. Todos sabéis que mi sueño era acabar con la herejía inglesa. Y aunque el propio papa me invitaba a ello, mi deber y mi obediencia a mi rey me trajo en mala hora a estas malditas tierras de las que ya no saldré vivo.

Cristóbal estaba roto. Ladeó la cabeza y vio a Farnesio llorar en silencio. Aquel guerrero de otra época se mostraba como el más humano de los hombres viendo cómo se moría su amigo del alma. El vello se erizaba viendo aquello. Aquellos bravos hombres, despojados de oropeles y títulos, lloraban a su amado capitán, que recordaba en aquella cama al propio Alejandro Magno en sus últimas horas, rodeado de sus mejores soldados.

—Con mi último aliento quiero deciros que no perdáis la oportunidad de acudir a Inglaterra si el rey decide invadir aquellas islas. No hay mayor gloria que la que se consigue con la espada. Mi buen Alejandro, os pido que cuidéis de mis hijos, para que no les falte una vida digna, como nietos del emperador que son. Mi voluntad, es ser enterrado junto a mi padre. No deseo que mis restos se pudran en estas ingratas tierras que me han visto sucumbir, sino allí donde fui feliz siendo un niño, donde pasé de Jeromín a Juan. Con Dios, amados señores. Os ruego que me recordéis en el campo de batalla, escojan vuestras mercedes en cuáles, pues mi corazón estuvo en cada una de ellas. ¡Vivan los tercios españoles y viva el rey!

Los soldados repitieron los vivas, mientras se secaban las lágrimas. El cortejo se retiró poco a poco en silencio, dejando las últimas horas del enfermo en la soledad de Dios, que es la mayor de las soledades. El 1 de octubre de 1578, a la una de la tarde, aquel héroe de Lepanto, cerró los ojos para siempre en Bouge, en aquel palomar a las afueras de Namur, donde se había instalado el campamento.

Los tercios lloraron la muerte de don Juan durante horas. Dos días después, se ofició el entierro en Namur, donde el rey dispuso que fuese enterrado. Pero unos meses después, las indagaciones de Vázquez de Leca y los archivos de don Juan descubrieron los asuntos oscuros de

Pérez y la fidelidad del hermano del rey. Felipe II estaba muy afectado. En su conciencia pesaba haber dudado de su hermano, atendiendo a las pesquisas de su secretario y haber permitido la muerte de Escobedo, como necesidad de estado. El marqués de los Vélez y el cardenal Quiroga también quedarían retratados tras la investigación.

Al año siguiente, los restos de don Juan serían trasladados a El Escorial con honores de estado. Para trasladar el cuerpo por Francia con seguridad y evitar que fuese incautado y utilizado, fue cortado en tres partes: cabeza, tronco y extremidades. En España sería recompuesto y recibiría todos los honores que le faltaron en sus últimas horas de vida. A partir de entonces, su mito acababa de nacer, mientras sus enemigos caían en desdicha. Pérez y la princesa de Éboli serían detenidos. La viuda de Rui Gómez de Silva recluida para siempre. Pérez inició un calvario, aferrándose a sus secretos de estado, alternando la libertad vigilada y la prisión. Acabó de nuevo preso de la Inquisición, confesando bajo tortura su culpabilidad en el asesinato de Escobedo. Y aunque consiguió desde Aragón huir a Francia, murió años más tarde en la más absoluta de las pobrezaas.

El corazón de Cristóbal se había vuelto a romper. Aquel hombre era ya una leyenda entre los tercios viejos, pero la muerte de su capitán fue demasiada dura para un hombre con el corazón cosido a cicatrices. Decidió abandonar el ejército y volver a casa.

Los cielos de plomo

El sol acariciaba los rostros aquella deliciosa mañana de domingo. La primavera se recreaba en su ciudad natal, ofreciendo un ramillete de luces y olores difíciles de encontrar en otros sitios. El niño pequeño saltaba por los trigales, mientras su padre acariciaba las espigas con la mano casi cerrada, para sentir el roce del campo. La madre, unos metros más atrás, con el rostro alzado al sol y los ojos cerrados, disfrutaba de la brisa fresca, que defendía con gallardía aquella plaza de los rigores del calor que aguardaban a la vuelta de la esquina.

—¡Padre, de mayor seré soldado del rey! —dijo el pequeño, que tenía siete años, mientras descabezaba el trigo con un palo nervudo e irregular que había encontrado en el suelo.

—Guárdese el rey de semejante espadachín, si no quiere perder su trono —dijo su padre divertido, mientras oteaba unas lomas de tierra clara, cercanas al río.

—Pues seré soldado.

—Serás alfarero y ayudarás a tu padre y tu hermano, que ya es un mozalbete y levanta la arcilla con agilidad. ¿Ves aquella loma de allí? Aquello es todo barro. Qué arcilla más buena se recoge por aquí... como tiene limos, apenas hay que ligarla.

—Padre, pero yo quiero ser soldado y pelear en las batallas...

—Pelearás muchas batallas, hijo mío. La vida del artesano es una lucha constante; las normas del cabildo, los impuestos... Debes hacerte mayor trabajando y honrando a tus padres. Encontrarás una buena mujer y tendrás hijos.

—Pero yo no quiero una mujer, quiero una espada.

—Ja ja ja ja... Ya me lo figuro. Y a buen seguro que serías diestro, como lo eres dibujando castillos, Cristóbal. ¿Ves? Ser buen dibujante te ayudará en tu trabajo. Un día haremos cerámica esmaltada con dibujos. La vi en el alcázar una vez que fuimos a dejar piezas para una solería, en los años que estuve de oficial en el alfar de Santa María, junto al río.

—Padre... de pequeño, ¿queríais ser alfarero?

—Pues no recuerdo bien, hijo mío —respondió sonriendo con su dulce voz, mientras acariciaba el rostro del niño—. Recuerdo —dijo aguardando unos segundos, con el rostro más serio—, que mi padre falleció muy pronto y mi madre tuvo que servir en las casas para poder mantenernos. A veces pasábamos hambre y mi madre salía a pedir comida en las iglesias. Con tu edad, mi vida era una aventura diaria. Dale gracias a Dios de tener una familia, aunque hayas perdido, como tantos, algunos hermanos al nacer, pues bien es sabido que las enfermedades de hoy se llevan a la mitad de los niños, y cuando no aparece la peste...

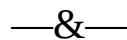
—¿Qué es la peste, padre?

Un castigo de Dios, que manda de vez en cuando una plaga que barre ciudades sin distinguir

posición ni bolsa. Yo recuerdo el último brote grande, siendo joven, allá por el año 24 de Nuestro Señor. Los muertos se apilaban en las calles y había que recogerlos con carros, para enterrarlos en fosas... Qué día tan maravilloso el de hoy, Cristóbal. Tu madre se ha rezagado cogiendo margaritas.

—Padre... ¿a qué teméis más?

—Yo solo temo a no ser un buen padre y un buen esposo. A no poder llevar viandas a nuestra mesa. Duermo con la conciencia tranquila y no me amedrento con las dificultades. Pasamos la vida hilvanando planes, hijo, mientras la vida se nos escurre entre los dedos como la harina. Soñar no es malo, hijo mío, pero debes ser humilde y apreciar el valor de las cosas. Yo apenas recuerdo a mi padre. Lo que yo hubiese entregado a cambio de dar un paseo por el campo con él, un domingo soleado como este... agarrar su mano fuerte, escuchar su voz y contemplar su sonrisa, su rostro bañado por el sol... Sí, ese es el mejor tesoro, hijo, lo que guarda nuestro corazón. Ahí no hay tiempo que lo desgaste, ni viento que lo esparza. La vida es un pequeño cesto de mimbre con relicarios de la memoria que perfuman nuestros días, aliviando su carga. Por eso, disfruta lo bello, que llegará un día en el que la vida dejará de ofrecerte lisonjas y empezará a arrebatarte tus tesoros.



Y allí estaba de nuevo, delante de aquella puerta almohade. En el mismo lugar que pensó que jamás volvería a ver. Habían pasado muchos años desde el último encuentro con aquella muralla polvorienta y llena de recuerdos. El verdín entre los sillarejos que la componían le hacía hurgar en sus recuerdos, rescatando estampas borrosas del pasado. Su corazón se aceleraba de nuevo. Ahora con la cabeza cubierta, vestido como un peregrino, no como un soldado. Con poblada barba, mechada en el mentón por los golpes de pica de la vida. La muerte del león de los Austrias le había recordado las palabras de su padre. Llegará un día en el que la vida deje de darte lisonjas y te arrebatte tus tesoros... Ya no quería ser soldado. Aquel hombre bravo y generoso murió sin concluir su misión, la gesta de recuperar Inglaterra para los católicos. Con el alma plomiza, abandonó la armada con el permiso de Farnesio, que lo abrazó como a un hermano, sabedor de la estima que le profesaba don Juan, y le dejó la puerta abierta para volver con los bravos tercios cuando recobrase el ánimo.

Se adentró en el corazón de la vieja Babilonia del quinientos, aquella que escupió a un niño de sus brazos, que retornaba como un hombre lleno de cicatrices. El mismo olor de siempre. La mierda de los caballos y el hedor de la urbe; los puestos amontonados entre el griterío de los tenderos, que casi subastaban el género. La otrora casa de sus hermanas estaba cerrada. Aquel refugio provisto por el buen Augusta para huir de la justicia ya no era necesario. La intervención de don Juan limpió el apellido de aquella desgraciada familia. El buen Darío —de familia acaudalada—, a buen seguro los habría trasladado a otra casa, lejos del arrabal. Caminó por aquellas arterias de piedra que conducían a la catedral y al río, el corazón de la ciudad. Buscaba el lado de la sombra, mientras los carros y caballos le recordaban sonidos de la infancia. El repertorio de luces bailoteaba por las cornisas de tejas salpicadas de moho, mientras el sonido de los pájaros se confundía con el de los animales de tiro. Volvió la esquina y apareció a la vista de sus ojos aquella casa palaciega que le había traído la ruina. El amor, aquel punto flaco de la quilla de su barco, aquel bastión donde era débil ante el enemigo exterior. Por primera vez pensó

sobre aquella historia con la mente sosegada, sin encadenarla con las desgracias de los suyos. Recordó aquel rostro precioso, aquel cuello de cisne que fue suyo durante un instante fugaz que olía a perfume... Sonrió con amargura. La candidez de los jóvenes les hizo obviar lo que todos veían. Recordó las palabras de su maestro: aquello no era una mujer, sino un problema... Ni siquiera miró al interior, siguió andando sumido en sus pensamientos, saboreando en sus labios los bellos recuerdos que guardaba en el relicario de su memoria.

Los días siguientes fueron felices. El encuentro con los suyos, por mediación de Augusta, que seguía trabajando en un taller cada vez más próspero en Triana, donde arribó entre olores y lugares familiares, sin la vieja puerta, que había sido demolida años atrás, para levantar otra muy pronto. Sus hermanas, ya mujeres, habían llenado la casa de niños. Conoció a sus sobrinos, que eran tres ya. Cristóbal —el mayor, casi un hombre—, Alonso y Darío. El soldado los abrazó emocionado, al igual que a su amigo de Lepanto, el que dejase las guerras por el amor, quizá el más listo de los hombres... Sus hermanas Luisa e Isabel —ya mujer— lloraban de felicidad. Conoció al hijo de Alonso, que era una estampa de su padre, siendo un mozo ya. Solo mirar el rostro de aquel muchacho le hacía caer en los brazos de la emoción.

Sin embargo, el soldado, que había decidido dejar las armas definitivamente por los pinceles, buscaría su propio camino. Siempre estaría al lado de su familia, pero no viviría con ellos. Trabajaría con Augusta en el taller y buscaría una casa en Triana, cerca del trabajo y de la tumba de Sagrario, para poder llevarle flores y meditar. Visitaba con frecuencia a su hermana Juana, que llevaba muchos años en el convento y encontraba consuelo conversando con ella. Por un tiempo dudó si hacerse fraile. Encomendarse a los rezos y al trabajo por los demás sería un buen final a sus días, tras una vida marcada por la sangre. Pero el arte aún bullía en su interior. Era curioso pensar cómo las velas de su barco cambiaban de puerto casi por el azar. La muerte de don Juan, a quien juró su fidelidad y su espada, hizo que el viento soprase hacia su infancia. Firmemente decidido a cumplir su voluntad, había pensado morir espada en mano en el asedio a Inglaterra, el ataque final, el deseo del héroe al que siguió en Lepanto, Túnez, Italia y Flandes... pero su muerte se llevó con él sus planes, y ya no le quedaba ilusión por nada más.

Pasaron las semanas y los meses. Ni rastro del soldado. Vestía camisón y jubones sin exorno de tahalíes, ni armas. Guardaba en el cinto siempre su imponente cuchillo, más como una reliquia personal que como un arma. No sabía vestirse sin él, y, siendo franco, quizá fuese el artífice de permanecer vivo a aquellas alturas de la historia. Las manos manchadas de óxido de colores y esmaltes, que gustaba preparar personalmente. Era como volver al taller de su padre, cuando trabajaba de *boquinero*, arrimando material a su hermano. Le reconfortaba, se recreaba en los recuerdos de aquellas paredes limosas. Ansiaba la tranquilidad y en la vieja Triana, por fin, acabaría sus días sosegado entre los recuerdos, honrando a sus difuntos y trabajando la cerámica. Por las tardes, incluso pintaba al óleo, atreviéndose con diversos retratos, aunque nada profesional, dado que los gremios eran muy estrictos con los límites de cada oficio.

El rey católico, por su parte, seguía inmerso en su historia. Una leyenda que llevaría a España a ser el crisol del mundo. En 1580 había conseguido el trono de Portugal y sus territorios, lo que hacía de aquel rey pálido como la nieve que conoció en la corte, el dueño del orbe. Cristóbal se alegró al enterarse. El rostro que veía era el de su capitán, don Juan. El guerrero al que Dios misericordioso arrebatase tan pronto de este mundo. Aquel paradigma de nobleza, que murió sin ser reconocida su realeza, pese a que su hermano tratase de enmendar sus errores con funerales y honores de estado, dignos de una cuna superior a la que le fue reconocida en vida. Para aquel soldado era un consuelo saber que descansaba junto a su padre en El Escorial, aunque

no pudiese acabar su misión a las órdenes de su señor. A menudo, emergían los recuerdos de las batallas. El olor a sangre y pólvora, el rostro de los héroes de la armada española; Bazán, Farnesio... la bravura de aquellos hombres era difícil de olvidar. Pero poco a poco, las noticias políticas le fueron interesando menos y su vida empezó a vidriarse junto a los pinceles y colores de Triana. De nuevo disfrutaba de aquel cielo de azulejos, donde el cobalto y los añiles se mezclaban de forma inimitable.

Los años pasaron. Las pesadillas que lo atormentaban con frecuencia por las noches fueron remitiendo y la mente del soldado fue absorbida por la del artista. Meditaba, paseaba junto al río, que plateaba por las tardes casi a la par de sus sienes. Pasaba horas en la tumba de sus padres y la de Sagrario. Cogía flores frescas del campo casi a diario y las reponía en el camposanto de Santa Ana. Así pasaban los meses y los años. Los trabajos de Augusta en el alcázar le ayudaban a conocer el arte medieval sevillano. Recorría iglesias y retablos que buscaban el estilo italianizante, que en España se había enriquecido con la decoración a imitación de los plateros. No pisaba la catedral. Le dolía demasiado saber que los sambenitos de los suyos colgaban aún de sus altos techos. Quizá por eso, jamás se arrepintió de haberse vengado del inquisidor, manchándose las manos de sangre.

Pero la azarosa rueda de la vida seguía girando como la de la vieja piedra del molino, y los vientos belicosos de aquel imperio acosado por los cuatro costados traían siempre malas nuevas. En 1587, la noticia corrió como la pólvora por el arrabal de Triana. Un pirata inglés, Francis Drake, había atacado Cádiz por sorpresa, con el patrocinio de la reina hereje de Inglaterra, que libraba de facto una guerra desde dos años antes, y movía sus piezas como si de un inmenso tablero de ajedrez se tratase. Contaban los vecinos, no sin exagerar, que Cádiz ardía fruto de la perfidia inglesa, que había saqueado el puerto y la ciudad entera. La realidad, es que aquel corsario inglés, era un peón estratégico de los ingleses en su pulso por el comercio marítimo con las colonias y la guerra con España. Aquel país aún mediano había enviado a piratas que a menudo interceptaban los cargamentos de la flota de Indias. El mismo Drake había sufrido años antes en las colonias un severo correctivo al refugiarse en el golfo de Méjico por una tormenta, siendo atacado por el virrey de Nueva España, que no aceptaba compartir sus puertos con corsarios, enriquecidos con la venta de esclavos. Las relaciones con los ingleses empeoraron drásticamente, más si cabe con el encarcelamiento de María Estuardo, la reina católica de Escocia, que fue traicionada por su prima Isabel y posteriormente, el apoyo de esta a los rebeldes de los Países Bajos contra España. A pesar del apoyo del papa a la causa de don Juan, el rey prudente no había movido ficha. Pero el ataque a Cádiz de Drake, produjo daños en muchos barcos y en las barricadas para provisionar agua, que fueron destruidas, así como otros ataques a fortalezas en el Algarve y el asedio a Lisboa. El objetivo era inspeccionar y diezmar la flota española, que llevaba tiempo preparándose para un asedio a Inglaterra, desde años atrás, cuando los piratas ingleses comenzaron a atacar barcos españoles en el Atlántico, culminado en un ataque de Drake en Galicia, donde asesinó a curas y monjas en diversos templos.

La guerra estaba servida. La reina de Inglaterra sabía que el rumor de la invasión que llevaba años cociéndose, era una realidad. Con el ataque a Cádiz y las costas portuguesas, trató de ganar tiempo, diezmando por sorpresa al enemigo, mientras construía a su vez una gran flota, más ligera que la española, para conseguir barcos más manejables ante las inclemencias y la accidentada costa inglesa. Aquel ataque consiguió su propósito. El daño en la flota española que se estaba armando en Cádiz hizo que la invasión se retrasase muchos meses.

Cristóbal conoció la noticia del ataque inglés en el taller. Mientras los hombres hablaban sin

parar de cómo había que acabar con todos los ingleses, aquel experimentado soldado guardaba silencio, sabedor de que la guerra llevaría muchos meses cociéndose. Las calles eran un hervidero de gente que prorrumpían en bravuconadas y gritos a favor de los tercios y la armada española. En el taller, los pinceles estaban quietos mientras los ayudantes se movían revoltosos con las noticias. Augusta miraba fijamente a su buen Cristóbal, que permanecía ingrátido, como una talla de mármol de carrara, con los ojos puestos en alguna parte de aquel retablo de azulejos que sostenía su caballete. Se acercó lentamente y le puso la mano en el hombro.

—Estás pensando en volver a los tercios, ¿verdad? —dijo con voz grave, mientras el soldado emergía de nuevo en aquel cuerpo repleto de calamidades.

—Debo marchar. Dios accede a la voluntad de don Juan de acabar con los herejes de aquellas islas, y es mi obligación luchar en su memoria. Si estuviese vivo, me habría reclamado de inmediato.

—Si estuviese vivo no estarías aquí. ¿Y qué vas a hacer? No sabes si los tercios de Flandes acudirán a esta batalla.

—Seguro. El rey reunirá una gran flota y los tercios aplastarán a los ingleses, era el deseo de don Juan.

—¿Y cómo llegarás a Flandes? No puedes cruzar Francia.

—Partiré hacia Cádiz. Me reuniré con los míos cuando la flota se agrupe. Es lo mismo que Lepanto.

Se abrazaron con fuerza, y una vez más, se despidieron.

En unas agotadoras jornadas, sus tristes huesos arribaron en tierras gaditanas. El atlántico abrazaba aquellas costas. Llegó al Puerto de Santa María, que fue para sus ojos un bello descubrimiento. Aquella ciudad era un hermoso lugar, repleto de palacios y naturaleza marina salpicada de pinares hasta la costa. La ciudad abrazaba la bahía, que albergaba en sus serenas aguas a cubierto de las mareas y la fuerza del océano, un hervidero de barcos. Los astilleros reales nutrían la flota del rey católico, que construía embarcaciones sin parar en aquel rincón donde morían inertes los oleajes.

Desde aquel puerto, reconquistado en su día por el rey sabio para la causa cristiana, pudo contemplar el destrozo que había hecho Drake. De los cientos de barcos que sus ojos podían divisar, pocos parecían enteros. Algunos estaban totalmente destrozados por los cañones enemigos. La bahía era una balsa de tablas flotando y humaredas recientes. Siguió camino hasta la isla de Cádiz por una hermosa ribera de pinos que tamizaban aquellos lares, cuya agradable brisa primaveral aliviaba el viaje para aquel soldado cuya mente oteaba los rostros de tantos soldados... El león de los Austrias se estaría moviendo en su tumba deseando salir para encabezar la misión.

Un endeble puente de madera lo condujo a aquella isla que apuntaba hacia América, salpicada de pescadores que faenaban en la bahía con redes, en pequeños y ruinosos barcos para llevar el pan a su mesa. El ataque de Drake había supuesto la destrucción de muchas embarcaciones y de la mayor parte de las provisiones de aros y duelas para barriles, que iban a proveer el viaje a Inglaterra. Mostraba a las claras por qué la flota de Indias seguía hasta Sevilla, a pesar de tener que remontar el río Guadalquivir con su escaso fondo, en vez de Cádiz, que estaba desprotegida de los ataques de corsarios y barcos enemigos.

Cádiz era una pequeña ciudad de calles arremolinadas junto a la arena que rodeaba aquella urbe sin planificar, dentro de una muralla de mampostería en su mayor parte, utilizando escasos sillares que se destinaban al refuerzo de arcos y torreones defensivos de planta cuadrada. Con

remate almenado como en Sevilla, no contó más de tres puertas en aquella urbe, donde la porosa piedra caliza de la zona servía para levantar edificios y algunas fachadas reseñables, ayudando contra el salitre y el desgaste del mar, que corroía las esquinas.

—¿No sois muy viejo para enrolaros?

Cristóbal no movió un músculo y dio su nombre, que pasó inadvertido para aquel escribano que recibía voluntarios en el puerto, pero no para un oficial que supervisaba.

—Disculpad el comportamiento soez de este babieca —dijo acercándose con interés al voluntario—, ese nombre es conocido en la armada, pero su portador moraba en Flandes tras innumerables guerras desde Lepanto, donde demostró su heroicidad.

—Me había retirado tras la muerte del León, pero él hubiese querido que volviese con mi tercio viejo para una ocasión tan alta como la que se avecina. Ruego a vuesa merced me permita alistarme como un soldado de infantería, pues no merezco más lisonja que la que me otorga mi espada.

Los hombres se levantaron de la mesa y la noticia corrió como la pólvora entre el grueso de la infantería que se estaba reclutando en Cádiz para partir hacia el norte. Los meses siguientes fueron de ajetreo y preparativos, recomponiendo la maltrecha flota, que debía reunirse en Lisboa desde diversos astilleros para iniciar la empresa de Inglaterra con el nombre de la Felicísima Armada que aplastaría a los ingleses.

Felipe II había pedido a sus grandes generales, don Álvaro de Bazán —marqués de Santa Cruz—, y al bravo Alejandro Farnesio —duque de Parma—, un plan de ataque contra la reina protestante para derribar su trono y restituir el catolicismo. Bazán propuso crear una gran flota que invadiese las islas desde la península. Farnesio era más directo, defendía un ataque por sorpresa a Londres de sus temidos tercios de Flandes. Los ingleses, por su parte, sabían que los españoles eran invencibles en el cuerpo a cuerpo, y centraron sus esfuerzos en modernizar su flota para ganar las batallas en el mar, evitando el abordaje del experimentado enemigo. El rey prudente oyó a sus dos generales y decidió utilizar ambas estrategias. La gran flota se adentraría hasta el canal de la Mancha, recogiendo de las costas a los tercios de Farnesio, para atacar el corazón de Inglaterra.

La suerte estaba echada. El ataque de Drake retrasó los preparativos y destruyó algunos buques importantes. Sin embargo, en pocos meses, la flota del sur, comandada por el almirante Pedro Valdés, partió de la bahía de Cádiz con rumbo a Lisboa, donde se encontraría más tarde el grueso de las naves, más de ciento cincuenta barcos al inicio de la invasión, entre galeones, galeazas, urcas carabelas... cerca de veinte mil soldados y casi nueve mil marineros.

Lisboa, centro de mando del marqués de Santa Cruz, se convirtió en un enjambre de soldadesca y hombres de mar. Aquella ciudad sucia y maloliente, tenía uno de los puertos más importantes del mundo y un floreciente negocio de esclavos provenientes de América. El oro proveniente de Brasil y las rutas comerciales con Oriente habían enriquecido aquella urbe volcada al mar, convertida de nuevo en estilete de la monarquía hispánica. Dentro de sus viejas murallas se confundían los olores a pescado con los vinos peleones de sus tabernas. Aquella ciudad de paso, repleta de comercio esclavista que se bifurcaba a diversas ciudades de todo el continente, era un mercado de la vida. Lupanares, truhanes y gentes de mal vivir buscaban su oportunidad en cada esquina. El veterano soldado, que había conocido tantas ciudades años atrás, encontró el esbozo de una urbe semejante a su cuna sevillana. La alegría de las calles tenía que ver con la euforia de los soldados que la poblaban, para gozo de mercaderes y oportunistas. El puerto era un enjambre de barcos, protegidos por multitud de cañones que velaban contra la

irrupción de cualquier vela inglesa en el horizonte. La ciudad era un hervidero comercial de día, mientras el ocaso traía el mayor de los desenfrenos en las tabernas y los prostíbulos. La carne y el vino eran demandados por igual, hasta el punto de que fueron arribando prostitutas a cientos ante la demanda de la flota española. Las tabernas olían a sudor y vinos agrios que los taberneros sacaban de los toneles desechados, cuando el alcohol ya se había apoderado de los sentidos de la chusma del puerto y los gallardos soldados, que se movían ruidosos por aquellos pequeños tugurios. Las cenas solían repetir algunos tipos de sopas marineras, que siempre llevaban almejas y olían fuerte. Algo de pescado no siempre en buen estado y mendrugos de pan eran comidas habituales que se servían en aquellos tugurios. Los guisos y alguna verdura y fruta suplantaban a menudo a la carne, que escaseaba y se había puesto por las nubes ante la irrupción de la flota en aquellas costas.

Las semanas se encadenaron a los meses, mientras la Felicísima Armada se pertrechaba contra el tiempo y los elementos, preparando una partida hacia Inglaterra que parecía no llegar nunca. La cosa empeoró cuando corrió la noticia entre la soldadesca de la muerte del marqués de Santa Cruz. Aquello no era un buen augurio. Álvaro de Bazán era un héroe vivo para sus hombres, y nadie imaginaba partir sin aquel bravo general, que permanecía invicto. Unas fiebres tifoideas se llevaron al capitán de la empresa de Inglaterra, y con él, el ánimo de la flota, que comenzó a hablar de mal fario y que eran abandonados por el Altísimo.

El rey relevó a Bazán con el duque de Medina Sidonia. La noticia corrió entre los soldados, aderezada con el chisme de que el duque se mareaba en el mar. Felipe II entendió que la misión era llevar la flota al canal de la Mancha, donde los bravos tercios de Farnesio embarcarían para hacer el resto.

Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, a pesar de no contar con excesiva experiencia en la mar, era un avezado militar en la táctica y la disciplina. Obedeció al rey, y llegó a Lisboa con la misión de continuar la labor de Bazán, que poseía, eso sí, la aureola de héroe español en mil misiones donde no conoció la derrota. El duque trató de no retrasar más los planes de la empresa, y poder partir hacia el norte en pocas semanas. Pero cuántas dudas y temores se habían levantado como una niebla entre aquellos bravos soldados. El tiempo apremiaba y las prisas abrazaban con frecuencia a aquella flota...

De lo divino y lo humano

Los días se derretían en Lisboa como la cera virgen. El ajeteo del puerto se envolvía en los olores del mar. El pescado y la pólvora no gozaban de buen maridaje y nadie sabía a ciencia cierta cuándo zarparían hacia el norte. Todos los días alguien vociferaba un rumor oído en una taberna a un oficial de aquí o allá. Pero los días caían a plomo para aquellos soldados deseosos de embarcar hacia la gloria.

Cristóbal arrastraba sus desgastadas botas por aquellas oscuras calles, iluminadas por breves candiles de aceite en algunas esquinas. Seguía el ruido y descifraba tabernas con la maestría que dan los años en los puertos. Trataba de alejarse un poco de los antros cercanos a la costa, donde se concentraban los soldados más ruidosos y las grescas más sonadas. Las peleas multitudinarias eran frecuentes, dejando tras de sí una estela de retales de maderas rotas. El uso de armas era escaso, dado que acarreaba severos castigos y la expulsión de la armada. Además, a diferencia de Lepanto, el grueso de la flota era española y los conflictos eran más leves, más propios del exceso de alcohol, que hacía emerger las bravuconadas de aquellos hombres excitados por el frenesí de la noche y el vino.

Divisó una pequeña taberna con la fachada de piedra irregular donde un cartel con el dibujo de un gato negro era iluminado por dos escuetos candiles. Parecía menos bulliciosa que todas las anteriores. Al entrar, un puñado de mesas de gruesa madera descolorida y repleta de grietas, nutría aquel pequeño antro, iluminado por pequeños hachones, que se sostenían en cuencos de arcilla cocida en el centro de las mesas. Se sentó despacio mientras oteaba la compañía, que no era demasiado populosa. En un rincón canturreaba un marinero ebrio al son de una especie de mandolina algo estridente que le recordaba a las músicas habituales de sus años en Italia.

—Vino —dijo con un gesto hacia la mesa, sin añadir nada más, a la vez que se desprendía del sombrero y el tahalí, mientras se acariciaba las barbas escrutando la estancia.

Una muchacha que no debía pasar de veinte años trajo una jarra de barro con un vaso, que depositó en aquella vieja mesa de color ceniza sin perder su hermosa sonrisa. Tenía el pelo castaño recogido en una trenza que dejaba a la vista de todos un delicado y largo cuello.

—Bella mujer —se oyó decir desde la mesa de al lado.

Cristóbal giró la cabeza con escaso interés y se encontró con la mirada de un hombre sonriente, que bebía vino solo en la mesa de al lado. De buen porte y buen vestir, aquel soldado no parecía el arquetipo de guerrero de la armada. A pesar de los claroscuros que ofrecían las velas, pudo cerciorarse de que las manos eran más propias de un escribano que de las de un guerrero. De piel y cabello claro, mostraba una pose altanera, ayudada por un cuidado bigote con perilla y unas formas esmeradas, con un acento inequívocamente castellano.

—Sin duda. Esta tierra no adolece de belleza, solo de sentido común.

—Veo que tenéis formación, soldado. Permitidme que me presente. Mi nombre es Félix Lope de Vega, pero podéis dirigiros a mí como Lope, creo que no merezco más pedigrí, y a buen seguro sangraremos por la misma bandera.

—No tenéis aspecto de soldado, muchacho —sentenció Cristóbal zanjando cualquier intento de cercanía.

—Sepa vuesa merced que el servicio a la patria no debería estar reñido con la inteligencia —repelió sonriente aquel joven que no calzaría aún los treinta años.

—Disculpad si discrepo. En esta empresa solo hallaréis desgracia y muerte. Los años te enseñan que es mejor vivir en paz junto a una buena mujer y una hermosa familia... por esas manos tan cuidadas, o sois clérigo o escribano.

—Soy escritor. Me gano la vida con astucia e ingenio, si bien creo que cada vez me trae más problemas, amigo mío. Y recogiendo vuestro guante, sabed que ya estuve hace un lustro con el marqués de Santa Cruz luchando en la isla Terceira en las Azores.

—¿Y vos? Aún no se vuestro nombre, buen soldado.

—Me llamo Cristóbal Gómez, y luché en Lepanto junto al León de los Austrias, con el que sangré en Italia y en Flandes. En breve rendiré culto a su memoria luchando contra los ingleses, como él hubiese querido, embarcado por cierto, en la San Martín, la capitana portuguesa, junto al duque, hasta que embarquen las tropas de Alejandro Farnesio, señor al que serviré en combate.

—Permitid que me disculpe por mi atrevimiento y altanería. Os confundí con un vulgar soldado, dado que vuestra humildad no os reviste de la pompa y la lisonja que demandan los guerreros de alto rango.

—No lo necesito. Me alisté en la armada huyendo de la tragedia de mi vida, y hallé la gloria de mi espada. He visto morir a demasiada gente amada como para recrearme en vanidades. He venido a saldar las deudas de mi conciencia, y gustosamente entregaría mi vida en ello, dado que Dios tiene cuentas pendientes con esta alma atribulada.

—No os extrañe al oírlos que me identifique con vuestra merced. Si bien no conozco de vuestras tribulaciones, soy docto en las fiebres del alma, que en mi caso siempre vienen acarreadas por el mal de amor, que me hace hundirme en la ciénaga sin remedio.

El vino y las horas tomaron la delantera en aquella escena, donde dos hombres encontraron afinidad y cercanía en los dramas vitales que los perseguían...

—Sabed, buen Cristóbal, que no desataría ninguno de los nudos que he echado. Pues aunque penséis que no estoy cuerdo, a pesar de los infortunios que me ha traído el amor de Elena, guardo en mi alma retazos tan hermosos, que nutren mis pensamientos...

—Permitidme si discrepo. Amé, sí. Con tal intensidad que los días eran tormentosos hasta volver a escrutar sus ojos y sentir sus labios... pero trajo la ruina a mi familia y la muerte a mis seres queridos. La muerte me descubrió que el amor me fue esquivo. Renuncié a lo recibido por lo no correspondido.

—Y decidme... ¿no darías cualquier cosa por un día más como aquella noche?

Cristóbal guardó silencio unos segundos mientras los ojos se le humedecían. Apuró el vaso de vino e hizo señas para que le sirvieran otro trago.

—Sí... no hay día que no recuerde aquel olor y aquella piel.

—Eso es el amor, buen soldado. Ganar, perder, caerse y levantarse. Ser rey una noche y bufón a la siguiente. Ganar el cielo una jornada y perder el ama a la siguiente... No hay criatura más hermosa que una mujer, amigo mío. Y a buen seguro, se puede estar enamorado al mismo

tiempo de más de una...

—Eso no es legítimo...

—¿Y quién ordena lo que es legítimo? ¿Quién puede con los designios del corazón? ¿Quién puede evitar que mi pecho no palpite con Elena como lo hace con Isabel? Bien sabéis que no es agradable el destierro. La patria es parte del corazón de los hombres, pero sin el amor... no existe gloria más grande que el amor y castigo más grande que los celos...

—El amor es un veneno que te puede matar.

—Cierto. Pero es un licor suave que agrada los sentidos y reconforta mientras lo bebes, aunque entregues tu alma a un desengaño... pero decidme, ¿y qué es la vida entonces? ¿Vale la pena vivir tan pocos años sin arriesgar? ¿Sin sentir el vértigo del corazón palpitante en el pecho? ¿Qué arriesga el cura que se esconde tras Dios, atribuyendo al altísimo todo lo que ocurre?

—No sabría deciros. El manejo de la pluma os hace pensar más en la filosofía del alma. Yo he vivido, he muerto y resucitado del mar. Ya no le temo a nada, y menos a la muerte. Mi fe en Dios no se ha resquebrajado, si bien, con los años, he entendido la verdadera importancia del cristianismo. La fe no debe ser interesada en la recompensa de la vida futura. Jesucristo nos invita a la imitación de sus acciones, ese es el camino. Ser servicial con los demás sin esperar nada a cambio. Es más, yo os diría sin miedo a blasfemar, que si Dios no existiese, si fuese un invento de alguna mente interesada o de su propia iglesia... yo seguiría siendo cristiano. Porque es un modelo de vida, no un pasaje al cielo. Por eso pienso a pies juntillas, que el hábito no hace al monje, así como que el que hace el mal en nombre de Dios será condenado el primero. Sabed, amigo Lope, que mis manos están manchadas de sangre. Tomé mi venganza sin temblarme la mano ante el hábito ni la conciencia. Y sabed que no tengo remordimientos ni temor a ser castigado. Obré en justicia, escuchando los designios de mi pobre corazón, ese que había causado la fatalidad a mis seres queridos.

—Creo que seréis musa de mi inspiración en alguna obra —apostilló Lope, quitándole dramatismo a la escena con aquella chanza—. Tenéis mucha razón en vuestros planteamientos, hablo en serio. Y es por eso que la vida hay que tomarla con arrojo. Acabado de desposar con doña Isabel como estoy, me he alistado para defender mi patria contra los herejes. El avaro y el cauteloso son despojos a los que la guadaña alcanzará en el tiempo, igual que al arrojado y al valiente. Mas la gloria de tu sombra nunca será la misma en las blancas paredes. Hay quien protege su vida perdiendo su alma. Yo os digo que la vida es corta y no merece el desprecio de desaprovecharla en banalidades. Y un desengaño se cura con más amor, amigo mío. Cuando llegue el juicio, algunas historias serán más bonitas que otras, y unos hombres serán más dignos que otros. Eso es la vida. El hombre transita y sufre, descontento, ebrio de ira y desaliento. En vida todo le falta, pero en la hora postrera, todo sobra. No hay alforja digna para ese viaje.

—Perder el alma no es algo que me preocupe. La entregaría gustoso por la salvación de los míos.

—Sois un hombre atormentado, pero ese desconsuelo acabará encontrando la paz en alguna esquina, o en los brazos de una gran mujer...

—Hace años que no ambiciono esa virtud. La paz que persigo es la del espíritu, no la de la carne. Si bien, desahogo mis instintos con el saldo de mi bolsa, de forma casi animal. Creo que sigo enamorado del pasado, no del futuro. Mi corazón no tiene la suficiente gallardía de asaltar nuevas tapias y jardines, se complace mirando hacia atrás, a pesar de que la polvareda del camino enturbie los recuerdos a veces.

—Pues sabed que para mí, buen Cristóbal, la existencia pierde el sentido si no me levanto

cada día admirando la belleza de una mujer. Un gesto nuevo, un color de pelo que se agita con la brisa, el suave olor de un cuello hermoso, un pecho que respira agitado ceñido por un vestido, unas manos delicadas del color del nácar... admirar es amar. Y amar es hallar la felicidad en lugares repletos de fealdad y miseria. Ya lo decía san Pablo, si no tengo amor, no soy nada.

—Dudo que san Pablo tuviese la animosidad amorosa que tiene vuesa merced —apostilló el sevillano entre risas cómplices de dos soldados nostálgicos.

—En serio, amigo. Sabed que el hombre se mueve por la pasión, debe poner el alma en todo lo que emprende. ¿Qué valor tiene el usurero, el huraño, el que no arriesga nada? Vivir es desatar lo sensible del espíritu. Defender con la vida la patria, la fe, el amor...

—Quizá por eso, buen Lope, nuestra patria está deshecha y en continuas bancarrotas. No es entendible, que en el imperio donde no se pone el sol no haya caudal para cubrir los gastos, y baste dar un paseo por las calles de una ciudad para contemplar los niños hambrientos vestidos de harapos, cuya existencia diaria es una aventura para sobrevivir y no coger tifus o peste. En serio, amigo, sabed que si bien la patria es sagrada, también lo son sus gentes. Demasiadas guerras llevamos en defensa de la religión, mientras el papa juega sus cartas a varias manos distintas.

—¿Esperáis entonces que el rey católico deje a los herejes sin persecución?

—Lo que no entiendo es que esa carga caiga en las espaldas de mi patria, mientras otras coronas católicas se dediquen a conspirar y medrar... ¿no es cierto que el mismo emperador tuvo que darle un correctivo al papa en el año 27, tras traicionarlo este con los franceses?

—El Saco de Roma fue una lección, bien decís...

—Yo estuve en Lepanto. Y os digo que nunca habrá pagado la cristiandad suficientemente el servicio que España hizo. El padre de nuestro rey ya tuvo que acudir a las puertas de Viena contra Solimán, y ambos han sucumbido en la ruina con las guerras en los Países Bajos... ¿Merece la pena tantas afrentas para tan poco tiempo? Mis sienes empiezan a platear y quizá por eso adolezca del vigor y el optimismo de un joven como vos. Sabed que admiro vuestra determinación y nobleza, pero la experiencia me dice que la sangre trae sangre.

—¿Y cómo volvéis al frente? Si me permitís preguntarlo.

—Por lealtad. Porque mi desánimo no está reñido con el amor a mi patria y la valentía para defenderla. No temo a la muerte en la batalla, creo incluso que sería un final acorde a mis méritos... Juré obediencia al León que yace junto a su padre en El Escorial. Y sabed que el enemigo encontrará al más fiero de sus guerreros en este humilde alfarero al que la providencia le puso una espada en la mano.

—Sois un bravo guerrero, Cristóbal. Rezaré a Dios para que os proteja, dado que nuestra patria necesita hombres de bien como vos. Este humilde escribano es más hábil con la pluma que con la espada. Pero no dudéis que valiente como el primero, si bien mi bella Isabel no merece conocer el sinsabor de la viudez con tan pocas lunas desposada.

—No temáis, amigo, si la empresa consigue que los hombres de Farnesio desembarquen en aquellas islas. Pues bien sabe el cielo que no hay hombre más bravo y arrojado en el combate. Yo lo he visto al mando de los tercios lanzarse contra el enemigo como si fuese el mismo Alejandro Magno, con la astucia y el valor que hace palidecer al oponente. Si los planes del rey llegan a buen puerto, sabed que los ingleses no tendrán santos a quien encomendarse. Sin embargo, lo que me atemoriza en esta suerte es el marco de la batalla. Viajaremos por lugares desconocidos para todos, y he oído que el tiempo del norte es infernal. Que las tormentas surgen por doquier y la mar de aquellos lares engulle barcos como si fuesen de papel.

—Imagino que estará prevista la ruta, querido Cristóbal. Y que los hombres de ese paladín que anunciáis embarcarán con la flota.

—Así lo deseo. Pero con la naturaleza de por medio, la fuerza de los hombres pierde importancia. Rogad a Dios por la empresa y sus huestes, pues son muchos hombres con familia los que van a medrar en esas latitudes. Yo estuve en Lepanto, y solo la dirección del viento se convirtió en un brazo ejecutor durante la batalla. Quien ha visto tantos cuerpos inertes en el mar sabe lo que nos espera. Si bien no existe inglés en el mundo que pueda infundirme temor, somos soldados castellanos que han sangrado con don Juan, Bazán, Farnesio y los hombres más dignos del ejército.

—Grande es la honra de la armada, buen sevillano. Esperamos el desenlace de esta historia, que a buen seguro será cantada por trovadores y agoreros casi de igual forma...

La boca del infierno

Mayo de 1588. Aquella flota, pertrechada de prisas e improvisación, partía de Lisboa rumbo a las islas de los herejes. El honor les llamaba a otra heroica hazaña a través de mares embravecidos, en busca de ese canal de la Mancha, una garganta del demonio que se había tragado muchos corazones valientes. Farnesio y sus bravos hombres estarían prestos para embarcar, pero el viaje se antojaba muy largo.

Galeazas, galeones, urcas, galeras, naos, carabelas... infinidad de barcos con diecinueve mil soldados, ocho mil marineros, dos mil cuatrocientos cañones en casi ciento treinta barcos se lanzaron a lo desconocido. En uno de los galeones iba Cristóbal, en el San Martín, nave capitana de la flota portuguesa, al lado del duque de Medina Sidonia, que no había pasado por alto la fama de aquel sevillano que luchó y dio muerte a Alí Pachá.

Aquel galeón contaba con cuarenta y ocho cañones y tenía casi sesenta metros de eslora. Llamaban la atención los prominentes castillos y una alta borda que lo hacía inexpugnable. Y es que los barcos españoles estaban concebidos para la lucha cuerpo a cuerpo en el abordaje, mientras que los ingleses habían construido una flota para evitarlo, con buques rápidos y cubiertas más despejadas, preparadas para batallas de artillería a corta distancia. Provisto de enseñas reales, el estandarte con pinturas alusivas a Cristo y la Virgen María, viajaba en aquel galeón, revestido además de hermosas pinturas en las velas, donde se podían contemplar los emblemas de algunas órdenes militares. Además, toda la flota disponía para el combate de una bandera tricolor roja, blanca y amarilla, con un águila real coronada y el toisón de oro, que servía de emblema a la Felicísima Armada.

Y allí se vio, de nuevo. En la cubierta de un barco azotado por el viento, en el año más frío que se recuerda. Trescientos soldados y trescientos marineros hacían rebosar aquellos buques de hombres, indefensos ante las epidemias de tifus que abrazaban aquellos focos infecciosos flotantes, cubiertos de ratas y suciedad. Un cirujano y un médico a menudo se tenían que multiplicar en sus labores, con medios escasos que solían acabar en sangrías contra las fiebres y extirpaciones de muelas y erupciones. Los tres mástiles, con aparejo de cruz en el trinquete y el mayor, y mesana de aparejo latino en forma de cuchillo, eran testigos mudos de aquel océano infinito que se abalanzaba delante de sus ojos. El cielo de aquella empresa no tenía nada que ver con los que añoraba Cristóbal. No faltaron momentos en los que se preguntaba por qué se había arrojado de nuevo a la boca del demonio, con aquel viento gélido que arreciaba y desecaba los rostros, mientras las velas se agitaban de dolor en las cubiertas de aquellos barcos indefensos ante el ímpetu de los elementos... De seguido, recuperaba el sosiego y pensaba en Farnesio. El Rayo de la guerra, como él, a buen seguro tendría a don Juan, el León de los Austrias, en lo más

profundo de sus pensamientos, y le daba fuerzas para el combate. Tocaba seguir, apretar los dientes y culminar aquella historia personal, recubierta de un vaho de tragedia y de altas ocasiones donde mostrar gallardía.

El exceso de hombres en los barcos españoles, pensado sin duda para tener superioridad en el abordaje al enemigo, hizo que las provisiones, justas de por sí, se agotaran rápidamente. Pérez de Guzmán organizó la escala en La Coruña para conseguir víveres y agua suficiente para el viaje, y hacia las costas gallegas se dirigía la flota cuando fueron sorprendidos por las galernas. Aquel temporal de viento súbito se comportaba como si fuese el Apocalipsis mandado por el propio Belcebú. Las velas se mostraban indefensas ante aquella ventisca que manipulaba los barcos a su antojo. Los marineros gritaban entre carreras por la cubierta, tratando de apaciguar los elementos sin éxito. La flota perdió su unidad, y empezó a dispersarse hasta perderse de vista la mayoría de barcos, que se retorcían amenazando con irse a pique, mientras aquel viento huracanado soplaba dañando las embarcaciones, que recibían las embestidas del mar de forma violenta. Algunos marineros cayeron por la borda y las naves tuvieron que intentar achicar las vías de agua, mientras el ruido ensordecedor del viento y la fuerza del océano azotando dificultaban hasta el extremo la comunicación de órdenes que daban sin parar los oficiales. Cristóbal recordó aquella vez en la que la tormenta casi los mata volviendo a casa por el Mediterráneo. Pero este océano parecía mucho más enfadado y gris que el mar de los romanos.

El cielo se había oscurecido y la temperatura se hacía casi insoportable, cerca de la llegada del verano como estaban. Los soldados se movían nerviosos por la cubierta tratando de estorbar lo menos posible a aquellos marineros, que no daban abasto ante aquel temporal enviado como si fuese una maldición. Algunos rezaban y se agarraban a sus amuletos colgados del cuello, ocultos entre cicatrices de mil empresas al servicio de la armada. Los más noveles permanecían casi congelados ante aquella escena en la que los poderosos barcos del rey católico se habían vuelto casi de papel.

Poco a poco volvió la calma. Había pasado una semana desde el temporal que había arreciado contra la quilla de la capitana de la flota portuguesa. El duque trataba sin éxito con sus oficiales de avistar el resto de la flota, que se había dispersado como ratones que escapan de un gato. Cuando divisaron tierra quedaron perplejos al constatar que estaban llegando al cabo de San Vicente. Es decir, las galernas los habían empujado hacia el sur, y toda la flota estaba dispersa por las costas portuguesas.

Con la mejora del tiempo, la flota empezó a reagruparse a cuentagotas. Consiguió enviar pinazas de reconocimiento para cerciorarse de la situación, mientras los pataches, que eran pequeños barcos cuya función era la de mensajeros, trataban de tranquilizar al más de centenar de barcos que quedaban fuera del grueso de la Felicísima Armada. Más de un mes tardó en reunir los barcos dispersos hacia el sur y el norte, hasta el punto que Pérez de Guzmán escribió al rey sugiriendo que desistiese del propósito, dado el cariz que estaban tomando los acontecimientos antes de arribar a las costas inglesas. El rey, sin embargo, se sintió insultado por la falta de bravura del capitán de su flota y lo reprendió para que centrase sus esfuerzos en la invasión de Inglaterra.

A finales de julio, la Gran Armada, con buen tiempo, repuesta del temporal, de víveres y recibiendo la bendición y comunión general, zarpa hacia aquellas islas desconocidas para todos, que se habían convertido en el mayor enemigo del rey. La flota había recobrado el ánimo, y las chanzas y los chascarrillos volvieron a la cubierta de aquellos agradecidos barcos, donde el silencio acariciado por el miedo, había sobrevolado durante semanas.

—¿Qué piensa un soldado forjado de historia?

Cristóbal se giró, mientras el agitado pelo le acariciaba las visibles cicatrices que lucía en el rostro, topando su mirada con la del duque de Medina Sidonia, que lo observaba desde el castillo de popa. Con su frente despejada y sus ojillos vivaces, se acariciaba la afilada barba plateada, mostrando una rosada coloración que denotaba la afición al buen comer, mientras observaba con curiosidad a aquel soldado veterano, que miraba los mares con desconfianza.

—Mi señor, nunca me ha movido el miedo. He entregado mi vida a Dios en muchas ocasiones, como justa medida de mis faltas. Pero tengo el presentimiento que será esta vez la más propicia.

—Acércate, buen Cristóbal —sentenció el comandante de la armada tratando de no alarmar a los hombres, con el rictus propio de un responso.

—No me malinterpretéis, señor. Estoy aquí para hacer justicia al León y a buen seguro que si Farnesio embarca hacia Londres, no quedará hereje en pie. Pero mi instinto me dice que si ya en La Coruña nos han lanzado como muñecos, no quiero imaginar más al norte. No me dan miedo los ingleses, sino este mar profundo y oscuro que esconde las mayores trampas que he visto.

—Sabed que eso mismo le he dicho al rey, pero, buen soldado, nuestra misión es dar la vida si hace falta para derrotar al enemigo. La corona española no se rinde a los elementos —le dio una palmada amistosa en la espalda y se giró lentamente—. No dirán nada deshonoroso de nosotros, sevillano. Tendrán que soplar mucho para derrotarnos —añadió mostrando una leve mueca, que podía entenderse como una sonrisa, mientras volvía con pasos dificultosos hacia su posición natural.

Los días pasaron. El buen tiempo de las primeras jornadas llegaba a hacer amainar el aire hasta la calma chicha, pero conforme se dejaba atrás el golfo de Vizcaya volvieron las nubes y el viento, y aquel mar de los demonios comenzó a despertar de nuevo. Los marineros se agitaban y se movían por cubierta. Por la escotilla de carga salían hombres como si fuesen hormigas. El mar, quebrado, empezó a violentarse, al punto que el oleaje evitaba ver al resto de naves, que empezaron a dispersarse entre ellas.

Cristóbal no podía creer que aquello pasase a finales de julio. No pudo dejar de pensar en la tranquilidad de la costa de Cádiz en aquellas fechas, y cómo sería una de aquellas tórridas tardes sevillanas en su arrabal trianero. Se agarró a un cabo, sabedor de que los golpes de mar arrojaban hombres por la borda para no volver. El cielo plomizo mostraba matices de duelo y el mar se había vuelto violáceo por momentos. Apenas se veía nada, mientras el barco crujía y se balanceaba por aquellas enfurecidas aguas del Atlántico. La tormenta arreciaba y el cielo bramaba truenos que hacían palidecer a los soldados noveles.

El día siguiente amaneció en calma y Medina Sidonia hizo evaluación de daños. Una falúa y tres pataches van a buscar las naves perdidas durante la noche para agrupar la flota, que está casi intacta. Un corredor de popa arrancado en una galera por un golpe de mar y algunos daños diversos por las embestidas de la tormenta. Se avista tierra inglesa por primera vez. Es el cabo Lizard, en la costa sur de Cornualles. Los ingleses pronto se percatan de la llegada de la armada y se reagruparán en el puerto de Plymouth, algo más de cien navíos. Las órdenes del rey son claras, y el consejo de guerra decide no atacar a pesar de tener clara ventaja estratégica. El objetivo sigue siendo cruzar el canal de la Mancha y embarcar a los tercios viejos de Flandes. Sin embargo, con los ingleses cuidando la táctica de no acercarse mucho a la flota enemiga y evitar el abordaje, se producen las primeras refriegas en torno a aquel puerto, de donde los ingleses van a salir en retirada. A pesar de que se salda con pocos muertos y heridos, un accidente hace chocar

dos barcos españoles. Nuestra Señora del Rosario, la nao principal de la escuadra andaluza, donde Cristóbal salió de Cádiz hacia Lisboa, queda ingobernable tras chocar con La Catalina, hasta el punto que será capturada por los ingleses, que apresan a sus ocupantes, encabezados por Pedro Valdés, al que le esperará la prisión en la torre de Londres.

En los días sucesivos se desarrollará el grueso de las batallas, conforme la flota cruzaba el canal de La Mancha. Los ingleses avivaban llamas en la costa para seguir la ruta de los españoles por aquella estrechez del continente y las islas.

A la altura de Portland Bill, los ingleses, con Howard en cabeza, sacaron su artillería contra la flota española, y la San Martín a la cabeza, que recibió una enorme ráfaga. Los hombres corrían prestos a los cañones, pero los ingleses evitaban acercarse. Cristóbal se mordía los nudillos. El corazón le latía con fuerza esperando ávido de ira el momento de sacar su cuchillo y su espada en cuanto las cuadernas de madera del enemigo estuviesen a un par de metros. Pero los ingleses solo disparaban y se alejaban, evitando el cuerpo a cuerpo. Era una pelea entre un gato y un ratón. Un muchacho joven cayó junto al héroe de Lepanto entre una humareda. Al agarrarlo, el pecho ensangrentado delató que estaba fatalmente herido por la artillería enemiga. Cristóbal le agarró la mano con fuerza mientras el muchacho hacía un esfuerzo por hablar sin éxito.

—Sois un bravo soldado, muchacho —le espetó el trianero para confortarlo, mientras se moría entre sus manos.

La refriega se resuelve con la retirada de la flota inglesa, tras vaciar la munición con escasos daños. La San Martín y La Santa Ana, que encabezan el ataque, tienen pocas bajas para la cantidad de proyectiles enemigos disparados, que sin embargo, una vez más, rehúyen el abordaje y la lucha cuerpo a cuerpo.

En el barco del duque se atienden a los heridos y los escasos muertos en la refriega. Los marineros acuden a reparar daños. La vela de trinquete, el bauprés, y varios agujeros en el alcázar, pero el barco está a flote y el Medina Sidonia no deja de enviar correos a Farnesio, buscando con ansiedad que esté listo cuando llegue el momento, que ya quedaba muy cerca.

Cristóbal, junto a otros veteranos en los tercios, se arremolinaba en la bodega del barco buscando un trago de vino. Impotentes, maldecían a aquella flota huraña, que evitaba cobardemente el cuerpo a cuerpo, pero que conseguía disparar mucho más rápido que la flota española.

—Maldita sea mi estampa. No van a estar tan lejos siempre estos hijos de perra —maldecía un soldado con recio bigote al que el vino caía a borbotones por la comisura de los labios.

El 6 de agosto la flota llega a Calais, donde fondea. Farnesio debía estar cerca de embarcar, no había mucho tiempo, dado que los ingleses reforzaban su flota cada día desde las islas, mientras las naves españolas eran diezmadas a cada hora. Pero la llegada de una pinaza con noticias del duque se convirtió en noticias negras, como los nubarrones que regalaban aquellas tierras. El duque había recibido las noticias de la armada con mucho retraso, y le faltaba todavía casi una semana para poder embarcar. Medina Sidonia contuvo el aliento y olió la tragedia... ¿Cómo iban a contener a los ingleses? No tenían tanto tiempo.

Esa noche, a pesar de los vigías fuera del puerto, los ingleses enviaron los temidos brulotes. Eran barcos ligeros incendiados cargados de explosivos, que se convertían en letales al chocar contra los barcos enemigos. Aquella noche, el terror se apoderó de la flota. Los gritos y las carreras por la cubierta, llevaron a la huida de las naves, que cortaron las amarras para evitar el fuego, chocando entre sí muchas de ellas, que quedaron gravemente dañadas. La flota se dispersa entre las corrientes que azotaban, en condiciones difíciles, con bancos de arena que hacían

encallar los buques. La batalla de Gravelinas será el infierno para la flota española, que amaneció con cinco barcos: la San Martín, de Medina Sidonia; el San Juan, de Recalde; el San Marcos, de Peñafiel y dos galeones de la escuadra portuguesa, resisten. Mientras, el resto intentará volver tras aquella noche de terror y desconcierto, y el duque, desesperado, los apremia a la vuelta, que muchos capitanes rechazan. Enfrente, la flota inglesa se ha concentrado en su totalidad, en torno a ciento cincuenta barcos... la matanza está servida. Los barcos españoles van llegando poco a poco, pero la superioridad inglesa los acribilla con su artillería. El María Juan es el único barco hundido, pero los daños son muy graves. En la San Martín arrecian los proyectiles y el barco está lleno de agujeros y astillas por todos lados. Empieza a hacer agua mientras los marineros tratan de achicarla como pueden. El fuego arrasa la cubierta. Cristóbal cae herido en un brazo, en una montonera de hombres dispersos por aquellas duelas manchadas de sangre. Medina Sidonia no para de dar órdenes, entre la impotencia y la rabia de los acontecimientos. El mar del Norte se agitaba y el viento silbaba muerte. Los ojos inertes se repetían demasiado en las cubiertas de aquellos robustos galeones, que estaban probando por primera vez, el fuego directo del enemigo. La bodega de la capitana estaba llena de agua y tuvieron que sacar los víveres por la escotilla de carga, mientras arreciaban los proyectiles, que descargaron su furia contra los barcos principales.

—¡Malditos! ¡cobardes! —los gritos entre los españoles delataban su ira. Habían sido sorprendidos en aquellas aguas bajas, donde las corrientes del estrecho y el viento favorecían a los ingleses.

El barco crujía y se tambaleaba, exhausto, como pidiendo auxilio, mientras los golpes de timón trataban de alejarlo de allí. Con la camisa hecha trizas y ensangrentada, el trianero trataba de ayudar con los cañones, dado lo diezmado de efectivos... La nube de pólvora olía a sangre. Las velas se retorcían doloridas en aquel estrecho teñido de rojo. La flota española se recompuso poco a poco y plantó batalla a pesar del castigo sufrido. Los ingleses, poco a poco, evitaron el combate, distanciándose, conforme se restablecía el número de barcos enemigos.

A la mañana siguiente, Medina Sidonia, que había pedido mediante los tres cañonazos de rigor la vuelta de las naves dispersas con reiteración, ejecutó a uno de los capitanes por traición, al no acudir al combate con presteza. Expuesto en un patache, el traidor se mostró ahorcado como ejemplo al resto de la flota, para evitar desertiones en el combate.

Cristóbal estaba triste. La noticia de la vuelta a España empezó a susurrarse entre los soldados. Más reuniones. Los consejos de guerra se sucedían para decidir qué hacer. El riesgo de encallar de camino a Flandes en busca de las tropas de Farnesio, no amilanó a Medina Sidonia, que había cumplido las órdenes del rey contra viento y marea. Pero los elementos se aliaron de nuevo contra los españoles. El tiempo empeoró y un fuerte viento contrario arreció contra los buques, que empezaron a temer seriamente el hundimiento. O ser sorprendidos de nuevo por los barcos ingleses que quedaban a flote, en torno a un centenar, que se encontraban a unas millas de distancia, esperando la ocasión propicia para atacar, como si fuesen buitres, doctorados en aquellas aguas, que ahora se refugiaban en sus puertos, esperando que amainase el tiempo. El fuerte oleaje de las mareas amenazaba con dispersar la flota de nuevo, que se adentraba entre las sacudidas que inclinaban los barcos de aquel estrecho que bramaba peligro. Varios golpes de mar inundaron la cubierta de la San Martín, que, de seguido, tapizó el agua con una docena de hombres que se ahogaron sin remisión. El combés era una alberca, y las rajas de las velas se sucedían, la de trinquete y la de cebadera habían desaparecido de su lugar. Los crujidos de la madera rivalizaban con los del mar aquella tarde de perros.

A la mañana siguiente, todos los integrantes de la San Martín son convocados en la cubierta.

Desde el castillo de popa, justo encima de su camarote, Medina Sidonia se dirige a sus hombres. Con el gesto torcido, se acariciaba la barba como signo de contradicción o de ira, era difícil averiguar qué pasaba por la cabeza de aquel hombre tras tanto desastre junto.

—Quiero expresaros el orgullo por vuestra valentía y el servicio al rey, nuestro Señor. La Felicísima Armada se ha adentrado en estos mares del diablo con la misión de invadir las islas de los herejes, tras unirse a los tercios de Flandes. Sin embargo, la providencia divina no lo ha querido así. Ya habéis visto la cobardía inglesa. Han evitado el enfrentamiento directo y solo han atacado cuando las condiciones del mar y los vientos nos daban la desventaja. Nuestra misión de enlazar con el duque de Parma se vio fatalmente retrasada por los acontecimientos, y la peligrosidad de estos fondos rocosos desaconseja adentrarnos hasta la costa en su búsqueda. Aun así, hasta la tormenta de ayer lo intentamos, pero ahora debo velar por la salud de mis hombres. He dado órdenes a los oficiales para regresar a España bordeando el norte, evitando este estrecho donde el enemigo tiene refugio y avituallamiento en sus puertos con el mal tiempo mientras el desgaste para nosotros es muy severo. Huelga decir que si bien vamos a salir de esta ratonera, nos hallarán si nos buscan, pues el español no se amedrenta ante ningún ejército, que ya habéis visto cómo se cuidaban desde una prudente distancia para no probar el acero patrio.

Los hombres vitoreaban a Medina Sidonia, que se mostraba ante todos sucio, febril y con magulladuras, como toda la tripulación. Su mala reputación, precedida quizá por el aura de héroe que tenía el marqués de Santa Cruz, heredando una empresa en puertas de la guerra, se había redimido ante los soldados con su determinación y valentía en la batalla. Aquel hombre al que decían que mareaba el mar no había abandonado la cubierta ni a sus hombres en lo más duro de las Gravelinas, donde la diferencia en número de barcos era abrumadora.

Cristóbal se sentía triste y dolido. Su conciencia revoloteaba sobre su cabeza con la imagen de don Juan. ¿Qué hubiese hecho el León? A buen seguro, habría hallado la forma de revolversse contra los elementos. ¿Qué hubiese pasado si Alejandro Farnesio hubiese enlazado a tiempo con la armada? Apretaba los dientes de impotencia. Lo había abandonado todo por la memoria de un hombre al que sentía traicionar. El viento silbaba con fuerza en un mar de nubes plomizas que decoraban aquel cielo extraño a sus ojos. Los tonos grises y violáceos rivalizaban con la velocidad de las nubes, que el sevillano observaba a duras penas mientras se retiraba sus largos cabellos del rostro. Aquel mar bravío se agitaba de nuevo con furia mientras ellos se adentraban en lo desconocido de sus secretos, cada vez más al norte. Tras los vítores, el silencio y el viento. Al día siguiente se informa del racionamiento de alimentos, que hacía jornadas que escaseaban. La tripulación se miraba resignada... Se da orden de arriar las velas para esperar a los ingleses como un último intento de conquistar aquellas islas. Pero la prudencia inglesa les hacía repetir la misma operación. Sus órdenes son la de vigilar de cerca a los españoles sin acercarse demasiado. Esas fueron desde el principio las intenciones. Ampararse en la artillería de su flota ligera y en la cercanía de sus puertos para avituallarse. Atacar cuando estuviesen en ventaja y huir del cuerpo a cuerpo. Pero en pocos días abandonan la persecución. Sin alimentos, exhaustos y con la flota muy dañada, al nivel de la española o más, se retiran a sus puertos, con la tranquilidad de ver al enemigo dirigirse al norte, alejándose de las ciudades del sur y de sus refuerzos en Flandes. Aquello se iba a convertir en un ejercicio de supervivencia contra los elementos.

Cada vez más al norte. Más frío. Se arrojan por la borda los animales de tiro embarcados para ahorrar agua. Hay quien ve comida desperdiciada y las enfermedades se acrecientan. Se oye más la tos que el viento... Fiebres, disenterías... las caras palidecen por el hambre y el frío mientras las bodegas se utilizan para albergar enfermos. Al llegar a las islas Shetland, en el mar

del Norte, es 20 de agosto, y se han bordeado las Highlands escocesas. El frío arrecia los cuerpos y hunde los ojos en las caras, cuyos pómulos se afilan por falta de alimentos. La madera cruje y la debilidad hace mella. Lo peor está por llegar...

Tras alcanzar las Shetland, se aborda la costa oeste de las islas para bordear Irlanda. No deja de llover y las tormentas van en aumento. Mientras varios pataches se habían enviado a España por delante para informar de la vuelta de la armada, preparándose avituallamiento en los puertos del norte de la península, los soldados ingleses son abandonados en las costas del sur de Inglaterra y mueren a centenares de hambre, enfermedad y miseria. La reina Isabel decide con una frialdad escalofriante reducir gastos y se olvida de su flota ante la indignación de sus oficiales, lo que originará revueltas y episodios de mendicidad en sus costas.

Mientras, el más de un centenar de buques españoles a flote navega tratando de supervivir por las costas occidentales de las islas. Los días no se diferencian de las noches y las tormentas arrecian contra la madera de los barcos, que se van destrozando sin remedio. El mar se enerva, engullendo aquellos galeones que se dispersan sin remedio.

—¡Querido padre, querido hermano...! ¡Pronto estaré con vosotros! ¡Interceded por mí ante nuestro Señor, que perdone mis faltas! —gritaba un Cristóbal preso de la fiebre y el frío, mientras el barco crepitaba y se volcaba contra la fuerza de aquel oscuro mar, azotado por la tormenta. Un rayo destrozó el trinquete, mientras las cuadernas se arrancaban como muelas hasta la media andana... el mascarón de proa se había perdido y las velas colgaban como harapos, mientras los bravos marineros de aquel robusto galeón se esforzaban sin éxito de imponerse a aquellas tormentas que los hacían balancearse como si fuesen de tela.

El Atlántico bramaba con furia y empezó a tragarse barcos, que iban naufragando uno tras otro. Desde la San Martín, entre la nebulosa de aquella horrible tormenta, se divisaban embarcaciones casi hundidas con el palo mayor quebrado y la quilla vista en casi toda su eslora. Otros naufragan al encallar contra la rocosa costa irlandesa, y muchos hombres son lanzados contra las playas, aquellos que sobreviven del ahogamiento. Era una carrera por sobrevivir, sin ningún agrupamiento posible. Aquel agua helada parecía más salada al tragarla. Cristóbal tiritaba en el interior de aquel bravo galeón, que se mantenía aún a flote —a pesar de estar mortalmente herido—, con los agujeros de la quilla reparados por buzos en el canal de la Mancha, y había rodeado las islas. Sin embargo, la tripulación presa de las fiebres y las enfermedades, iba menguando por días en aquellos días de septiembre. Las fuerzas habían desaparecido y los tímidos rezos eran los únicos sonidos en el barco. Cristóbal pensaba cuánta diferencia había en el ánimo de aquellos hombres ebrios de vino y felicidad al embarcar en Lisboa.

La visión de dos hombres peleándose por comerse una rata le hizo palidecer. Se desplomó sobre aquellas duras tablas y deseó morir. Cerró los ojos y pensó en Sagrario. La recordó hermosa, con sus cabellos negros y su piel tostada corriendo por el arrabal. Aquella sonrisa llena de vida...

—Mi vida, cuanto te echo de menos... cuánto daría por ver tu rostro... pronto... —las palabras inconexas del soldado se sucedían. Llevaba días sin beber y la fiebre lo devoraba. Sus labios ajados como fruta seca, trataban de buscar saliva sin éxito. Las heridas del brazo tampoco tenían buen aspecto. Habían cobrado una coloración verdosa poco atractiva. Con los ojos entreabiertos, veía cuerpos que se movían torpemente, mientras un pobre cirujano trataba de ayudar con sus escasos conocimientos a centenares de hombres enfermos, que se movían lentamente en aquellas duras duelas en las tripas del barco.

Pasaron días interminables bordeando aquellas islas, malditas para la armada. Conforme

avanzaban al sur parecían remitir el rosario de tormentas, que habían hecho naufragar casi a una veintena de barcos en las agudas costas irlandesas. Aquella mañana estaba nublado y hacía frío. Pero nada comparable a los días de furia anteriores. Medina Sidonia apareció en el castillo de popa, justo encima de su camarote. A buen seguro pretendía elevar la moral de sus hombres tras días infernales en los que nadie se reconocía al albor de aquellas tormentas. Demacrado y pálido, la permanente fiebre y la falta de agua, le hacían moverse con dificultad, como casi a la totalidad de la flota, que estaba aguantando con heroicidad aquella travesía. Quedaban aproximadamente la mitad de los hombres cuando cruzaron el golfo de Vizcaya de nuevo. Ni rastro de los ingleses, que estaban viviendo su propia odisea de desgracias en las costas del sur de Inglaterra.

Cristóbal recobró algo de fuerzas. Había roído algo de pan duro y las sangrías le habían aliviado la fiebre. Buscó desesperadamente la cubierta para que el viento le aliviase el rostro y los pulmones, tras demasiados días postrado en aquella jaula de madera convertida en mortaja de cientos de hombres, que habían muerto sin recibir un digno sepelio estando en la flor de sus vidas.

Salió a aquella cubierta, tratando de guarecerse del frío viento del noroeste, que arreciaba entre un mar de nubes plomizas que dotaban a la escena de una monótona grisalla de colores apagados. Alguna bandada de pájaros que huían hacia algún sitio le hacía reparar en ellos, recordando que en algún lugar lejano habría vida civilizada. Lejos sin duda de aquel mar de los bárbaros, no apto para hombres jugando a la inmortalidad. Los cabellos jugueteaban sobre la cara mientras respiraba con los ojos cerrados, mostrando una tonalidad añil en los párpados y los labios llenos de postillas por la enfermedad y el frío que lo envolvían como si de un cofre se tratase.

—¿Para qué? —susurró mirando al infinito, mientras el oleaje rompía rítmicamente contra las andanas y la tajamar del bravo galeón, que surcaba exhausto pero a flote aquellos mares del norte.

El veterano soldado miraba el cielo con los ojos vidriosos. Cuánta muerte... Cuántas vidas desperdiciadas por el odio...

—Basta ya... —se susurraba así mismo—. Quiero volver a casa... Quiero ver a los míos antes de morir, padre... —oraba para sí sin perder de vista el horizonte que se adivinaba por el mascarón de proa, que se balanceaba por los golpes de las diversas refriegas encajadas—. Todos muertos... no hay gloria, solo sufrimiento. No hay venganza, solo dolor... No hay justicia, solo tragedia... —se limpió los ojos con la sucia camisa que hacía ya las veces de jubón, y se mordió los labios hasta hacerse sangre. Aquella borda, sería tan sencillo... acabar de una vez con el drama de su vida... Apretaba las manos en aquella madera astillada y descolorida que coronaba las baterías. Miraba el agua agitada que devolvía con bravura el surco de la quilla. Miró la bandera y recordó a don Juan. Un soldado lo era hasta la muerte. Empujó con los brazos y rebotó hacia atrás como un resorte. Se giró con un gesto de vergüenza por su debilidad y se adentró por el combés hacia el alcázar del galeón, mientras los marineros se afanaban en dominarlo con su incesante trasiego.

—¡Tierraaaa! ¡Tierra españolaaaa!! —se oyó como un alarido desde la cofa que coronaba el palo mayor de la San Martín. El barco apenas podía navegar. Las velas estaban destrozadas y a merced del viento. Medina Sidonia ordenó una andanada de cañonazos desesperados para pedir ayuda. Mandó un patache para informar que necesitaban ser remolcados para llegar a puerto. Aun así, era increíble que aquel galeón estuviese a flote tras el asedio sufrido en Gravelinas, donde hasta cuatro buques arreciaron toda su artillería contra la San Martín, que se defendió con

uñas y dientes hasta provocar la huida del enemigo, sin munición y con enormes daños.

Era 21 de septiembre. Con la nave capitana a la cabeza, la Felicísima Armada arribó en los puertos del Cantábrico en un lastimoso rosario de barcos ruinosos que se mantenían milagrosamente a flote. La Santa Ana llegó tan al límite, que naufragó en el mismo puerto y hubo que rescatar a la tripulación. Juan Martínez de Recalde salió de barco enfermo y apoyado en varios hombres. Un par de días después, moriría sin ver a su familia. La capitana llegó a Santander remolcada, con la mitad de la tripulación, que arribó al puerto escuálida y demacrada. Aquellos pómulos afilados erosionados por las fiebres y los días sin beber causaron impacto entre las gentes que los esperaban en tierra. Parecían espectros, no soldados. Andaban con dificultad y bajaron del galeón con ayuda. Aquel buque portugués cargado de historia que había servido al marqués de Santa Cruz en las Azores mostraba un repertorio de agujeros y madera astillada digna de contemplación. Las velas deshechas eran la metáfora de un ejército que no llegó a culminar la misión ni a embarcar a los tercios viejos de Farnesio. Demasiados problemas. Demasiado odio en los cielos. Las tempestades marcaron su ley. Quizá Dios misericordioso los castigaba por la osadía de invadir las islas. Pero la verdad es que los ingleses, por mucho que lo silenciaran, habían acabado igual de destrozados. No, la Felicísima Armada no había conseguido derrotar a los ingleses, pero estos tampoco a los españoles. La propaganda haría el resto.

Cristóbal, como tantos soldados españoles que tuvieron la suerte de ser atendidos, cuidados y alimentados al llegar a tierra, ingresó en un hospital de campaña improvisado para la flota. Cientos de hombres enfermos yacían en aquella ciudad costera mientras la noticia de la vuelta de la armada corría como la pólvora por pueblos y ciudades...

“Yo no mandé a mis hombres a luchar contra los elementos”, argumentaba el rey católico, que pronto vería cómo los ingleses fracasarían en un intento de ataque a La Coruña para aniquilar la flota. La misma medicina probada por los españoles dispersó los barcos, teniendo que renunciar a la empresa en aquel año glacial tan terrible.

Allí acabó la vida militar de Cristóbal. Postrado en un sucio jergón, curándose de las heridas y con fiebres altísimas que lo mantenían en la debilidad más absoluta. Apenas veía con claridad durante algunos días. Veía los ropajes de los religiosos que los atendían. Franciscanos de hábito marrón y algún que otro médico y cirujano, que se multiplicaban ante la cantidad de hombres heridos y enfermos. Las misas por los caídos en combate se sucedían, oficiando sepelios improvisados donde se rogaba por sus almas.

Pasados unos días, recobró un poco las fuerzas. Comió un poco y bebía con dificultad, debido a las heridas abiertas que lucía en la boca. Miraba por la luz de una improvisada ventana que iluminaba pobremente aquel campamento. El olor a letrinas cobró fuerza en su olfato, que empezó a recuperar cierto brío. El sonriente fraile franciscano que lo atendía le pasaba una churretosa esponja por la frente...

—¿Que os turba, hermano?

—Una vida desperdiciada —casi susurró Cristóbal, que dejó entrever una ligera y amarga sonrisa en el accidentado rictus de sus labios.

—Encomendaos a Dios. Él, que todo lo puede, entregó su vida por nosotros. Igual que vos por la armada. Quien se entrega a su prójimo o a los demás, no desperdicia su vida, hijo, sino que la gana.

Cristóbal observaba aquel rostro ajado por el sol, lleno de arrugas alrededor de los ojos. Pensó que eran de reírse, sin duda. Aquel fraile de barba plateada, donde algunos ríos oscuros adivinaban un pasado de juventud y vigor, se mostraba dichoso ayudando a aquellos desvalidos

soldados, que agonizaban en aquellos camastros a las afueras de una ciudad desconocida para ellos.

—¿Cómo habéis hallado la felicidad, fraile? Pues se os ve dichoso en este antro de enfermedad y miseria. Míranos, somos la lastimosa estampa del fracaso.

—El fracaso, hijo mío, es morir sin agallas. La armada ha luchado con honor y a pesar de las inclemencias tan difíciles ha mantenido la flota y la bandera contra el enemigo, ¿no es cierto? —sentenció con una sonrisa que mostraba una dentadura en retirada, con apenas un par de piezas inestables—. Además, san Francisco decía: “Luchemos por alcanzar la serenidad de aceptar las cosas inevitables, el valor de cambiar las cosas que podemos, y la sabiduría para poder distinguir unas de otras”. No os atormentéis, buen soldado. Piensa en lo que nos enseña el fundador de mi orden, y veréis todo con más claridad.

Cristóbal se quedó en silencio, pensativo. Aquel risueño fraile le había ayudado, arrancando de su mente la gravedad de su vida. Reconfortado por la ayuda del clérigo, le agarró la mano y se la apretó como signo de gratitud.

El cielo de azulejos

Y las aguas volvieron a su sitio. Las tormentas se hicieron presentes con histrionismo y alevosía de verdugo experimentado, pero la vida retorna a su cauce como las aguas del arroyo a su río que lleva al mar, que volvió a ser azul y no morado. Y el cielo adquirió un colorido veneciano más acorde al espíritu de un artista guerrero que ya no podía ser ni una cosa ni otra... Las noticias en el zurrón, el naufragio de tantas almas atrapadas en la madera de la armada, que seguía en pie, orgullosa, a pesar de los golpes y las odiseas. Volvieron poco a poco las fuerzas, y con ellas los caballos y los carros, y los caminos polvorientos que adivinan el sur, donde los horizontes ocres sustituyen las frondosas vistas del norte. Volvió el corazón a sentir estampas conocidas y piedra divisada, apreciando cada rincón de las cosas amadas y olvidadas por la gravedad de los días...

Aquel hombre canoso se introdujo sin prisa por los senderos de su corazón, que riegan las arterias del alma por los callejones de los recuerdos. Aquel viejo soldado ya no lo era, y trató de volver a donde todo recobraba sentido. Buscó el calor de lo propio, para no sentirse más extraño en lugares prestados. Viajó sin prisa, sin pausa. Como quien sabe que es la última travesía, la que busca encontrarse consigo mismo y su pasado. En las alforjas, el dolor acostumbrado, junto al amor recobrado en sus pensamientos, libres de cargas, en paz con sus fantasmas.

Y de nuevo, la muralla almohade. La que levantaron los andalusíes para sustituir la quebrada de Julio César. De nuevo el olor de aquella ciudad añeja, a la que vería más hermosa que nunca. La que apenas necesitaba pintarse para él, le bastaba un detalle, un olor, una espadaña con cigüeñas, para volar por aquel cielo de azulejos esmaltado en el arrabal de Triana, tan diferente a los azulejos plumizos que tapizan los cielos del norte... Y las lágrimas en las mejillas de un peregrino con la cabeza cubierta por una tela de lino, como si fuese un ermitaño. Atrás quedaron las escenas del soldado que llegaba entre cuero y acero. Solo el cuchillo que le había dado sentido a su vida y le había sacado de tantos bretes. Mucho más delgado, con más cicatrices en el cuerpo y en el alma, que sin embargo, volvía extrañamente tranquila. Su cabeza era un nido de paja y arcilla, sobre el que revoloteaban los rostros: Medina Sidonia, Farnesio, Recalde, don Juan, Lope, Sagrario, Azucena... Una vida encerrada entre las paredes desconchadas de su mente, que habían perdido el lustre y la cal desde años atrás. Las mismas calles, los mismos puestos, los mismos gritos, el desorden, el trasiego... aquella tramoya de la vida mostraba un reparto variopinto que no descansaba entre las funciones. Todos con prisa, apremiados por la vida y los pucheros que calentar a fuego lento. Los vivos y los muertos, los ricos y los pobres, los cebados y los hambrientos, los sanos y los enfermos... todos protagonistas de una historia interminable, ajena a las gesta de un soldado desconocido para todos, ajenos a la epopeya de los

hombres que entregan su vida por la patria y malviven con disciplina castrense en el sinsentido de una existencia abocada al drama y la melancolía.

Y de nuevo, la familia, casi desconocida. Los rostros presentados al veterano que se encorva, mientras los niños se han convertido en hombres. Ni siquiera aquel era su sitio. Su corazón anhela el retiro merecido donde sanar el alma de sus recuerdos, igual que hizo Carlos V en Yuste. La muerte del maestro, dolosa y repentina en aquella ciudad incubadora de pestes y epidemias, ayuda a ello. A dejar todo lo que le dio sentido a su vida un día, a todo lo que una vez le ilusionó. Miró hacia dentro de sus muros y respiró hondo. Aquel hombre ya no era él mismo, no podía ansiar lo mismo. Se perdió largo rato por las callejuelas laberínticas que conducían a la mole gótica que había sido su referente, y que hacía tanto que no asaltaba. Ya no importaba, los sambenitos dolían menos, o al menos, la resignación hacía de anestesia a tantos episodios crónicos. Paseó por aquella plaza dónde una vez jugó a ser amante, despertando a la vida, salpicándose el agua de la juventud que eriza los pezones de la inconsciencia, con un perfume tan embriagador como peligroso.

Y pasaron los días, las semanas, los meses y los años... Y aquel hombre se retiró de su vida y se la entregó al mundo. De fraile franciscano en un convento, en la única estampa que podía remediar a esas alturas su conciencia apaleada por los años. Allí se sentía feliz, útil, ayudando a los demás, a los enfermos que acudían a docenas cada día a las puertas del convento. Trabajaba la tierra y san Francisco se convirtió en su referente de humildad y pobreza. Se pateaba las calles recogiendo transeúntes que llevaba al convento para comer caliente, al menos unos días. Y la vida siguió, enredada en la zarza de la monotonía, que cobraba sentido en el hábito de un fraile con las sandalias gastadas de patearse aquella ciudad, que estaba enfermando por momentos.

Era el año 1600. El rey Felipe llevaba dos enterrado y su hijo ceñía la corona. Aquel año, una gran peste asoló Sevilla. Los muertos se amontonaban en las calles, mientras los sahumeros en las iglesias rogaban al cielo para que pasase aquella calamidad, que volvía a sus antiguos muros de cuando en cuando. La suciedad, los desbordamientos periódicos del río y la proliferación de ratas negras transportaban la peste bubónica por las calles y sus casas, sin considerar posición ni linaje. El cabildo retiraba cuerpos y trataba de aislar a los enfermos fuera de las murallas, pero era una lucha desigual entre el hombre y la naturaleza. El portal del convento de San Francisco era un enjambre de enfermos pidiendo ayuda a los frailes en el centro de la ciudad.

Cristóbal era ahora un fraile absorto en sus labores. Traía provisiones, cuidaba enfermos callejeros y atendía su alma cuando las labores se lo permitían. Por una de las calles cercanas al convento se topó con una cara conocida. Ambos se miraron, y el fraile no olvidaba una cara.

—Vuesa merced fue soldado, sin duda...

El hombre, de rostro enjuto y pómulos prominentes, clavó sus oscuros ojos saltones en el rostro de aquel franciscano, al que miraba sorprendido.

—Mi nombre es Miguel de Cervantes. ¿Quién sois vos? Pues mi vida discurrió cerca de los uniformes del ejército, no de los hábitos.

—Bien decís —dijo el fraile sonriendo—, pues aunque os parezca un disfraz, mis votos siempre fueron los mismos que los de vuestra merced. Ahora os he identificado, sois hermano de Rodrigo Cervantes, combatimos todos juntos en Lepanto. Mi nombre es...

—¡Cristóbal de Augusta! ¡El héroe de la más alta ocasión que dieron los siglos! Disculpad si no os reconocí de franciscano, veo que la vida ha jugado con vuestros destinos, al igual que con los míos...

—Bien decís, fui soldado por ventura difícil de entender y enjuiciar, y mi alma desvalida

encontró consuelo en las palabras de san Francisco y en el trabajo filial. Desde la guerra contra los ingleses no he vuelto a enfundarme el uniforme.

—Pues sabed que yo estuve por entonces de recaudador de impuestos para aquella empresa tan digna de la Felicísima Armada en nombre del rey, aunque solo me trajese infortunios. Acabé arruinado y en la cárcel de Sevilla, de la que he salido no hace mucho.

Cristóbal sintió un escalofrío al recordar su tiempo en aquella cárcel no muy lejos de allí, donde estuvo a punto de perder la vida si no hubiese sido por su maestro y el León de los Austrias.

—Oh, buen amigo. Me voy de esta ciudad, está maldita por la peste y ha perdido el brillo de los años pasados. Después de estar preso en Argel tras Lepanto y aquí de nuevo, creo que es demasiado para mí. Marcho a Madrid, junto a mi familia, a tratar de vivir de mi pluma, si bien es hartó difícil con el monstruo de Lope de Vega suelto.

Cristóbal recordó a aquel soldado ensimismado que conoció en la taberna de Lisboa pero no sacó el tema, conocedor del celo entre los escritores.

—¿Y en qué andáis enfrascado, Cervantes?

—Ya os digo que escribo casi de todo, teatro para corrales de comedia, poesía... en la cárcel hilvané una novela que llevo bastante avanzada. Se llamará *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, es una sátira amarga de la decadencia de nuestro imperio, Cristóbal. Todos los que vimos brillar al ejército en Lepanto, debemos entristecernos con la crisis que vivimos... el nuevo rey es pusilánime y evita cualquier guerra, no es su padre don Felipe, a quien Dios tenga en su gloria. Los tiempos buenos pasaron, amigo. Ya no hay sitio para los soldados y los hombres arrojados, mira a tu alrededor, todo es ignorancia y mediocridad. Solo se busca la olla gorda y no se valoran a los hombres que entregaron su vida a la patria.

—Creo que será interesante vuestro libro, Cervantes.

—Ah, bobadas. No conseguiré ni editarlo. Ya os digo que no hay sitio para mí, estando el amargado de Góngora y el levantafaldas de Lope de Vega, que escribe casi al ritmo que cambia de mujeres.

Cristóbal rio con las ocurrencias de aquel singular soldado poeta. Pensó que de hecho, reía mucho más de fraile que cuando estaba muy lejos de un convento. Quizá la vida sea tan caprichosa con todos como lo había sido con aquellos dos hombres. Pero sin paz interior era difícil vivir. Se despidieron y se desearon todo tipo de parabienes, separando para siempre sus caminos, esos que los llevaron a conocerse en tierra extranjera y volver a juntarlos en Sevilla.

La peste se cebó con aquella ciudad de ensueño. El cabildo no daba abasto y las fosas con cal se multiplicaban a las afueras de la ciudad con carretas repletas de cuerpos atestados de bubas. La gente se moría en la calle, como perros, sin distinción de bolsa ni de posición. Las misas y las procesiones trataron de aflojar la correa del Altísimo, al que pedían misericordia. En el convento, algunos frailes enfermaron, pero ninguno dejó sus quehaceres. Cristóbal se lavaba con agua a menudo, ya que había oído a muchos médicos en sus años en la armada que servía para ahuyentar a los malos humos y las enfermedades. Se dice que aquella peste había llegado de Flandes el año anterior, colapsando en pocas fechas el hospital de la Sangre y posteriormente conventos y hospicios.

Cristóbal olvidó los días y las semanas. Arremangado en su trabajo, trataba de ayudar a los cientos de desvalidos sin importarle enfermar. Aquella mañana, las campanas repicaban sin parar. Las misas por las almas difuntas se sucedían en la ciudad de los conventos. La estampa de los niños descalzos y llenos de harapos por las calles era una constante desde su vuelta a la

ciudad, que ya no era ese crisol de gentes venidas de todos los rincones buscando fortuna. El comercio había bajado mucho, al igual que la flota de Indias, que había sido asolada por los corsarios ingleses con demasiada asiduidad. El rey Felipe III se decantaba más por la cacería y la pintura que por el prestigio de su política exterior. Lejos de la enfermedad mental que acabaría con su hermano, el heredero era un hombre indolente y carente de ambición para grandes empresas. El duque de Lerma llevaría las riendas del estado sin control durante demasiados años. Las victorias dieron paso a las derrotas y las treguas en el seno del ejército hispánico. Las glorias de antaño sucumbieron ante las bancarrotas heredadas por los Austrias Menores, que gobernaron el nuevo siglo entre crisis económicas, políticas y hambrunas periódicas, que asolaban las grandes ciudades.

Cristóbal era ajeno a todo aquello, y quería pasar sus últimos años dándole sentido a una vida destrozada por tanta muerte. Sin perder el gesto, trabajaba a destajo entre la gente. Aquella mañana tapizada de campanas era otro día con gente necesitada en las puertas del convento, pidiendo pan y lumbre en la hospedería. Absorto en sus labores, no se percató de una anciana que se acercó a él muy lentamente, apoyando su gruesa mano con fuerza en el brazo del fraile. El franciscano levantó la mirada, dejando ver su barba canosa y puntiaguda, en un rostro ajado de cicatrices y arrugas de la vida.

—¿Qué se os ofrece, buena mujer?

—¿Vos sois Cristóbal? —dijo sin rodeos, escrutando su rostro con dos ojillos verdosos flaqueados por hiladas de arrugas, que mostraban signos de la irritación que deja el llanto continuado.

—Bien, decís... ¿quién lo pregunta? —dijo el fraile sin mudar la sonrisa, tratando de reconocer aquella cara que a buen seguro había visto en algún lugar.

—Mi nombre es Francisca, aunque eso no alberga importancia. Hace muchos años llegamos a conocernos, si bien mi señora y vos os conocisteis en profundidad, sabiendo yo que no traería nada bueno.

Cristóbal se quedó petrificado al reconocer al aya de Azucena. Trató de hablar, pero la mujer lo frenó con un gesto, y siguió su plática como manda la fidelidad de perro guardián a la que estaba acostumbrada.

—Estoy aquí por voluntad de mi señora... Mi niña —acertó a decir antes de romper a sollozar, mientras se enjugaba las lágrimas con un pañuelo y los mechones de pelo blanco se resbalaban hacia aquel rostro redondo—. Era su voluntad que os entregase una carta y lo voy a hacer, si bien ya es tarde para todo.

Cristóbal la escrutaba con miedo, sin atreverse a preguntar. Solo emitía balbuceos inconexos esperando saber qué era aquello, tantos años después. Pero la mujer, que apenas lo miraba ya, seguía a lo suyo, rebuscándose en lo más recóndito del vestido para extraer la misiva, mientras seguía moqueando y limpiándose los ojos con un pañuelo.

—¿Le ha ocurrido algo a Azucena?

—Mi señora contrajo la peste hace unas semanas. Ninguno de los médicos que la atendieron lograron sacarla de sus fiebres. Anoche, mi niña, pálida como el nácar y con el cuerpo lleno de heridas, ya no pudo más. Dios se la ha llevado a su seno. Me hizo jurar que os buscaría y os entregaría esta carta. No creáis que ha sido fácil dar con vuesa merced, he recorrido media Sevilla. Cumpló su voluntad para que descansen en paz y reciba la divina gracia del Redentor.

Cristóbal agarró aquella carta lacrada, sujetándola con las manos temblorosas que denotaban las secuelas del impacto de aquella noticia. ¿Qué sentido tenía aquello tantos años después? ¿Por

qué su cabeza no podía descansar de una vez? Pensó en tirarla, pero no pudo. La voluntad de un moribundo no debe ser mancillada. La guardó a la espera de estar solo para leerla tranquilo. Pensó en Azucena, en aquel rostro de ángel que cautivó su mente, pero que acabó por amargarle la existencia.

Horas después, al despuntar la tarde, decidió leerla en el campo con los últimos rayos de sol. Allí, donde tantas veces paseó de niño con su padre, el viejo alfarero, se dispuso a cumplir la voluntad de una mujer desconocida a sus ojos después de tantos años, pero que en su último aliento tuvo a aquel achacoso fraile en el pensamiento, recordando a buen seguro un rostro mucho más joven y apuesto. La brisa acariciaba las amapolas que se confundían con las hierbas de aquel prado, susurrando melodías olvidadas. Muy despacio, se acomodó en una roca quebrada que sobresalía del follaje colorista de aquella ribera, donde varios álamos se agitaban de forma rítmica, mientras aquel hombre respiraba hondo, sosteniendo aquellas cuartillas en sus doloridas manos.

Mi amado y sin embargo, tan desconocido Cristóbal.

Ruego a Dios para que esta carta llegue a vuestras manos, esas que venero en mis recuerdos, que es lo único que no pudieron arrebatarme de mi juventud.

En la hora de mi muerte, quiero ir en paz con Dios. No podría hacerlo sin pedir os perdón desde lo más hondo de mi corazón, a sabiendas, que no tengo derecho a vuestra misericordia, sin saber siquiera si todavía estáis vivo o en otra tierra lejana, ya que supe por alguien cercano que fuisteis soldado muchos años.

Espero que la providencia otorgue licencia para que leáis estas tristes líneas, en las que quiero expresar os toda la sinceridad y valentía que no tuve en vida. Os amé, Cristóbal, y renunciar a vos fue como renunciar a la vida. Una vida lejos del amor que me sorprendió en una agradable tarde de primavera, y de una pasión que me erizaba la piel solo con recordar aquellas tardes y noches, juntos.

Sabed, querido Cristóbal, que nuestro amor fue descubierto y caí en desdicha. Aquella última vez que os vi junto al carruaje mi corazón quiso dejar de latir por mentirosos y faltar a la promesa que os hice, pero mi padre y mi esposo no me dieron opción. Estuve encinta, Cristóbal. Fruto de nuestra noche de pasión en aquel maravilloso rincón junto a la muralla del alcázar. Allí donde fui feliz como nunca pude volver a serlo. Supliqué a mi padre para que os dejara marchar a vos y me dejase tener aquel niño. Lloré y supliqué durante días, y finalmente, accedió a que el niño naciese y fuese entregado en una casa cuna donde sería criado entre otros huérfanos por religiosas. La condición para dejaros vivir a vos y al niño era no volver a ver os nunca más.

No quiero justificar en modo alguno mi cobardía, pero durante los años siguientes, el único consuelo que obtuve en la desgraciada vida que me tocó vivir fue pensar que el fruto de nuestro amor había crecido a pesar de las adversidades, como un hermoso rosal que brota entre espinas y perfuma con su aroma todo el jardín. No me faltaron ganas de buscar os a ambos, pero sé bien que el linaje defiende su posición, con sangre si es preciso, para librarse de escándalos.

Ruego a Dios por vuestra salud y la de nuestro hijo, que espero haya crecido sano y sea un hombre apuesto y cabal como su padre. Me despido, ahora para siempre. Quedad en la certeza de mi amor, que no os merecía. Espero que dentro de muchas primaveras, pueda volver a ver vuestro rostro, en esa juventud eterna que la luz del Salvador otorga a nuestras almas.

Para siempre tuya, Azucena.

Cristóbal terminó de leer aquella carta, entrelazando sus lágrimas con las que a buen seguro regaló Azucena para rematar aquellos últimos renglones donde la tinta navegaba entre churretes.

El sol se confundía en el anaranjado horizonte, que hacía agonizar la tarde. Los árboles agitaban sus copas con frenesí, seducidos por el amor de juventud de dos jóvenes, que habían vivido como hermosos jilgueros enjaulados sin poder cantar ni volar juntos. De aquello solo quedaba el recuerdo de lo efímero y renglones temblorosos extraídos de una pasión pasajera que marcaría sus vidas.

El fraile se levantó, guardando su tesoro en el bolsillo de aquel hábito. Respiró hondo varias veces y puso sus sandalias en marcha hacia el convento. En el horizonte, de nuevo, la esperanza. Mañana. Mañana sería un nuevo día soleado en la ciudad más hermosa del mundo, y tenía un hijo que buscar en sus entrañas. Se perdió otra vez entre las callejuelas, oteando las últimas luces nacaradas entre las nubes bajas, que decoraban aquel cielo de azulejos...

El cielo de azulejos se terminó de editar el 25 de noviembre de 2023. Tal día como hoy en 1562 nacía Lope de Vega en la ciudad de Madrid.